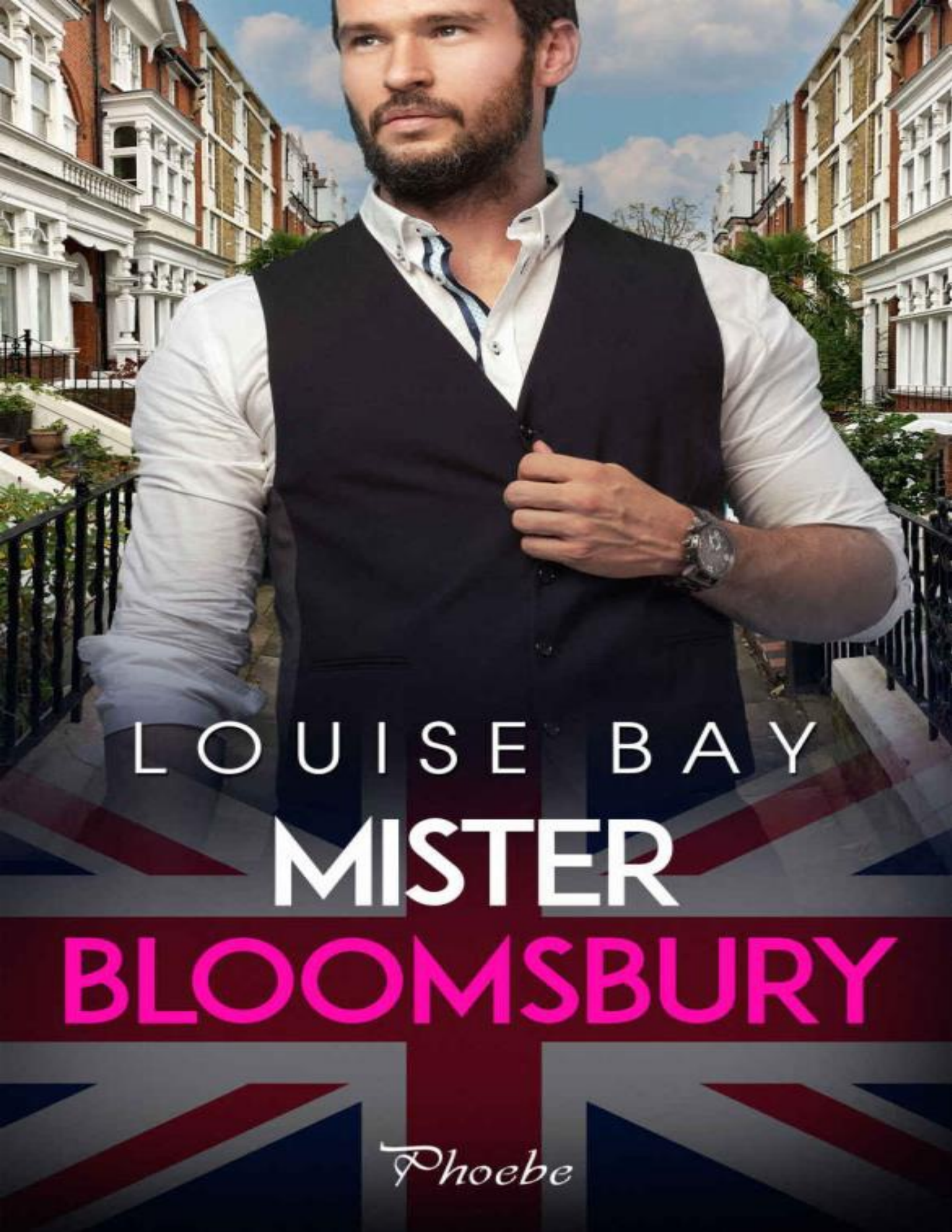

LOUISE BAY
MISTER
BLOOMSBURY
Phoebe

LOUISE BAY

MISTER BLOOMSBURY

Traducción de María José Losada



Phoebe

Título original: *Mr. Bloomsbury*

Primera edición: julio de 2022

Copyright © 2022 by Louise Bay

© de la traducción: María José Losada Rey, 2022

© de esta edición: 2022, ediciones Pàmies, S. L.
C/ Mesena, 18
28033 Madrid
phoebe@phoebe.es

ISBN: 978-84-19301-25-3
BIC: FRD

Diseño e ilustración de cubierta: CalderónSTUDIO®
Fotografías de cubierta: Kuikson/Helnv/Shutterstock

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del Copyright, bajo la sanción establecida en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público.

Índice

1
2
3
4
5
6
7
8
9
10
11
12
13
14
15
16
17
18
19
20
21
22
23
24
25
26
27
28
29
30
31
32
33
34
35
36
37
38
39
40
41
42
43
44
Epílogo
Agradecimientos
Contenido especial

1

SOFIA

Hasta ese momento, Londres se parecía mucho a Nueva York, aunque allí no podía comer las albóndigas que mi madre preparaba los domingos. Por supuesto, estaba flipando con los autobuses rojos y el acento británico, pero los problemas no se evaporaban solo por haber cruzado el charco. Todavía no tenía casa propia ni ahorros a los que recurrir, ni siquiera un trabajo. La única diferencia era que me faltaban monedas de una libra en lugar de billetes de un dólar.

Pero tenía que centrarme en lo positivo. Estaba en Londres, la tierra de Mary Poppins, el hogar de la tarta Battenberg y del té, la cuna de los príncipes y los palacios.

Por mucho que anhelara salir a tomar un cóctel a un bar elegante o a explorar parques y museos, me pasaba la mayor parte del día metida en casa, sentada en el sofá de mi mejor amiga, buscando trabajo por Internet. Había rebajado las expectativas salariales que me había creado cuando estaba sentada en las aulas de Columbia, rodeada mis compañeros de máster. Algunos de ellos ya tenían trabajo al terminar los estudios, pero la mayoría seguíamos buscando algo a nuestro nivel, aunque el número de alumnos sin empleo se había reducido a medida que nos acercábamos a la fecha de la graduación, y McKinsey, Bain y Google habían elegido a la flor y nata. Solo el cinco por ciento de mi promoción no había recibido una oferta de empleo cuando posamos para las fotos de graduación con los birretes y las togas.

Yo formaba parte de ese porcentaje.

Cerré la tapa del portátil e inspiré hondo, como me indicaba la aplicación de *mindfulness,* para evitar tener un ataque de pánico. Cuando hube cogido aire cuatro veces, mi amiga desde hacía quince años —y propietaria del sofá en el que estaba durmiendo— apareció por la puerta principal. Natalie cerró dando un portazo, cogió su precioso bolso Mulberry de color verde musgo, lo tiró al suelo y le dio una patada. Y luego le dio otra.

Solo había una explicación: Andrew Blake.

—¿Qué ha hecho ahora? —pregunté, recogiendo el montón de papeles que tenía diseminados sobre el asiento para hacerle sitio en el sofá.

Le dio una tercera patada al bolso y luego soltó un grito de impotencia.

Vaya.

Su jefe debía de haberse comportado de una forma aún más idiota que de costumbre, lo cual era mucho decir. Por la manera en la que ella describía sus interacciones, como si él fuera el príncipe Guillermo y ella una sirvienta, me parecía un hombre horrible. Y eso era cuando él le hablaba. Al parecer, podía pasarse días sin dirigirle la palabra. Me levanté y fui a la nevera. Ella necesitaba algo más que los ejercicios de relajación de una aplicación de móvil. Necesitaba vino.

Puse dos vasos en la encimera: no pensaba dejarla beber sola. Tenía que ofrecerle apoyo moral. Miré el reloj. Eran un poco más de las tres.

¡Las tres de la tarde! Si Natalie nunca llegaba a casa antes de las ocho…

—¿Nat? —Atravesé corriendo el pasillo; Natalie ya se había olvidado del bolso y le daba patadas al abrigo—. ¿Por qué has venido a casa tan temprano?

—Necesito alcohol. Ya.

Mierda, ¿la habría despedido ese capullo?

Volé rauda y veloz a la cocina para llenar los dos vasos; ¿qué más daba la hora que fuera?

Cuando regresé, Natalie tenía una expresión vidriosa y se había desplomado en el sofá.

Le puse un vaso en la mano, doblé una pierna y me senté a su lado.

—Cuéntamelo todo.

Sacudió la cabeza como un perro confundido que asiente sin saber por qué. Luego, como si de repente se diera cuenta de que tenía vino a mano, bebió un gran trago.

—Ya he tenido suficiente. Ayer no me dijo ni una palabra, y esta mañana tampoco. Cuando le he preguntado si había revisado el estudio que le había entregado, me ha ignorado por completo. Y, después del almuerzo, no me ha dado tiempo ni a quitarme el abrigo antes de que saliera de su oficina. Entonces se ha puesto a gritar por… —Hizo una pausa—. ¿Sabes?, en realidad no sé qué le pasa, dejando a un lado que tiene graves problemas de personalidad, claro está, y que es el mayor imbécil que he conocido en toda mi vida. Lo cual es mucho, ya que crecí en Nueva Jersey.

—¿No sabes por qué estaba enfadado?

—Ni idea. Y lo peor es que no grita ni chilla. Cuando digo que grita, es porque lo hace de esa manera inconfundible, a lo Andrew Blake. Se queda callado, se le oscurecen los ojos y su voz baja dos octavas. Es como si estuviera poseído. Un horror…

Me estremecí ante semejante descripción.

—Es increíble que esa clase de hombres tenga tanto éxito. ¿Por qué no pueden actuar de forma normal? Al menos, deberían fingir que son miembros comunes y corrientes de la sociedad, aunque en el fondo sean psicópatas.

—Lo he dejado. He soportado todo lo soportable. Me da igual que el salario tenga seis cifras. Le he dicho que se metiera el trabajo por el culo y me he ido.

—Me alegro por ti —dije, medio en serio, medio preguntándome si Natalie tenía ahorros para cubrir el alquiler hasta que encontrara otro trabajo. Y entonces me di cuenta de lo que acababa de decir—. ¿Tu sueldo era de seis cifras? ¿Te pagaba más de cien mil dólares al año?

—De libras —respondió ella—. Ciento veinte mil, en realidad. Pero ni siquiera doscientas mil serían suficientes para lidiar con ese estúpido estirado.

¿Ciento veinte mil libras? Hice un rápido cálculo mental. Eso eran más de ciento cincuenta mil dólares al año.

—¿En qué consistía exactamente tu trabajo? —pregunté.

—Hacer cualquier cosa que el imbécil de Andrew Blake quisiera que hiciera —gimió.

—¿Como qué? Sé más concreta. —Nunca habíamos ido más allá de lo gilipollas que era su jefe, y no entendía al detalle lo que hacía—. ¿Le llevabas el café?

Suspiró.

—¿Sabes qué? Eso era lo único que no hacía. Tampoco tenía que llevar su ropa a la tintorería ni concertar sus citas personales. De hecho, nada era personal. Era casi como si no tuviera vida fuera del trabajo. Como si fuera un robot o algo así. Un robot grosero e idiota.

La mayoría de los puestos de asistente que yo conocía implicaban hacer mucho café y recoger la ropa en la tintorería. Una amiga mía había tenido que romper una vez con la novia de su jefe. ¿Tan mal jefe era Andrew si mantenía el trabajo en un plano estrictamente profesional y pagaba ciento cincuenta mil dólares al año?

Había crecido en Nueva York, como hija de una madre soltera que tenía tres trabajos —o dos y medio, si contaba mi participación en la limpieza de fin de semana en la oficina situada encima del CVS de la 113 con Broadway—. Podía aguantar a un jefe maleducado, exigente y malcriado por ciento cincuenta mil dólares. Joder, hasta podía llevarle la ropa a la tintorería.

—¿Estás segura de que no vas a volver? —pregunté.

—Ni de coña —dijo ella, tomando otro trago de vino—. Ni loca.

—Consúltalo con la almohada —dije mientras mi mente daba vueltas a todas las opciones, sobre todo a la de cuándo iba a ser una buena idea preguntarle si creía que yo podía encajar bien en el puesto.

—Ya lo he pensado mucho durante los tres últimos meses. No puedo más. ¿Te he dicho ya que la última persona que ocupó el puesto antes que yo solo permaneció en él un día? Ni siquiera volvió después del descanso para comer.

—Y has aguantado como una campeona. Pero ciento veinte mil libras es mucho dinero.

Miró mi portátil.

—¿Todavía no has encontrado nada?

—No. —Los puestos de trabajo eran escasos—. Sin embargo, tarde o temprano daré con algo. Y no estamos aquí para hablar de mi falta de empleo.

—No, ahora podemos hablar de la mía. —Me miró mientras yo le ofrecía una sonrisa de solidaridad—. No te sientas mal. Mañana por la mañana estaré eufórica por no tener que lidiar más con semejante imbécil.

No había mejor momento que el presente. Si ella estaba segura de que no iba a volver, yo tenía que coger el toro por los cuernos.

—Y, si lo haces, entonces, podríamos hablar sobre si crees que sería apta o no para asumir el cargo de asistente de Andrew Blake.

Los hermosos ojos de Natalie se abrieron de par en par.

—¿Quieres-mi-trabajo?

—Bueno, no. Si sigue siendo tu trabajo, no lo quiero. Pero si no vas a volver, si de verdad no puedes soportarlo más, entonces, vale la pena que aproveche la oportunidad de…

Natalie se giró en el asiento y me sujetó el hombro con la mano que no sostenía el vaso de vino.

—No, Sofia. No vale la pena intentarlo. Es horrible. Horrible de verdad. ¿A qué crees que se dedica? Básicamente, le jode la vida a la gente. Y tú lo ayudarías a dejar en la ruina a esa pobre gente. En serio, no vale la pena.

Adoraba a Natalie. Pero ella había crecido en un barrio rico de Nueva Jersey. No era una niña de la *jet* como para tener un fondo fiduciario, pero disponía del dinero suficiente como para no haber solicitado un préstamo para estudiar en la universidad. Y eso era gozar de un saludable estado financiero.

La madre de Natalie no había trabajado ni un solo día, y mucho menos tres, desde que habían nacido su hermano y ella. Tampoco estaba resentida por ello, pero resultaba un hecho fehaciente que ella no podía entender lo que era estar desesperada.

—Natalie, me estoy quedando sin dinero, y a este paso voy a tener que volver a Nueva York con menos de lo que me fui. Y, cuando llegue a casa, mi madre seguirá necesitando una prótesis para la rodilla que no puedo pagar. No le he hecho más que una incómoda llamada telefónica a mi padre para que supiera que estoy aquí. Soy un hueso duro de roer. Estoy segura de que puedo manejar a Andrew Blake durante un par de meses. Hasta que encuentre otra cosa, al menos.

Clavó la mirada en el suelo como si le hubiera dicho que se había muerto su gato.

—En serio, solo pediré el trabajo si de verdad te vas.

Suspiró.

—Con sinceridad, casi prefiero volver yo a que te veas expuesta a ese horror. Pero no creo que pueda soportar un día más con ese hombre.

Sin embargo, yo estaba segura de que podía aguantar un día con Andrew Blake, de que podía aguantar tres meses…, tal vez, incluso, todo el año. Iba a hacer lo que fuera necesario para quedarme en Londres el tiempo suficiente para establecer algún tipo de relación con mi padre y obtener el dinero que necesitaba para que le operaran la rodilla a mi madre.

Andrew Blake iba a tener que aguantarme a mí.

2

SOFIA

El cielo estaba tan negro como podía estarlo en una gran ciudad. Y si la oscuridad no lo anunciara ya, el frío aire de marzo decía que era demasiado temprano para estar delante de las oficinas de Blake Enterprises.

De hecho, eran las cinco y cuarto de la mañana.

Natalie había comentado que una vez había llegado al despacho a las seis y que Andrew parecía llevar un rato allí. Así que tenía que pillarlo cuando llegara. Por lo que me había dicho Natalie, no iba a ser fácil acceder a él si no conseguía abordarlo en la calle. Por eso llevaba allí veinte minutos.

Cuando por fin convencí a Natalie de que optar a su trabajo no era lo peor que podía pasarme, me mostró una foto de Andrew para que supiera a quién debía acercarme en medio de la calle. Al principio, supuse que se había equivocado de imagen, porque ¿cómo podía ser tan gilipollas un hombre tan guapo? Era más atractivo que todos los actores del reparto de *Los Vengadores* juntos. Parecía como si alguien hubiera pegado el pelo, la barbilla y la sonrisa característica de John Kennedy Jr. en el cuerpo de Chris Hemsworth. Santo Dios, estaba casi segura de que, si no hubiera ansiado ese trabajo, también habría estado delante de sus oficinas a las cinco de la mañana para echarle un vistazo.

Me puse de puntillas, tratando de vislumbrar en la calzada el destello de unos faros en mi dirección. Pero no vi nada. Ni siquiera los de una furgoneta de reparto. Al otro lado de la calle, un corredor matutino se dirigía hacia mí vestido con una sudadera gris, con el rostro oculto por la capucha. Me llamó la atención un coche que pasaba y, cuando volví a mirar al corredor, estaba cruzando la calle hacia mí.

La adrenalina se apoderó de mí y saqué el móvil. *¡Joder!* Estaba sola. Cuando ya tenía localizado el número de Natalie para llamarla, el corredor se detuvo y se bajó la capucha.

Ya había visto esa hermosa cara antes.

—¿Andrew Blake? —Ni siquiera necesitaba preguntarlo. Era obvio. El parecido con John Kennedy Jr. y Chris Hemsworth era más que evidente. Solo le faltaba la sonrisa, y menos mal, o me habría hecho entrar en combustión espontánea. Aquel hombre era aún más guapo en carne y hueso.

Giró la cabeza al oír mi pregunta y nuestras miradas se encontraron. Él tenía el ceño fruncido con desaprobación cuando la bajó por mi abrigo y por mis piernas. Seguía siendo muy sexy, incluso aunque pareciera a punto de morderme.

—Soy Sofia Rossi. —Le tendí la mano.

—¿Y bien? —Ignoró mi mano, sacó un manojo de llaves y abrió la puerta gris ante la que yo llevaba media hora esperando.

—He estudiado en la Universidad de Columbia. Soy muy trabajadora. Soy creativa, organizada y muy flexible. Y quiero ser su asistente.

—Es usted americana —dijo, casi escupiendo las palabras como si no pudiera concebir una idea peor que tener a una estadounidense como asistente.

—Neoyorquina. Eso hace que sea muy dura y que esté preparada para todo.

Desbloqueó la última cerradura.

—No me interesa. —Abrió la puerta y entró.

No iba a rendirme tan fácilmente. Detuve la puerta justo antes de que se cerrara y lo seguí por las escaleras, aunque le eché un vistazo al ascensor y me pregunté por qué no lo usábamos.

¿Qué pasa con los traseros de los hombres, que siempre parecen mucho mejor con pantalones de deporte?

Tuve que reprimirme para no alargar la mano y tocar aquellas nalgas perfectas para comprobar si estaban tan duras como parecía.

—Me he enterado de que su asistente ha presentado la renuncia. Si me contrata, no tendrá que tomarse la molestia de buscar a otra persona.

No respondió. Nos detuvimos en el segundo piso, donde Andrew se agachó para abrir la cerradura inferior de las puertas dobles de cristal.

—Estoy aquí, dispuesta para empezar a trabajar de inmediato.

Sin dejar de ignorarme, abrió la cerradura superior, atravesó el umbral y encendió las luces, que dejaron a la vista un vestíbulo blanco y luminoso. Miré a mi alrededor, observando los muebles, limpios y modernos, que parecían no haber sido usados nunca.

—Soy muy madrugadora y…

Andrew fue hacia la izquierda, en dirección a un pequeño despacho, que semejaba ser un poco estrecho para alguien que se dedicaba a destruir vidas ajenas, pero, cuando lo seguí, me di cuenta de que había una puerta al otro lado del escritorio y de que iba hacia ella. Lo perseguí.

Pero desapareció detrás de la segunda puerta justo antes de cerrármela en las narices.

Vale, podía haber sido peor… Pero, al menos, se había metido en su despacho y no estaba tratando de escoltarme al exterior de las instalaciones.

Me apoyé en el escritorio de su asistente y vi la bufanda de cachemira color frambuesa de Natalie en el perchero, detrás del escritorio. Ella podía permitirse usar prendas de cachemira, dado su salario. Un dinero que yo podía utilizar para dejar de dormir en su sofá y disponer de un apartamento propio. Así que no iba a dejarme vencer por el mal humor de Andrew Blake. No, señor.

Tomé asiento tras el escritorio y encendí el ordenador, luego miré los papeles que había sobre la mesa. Algunos de ellos estaban cubiertos de garabatos que recordaban de manera notable una caricatura de Natalie sosteniendo un cuchillo de chef demasiado grande. Había un montón de documentos donde se investigaba una revista llamada *Verity*. Al final del montón había una agenda de papel. ¡Qué *vintage*…! La abrí y busqué la página que correspondía a ese día. No parecía que Andrew tuviera ninguna cita hasta el mediodía. Entonces, ¿qué estaba haciendo en su despacho a esas horas?

Decidí quedarme hasta que saliera; quizá así iba a poder convencerlo de que contratarme era la mejor decisión que iba a tomar esa semana.

Me levanté, me quité el abrigo y lo colgué junto a la bufanda de Natalie; luego saqué un cuaderno del bolso y miré a mi alrededor. Lo primero y fundamental era poner orden. No porque el lugar fuera un caos —no tenía un aspecto tan desastroso—, sino porque, dado que el vestíbulo de entrada parecía estar preparado para una operación a corazón abierto, supuse que a Andrew le gustaba que todo estuviera impoluto. Sí, iba a demostrarle —y no solo a decirle— lo útil que podía ser para él. Iba a encargarme de que supiera que para mí no había ninguna tarea demasiado insignificante.

Me puse a limpiar el escritorio. Cogí la taza de café de Natalie y fui en busca de la cocina. Estaba impoluta. Metí la taza en el lavavajillas y me preparé un café en una taza limpia. Algo me decía que conquistar a Andrew iba a ser una maratón, no un *sprint*. Por un momento, pensé en hacerle un café, pero no parecía el tipo de hombre que tomara cafeína. Con ese cuerpo, probablemente solo bebía agua de glaciar y bebidas proteicas.

—¿Puedo ayudarla en algo? —me preguntó un hombre desde atrás.

Me giré y me encontré a un hombre maduro que me miraba como si fuera una colegiala descarriada. Mi corazón empezó a pegar botes dentro de mi pecho. Me hallaba en una encrucijada.

No era de las que se rendían a la mínima, pero iba a costarme inventar una historia creíble aunque estuviera en juego un suministro de por vida de *cannoli* de Ferrara's. Por eso había empezado a pasarme los sábados por la mañana vaciando cubos de basura con mi madre en lugar de hacer lo que fuera que hicieran los niños de ocho años el fin de semana. Un día le dije que había terminado los deberes de matemáticas, pero mi madre se dio cuenta de que no había dicho la verdad, y, durante los cinco años siguientes, me perdí las mañanas de los sábados. Un castigo rápido y severo siempre había sido el estilo de *mamma* Rossi.

Pero había llegado un momento donde solo me quedaban dos opciones: hundirme o nadar. Necesitaba ese trabajo, y ya no era una niña.

—Buenos días. —Saludé al desconocido que tenía delante de mí como si lo conociera de toda la vida. Le sonreí—. Soy Sofia, la nueva asistente de Andrew. He sustituido a Natalie. —¿Era mentira si iba a ser la nueva asistente de Andrew aunque aún no me hubiera contratado?

Dio un paso atrás.

—¿Ya ha encontrado a alguien nuevo?

Me encogí de hombros.

—He empezado esta mañana. ¿Puedo ofrecerle un café?

Él arqueó las cejas.

—No hace falta que haga eso. Aquí cada uno se sirve su café. —Se quitó un sombrero a cuadros que lo hacía parecer un investigador privado de la vieja escuela y abandonó la cocina—. Pero… —se dio la vuelta— la próxima vez que vea a Andrew ¿podría facilitarle algunos datos que necesita saber sobre…? Ha firmado un acuerdo de confidencialidad, ¿verdad?

Asentí, tratando de parecer convincente.

—Son algunas cosas sobre *Verity*. —Abrió la bolsa que llevaba y sacó unos papeles—. Es un completo desastre, y es necesario que Andrew lo sepa.

—Claro, por supuesto. —Cogí las tres hojas llenas de cifras que me ofrecía.

Asintió, pero no se apartó.

—Una advertencia. A él no le gustará lo que va a ver, así que entrégueselo y… póngase a cubierto. O corra.

Mantuve la sonrisa, preguntándome si estaba a punto de ser víctima de un 217, un asalto con asesinato intencionado.

—Claro —dije—. Yo me ocuparé de todo. ¿De quién le digo que es?

Demasiado tarde. El hombre del sombrero había desaparecido. Por lo visto, mi poder de convicción había subido de nivel en algún momento de los veinte últimos años. Cogí la taza de café y fui a mi mesa, o a la que iba a ser mi mesa una vez que trabajara allí.

Cuando terminé de ordenar la oficina y me preparé la segunda taza de café, llamé a Natalie para que me diera la contraseña del ordenador. A pesar de que me rogó que volviera a casa y se ofreció a prestarme dinero para no tener que preocuparme el mes siguiente, cedió. Me dio la contraseña («vete_al_1nfiern0_BLakE») y una lista de sus tareas diarias. También me explicó dónde guardaba la lista digital de tareas. Me reservé la parte en la que Andrew aún no había aceptado que fuera su empleada, porque, aunque estaba arriesgándome lo suficiente como para abrir un agujero en el universo, no necesitaba insistir en que aún no había sucedido.

No salía ni un ruido del despacho de Andrew, y medio sospechaba que él no estaba allí. Tal vez

su oficina estaba a tres kilómetros de distancia a través de un laberinto de pasillos interminables, y yo estaba sentada delante de una habitación vacía.

Cada una de las carpetas que había guardado Natalie estaba organizada por el nombre de la empresa. Me había comentado algo de que Andrew dirigía empresas que se enfrentaban a la quiebra, despedía a todos los trabajadores y ganaba mucho dinero. La noche anterior, tras una breve búsqueda en Google, había descubierto que era especialista en reestructuraciones. Daba la vuelta a las empresas en quiebra. Natalie lo había hecho parecer un monstruo, pero, si evitaba que las empresas se hundieran, estaba salvando y no destruyendo puestos de trabajo.

El tipo del sombrero me había dado datos sobre *Verity;* tal vez esa era la empresa que Andrew estaba considerando salvar. Saqué el expediente de Natalie y leí toda la documentación. *Verity* había empezado siendo una revista seria, dirigida por periodistas, a principios del siglo XX, como una versión británica de *The New Yorker,* pero se había reinventado en algún momento. Ahora se parecía más al *National Enquirer*.

No hacía falta tener un máster para detectar la caída de los beneficios y otros detalles en los papeles que me había dado el hombre del sombrero.

La empresa estaba a punto para un cambio de rumbo.

Ese debía de ser el siguiente proyecto de Andrew. Solo tenía que averiguar cómo conseguir que me contratara para ayudarlo a dar la vuelta a *Verity*.

3

ANDREW

¿Acaso la gente no entendía que quería que me dejaran en paz? Bloqueé la llamada de Tristan que parpadeaba en mi móvil y minimicé la pantalla del correo electrónico para volver a concentrarme en el *Financial Times* y su artículo sobre la editorial Goode.

Bob Goode casi siempre era un as en lo que hacía. Se las arreglaba para romper las tendencias y aumentar los beneficios y para poner en circulación cada vez más ejemplares en la mayoría de las revistas que poseía, pero *Verity* era una excepción.

Mi teléfono empezó a vibrar de nuevo. ¡Maldito Tristan…! Me puse de pie, lo que hacía siempre que quería que una llamada o una reunión fuera lo más breve posible. Justo cuando estaba a punto de aceptar la llamada de mi amigo, llamaron a la puerta.

La ignoré. Mi primera reunión no era hasta la una, y mi equipo sabía que no debía molestarme antes del mediodía.

Pulsé el botón de aceptar.

—Andrew Blake.

—Por el amor de Dios, Andrew. Te estoy llamando yo, y yo ya sé que eres tú. Y tú sabes que soy yo. ¿Has pensado alguna vez en iniciar una llamada telefónica con un simple «Hola»?

No tenía intención de responder a las chorradas de Tristan, pero, aunque hubiera querido, no habría tenido oportunidad. A pesar de que había ignorado la llamada a la puerta, llamaron de nuevo, y luego apareció la chica de por la mañana con un montón de papeles en la mano.

Cancelé la llamada con Tristan y asistí estupefacto a la puesta en escena de aquella mujer: me sonrió, se acercó a mi escritorio y dejó dos montones de papeles.

—Un señor con sombrero me ha pedido que le trajera esto —dijo, señalando el de la izquierda —. Y este es su correo. —Señaló las hojas de la derecha—. Que he abierto y puesto en orden de prioridad.

¿Por qué seguía ahí? ¿Y por qué actuaba como si trabajara para mí?

—Fuera —dije, en un tono bajo y serio.

—No —respondió ella. Me sentí como si me hubiera golpeado con un martillo.

—¿Perdón?

Malditos americanos…

—No, no voy a marcharme. —Se cruzó de brazos y me miró a los ojos con intensidad—. Voy a quedarme, y seré su nueva asistente. No espero mejores condiciones que la última que ha tenido y trabajaré igual de duro y le ofreceré la misma dedicación.

—¿Dedicación? —pregunté, pasando por alto que la mujer que tenía delante no solo se había negado a marcharse, sino que también exigía que le pagara—. Mi última asistente dejó el puesto. Si no puede ofrecerme más dedicación que ella, debería marcharse ya.

Me senté y volví a abrir mi bandeja de entrada, hice clic en la carpeta de *Verity* y me desplacé para ver los resultados financieros del año anterior.

—Ella ha renunciado porque es difícil trabajar con usted. No porque no quisiera esmerarse.

No dije ni una palabra. No había mucha gente que me hablara así. Y menos que fuera alguien que trabajara para mí. No lo necesitaba. Tenía a mi servicio un equipo lleno de talento que me

ofrecía toda su dedicación a cambio de un buen sueldo.

—Soy más resistente que ella —continuó, levantando la barbilla.

Eso parecía un reto. No intentaba echar a mis asistentes a propósito, pero ninguna era capaz de soportar la presión. Desde que Joanna se había retirado, cada una de las personas que había ocupado el puesto había acabado despedida o se había marchado antes de llegar a los seis meses. Algunas ni siquiera habían durado seis horas. Por experiencia, todos querían que se los ayudara y se les dijera lo que debían hacer, mientras que yo solo quería concentrarme en mi trabajo. No me interesaba que hubiera chismes en la oficina ni que mis empleados charlaran sobre cualquier serie que hubieran visto en Netflix. Pero, según Joanna, a la que llamaba una vez a la semana para intentar convencerla de que no se jubilara, eso era lo que tenía que hacer.

Lo llamaba «habilidades sociales».

Yo lo llamaba «gilipolleces».

—Estoy cualificada para este trabajo. He hecho un máster en Columbia. Soy inteligente, me gusta la organización y no me asusta el trabajo duro. Tiene suerte de que esté aquí. —Hablaba como si ya trabajara para mí.

—Entonces, ¿por qué quiere el trabajo?—pregunté, intrigado a mi pesar. Que me abordaran delante de las oficinas antes de las seis de la mañana no era algo nuevo. Había hecho muchos recortes en mi carrera, había despedido a mucha gente. Y aunque lo había hecho para que alguna empresa pudiera sobrevivir y para que no todos los empleados perdieran el trabajo, algunas personas no lo veían así. Algunas me culpaban a mí en lugar de a la dirección incompetente que me había precedido. Yo solo me dedicaba a limpiar el desastre que habían provocado otros. Pero nunca me había visto abordado en la calle por alguien que quisiera trabajar para mí.

—Seré una asistente excelente. Además, si no le gustara mi trabajo, podría despedirme. —No había respondido a mi pregunta sobre por qué quería el empleo.

—¿Cómo sabe que hay una vacante? —Todavía no había llamado a la agencia de contratación. Ni siquiera había pensado en buscar una nueva asistente.

—Soy compañera de piso de Natalie.

¿Compartían piso?

—En realidad, estoy durmiendo en su sofá. Ella piensa que usted es imbécil. Yo creo que puedo manejarlo.

Me costó un poco no reírme. No podía negar que la mujer que tenía delante decía lo que pensaba. Según mi experiencia, ese era un componente esencial en una buena relación laboral. Tal vez fuera una asistente adecuada, después de todo.

Si tenía un máster en Columbia, ¿por qué demonios quería ser mi asistente?

Debía de estar mintiendo.

—¿Cuál fue su asignatura favorita en Columbia?

—¿La favorita o la que me resultó más útil?

—He dicho favorita. No digo nada que no quiero decir.

—Globalización y mercados. La clase de Joseph Stiglitz y Bruce Greenwald.

Vale, o se había currado mucho la mentira o había estudiado en Columbia de verdad. Había leído algunas cosas de Stiglitz y sabía que daba clases allí.

—¿Qué es lo peor que puede pasar? —preguntó—. Deme una oportunidad. No se arrepentirá.

Supuse que tenía razón. No había a nadie a mano para sustituir a Natalie, y encontrar a otra persona podía llevarme al menos unas semanas. No tenía demasiado que perder.

—No presuma tanto. No me moleste antes del mediodía, y asegúrese de que nadie entre en mi

despacho a menos que tenga la puerta abierta; algo que nunca ocurrirá.

Una sonrisa inundó su rostro.

—Me llamo Sofia —dijo.

La ignoré y me senté de nuevo tras el escritorio.

—¿Necesita algo?

Lo que necesitaba era que Bob Goode no fuera tan idiota, pero eso no iba a suceder.

—Que me deje en paz.

Al menos, Sofia tuvo el sentido común de no discutir. Se giró sobre los talones y se alejó. Saqué el último ejemplar de *Verity* del cajón superior de mi escritorio y sentí cómo me hervía la sangre al leer el titular que preguntaba, una vez más, si Tom Cruise era extraterrestre. Mi abuela se habría revuelto en su tumba al ver que su antaño respetada publicación hablaba de posibles extraterrestres famosos. Hubo un tiempo en que la revista que ella dirigía se había centrado en las mujeres —a las que por fin se les permitía contratar hipotecas sin presentar un aval masculino a principios de los 70 —, en las huelgas del carbón y en las manipulaciones políticas de los 8080. *Verity* acostumbraba a ser una revista que se preocupaba por los derechos de la gente corriente y por mantener a raya a los que ostentaban el poder. En la actualidad le importaba si Tom Cruise procedía o no del espacio exterior, o si Taylor Swift era en secreto Nicki Minaj.

La publicación estaba perdiendo suscriptores y lectores, lo que significaba que ganaba cada vez menos dinero. Las justificaciones que Bob Goode me había dado cuando había empezado la espiral de ridículas historias de cotilleo era que no podía ganar dinero cubriendo «temas», como él los describía.

¿Y qué?, tampoco estaba ganando dinero sin cubrirlos. ¿Por qué no seguía mis consejos? ¿Por qué no permitía que mi equipo y yo nos pusiéramos al timón? Podía volver a poner *Verity* en marcha y, cuando estuviera saneada, él iba a poder contratar un equipo nuevo y mejor.

Bob me consideraba un entrometido, pero yo solo intentaba ayudarlo. Él no era más que un viejo obstinado al que no le gustaba que las dos mujeres que le habían precedido —mi madre y mi abuela— hubieran hecho mejor trabajo que él dirigiendo la empresa.

Volví a meter la revista en el cajón y miré lo que Sofia había dejado sobre mi mesa. Los últimos informes financieros de *Verity,* documentos que ya había visto. Pero que, sin duda, Douglas quería asegurarse de que no los ignorara. Eran pésimos. Si hubiéramos estado hablando de cualquier otra empresa, me habría contentado con sentarme con un paquete de palomitas a ver cómo se venía abajo, pero no podía hacer eso con *Verity*. Mi madre se iba a quedar destrozada si, con pocos meses de diferencia, perdiera a mi abuela y la publicación que ella había fundado. Tenía que salvar *Verity,* solo que aún no sabía cómo.

4

SOFIA

Me quité el abrigo y lo colgué en el gancho con un poco más de fuerza de la que debía. Me sentía agotada a pesar de haber hecho tan poco trabajo en mi primer día en Blake Enterprises.

Natalie no exageraba cuando decía que Andrew se negaba a hablar con ella, y tal reticencia me parecía agotadora. Ni siquiera había hecho un movimiento con la cabeza ni se había despedido con un «Hasta luego» cuando se había ido a la reunión en Canary Wharf. Le había pedido un coche, pero no había tenido oportunidad de decírselo antes de que hubiera salido por la puerta. De hecho, me había visto obligada a bajar corriendo las escaleras tras él, dando gritos, aunque Andrew había actuado como si no me hubiera oído. Y después, Douglas, que por fin se había presentado para que no tuviera que seguir llamándolo «el hombre del sombrero», me dijo que Andrew no usaba coche. Cuando le había preguntado si se desplazaba a pie o en metro, Douglas no había respondido. ¿Era alto secreto cómo se trasladaba Andrew Blake de un sitio a otro? ¿Se teletransportaba? ¿Se tiraba por el retrete?

Ser ignorada era irritante. Sin duda, no me sentía culpable por aceptar tanto dinero por no hacer nada, pero quería trabajar. Me gustaba ser productiva, y quería adquirir experiencia para demostrar que podía hacer algo que ya sabía que era capaz de hacer.

Pasadas las siete, cuando ya había leído casi todos los archivos guardados en mi ordenador, y estaba a punto de empezar a comerme las uñas para mantenerme ocupada, Douglas asomó la cabeza por la puerta para decirme que Andrew ya no iba a volver ese día.

¿Había llamado a Douglas y no a mí?

¿Significaba eso que iba a despedirme? No recordaba si me había contratado de verdad o solo había dejado de decirme que me fuera.

Natalie me llamó desde la cocina.

—¿Quieres un vaso de vino?

—¿El papa es católico?

Me quité los zapatos dando una patada al aire, arrastré los pies hacia la izquierda y me desplomé en el sofá.

—En una escala del uno al diez, ¿en qué medida ha sido horrible el día de hoy? —preguntó.

—No estoy segura de haber visto lo suficiente como para juzgar —respondí.

—¿Significa eso que no has conseguido el trabajo?

—No lo sé a ciencia cierta. —Nos acomodamos con los vasos de vino en la mano y usé las últimas gotas de energía para relatarle todo lo ocurrido aquel lamentable día.

—Sinceramente, no suena mal. Si Andrew no quisiera que te quedaras, te habría echado. Creo que puedes aceptar que el trabajo es tuyo.

Era un alivio. Más o menos. El vino supuso para mí pura energía líquida, y sentí que volvía a la vida poco a poco con cada sorbo.

—Estoy segura de que aún no he visto ni la mitad, pero creo que puedo manejar a Andrew. Es decir, es borde y seco, y tiene problemas con su madre o algo así, pero, como he dicho, tengo la piel gruesa. Creo que voy a aprender a no prestar atención a lo que dice y que me concentraré en su aspecto, porque está muy bueno.

Natalie soltó un suspiro.

—Sí, no hay duda de que tuvo suerte en la lotería de los genes. Pero apuesto a que es muy egoísta en la cama. Que espera que todo se haga a su manera.

—Bueno, no es que vaya a descubrirlo por mí misma ni nada de eso. Solo necesito que me pague a fin de mes.

Empezó a sonar mi móvil, y lo saqué del bolsillo.

Toda la relajación que me había proporcionado el vino se quedó paralizada en mis venas.

—Es Des.

—¿Des, tu padre? —preguntó Natalie.

—¿Conoces a otro Des? —Quizá fuera mi padre, aunque, si consideraba que solo había hablado con él una vez en mi vida, no estaba segura de que, por el momento, pudiera denominarlo de esa manera en particular.

—No es que esté llamando a todas horas —dijo a la defensiva, mirando la pantalla de mi móvil —, sino, más bien, que no llama nunca. Responde, venga.

Sí, debía aceptar la llamada. No era tan difícil. Y necesitaba hablar con él; necesitaba forjar algún tipo de relación antes de pedirle un favor.

Sin duda, debía contestarle.

Cogí aire y pasé el dedo por la pantalla para aceptar la llamada.

—¿Hola?

—¿Sofia?

—Sí. Hola.

—Soy tu… Soy Des.

—Hola —repetí. Era como si mi mente se hubiera quedado en blanco, y miré a Natalie por si era capaz de echarme una mano.

—Bueno… Te dije que llamaría —explicó él.

La única vez que había hablado con mi padre lo había llamado para decirle que quería conseguir el pasaporte británico. Había sido solo una excusa, porque necesitaba una razón para ponerme en contacto con él.

Por mucho que me molestara, también era la solución de al menos el ochenta y cinco por ciento de mis problemas.

—Hola, sí. Gracias.

Cuando me había puesto en contacto con él para preguntarle por el pasaporte, parecía feliz (incluso encantado) de saber de mí. Lo cual era extraño, porque, si hubiera querido hablar conmigo, habría podido coger el teléfono en algún momento de los veintiocho últimos años para llamarme. Tampoco era como si el teléfono se acabara de inventar ni nada por el estilo. Pero no dije nada de eso, porque necesitaba a mi padre. O, mejor dicho, precisaba su dinero. Y tenía que mantener la boca cerrada y la vista puesta en el objetivo.

—¿Vives en Londres? —preguntó.

Le había enviado un mensaje cuando había obtenido un número de móvil en el Reino Unido, y me había dicho que iba a llamarme. Pero eso no significaba que estuviera preparada para que lo hiciera. ¿Qué se le decía al hombre que te había dado la mitad de tu composición genética, pero con el que no habías mantenido ningún tipo de relación?

—Sí. En Kilburn. —Se suponía que debía ser afable con él, que debía sentar las bases para algún tipo de relación. Sin embargo, no sabía qué decirle.

—¿Tienes trabajo?

—Sí, en Bloomsbury.

—Qué bien… —dijo.

Me di una colleja mental. Necesitaba comportarme con normalidad. La salud y el bienestar de mi madre estaban en juego. Mi padre era la única persona que conocía que tenía el dinero necesario para pagar de su bolsillo una prótesis de rodilla. Así que tenía que ser amable. Afable. Persuasiva. Debía convencerlo para que pagara. La compañía de seguros de mi madre se había negado a financiar la prótesis porque aún podía caminar. Cuando había preguntado por las opciones que teníamos, me habían dicho que debíamos disponer de unos cincuenta mil dólares para poder pagar, además, la medicación y la fisioterapia que mi madre iba a necesitar después de la operación. Ni siquiera trabajando para Andrew Blake iba a conseguir esa cantidad de dinero a corto plazo. Mi madre sentía dolor a todas horas, por lo que no iba a poder conservar el trabajo durante mucho más tiempo sin pasar por una operación de rodilla.

Mi padre era la única persona que conocía con dinero suficiente para darme lo que necesitaba. Pero, antes de poder pedírselo, debíamos mantener algún tipo de relación.

Esa era la razón por la que estaba allí.

—Sí, hasta ahora lo estoy disfrutando mucho. ¿Y tú trabajas… trabajas…? —pregunté. Parecía más fácil hacer preguntas que responderlas.

—Sí, claro. Y suelo ir por Bloomsbury. Tal vez podríamos quedar para ir a almorzar, o incluso para tomar un café.

Parecía agradable. Afable. Con suerte, iba a ser fácil convencerlo de que abandonar a mi madre embarazada y sin dinero cuando tenía diecinueve años y no haber pagado nunca la manutención de su hija constituía una serie de actos que merecían una reparación.

Mi plan era convencerlo de que podía enmendar su error pagando la prótesis de mi madre, y en mis más alocados sueños también conseguía que accediera a pagar la factura de un seguro médico decente para ella a partir de ese momento. Al menos, hasta que ganara lo suficiente para pagárselo yo misma.

—Estaría bien.

¿Lo creía de verdad? ¿Cómo iba a evitar saltar por encima de la mesa hacia él para tratar de estrangularlo?

—¿Has estado ya en el Museo Británico? —preguntó—. Se encuentra en Bloomsbury, y allí hay una cafetería muy bonita a la que podríamos ir.

—Todavía no lo he visitado —dije, pensando cómo iba a poder salir de la oficina para ir a tomar un café sin que me despidieran.

—Bueno, podríamos probar allí. ¿O prefieres otro lugar?

—¿Qué tal si quedamos un sábado? El horario de mi trabajo es un poco… imprevisible.

—Sí —dijo, y parecía entusiasmado—. Puedes venir a casa si quieres. O tal vez no es una buena idea. No sé. Depende de ti.

Tragué saliva. Cuando decía «casa», supuse que se refería a su hogar. Su casa, donde vivía con su familia. Con la mujer con la que se había casado y con la que había tenido dos hijas. Todo ello mientras mi madre y yo luchábamos por pagar el alquiler. Pero tal vez que conociera a su esposa y a sus otras hijas podía ayudar. Tal vez podía empujarme, directa o indirectamente, a conseguir mi objetivo, que en la actualidad se reducía a «Tienes una deuda conmigo y con mi madre porque fuiste un completo idiota hace veintiocho años».

—Claro, estaría genial.

—Este sábado no puedo. ¿Qué te parece la semana que viene? ¿A las once y media?

—¿A las once y media? Por supuesto. —Al menos, ya habría pasado algo más de tiempo en mi nuevo trabajo. Con suerte, para entonces iba a poder contarle algo más sobre lo que hacía.

—Te enviaré la localización por mensaje.

—Perfecto.

Puse fin a la llamada, pero seguí mirando el teléfono. ¿Podía soportar almorzar con el hombre cuya ausencia había provocado que mi madre hubiera tenido que mantener tres trabajos? ¿El hombre que habría podido salvarme de una infancia en la que había tenido que tapar agujeros en el suelo para que no entraran las cucarachas?

—Vamos a necesitar más vino —comentó Natalie.

—O cincuenta mil dólares —respondí.

Se puso de pie.

—Iré a por vino.

5

SOFIA

Era mi séptimo día en Blake Enterprises y había llegado a la oficina a las cinco y media de la mañana. Llevaba ya tres tazas de café y no eran ni las siete.

Andrew atravesó la puerta, y sus duros y bien formados glúteos se flexionaron dentro de los pantalones de entrenamiento. En lugar de fingir que yo no existía, se detuvo en seco delante de mi escritorio.

—No venga antes de las ocho.

Antes de que tuviera tiempo de responder, entró en su despacho y cerró la puerta de golpe. ¿Estaba intentando ser amable? Es decir, me estaba diciendo que no tenía que llegar tan temprano. Borremos eso: me estaba *ordenando* que no llegara tan temprano. Pero su tono y sus maneras sugerían que no era por mi bien. Tal vez mis miradas a su trasero fueran demasiado obvias.

—¡Buenos días, Andrew! —grité. No pensaba dejar que me afectara. El día anterior no me había dirigido ni una sola palabra, algo que, por el momento, ya había cambiado. Me había enviado tres correos con la palabra *«Trato»* en cada uno de ellos. Había pasado por delante de mi mesa al menos en seis ocasiones y no me había mirado a los ojos ni una sola vez. Sin embargo, no me había gritado. Ni me había lanzado nada. Tenía que pensar en el lado positivo.

Como de costumbre, Andrew pasó toda la mañana detrás de la puerta cerrada de su despacho sin que saliera un solo ruido del interior. Como todos los días desde mi llegada, Douglas hizo su aparición al mediodía y llamó a la puerta del despacho de Andrew. Cielos, a ese hombre le gustaba la rutina. Tanto la agenda electrónica como la de papel, que tenía sobre el escritorio, estaban llenas de citas desde el mediodía. ¿Qué hacía allí dentro? ¿Y por qué llevaba dos calendarios idénticos?

Cuando Douglas salió, sonreía de oreja a oreja, así que pensé que Andrew debía de estar de buen humor. Esa era mi oportunidad para entregarle parte del trabajo que me había pedido.

Recogí los papeles y llamé una vez, aunque no esperé respuesta para entrar.

Andrew levantó la vista. No dijo nada, pero tampoco me ordenó que me fuera. Lo tomé como una victoria.

Puse una carpeta de tres anillas sobre el escritorio.

—Esta es la investigación sobre la editorial que me pidió —dije, sin siquiera saludar. Si no podía ganarle, razoné, podía imitarlo—. Está todo resumido en la primera página. Ha llamado Jane Cohen, y quiere que la llame. Ha dicho que sabría de qué se trataba. Y las cifras de las tendencias inmobiliarias que quería ver también están aquí. Le he mandado todo también por correo, por si prefiere manejarlo en formato digital. —Para terminar, saqué una tarjeta de debajo del brazo—. Y esto es una invitación a la inauguración de un edificio en Mayfair.

La invitación fue lo único que llamó su atención.

—¿La han entregado aquí? —preguntó al cogerla.

—Esta mañana —dije, encantada de que me hubiera hablado, aunque fuera una estupidez. Y en voz alta—. ¿Debo confirmar su asistencia?

—No —repuso, con voz aguda.

—De acuerdo —solventé, y me di la vuelta para irme.

—No deberían haberla entregado aquí. —Parecía enfadado. Como si el que le llegara una

invitación al despacho fuera lo peor que pudiera pasar en el mundo—. Es de un amigo.

Qué raro. ¿Quién se irritaba porque un amigo le hubiera entregado una invitación en el trabajo? Pero no pensaba quejarme; me había hablado. Incluso había buscado contacto visual. A pesar de ser un auténtico imbécil, no se había quejado de lo que yo hacía.

—¿Me pagarán mañana? —pregunté. Natalie me había dicho que pagaban a finales de mes, y solo podía pensar en salir de copas con mi amiga a un elegante bar de cócteles de Londres cuando tuviera el sueldo en mi mano. Quería tener la oportunidad de sentir que vivía, no solo que existía.

—Estamos a finales de mes —expuso.

—Eso no es una respuesta.

—Todos los que trabajan aquí cobran a finales de mes.

Suspiré y puse los ojos en blanco. Era insufrible. Cuando volví a mirarlo, su expresión decía: *«¿En serio quieres burlarte de mí?»*. Joder. Aunque me pareciera muy sexy, resultaba un poco aterrador al mismo tiempo. Una parte de mí quería presionarlo un poco más, pero me daba la impresión de que iba a ponerme sobre su regazo y a azotarme si decía otra palabra. Lo peor era que no estaba segura de que eso me disgustara.

Conseguí volver a pensar con sensatez y me recompuse. Iba a tener que esforzarme más para no cabrearlo. No podía perder ese trabajo.

—Solo quiero decir que, técnicamente, no sé si estoy en nómina. No he firmado un contrato ni nada…

—Es el riesgo de presentarse en un despacho y sentarse tras un escritorio sin que la inviten.

Me mordí el interior de la mejilla. Aquello no iba bien. Si no estaba empleada y ganando un sueldo, había desperdiciado una semana y media preciosa de búsqueda de empleo.

—Le pagarán mañana —aseguró, sosteniéndome la mirada durante un buen rato. ¿Qué más podía añadir? ¿Por qué me ardían las mejillas como si alguien les hubiera prendido fuego? ¿Y por qué no me había dado cuenta antes de que sus ojos eran de color púrpura oscuro?—. Váyase —dijo; su voz era exigente, aunque el tono sonaba más suave que el habitual.

Avergonzada por la idea de haberme excedido, casi salí corriendo de su despacho para ir directa al cuarto de baño.

No me habría convertido en una de esas mujeres que encontraban atractivo que los hombres prepotentes y dominantes las trataran mal, ¿verdad?

No cabía duda de que Andrew era prepotente y dominante. Ni tampoco de que era borde, arrogante, hosco y exigente.

Pero, además de eso, me acababa de quedar clarísimo que me resultaba muy muy atractivo.

6

SOFIA

Me moría de ganas de llegar a casa, sacar el único vestido, muy corto y muy ajustado, que me había traído y fantasear con el cóctel que iba a pedir cuando Natalie y yo saliéramos de copas al día siguiente por la noche. Íbamos a beber y a coquetear con algunos chicos inapropiados, y tal vez me llevara a alguno a casa. Hacía tiempo que no disfrutaba del sexo, y quería saber si los hombres británicos estaban más cerca de encontrar mi punto G que sus despistados «homólogos» americanos.

—¡Estoy en casa! —dije mientras cerraba la puerta. El perchero parecía más vacío que de costumbre. Natalie debía de haber estado limpiando además de buscando trabajo.

Apareció en la puerta de la cocina, con aspecto fúnebre.

—¿Qué te pasa? —Dejé caer el bolso al suelo y la seguí hasta el salón.

—Tengo algunas noticias que no te van a gustar.

Mi mente comenzó a dar vueltas a las posibilidades. Antes de que mi imaginación pudiera hacerme más daño que lo que la realidad me deparaba, tomé aire.

—Dímelas.

—¿Me prometes que no me vas a odiar?

—Por supuesto que no te odiaré. —Le cogí la mano y la sostuve en la mía—. ¿Qué te pasa?

Levantó la mirada e hizo una mueca.

—Voy a volver a Nueva Jersey.

El corazón me dio un vuelco en el pecho.

—¿En serio? ¿Por qué? Encontrarás trabajo más rápido que yo. Tienes mucha experiencia y…

—No es por eso —dijo—. Tengo nostalgia. Echo de menos a mis padres, y conducir por la derecha, y los perritos calientes decentes y los Twinkies y…

—No te he visto comer un Twinkie en tu vida.

—Ya. Pero si se me antojara uno, no podría tomarlo.

—Podemos hacer que nos envíen algunos solo por si acaso. Mañana recibiré mi primera paga. Podremos empezar a salir y a divertirnos más, todo lo que dijimos que íbamos a hacer cuando decidí que iba a venir. Aún no he visto el Palacio de Kensington.

—Es muy bonito —repuso ella, con la voz temblorosa y los ojos llorosos.

—Exactamente. Necesito una guía. Y una acompañante. Quiero disfrutar de la vida nocturna que ofrece Londres.

Natalie asintió.

—Ya, pero, sinceramente, no sería buena compañía. Solo quiero volver a casa y ver bocas de incendio y el *skyline* de Nueva York y… Lo echo de menos. Londres es genial y todo eso, pero soy una chica de Nueva Jersey. El trabajo ha mantenido a raya la tristeza hasta ahora, pero, al dejar de trabajar, no puedo ignorarla. Quiero volver a casa.

Me hundí en el sofá, desolada porque mi mejor amiga me dejaba en la estacada cuando las cosas empezaban a ir mejor. Ya no tenía que preocuparme por encontrar un trabajo, podíamos divertirnos mucho juntas. Pero la expresión de su cara me decía que había tomado una decisión. Conocía esa expresión, porque era la misma que había visto en el espejo cuando había decidido que iba a ir a Londres, que iba a buscar a mi padre y que iba a hacerle pagar la nueva rodilla de mi madre.

—¿Cuándo te vas?

—El viernes por la noche.

—¿Mañana? —gemí—. ¿Ni siquiera vamos a pasar un último fin de semana juntas?

—Lo siento. Se lo dije a mi madre, y mi padre me reservó enseguida un billete en el primer vuelo que pudo encontrar. Están deseando tenerme de regreso.

Lo entendía. Yo echaba mucho de menos a mi madre; añoraba estar en nuestro estrecho apartamento, compartiendo pizza de tres días y viendo reposiciones de *El show de Mary Tyler Moore*. Pero yo tenía que quedarme en Londres. Natalie no.

—Te voy a echar de menos —dije—. No te olvides de mí.

—¿Cómo podría olvidarme de mi mejor amiga? —Me abrazó—. La parte buena es que te quedan dos meses de alquiler pagados en este apartamento. Al menos tendrás una cama para dormir.

—Preferiría que estuvieras aquí antes que una buena noche de sueño.

Nos echamos a reír.

—Voy a echarte mucho de menos, pero no puedo soportar estar tan lejos de casa. Solo tienes que prometerme una cosa: no le pases ni una a Andrew Blake.

No podía hacerle esa promesa, porque estaba segura de que no iba a poder cumplirla. No podía hacer otra cosa que tragar con lo que Andrew me mandara. Y, a partir de entonces, más que nunca, porque tenía que preocuparme de pagar el alquiler y las facturas.

—Y, pase lo que pase, no empieces a pensar que es atractivo; es un capullo.

—Me temo que ese barco ya ha zarpado.

Se alejó y me miró con los ojos entrecerrados.

—No puede ser. Es horrible.

—Su personalidad es horrible. Si no hablara nunca, sería de lo más sexy. Tampoco es que quiera casarme con él y tener quince bebés como una buena *mamma* italiana. Solo me gusta mirarlo. Su buena apariencia es muy útil. Trato de no prestar atención a lo que dice y me concentro en mirarlo. Es una buena distracción. Mejor que verme convertida en piedra por su gélida mirada o ser ignorada hasta la muerte.

Andrew era borde, exigente y muy arrogante. Pero me pagaba, y eso era lo único que necesitaba de él. El salario de Blake Enterprises podía mantener un techo sobre mi cabeza mientras hacía realidad la posibilidad de ayudar a mi madre. Tenía que concentrarme en eso. Que Natalie se fuera no iba a acabar conmigo. No podía permitirlo.

7

ANDREW

Maldito Bob Goode.

Paseé la vista por la entrevista que acababa de conceder a *Times Money*. Cada vez que estaba a menos de quince metros de un periodista, mencionaba la conexión de mi familia con *Verity,* y lo hacía solo para darme cuerda. Era como si pensara que quedaba alguna conexión entre la publicación íntegra que había fundado mi abuela y el periodicucho de cotilleos en el que él la había convertido. Lo único que tenían en común era el nombre. De hecho, había intentado más de una vez que lo cambiara.

Lo había llamado tres veces a lo largo del mes, y no me había devuelto las llamadas. Menudo imbécil. Quizá a la cuarta fuera la vencida. Pulsé el botón de llamada. Por lo general, me ponía en contacto con él una vez al mes para ofrecerle ideas de estrategia, o le sugería hacer un informe básico de consultoría. A veces accedía a almorzar conmigo, pero, en cuanto la conversación giraba en torno a *Verity,* encontraba una excusa para cambiar de tema. Yo había pensado que iba a conseguir que *Verity* estuviera en mis manos meses después de fundar Blake Enterprises. Era una de las razones por las que había empezado a trabajar por mi cuenta a los veinticinco años. Además, no quería estar en una posición en la que pudieran despedirme de nuevo.

La muerte de mi abuela, hacía seis meses, había renovado el interés por la conexión que tenía mi familia con *Verity*. Y, aunque me resultaba algo embarazoso desde el punto de vista profesional, me daba lo mismo. Lo que me resultaba problemático era la forma en que Goode seguía mancillando la brillante carrera de mi abuela y la continuación del legado en manos de mi madre. Verity Blake no había sido la fundadora de una fuente de chismes sin sentido. Sus reportajes habían cambiado el panorama político y social de Gran Bretaña. En la actualidad, la revista que había significado tanto para ella y sus lectores se reducía a vender chismes de famosos.

Pero, salvo darle una paliza a Bob Goode, no sabía qué más hacer. Me levanté del escritorio y me di la vuelta para mirar St. John Street por la ventana. Necesitaba un poco de inspiración. Me metí las manos en los bolsillos e intenté pensar.

Un golpecito en la puerta interrumpió mis pensamientos antes de que se pusieran en marcha. Consulté el reloj. Solo eran las doce menos diez. ¿Quién coño osaba molestarme? No tuve que esperar mucho para averiguarlo. Antes de que contestara, se abrió la puerta y apareció Sofia.

—Sé que aún no son las doce, pero, si no hablo con usted ahora, Douglas vendrá por aquí, y no puedo arriesgarme a que salga volando en cuanto se vaya.

¿Volando? Yo nunca iba volando a ningún sitio. Clavé la mirada en su pecho. Los botones de la blusa se habían soltado y tenía una magnífica vista de su sujetador. ¿Era a propósito? ¿Se estaba insinuando? La mayor parte del tiempo parecía al borde del desprecio, lo que no me importaba lo más mínimo mientras hiciera bien su trabajo. Pero eso confirmaba mi sospecha de que el mal estado de su vestuario no era algo deliberado. Y eso estaba bien, ya que me ahorraba la molestia de decirle que no estaba interesado. Nunca mezclaba lo personal con lo profesional, mi propia versión de «Donde tengas la olla no metas la…». Había aprendido la lección por las malas. Las mujeres que trabajaban para mí debían resultarme tan poco atractivas como una barra de pan. Y así era.

No sabía mucho sobre Sofia, pero en apariencia era inteligente. Y parecía un poco más lista

realizando el trabajo que la mayoría de las asistentes que había tenido antes que ella. Seguramente se le daba demasiado bien interpretar a la gente como para creer que acercarse a mí era una buena idea. Eso significaba que estaba enseñando de forma accidental el sujetador a todas aquellas personas con las que se cruzaba.

Repasé mis opciones mentalmente.

Si se lo decía, iba a pensar que era un gilipollas por mirarle las tetas. Por fin, cuando mis ojos ya se habían detenido demasiado tiempo donde no debían, y se me había grabado en las retinas su piel bronceada contra el encaje negro que sobresalía por encima de él, visible a través de él…, aparté la vista. Por un instante, Sofia había sido toda una tentación. Si hubiera tenido menos autocontrol, si no hubiera seguido reglas estrictas sobre cómo tratar a las mujeres en el trabajo, habría salivado.

Por un momento, su imagen me había transportado lejos de allí, a una lejana habitación de hotel, donde podía tener a mi lado a esa hermosa mujer. Allí podía desnudarla y pasarle la lengua por todo el cuerpo, desde el tobillo hasta la sien, antes de follar con ella. De manera salvaje. Recreándome. Penetrándola tan profundamente que tal vez no me retirara nunca.

—Andrew… —Fue la voz de Sofia la que me devolvió al presente. *Una barra de pan; es una barra de pan*—. Bob Goode le ha devuelto la llamada.

Joder. ¿Cómo se me había pasado eso?

—¿Cuándo?

—Hace como una hora.

—¡Joder! Debería haberme pasado la llamada.

—¿Me toma el pelo? Me ha mirado como si fuera una puta cobra brillante por atreverme a molestarlo a las once y cincuenta y cinco. Si hubiera entrado aquí hace una hora, me habría cortado la cabeza.

¿Las cobras brillaban? ¡Qué analogía más rara!

¿Y «cortar la cabeza»? Esa era una expresión extrañamente poética. ¿Por qué no decía sin más que la habría mordido?

Además, ¿acababa de usar la palabra con p conmigo?

Esa mujer era… Pero ¿en qué estaba pensando?

—Póngame a Bob al teléfono.

—De acuerdo. Para el futuro, si llama él mientras está aquí dentro como un tigre enjaulado durante toda la mañana, sea lo que sea que haga de seis a doce, ¿qué debo hacer?

¿Como un tigre enjaulado? Se equivocaba, pero no mucho.

—Pasarme la llamada. Bob es la única razón por la que tolero que me molesten antes del mediodía. —Me volví hacia mi escritorio.

—Me aseguraré de que todos los demás esperen. Incluso su madre. ¿De acuerdo?

Ni siquiera pregunté qué quería decir con eso. Había entendido lo esencial, y no estaba repartiendo cumplidos. Pero era mejor que mantuviera esa actitud bajo control en vez de proclamar alto y claro lo que pensaba de mí. Me importaba una mierda lo que pensara de mí mientras hiciera bien su trabajo.

Cerró la puerta de golpe cuando salió y esperé junto al teléfono. Bob Goode me había llamado. ¿Qué significaba eso?

Sin siquiera llamar a la puerta, Sofia la abrió de golpe.

Tenía las mejillas rojas y la blusa abrochada hasta el cuello.

—Está ocupado. Le he dejado un mensaje para que lo llame. —Sostenía uno de esos vasos de Starbucks con la palabra *«London»* en la tapa.

Asentí, pero mantuve los ojos clavados en la pantalla del ordenador.

—Joder…, no es posible.

Levanté la cabeza al oír la palabrota. Al parecer, Sofia había apretado el vaso de papel, la tapa había salido disparada y se había rociado todo el contenido por la blusa.

Apretó los dientes y fingió como pudo que lo que había en el vaso no le estaba goteando encima de los zapatos.

—Y quería pedirle perdón por mi blusa.

No dijo nada más, se limitó a cerrar la puerta, lo cual me pareció perfecto, porque yo tenía unas reglas inquebrantables y no quería imaginarla sin la blusa, secándose con una toalla…

Pegué un brinco cuando sonó mi móvil. Era Tristan.

Pasé el dedo por la pantalla para aceptar la llamada.

—Por una vez has llamado en un buen momento. ¿Qué quieres?

8

SOFIA

Gemí y apoyé la frente en la barra de brillante color caoba. Menudo día. Por fin tenía dinero para disfrutar de un cóctel elegante, pero no tenía a nadie con quien tomármelo. Natalie había abandonado el país y yo estaba oficialmente sola y sin amigos en tierra extranjera. Pero no pensaba renunciar a ir a tomar un cóctel. Y menos después del día que había tenido.

Noble Rot —«Noble Podredumbre»— parecía un nombre muy extraño para una vinoteca, pero quedaba a dos manzanas de la oficina y ofrecía una creativa carta de cócteles, por lo que cumplía todos los requisitos necesarios. Pasaba por delante de ese local todas las mañanas cuando salía del metro, y siempre me había preguntado cómo sería por dentro. Resultó ser el lugar perfecto para ahogar mis penas.

Sola.

En la barra solo había tres taburetes, y yo utilicé el de la izquierda. Al menos, el local estaba animado: la gente se congregaba en torno a las pequeñas mesas de madera diseminadas por el suelo de madera oscura para celebrar el comienzo del fin de semana. Gracias a Dios que había llegado el viernes, porque así podía pasar dos días sin ver a Andrew después de haber andado exhibiendo mi sujetador delante de sus narices.

Volví a gemir.

—No puede ser tan malo —comentó Tony, el camarero, llevándose mi copa vacía. Me había bebido un Vivien Leigh un poco más rápido de lo que lo había pensado. Estaba muy bueno. Seguramente me había gustado tanto porque hacía siete semanas que no tomaba un cóctel. No había vuelto a beber uno desde que había salido de Estados Unidos.

—Ha sido peor. —Levanté la cabeza—. Ponme otro tan rápido como puedas. —Necesitaba olvidarme de ese día tan horrible.

—¿Otra vez el mismo?

Entrecerré los ojos para mirar la carta.

—El siguiente. —El licor parecía ser el camino más fácil hacia el olvido.

—Así que le soltaste un *«Puta»* a tu jefe. ¿A quién le importa?

—No solo le dije eso, sino que, además, lo hice en pelotas.

Tony se rio.

—Si hubieras entrado desnuda en el despacho de tu jefe, soltar un taco sería el menor de tus problemas.

—A ver, no estaba desnuda del todo. Solo despelotada. Y no sería tan malo si no fuera el hombre más guapo que he visto nunca. Y tiene un culo… —Levanté las manos e hice un movimiento de apretar con los dedos—. Apretado… Y duro. Y se parece a John Kennedy. Con eso solo quiero decir que es muy sexy.

—Piensa que es mejor meter la pata con un hombre guapo que con uno feo. Y, para convencerte, te aseguro que me encantaría meter la pata contigo. A cualquier hora. Cuando me digas.

Sonreí. Intentaba que me sintiera mejor, pero eso no me hacía olvidar la sensación de absoluta humillación que me envolvía desde que había salido del despacho de Andrew y había bajado la vista

para ver mis tetas expuestas.

Había debido de pensar que era una lunática. O bien que no sabía vestirme, o… —gemí de nuevo— no habría pensado que lo había hecho a propósito, ¿verdad? ¿Que me estaba insinuando? Dios mío, necesitaba una segunda oportunidad. Tony me puso otro cóctel helado delante y me lo bebí sin apenas fijarme en su sabor, pero sintiendo el ardor del alcohol mientras se deslizaba por mi garganta. *Por favor, que me haga sentir mejor.* Recé en silencio e hice la señal de la cruz para mis adentros antes de terminar la bebida.

—Creo que no sería tan malo si hubiera dicho algo. Que se me había desabrochado la blusa o cualquier cosa por el estilo. Pero actuó como si no pasara nada, lo que es diez veces más humillante.

Tony se encogió de hombros.

—Tengo mis dudas; ¿tú lo crees de verdad? Es decir, a mí parece que fue todo un profesional.

Solté una carcajada.

—¿Me estás tomando el pelo? Ese tipo no es nada profesional, a no ser que te refieras a que es gilipollas profesional. Es un auténtico imbécil.

Volví a apoyar la cabeza en la barra, preguntándome cómo podía arreglarlo. Debía arreglarlo. Debía llamar a Natalie en cuanto aterrizara y ver si se le ocurría alguna idea. El único problema era que no quería que tuviera razón. Quería ser la asistente perfecta para Andrew. Ella me había advertido que no me empeñara en conseguir ese trabajo, pero yo había pensado de verdad que podía manejarlo y no le había hecho caso.

Sin embargo, tenía que admitir que todo eso me estaba afectando.

Tony cogió dos bebidas y salió de detrás de la barra.

—¿Sabías que puede pasarse varios días sin dirigirme una palabra? —dije. Mi madre había intentado convencerme de que el que Andrew no me hablara era preferible a que me gritara, pero no me había convencido. El tratamiento del silencio debía de haber sido ideado en algún tipo de campo de concentración, como una forma de tortura. Era como echarle sal a un caracol. Me hacía encogerme dentro de mi caparazón y empezar a dudar de todo. ¿Estaba enfadado conmigo? ¿La investigación que había hecho lo había decepcionado? ¿Había pasado algo por alto? ¿Habría tenido que hacer algo que no se me había ocurrido todavía? Me había convertido en una paranoica que iba por ahí con la camisa desabrochada, echándose el café por encima. Cuanto más me aseguraba a mí misma que estaba haciendo un buen trabajo, más dudas me asaltaban y más ominoso resultaba el silencio de Andrew. Recordé lo que había pasado dos veranos antes, cuando había jurado no comer *cannoli* durante tres meses. Había acabado comiendo el doble de lo que solía porque solo había podido pensar en los *cannoli*. Cuanto más tiempo estaba Andrew sin hablarme, más pensaba en lo que no decía. Y, al parecer, más idiota me volvía.

Todo eso era culpa de Andrew Blake.

Tony volvió a aparecer detrás de la barra después de dejar las bebidas en una de las mesas que había a mi espalda.

—Así que te envía a Coventry. Pasa de él.

Miré a Tony para que me explicara de qué me hablaba.

—No me manda a ninguna parte. Apenas me muevo de detrás del escritorio. Te he dicho que no me habla.

Tony se rio como si yo hubiera contado un chiste. Estaba claro que le faltaba ritmo. O que me faltaba a mí. Miré hacia abajo para comprobar que mi blusa estaba cerrada. Iba a tener que empezar a hacer viajes al cuarto de baño cada dos por tres para asegurarme de que no tenía nada fuera de lugar.

—Y cuando me habla, es monosilábico o grosero, o ambas cosas. —Empujé la copa vacía hacia él—. El siguiente —pedí, aunque me di cuenta un segundo después de que Tony se había alejado para servir a alguien al otro lado de la columna que quedaba a mi derecha.

—Vamos a por el cóctel número tres. —Agitó la coctelera un par de veces y yo sonreí. ¿Por qué los hombres pensaban que nos gustaba verles hacer malabares?—. ¿Sabes lo que he hecho siempre que he estado descontento con mi trabajo? —preguntó.

—¿Qué? —dije, acercándome para no perderme lo que iba a decir.

—Buscar otro.

Era la respuesta obvia, pero no resultaba tan fácil renunciar cuando tenía que pagar el alquiler y las facturas. Además, si mi padre no aportaba el dinero para la operación de mi madre, iba a tener que ahorrar todo lo posible para pagarla yo misma.

—Ya, pero no puedo buscarme otro trabajo, y no tengo ahorros a los que recurrir. Créeme, si hubiera otro puesto en el que me pagaran igual de bien, y donde mi jefe no fuera un auténtico gilipollas, estaría…

—Cuando tengas un minuto, Tony… —dijo una voz familiar a mi lado, haciendo que me detuviera en mitad de la frase.

No podía ser.

Era imposible que me ocurriera eso.

¿O no?

Andrew Blake estaba de pie a mi lado, en la barra. Madre mía, ¿acababa de llamar gilipollas a mi jefe en su cara? ¿O al menos a un lado de su cara?

—¿Te vas ya, James? —le preguntó Tony a Andrew.

Un momento… ¿Quién era James? Notaba la cabeza demasiado nublada para que eso tuviera sentido. Debía de estar alucinando.

En aquella nebulosa inducida por el alcohol, me giré para mirar a Andrew, apoyándome en la barra solo para asegurarme de que estaba viendo a quien pensaba.

No se inmutó. Ni siquiera giró la cabeza en señal de reconocimiento. Era como si yo no existiera. Por supuesto, porque ¿por qué iba a sufrir un completo cambio de personalidad en la última hora y media?

—Sí, por favor —dijo Andrew, sacando su cartera.

Tony dejó una de esas bandejitas de plata del tamaño de un posavasos con la cuenta. Ponía ciento ochenta libras.

¿Ciento ochenta libras? ¿Cómo era posible? Las cosas empezaron a encajar. Debía de estar allí desde hacía tiempo. Sentado a una de las mesas. ¿Habría oído todo lo que había dicho? ¿Todas las quejas que había expuesto sobre él?

Andrew dejó un montón de billetes en la bandejita.

—Quédate con el cambio.

A Tony se le iluminaron los ojos. Esa era una de las cosas más bonitas del Reino Unido y de las que ya me había advertido Natalie. El personal de los bares no esperaba propinas. Me sorprendió un poco que Andrew fuera tan generoso. Pensaba que era de los que pedían una compensación por todo lo que no fuera perfecto.

—Gracias, James. Te lo agradezco mucho. Hasta luego.

Andrew asintió y volvió a guardarse la cartera en el bolsillo, luego se dio la vuelta y fue hacia la puerta. Justo cuando llegó a la altura de mi taburete, se detuvo y se inclinó hacia mí.

—¿Sabes?, tu jefe parece un auténtico imbécil.

Toda la sangre del cuerpo me fue a los pies, y me tuve que agarrar al taburete para no caer, pero, antes de que pudiera pensar una respuesta, desapareció.

Me tambaleé en el taburete como si me hubieran disparado. Tenía que recordar que no debía tentar a la suerte diciendo que el día no podía ir a peor. Esa noche era la prueba de que, por muy malo que fuera algo, siempre había un camino que llevaba más abajo, hacia la alcantarilla.

—Un Kate Winslet —anunció Tony, deslizando una copa hacia mí. Intenté reprimir las arcadas. ¿Qué acababa de pasar?

—Ese tipo… —Señalé con la cabeza la puerta que Andrew acababa de atravesar—. ¿Se llama James?

—Sí —dijo—. Es un cliente habitual. ¿Por qué? ¿Te ha dicho algo?

Negué con la cabeza, muy confusa.

—¿Estás seguro de que su nombre es James?

Tony se rio.

—Estoy seguro. Acabas de oírme llamarlo así un par veces.

¿Por qué demonios iba Andrew a ir por ahí diciendo que se llamaba James?

—¿Crees que me ha oído quejarme de mi jefe?

Tony se encogió de hombros.

—Supongo que sí. Es decir, estaba en esa mesa, justo detrás de ti.

Me giré en el taburete para ver lo cerca que había estado Andrew cuando lo describía como un guardia de un campo de concentración. Se me encogió el corazón. Había apenas un hueco de sesenta centímetros entre mi taburete y la mesa. Era imposible que no lo hubiera oído.

—¿Y cuánto tiempo ha estado ahí? —No sabía por qué lo preguntaba. Había pagado una cuenta de ciento ochenta libras. Debía de haber estado mucho tiempo. Solo quería entender exactamente cuánto podía haber escuchado.

—Llegó antes que tú, ¿no? —preguntó Tony—. O tal vez justo después de ti. No lo recuerdo. Pero no te preocupes. Mucha gente se ha sentado en ese taburete y se ha quejado de su jefe. No creo que le importe.

Me pasé los dedos por el pelo. ¡Qué horror! Tenía que irme a casa, meterme en la cama y, con suerte, darme cuenta al despertarme de que ese día había sido el peor sueño de la historia de los sueños.

—La cuenta, por favor —dije. Más alcohol no iba a ayudarme. Nada podía hacerlo. Mi jefe no solo era un capullo de proporciones épicas, sino que también sabía que yo lo pensaba. ¿Valía la pena que fuera a la oficina el lunes? Estaba obligado a despedirme. De hecho, no sabía por qué había esperado. ¿Por qué no me había despedido antes de salir? Probablemente para poder torturarme un poco más haciéndome entrar y dar la cara.

Ese día había sido un desastre. Quizá odiara a Andrew Blake, pero necesitaba el trabajo. Tal vez, si me disculpaba, en esa ocasión sin echarme el café por encima, podía explicarle que solo estaba deprimida por la marcha de Natalie y que no era yo misma.

No. Eso no iba a funcionar con un hombre con un ego como el de Andrew Blake. Iba a tener que pensar en algo que obrara un milagro antes del lunes por la mañana o enfrentarme de nuevo a la perspectiva del desempleo.

9

SOFIA

Como si despertarme y darme cuenta de que me había quejado de mi jefe durante al menos una hora con él a medio metro de distancia no había sido suficiente, la resaca por la mezcla de cócteles estaba en pleno apogeo. Y, por si la amenaza de volver al paro y la resaca no fueran suficientes, estaba a punto de encontrarme con mi padre por primera vez.

¡Mátame, camión!

Lo único que quería hacer era tomar un somnífero, volver a meterme en la cama y despertarme en algún momento del siguiente mes de junio. En lugar de eso, estaba dando vueltas, con Google Maps abierto en el teléfono, tratando de encontrar la casa de mi padre, donde iba a almorzar.

Comprobé la pantalla para asegurarme de que la dirección que había enviado decía el número setenta y uno. Sí, esa era la casa. La mayoría de las casas de Londres tenían un intercomunicador y ciento veinte millones de botones, uno para cada apartamento encajado detrás de la puerta. Pero esa solo tenía un botón. Por supuesto, porque mi padre era rico como el rey Midas. Y por eso también estaba yo ahí.

—Dios me perdone por las mentiras que voy a decir. Solo intento que mi madre mejore su calidad de vida —dije, mirando al cielo mientras hacía la señal de la cruz. Respiré hondo y apreté el timbre.

No tuve que esperar demasiado antes de que se descorrieran los cerrojos y se abriera la puerta para dejar a la vista a un hombre con un jersey rojo que tenía exactamente los mismos pómulos que yo.

—¿Sofia? —preguntó, y negó con la cabeza—. Por supuesto que eres tú. —Abrió los brazos e hizo un gesto para invitarme a entrar—. Muchas gracias por venir. Todos estamos emocionados por conocerte.

—¿Está aquí? —chilló una chica desde el fondo del vestíbulo.

Una niña corrió hacia nosotros con un anticuado vestido de cuadros verdes y azules, y una diadema de terciopelo azul.

—Soy Bella —dijo la chica, tendiéndome la mano—. Encantada de conocerte. Somos medio hermanas, ya sabes.

Le estreché esa mano, un poco aturdida por su confianza. Estaba preparada para ver a mi padre, el hombre que siempre había sido la pieza que faltaba en el rompecabezas de mi vida mientras crecía. Y, por supuesto, me había dicho que sus dos hijas iban a estar ahí. Solo que no había pensado en ello más allá de la idea de que fuéramos a estar alrededor de la misma mesa. Pero Bella tenía razón. Llevábamos la misma sangre. Éramos hermanas.

—Bryony está bajando ya. —Se volvió hacia la escalera—. ¡¡Bryony!! —gritó.

—Shhh… —dijo la mujer que apareció por el pasillo justo cuando Bella corría hacia las escaleras. La mujer tenía un aspecto muy británico. Alta y de labios finos, con una pulcra hilera de perlas justo encima del cuello del jersey de color camel que, sin duda, era de cachemira cien por cien.

—¿Cómo estás? —me dijo, ofreciéndome una amplia sonrisa mientras me tendía la mano—. Soy Evan. Me alegro de que hayas podido venir a comer. Por favor, ven por aquí.

Miré a mi padre y me fijé en su piel pálida y su pelo claro, que no se parecía en nada al mío, y sus

ojos de color ámbar que eran iguales a los que veía todos los días reflejados en el espejo. Sonreía como si hubiera pasado la tarde en Happyland y estuviera hasta las cejas de azúcar.

Me llevaron al salón, una estancia situada al final de la escalera, que parecía sacado de *Downton Abbey*. Había enormes retratos de personas de otras épocas colgados en la pared, que tenía un papel pintado de flores que, en realidad, parecía tela y no papel, así como unas sillas antiguas que yo asociaba con Francia y con altas pelucas blancas y zapatos de raso puntiagudos. De hecho, se veían flores por todas partes, desde las cortinas hasta la alfombra y el sofá.

Bella se coló en la habitación con sigilo, de la mano de una chica un poco más baja que llevaba exactamente el mismo atuendo.

—Esta es Bryony.

La saludé, y Bryony me devolvió el saludo. Bella condujo a su hermana pequeña hasta lo que parecía un reposapiés, bajo una de aquellas enormes ventanas georgianas. Las dos se sentaron con las piernas cruzadas a la altura de los tobillos y las manos colocadas con delicadeza en el regazo, como si una fuera la sombra de la otra.

Casi se me escapó la risa, porque todo era muy raro. Seguro que esa gente tenía sirvientes y comía esos minúsculos sándwiches que servían en platos escalonados. Era un mundo muy distinto al diminuto apartamento de dos habitaciones en el que había crecido y al que todavía llamaba hogar, con sus paredes amarillentas y un retrete en el que había que tirar de la cadena dos veces después de las seis de la tarde para que no se bloqueara.

En la mansión donde me encontraba vivía alguien que había tenido una historia muy diferente.

—Es una casa preciosa —comenté, mirando la lámpara de araña que colgaba del techo, que hacía caer sobre nosotros una luz refractada.

—Gracias —dijo Evan, que se sentó y dio una palmada al cojín que había a su lado—. Es la casa de la familia de Des; nos vinimos a vivir aquí después de la muerte de sus padres.

Mis abuelos. No sabía que habían muerto. Pero tampoco sabía que mis hermanastras se llamaban Bella y Bryony.

Había muchas cosas que no sabía.

Tomé asiento y, tan pronto como lo hice, deseé no haberlo hecho. Aquello era demasiado extraño. Debí haber aceptado su primera sugerencia de tomar un café rápido, los dos solos. Si lo hubiera hecho así, no habría estado ahí, bajo las lámparas de araña, viendo cómo era su vida normal, que estaba muy lejos de ser normal para mí. Era la vida que yo habría podido tener si él hubiera elegido un camino diferente y no hubiera huido y abandonado a mi madre para que se las arreglara a su suerte, embarazada y pobre como un ratón de iglesia.

—¿Tomamos algo antes de comer? —preguntó mi padre cuando un joven de no más de veinte años entró en la habitación. Sonreí y pedí agua. El chico lo anotó, junto con las demandas de los demás, como si estuviéramos en un restaurante.

—¿Estás disfrutando de tu estancia en Londres? —preguntó Evan. Me pareció que solo habían pasado unos segundos cuando el chico regresó con el agua, por supuesto, acompañada de hielo y una rodaja de lima, junto con las bebidas de los demás. Tomé un sorbo y recé para que mi voz no pareciera un graznido.

—La estoy disfrutando mucho —expliqué—. No he tenido la oportunidad de ver demasiados lugares porque he estado muy ocupada en el trabajo, pero estoy deseando pasear por los parques y explorar los museos.

—Nos encanta el museo de Historia natural —intervino Bella—. ¿Verdad, Bryony?

Bryony asintió con diligencia.

Me reí de su actuación. Habrían tenido que estar en Broadway.

—El museo de Historia natural también era uno de mis favoritos cuando tenía tu edad. Al igual que la Biblioteca Pública de Nueva York. —La biblioteca había sido un paraíso para mí. Mi madre a menudo me dejaba allí entre los libros mientras ella salía a hacer algún turno en su trabajo principal como manicurista. En aquel momento no me había resultado extraño. Decía que le parecía más seguro que contratar a una canguro, ya que eso conllevaba el riesgo de que apareciera un novio adicto al *crack*. Tenía razón en que los delincuentes no solían pasar mucho tiempo en la biblioteca, y, además, era gratis. Siempre empezábamos en la sección infantil, donde elegía algunos de mis libros favoritos, y luego mi madre me acomodaba en un rincón de la zona de biología, por donde no iba nadie. Si alguien pasaba por allí, debía decir que mi madre acababa de ir al baño y que iba a regresar pronto. Pero nadie me preguntó nunca nada. Me quedaba sola, pero me sentía segura, rodeada de libros que eran apropiados para mi edad y de otros que no lo eran tanto.

Estaba segura de que Bella y Bryony no se habían escondido jamás en una biblioteca mientras su madre iba a trabajar. No estaba segura de si sentía envidia o pena por ellas.

En cualquier caso, era imposible no comparar sus vidas con la que había sido la mía a la misma edad. Después de todo, teníamos el mismo padre.

Me obligué a dejar de sentirme intimidada o denostada de alguna manera y centrarme en el premio. Ese día solo era una pieza en un puzle. La primera piedra para una relación en la que mi padre estuviera más dispuesto a darme el dinero que necesitaba cuando se lo pidiera. Tenía un trabajo que hacer y tenía que ponerme a ello.

Después de conversar un poco más, y cuando hubimos terminado las bebidas, pasamos al comedor, donde había más lámparas de araña y papel con flores pintadas, así como una mesa y sillas de comedor antiguas. Me pregunté si los británicos usaban los cubiertos de la misma manera que los americanos, o si iba a acabar haciendo el ridículo.

Debí haber buscado en Google algo de eso.

—¿Qué tal el nuevo trabajo? —preguntó mi padre mientras tomábamos asiento.

Me senté junto a Bryony y, cuando ella cogió la servilleta de su plato y se la colocó en el regazo, la imité. Sí, Bryony, de cinco años, iba a ser mi guía en etiqueta, lo supiera o no.

—Está bien. Estoy aprendiendo mucho.

—Andrew Blake tiene fama de ser exigente —dijo Des—. Espero que te trate bien.

Me encogí de hombros.

—Soy neoyorquina. Puedo manejar a Andrew Blake.

Con suerte, no se notó el calor que hacía que me ardieran las mejillas. No quería hablar del trabajo ni de Andrew. Había un noventa y nueve coma siete por ciento de posibilidades de que me despidieran el lunes, y no era necesario que Des lo supiera. Quería que pensara que se había perdido la oportunidad de ver crecer a su inteligente y encantadora hija, no que había esquivado una bola con efecto. Necesitaba provocar arrepentimiento en él, no alivio.

Por mucho que estuviera allí por una razón, mi padre y su historia me tenían intrigada.

—¿Te gustó Nueva York? —pregunté. No buscaba avergonzarlo. Quería saberlo. Era la mitad de mi ADN, y sentía curiosidad por saber qué partes de mí, aparte de mis pómulos y mis ojos, había heredado de él.

—Hace mucho tiempo que no voy, pero me gustaba la vida allí, aunque creo que me gusta más el campo.

Yo no conocía nada más que la vida de la ciudad. Y me parecía bien. Me encantaba Nueva York. Conocía cada grieta de sus aceras, cada boca de incendios rayada, cada tienda de Duane Reade desde

el Apollo hasta Battery Park.

—Tenemos una casa en Escocia —intervino Evan—. Vamos en verano.

El verano en Nueva York era todo un reto. Durante los últimos años, había pasado algún que otro día en la costa de Jersey con Natalie, pero debido a los trabajos y los estudios, la mayor parte de los veranos los pasaba en la abrasadora humedad de Manhattan. Al igual que el resto de neoyorquinos, intentaba sortear los edificios con aire acondicionado para evitar la sensación de estar siendo bañada por el aliento caliente de un borracho que salía tambaleándose de un bar de mala muerte a las tres de la tarde. Imaginaba que en Escocia era un poco diferente.

—Y a veces en Pascua —dijo Bella—. Me gustan los caballos.

—A todo el mundo le gustan los caballos —dijo Bryony, hablando por primera vez.

—¿A ti te gustan los caballos, Sofia? —preguntó Bella.

Era una pregunta sencilla, e imaginaba que la mayoría del círculo de Bella podía responderla con facilidad. El problema era que la pregunta y mi respuesta revelaban mucho más que las preferencias equinas.

—No me gustan los caballos —respondí.

—Tengo algunos amigos que han hecho un máster en Columbia —intervino Evan, antes de que el ceño fruncido de Bella se tradujera en más preguntas—. Dicen que es un curso muy bueno.

—Lo disfruté mucho. —Al estar rodeada de los demás estudiantes de Columbia, había sentido que me codeaba con la élite por primera vez en mi vida. Claro, seguía sintiéndome como una extraña, pero sabía que era tan lista como la gente que me rodeaba. Solo que más pobre. Eso había disparado mi ambición y me había ofrecido la dosis de confianza que tanto necesitaba—. Es emocionante poder afrontar mi futuro con ese tipo de cualificación. Siento que se me ha abierto un mundo de posibilidades.

Miré a mi padre, que apartó la mirada. Parecía que nada de lo que pudiera decir fuera a la vez conveniente y cómodo para mi padre. La respuesta de mi madre para la mayoría de las cuestiones era que fuera yo misma. Valoraba la sinceridad por encima de las demás cosas.

«Non ho peli sulla lingua», «No tengo pelos en la lengua», decía después de soltarme alguna verdad que yo no quería oír. El problema era que no sabía cómo ser yo misma sentada alrededor de una mesa con la familia de mi padre biológico. La situación era demasiado extraña para mí. Todo, desde el sofá hasta las servilletas, parecía provenir de un mundo diferente. ¿Dónde encajaba yo?

—Es una oportunidad increíble —aseguró Evan—. Me sentiría muy orgullosa si Bella o Bryony hicieran un máster en Columbia.

Una sonrisa de agradecimiento me curvó los labios, y asentí. No tenía por qué ser tan amable.

—Tenéis que estudiar mucho —dijo Evan dirigiéndose a las niñas—. Vuestra hermana os ha abierto el camino. Por eso tenéis que hacer los deberes. ¿No es así, Sofia?

—Los deberes son muy importantes. —El evidente esfuerzo de Evan por incluirme en el mundo de Bella y Bryony, dirigiéndose a mí como su hermana, era conmovedor. Me ofrecía la esperanza de que, a pesar de la evidente incomodidad de mi padre, él podía querer seguir cimentando nuestra relación. Y que, tal vez, Evan, Bella y Bryony podían ser una ventaja encantadora en mi engaño.

10

ANDREW

Llevaba semanas sin salir de copas con mis amigos más cercanos. Cuando estaba en plena operativa del cambio de rumbo de una empresa, solía estar demasiado ocupado; mi concentración y mi dedicación estaban puestas en el trabajo, y solo podía consagrarme a él y a dormir. Así que esperaba con ansia que llegara esa noche.

—Tristan —dije mientras tomaba asiento en el pub de Mayfair en el que siempre quedábamos cuando le tocaba a Beck elegir el lugar de reunión—. Gabriel.

—¿Quieres que te pida algo? —preguntó Gabriel.

Negué con la cabeza. La camarera sabía lo que quería e iba a servírmelo.

—¿Así que estás aquí, pero no bebes? —preguntó Tristan—. ¿Y eso para qué sirve?

—No he dicho que no vaya a beber.

En ese momento, la camarera se acercó y puso una pinta delante de mí.

—La Benediktiner Helles —informó.

No se había olvidado.

—Gracias —dije antes de tomar un sorbo.

—¿Cómo lo consigues? —preguntó Tristan—. ¿Cómo haces que la gente te traiga lo que quieres sin tener que pedírselo? ¿Eres mago en tu tiempo libre?

—No tengo tiempo libre —respondí.

—Eso no responde a mi pregunta.

—¿Qué está pasando? —dijo Dexter mientras tomaba asiento—. ¿De qué se queja Tristan? Beck, ¿puedes traerme una Guinness por favor?

Y, como solía ocurrir a menudo con Tristan, Dex no consiguió una respuesta a su pregunta porque nuestro amigo era demasiado impaciente y demasiado fácil de distraer.

Cuando todos estuvimos reunidos alrededor de la mesa, me aclaré la garganta.

—Bien, necesito vuestra ayuda.

El silencio envolvió al grupo. Era raro que yo fuera quien llegara a una salida nocturna con un problema que resolver o una cuestión sobre la que reflexionar. Presumía de ser yo quien encontraba salidas a los problemas de los otros. Además, en general, no me gustaba que opinaran en conjunto sobre mis dilemas. Pero no lograba pensar con claridad. La bola de lujuria que se había acumulado en mis entrañas cuando Sofia había entrado en mi despacho con la blusa desabrochada era una prueba de ello. Desde que me habían despedido de mi primer trabajo a los veinticinco años, había levantado unos muros de hierro entre mi vida laboral y mi vida personal. En aquel momento, había dejado que ambas partes de mi existencia colisionaran, y me había asegurado de que no volviera a ocurrir. Que me hubiera dado cuenta de que Sofia era más que una chica cualquiera era una señal segura de que no mostraba mi habitual yo centrado. Escucharla el viernes hablando sobre mí en el Noble Rot me había hecho comprender que tenía un verdadero problema. Lejos de sofocar el deseo que había sentido ese mismo día, sus inteligentes palabras lo habían reavivado. Mis muros de hierro estaban oxidados, y necesitaba que mis mejores amigos me echaran una mano. Ellos podían ayudarme a volver a poner mi enfoque en *Verity*.

—Como todos sabéis, mi abuela falleció justo antes de Navidades, y eso me hizo pensar en

algunas cuestiones.

—¿En *Verity*? —preguntó Gabriel.

Asentí.

—Nunca ha sido fácil para mí ver cómo se convertía en una publicación tan inútil, pero ahora que mi abuela ha desaparecido, lo único que queda de ella es su legado. Y este es *Verity*. No puedo quedarme de brazos cruzados viendo cómo se deforma y corrompe.

—Es como si hubieran vertido pintura en la Mona Lisa y hubieran empezado a extenderla con palos —dijo Tristan. Se mostraba muy apasionado en mi nombre, lo cual agradecí.

—Por eso tengo que hacer algo al respecto.

—Gran idea —dijo Tristan—. ¿La vas a comprar?

¿Por qué Tristan sacaba conclusiones erróneas tan a menudo? Pues porque era un impaciente. Ese hombre necesitaba aprender a tomarse las cosas con calma.

—No, por supuesto que no voy a comprarla. No me dedico a eso. No dirijo empresas. Las reestructuro. Quiero encontrar a alguien que la compre, alguien que posea el mismo tipo de habilidad, pasión y determinación que ella tenía. Necesito a alguien con experiencia en el mundo del periodismo de investigación para que *Verity* vuelva a ser lo que era. Me he acercado a Bob Goode mil veces y me he ofrecido a hacer la reforma interna que la revista necesita, pero no quiere. *Verity* necesita otro dueño. Y yo estoy encantado de ofrecerle mi equipo para ello.

—Con el dinero de otra persona —dedujo Gabriel.

—Sí, siempre hago los cambios con el dinero de otra persona.

—Correcto, pero esta no es una empresa más —dijo Beck—. Y se trata de restaurar un legado, no de volver a poner un negocio en marcha.

—*Verity* puede tener beneficios. No tengo ninguna duda al respecto.

—Será todo un reto —reconoció Tristan—. La publicación de revistas ya no es un negocio que dé dinero.

—Nunca lo ha sido. —¿Qué demonios sabía Tristan sobre revistas?

—¿No has pensado en comprar *Verity* tú mismo? —sugirió Beck—. No hay nadie más vinculado a ella que tú, y eso es lo que se necesita cuando se tiene una lucha tan ardua por delante.

—Como he dicho, no me dedico a eso. Yo reestructuro y doy nuevas oportunidades. No dirijo empresas ni a medio ni a largo plazo —sentencié.

—Me cuesta entender cómo vas a convencer a alguien para que la compre —continuó Beck—. Los inversores de capital privado podrían ver una oportunidad en ella, pero no si el objetivo es volver a convertirla en una revista intelectual con costes carísimos.

Eso era cierto. A un inversor de capital privado tradicional podía llevarlo a la bancarrota.

—Así que necesitamos un comprador comercial —dije—. Alguien que ya conozca el negocio.

—Como Goode —apostilló Tristan, siempre irritante.

—Mira —dijo Gabriel, poniéndome la mano en el hombro—. Si estuvieras ahora en mi lugar, me mirarías a los ojos y me dirías que me controlara. Ningún inversor comercial tiene los bolsillos lo bastante profundos como para costear la transformación que quieres hacer. Ningún *holding* de capital privado tendrá esa voluntad. Si vas en serio y quieres actuar con rapidez, tienes que comprar *Verity* tú mismo, darle la vuelta de la manera que solo tú puedes y luego meter a un gestor. Después de eso, tal vez puedas encontrar un comprador.

Tenía razón: si yo hubiera estado en su lugar en ese momento, eso habría sido exactamente lo que habría dicho.

La irritación me puso el pelo de punta. Debí verlo antes que Tristan. Antes de Gabriel. Pero por

eso habíamos quedado esa noche. Necesitaba que la gente que me conocía me dijera lo que ya sabía.

—Vale —dije. Eché hacia atrás el taburete y me puse de pie.

—¿Ya te vas? —preguntó Gabriel.

—¿Nos utilizas solo por nuestras mentes y luego nos desechas como vino barato? —intervino Dexter.

No respondí. Había obtenido la respuesta que necesitaba y había recuperado de nuevo la concentración. No podía perder el tiempo. Tenía que idear un plan y ponerlo en práctica. Me acerqué a la barra, dejé caer cien libras para cubrir mi bebida y asegurarme de que la próxima vez tampoco iba a tener que pedir lo que quería. Y luego fui a la salida.

Sabían que los quería. No necesitaba despedirme de cada uno de ellos con un besito.

11

ANDREW

Las puertas de cristal de las oficinas de Blake Enterprises estaban abiertas cuando llegué poco antes de las seis. Eso solo podía significar una cosa: Sofia Rossi me había desafiado y había entrado antes de las ocho. Parecía no aceptar la idea de que el jefe ponía las reglas y la empleada las seguía al pie de la letra.

El viernes había sido un día muy malo. Pero, al menos, ya estaba seguro de que no había intentado seducirme cuando había entrado en mi despacho medio desnuda. Escucharle relatar aquella lamentable historia a Tony en el Noble Rot había sido lo mejor de mi semana, un hecho tan perturbador como seductor.

Y cuando se había dado cuenta de que yo había escuchado lo que había estado diciendo sobre mí, su suave piel olivácea se había puesto blanca y brillante.

Lo que ella no sabía era que me importaba un bledo lo que pensara de mí. Que no era estúpida estaba claro, y lo que pensaba no era diferente a lo que todas mis asistentes anteriores habían opinado sobre mí, con la excepción de Joanna, por supuesto.

Abrí la puerta con fuerza y fui a mi despacho. Tenía mucho que hacer. Había pasado toda la noche elaborando estrategias y pensando en *Verity*. Tenía que organizar mis pensamientos y esbozar un plan detallado.

Cuando entré en el despacho de mi asistente, que estaba sentada tras su escritorio, ella se puso en pie.

—Andrew… —dijo.

—Le dije que no entrara antes de las ocho.

—Quería hablar con usted antes de las doce. Si me va a despedir, prefiero acabar de una vez.

La ignoré y me dirigí a mi despacho. No sabía qué estaba balbuciendo.

Para mi desgracia, me siguió al interior.

Gemí. Necesitaba espacio. Tiempo. Necesitaba que saliera de allí. ¿Por qué no podía hacer lo que le había pedido?

—Entonces… —dijo, de pie frente a mi escritorio, con una mano en las caderas.

No me importaba lo que había pasado el viernes. No me importaba que se le hubiera abierto la blusa, que se hubiera derramado la bebida por encima ni que me hubiera criticado en el bar. Nada de eso me importaba.

Pero a pesar de haber recuperado parte de mi concentración, todo lo anterior no me impedía mirar a Sofia de forma un poco diferente. La blusa desabrochada había cambiado algo en mi interior. Por eso, cuando la tenía delante, veía a una empleada, pero también a una mujer. A una mujer hermosa que poseía esa mezcla de confianza y elegancia que, según mi experiencia, solo las mujeres italianas poseían. Veía a una mujer que tenía un culo fabuloso y lo sabía. Veía a una mujer a la que no me habría importado sentar en mi regazo con las piernas separadas y torturarla durante horas antes de sentir cómo se corría en mis dedos gritando mi nombre. Si no hubiera sido mi empleada…

Pero lo era.

Me aclaré la garganta y traté de concentrarme en lo que estaba pasando.

—¿Qué?

Me di la vuelta y colgué la chaqueta del traje. Luego tomé asiento antes de encender el ordenador.

—Quiero saber si me va a despedir.

Suspiré.

—¿Por qué iba a despedirla?

Sus mejillas estaban tan rojas como el viernes justo antes de que se le derramara la bebida. Estaba seguro de que adquirían ese tono perfecto justo antes de correrse.

Joder. ¿Esa mujer me había hechizado o algo así? ¿Por qué no podía volver a convertirse en una barra de pan y salir de mi cabeza? Tenía que concentrarme. Ese día me quedaba mucho por hacer.

—Solo pensaba que… Ya sabe…

—Fuera —espeté—. Y no vuelva a molestarme antes del mediodía.

Tenía que aparcar a Sofia Rossi en el fondo de mi mente y mantenerla allí. Tenía preocupaciones más urgentes que requerían de todo mi tiempo de reflexión y concentración, como la forma de comprar *Verity* y restaurar el legado de mi abuela.

12

SOFIA

No estaba segura de por qué me encontraba allí, pero allí estaba. En el Noble Rot, en Lamb Conduit Street, en Bloomsbury, a dos manzanas de la oficina. Estaba desesperada por encontrarle sentido a lo que había sucedido el viernes por la noche y averiguar si estaba perdiendo la cabeza o no.

Si Andrew hubiera escuchado todo lo que había dicho, seguramente me habría despedido. O, al menos, me habría reprendido por la mañana; a fin de cuentas, le había dado todas las oportunidades posibles. Sabía que había escuchado al menos una parte de mi diatriba porque me había soltado esa bomba de despedida de que mi jefe era un auténtico gilipollas.

¿Era posible que no le importara? Sabía que mi trabajo como asistente era impecable, pero ¿era lo bastante buena como para esquivar el castigo por una agresión con un arma mortal? Quizá mi lengua no fuera tan afilada como recordaba.

Así que había vuelto al Noble Rot porque quería comprobar que no había alucinado el viernes. Al ver la forma en la que Andrew había reaccionado cuando le había preguntado si me iba a despedir, había llegado a pensar que nada de lo que había pasado el viernes había sucedido de verdad. O estaba negando la realidad él o lo estaba haciendo yo, y quería saber cuál de los dos tenía razón.

No esperaba que estuviera allí de nuevo esa noche. Se había ido temprano a una reunión en el otro extremo de Londres. Lo que hacía más fácil lo que tenía planeado: preguntarle a Tony si Andrew era «James».

Tenía una foto de Andrew en el móvil, y estaba esperando a que Tony empezara su turno. Faltaban cuatro minutos.

—Hola, Sofia —dijo Tony.

—Llegas pronto.

Me guiñó un ojo.

—Me estabas esperando. Qué bien… ¿Qué puedo ofrecerte? ¿Vas a seguir probando los cócteles de la carta? Creo que el Emma Thompson es el siguiente.

Sonreí, tratando de ignorar la forma en que se revolvió el contenido de mi estómago ante la idea de tomarme un cóctel con el nombre de una ganadora del Óscar.

—¿Puedo pedir una copa de vino tinto? ¿De Barolo, si tienes?

Iba a dejar que Tony se hiciera cargo del turno, y pensé que luego podría preguntarle.

Tony puso una copa de vino tinto delante de mí y tomé un sorbo; disfruté del calor que bajó por mi garganta y se acumuló en mi vientre.

—¿Lo de siempre? —preguntó Tony. Estaba a punto de decirle que por el momento me bastaba con el Barolo, pero me di cuenta de que no me hablaba a mí. Miré al hombre que acababa de sentarse en el taburete contiguo al mío.

Madre-del-amor-hermoso.

Era Andrew.

—Gracias, Tony.

—Un placer, James. Me alegro de verte de nuevo.

Nunca lo habría imaginado. Era Andrew, y lo llamaba James. Quizá Tony se equivocaba de nombre y Andrew era demasiado educado para corregirlo. Tuve que reprimir la risa; por supuesto que no era eso. Andrew no era educado.

Pero ¿por qué estaba allí? ¿Y por qué seguía fingiendo que no me conocía?

Tony puso una copa delante de Andrew, que asintió en señal de agradecimiento. Se volvió hacia mí, con la copa en el aire.

—A tu salud —dijo. Su voz era profunda y grave, con una pizca de ronquera que sentí entre mis piernas. No me gustaba nada que me pareciera tan condenadamente atractivo.

—A la tuya —repuse, levantando la copa en modo piloto automático.

Ambos dimos un sorbo a nuestras bebidas. Mientras bebía, observé a Andrew por el rabillo del ojo. No parecía estar burlándose de mí.

¿Cuál era su plan?

Volvió a deslizar la copa sobre la barra antes de volverse hacia mí una vez más.

—James —dijo, tendiéndome la mano.

Se la estreché un poco aturdida.

—Sofia.

Asintió.

—Encantado de conocerte, Sofia. Espero que hayas arreglado las cosas con tu jefe.

Solo había una explicación: Andrew debía de tener un gemelo idéntico. También podía ser que Andrew tuviera amnesia intermitente. ¿Existía tal cosa?

No, ese era el argumento de una ridícula y bonita comedia romántica protagonizada por Reese Witherspoon. No era mi vida. Mi vida incluía que mi jefe me viera despelotada y que se me rompiera el tacón de unos flamantes zapatos nuevos. Nada en mi día a día era digno de Hollywood. Salvo, quizás, la cara y el culo de Andrew.

O la cara y el culo del hombre sentado a mi lado en la barra.

—En realidad no —respondí—. Pero no me ha despedido. Así que ahí estamos.

—No pareces feliz por conservar el trabajo.

¿Era una prueba? ¿Iba a convertirse James en Andrew si decía lo que no debía?

—Oh, estoy muy feliz por ello. Delirantemente feliz. Incandescente de placer.

Se rio. ¡Se rio! Como alguien con verdadero sentido del humor. Aquello no tenía ninguna lógica. Había aprendido con rapidez que Andrew era un hombre de pocas palabras. Pero no solo no había mencionado que yo trabajaba para él, sino que fingía que éramos desconocidos. Una oleada de lujuria me bajó por la columna vertebral, y traté de ocultar el escalofrío que me recorrió el cuerpo tomando otro sorbo de vino.

—¿Y tú? —pregunté—. ¿También tienes un jefe gilipollas? —Me dije que el alcohol me envalentonaba, pero, en realidad, si él quería jugar a aquello, íbamos a ver hasta dónde podía llegar.

Esa vez giró todo su cuerpo para ponerse de cara a mí, y me sostuvo la mirada al tiempo que esbozaba la sonrisa de John Kennedy Jr. con contundencia.

—No. Yo soy el jefe gilipollas del que, sin duda, la gente que trabaja para mí habla en los bares.

La anticipación me hizo estremecerme.

—¿No te molesta?

Cogió aire y lo soltó con suavidad.

—No. La gente siempre se queja de sus jefes. Y, tal como yo lo veo, la opinión que tengan sobre mí no es asunto mío.

—Es una forma interesante de ver las cosas.

—Es la única manera. Tus empleados nunca van a estar de acuerdo contigo. No opto a ganar el primer premio en un concurso de popularidad. No me importa que la gente me quiera o no. No espero que lo hagan. Digo la verdad. No me gusta perder el tiempo, complacer a la gente o tener favoritos. Y todo eso no suele hacerme demasiado popular. —Se encogió de hombros y se volvió hacia la barra.

¿Intentaba explicarse? ¿Justificar su forma de ser?

—Eres borde —dije. Podía tomarlo como una pregunta o una afirmación, dependiendo de si era Andrew… o James.

—Sí.

Al menos se conocía a sí mismo. No era uno de esos tipos que se creían algo que no eran. Había algo muy sexy en un hombre con tanta conciencia de sí mismo.

—¿Y no crees que la gente se toma las cosas demasiado a pecho?

—Me da igual. Si a la gente que trabaja para mí no le gusta mi forma de actuar, puede irse. Yo estoy ocupado. Estoy concentrado. Me gusta centrarme en lo que importa.

—¿Y la gente no te importa? —pregunté.

—Me importan las personas que van a perder su empleo si no se me ocurre cómo salvar las empresas para las que trabajan. Me importan los legados de las personas que fundaron buenas empresas que han sido dirigidas por gestores incompetentes. Lo que no me importa son los empleados que se ofenden porque no charlo sobre la última serie de Netflix.

Solté un largo suspiro, dejando que me llenara el significado de sus palabras. Me parecía alguien brusco, grosero y exigente, pero él se consideraba a sí mismo eficiente, concentrado y dedicado.

Y los dos teníamos razón.

—Entiendo —dije.

—Perfecto. —Dio el último trago a su bebida. De inmediato, y sin que Andrew tuviera que pedirlo, Tony la sustituyó por una nueva.

Me había dicho más en aquellos diez minutos que en las dos últimas semanas. Y daba la impresión de que había elegido de forma deliberada cada palabra que había dicho para no desperdiciar aliento en nada superfluo. Como si tuviera control absoluto de todo el universo. Como si, si lo necesitara, pudiera detener el tiempo antes de permitir que se precipitara. Resultaba exasperante en la oficina, pero totalmente embriagador bajo las tenues luces de ese acogedor pub. Tuve el impulso de trazar el contorno de sus labios con la yema de los dedos y pedirle que siguiera hablando para poder disfrutar del poder y la vibración de sus palabras contra mi piel.

Me retorcí en el asiento y Andrew me sostuvo la mirada como si pudiera leer mis pensamientos. Sus ojos ardían como si emanara de él pura energía sexual.

—Eres muy atractiva —comentó, y fue como si hubiera enviado un rayo de lujuria directo a mi vagina. Una afirmación tan rotunda no debía resultar tan sexy, pero Andrew lo había conseguido. O tal vez no era Andrew el que me hacía sentir como si mil burbujas estallaran en la superficie de mi piel. Tal vez era James.

—Gracias —repuse. ¿Debía devolverle el cumplido y decirle que pensaba que era el hombre más guapo que había conocido? Supuse que él ya lo sabía, dado mi discurso sobre su culo apretado y su cara.

Apartó la mirada de mí y se bebió lo que quedaba en la nueva copa. Luego dejó algo de dinero en la barra y se levantó. El calor que parecía encerrarnos en una extraña burbuja de energía se desvaneció. ¿Iba a irse de verdad?

—Hasta luego —se despidió antes de marcharse.

El hombre al que había odiado con tanta vehemencia durante las dos últimas semanas se había ido. Y yo quería que se quedara.

13

ANDREW

Abrí de golpe la puerta de mi despacho. Sofia estaba sentada ante el escritorio, tecleando. Por enésima vez, me reprendí mentalmente por haber vuelto a ir al pub la noche pasada. ¿Por qué no me había mantenido al margen? Tampoco sabía con seguridad si ella iba a estar allí, pero había corrido el riesgo. Lo peor de todo era que me había alegrado mucho cuando la había visto en el taburete, exactamente en el mismo lugar en el que había estado el viernes anterior.

Era como si pudiera sentir que los muros de hierro que había construido a mi alrededor se desmoronaban bajo mis dedos sin que yo pudiera evitarlo. Por supuesto que Sofia era atractiva; hermosa, en realidad. Pero ya había conocido antes muchas mujeres hermosas, y eso no me había hecho romper mis reglas ni me había hecho querer hacer cosas inapropiadas. Durante la última década, había desarrollado el autocontrol de un maldito maestro Jedi.

Entonces, ¿qué me pasaba con Sofia?

La única vez que los círculos de mi vida personal y profesional se habían superpuesto, había sido un desastre. La mujer con la que salía me había despedido porque no le gustaba que hubiera puesto fin a nuestra relación. Ser un abogado junior despedido por acoso sexual, incluso entonces, había significado que yo era tóxico. Mi carrera jurídica se había echado a perder antes de que tuviera la oportunidad de ponerse en marcha. Durante meses perdí todo mi autocontrol. Bebí demasiado, follé mucho y tomé algunas decisiones tan escandalosas como malas. Caí, seguro de que no iba a volver a levantarme. Llegué a pensar que mi vida había terminado.

Solo cuando Gabriel me metió un ejemplar de *Verity* por debajo de la puerta, entré en razón. Supe que tenía que darle un nuevo rumbo mi vida para poder rescatar a la revista.

—¿Puedo ayudarlo en algo? —dijo Sofia, sacándome de mis recuerdos.

—¿Todavía no sabemos nada? —ladré, irritado, porque ella tenía la capacidad de disolver mi concentración, incluso de espaldas a mí. Además, conocía la respuesta. Llevaba seis horas dando golpecitos con los dedos en el escritorio mientras esperaba a que Goode me devolviera la llamada. Habría oído sonar el teléfono de Sofia, pero este había permanecido en un silencio sepulcral durante las seis últimas horas.

—Lo siento —dijo, mirando hacia arriba y hacia abajo como si fuera a morderla.

Si ella supiera las ganas que tenía de hincarle el diente…

El día anterior le había pedido a Sofia que llamara a la asistente de Bob para intentar organizar un almuerzo, pero había sido en vano. Le dijeron que estaba trabajando en algunos «asuntos urgentes» y que no iba a añadir nada a su agenda hasta nuevo aviso. Por supuesto, estaba mintiendo, así que había decidido tomar cartas en el asunto y llamarlo yo mismo. Por eso lo había hecho; dos veces. Y dos veces me habían dicho que estaba reunido y que iba a ponerse en contacto conmigo.

Mentira sobre mentira, de la peor calaña.

—Son más de las siete —comentó Sofia—. Creo que, si fuera a llamar hoy, ya lo habría hecho.

Tenía razón. Si iba a llamar, podía hacerlo a mi móvil.

—Debería irse. —Volví a mi despacho y cerré la puerta de golpe.

Maldito Goode. ¿Cómo iba a comprar su empresa si ni siquiera aceptaba mis llamadas?

Un golpecito en la puerta interrumpió mis pensamientos y, como de costumbre, Sofia entró sin

esperar a que yo le diera permiso. ¿Era su rebeldía lo que me tenía enganchado e hipnotizado?

—¿Necesita algo de Goode? —preguntó—. ¿Es algo que pueda entregarme su asistente?

—No —dije.

En lugar de suspirar y volver a su escritorio, que era lo que normalmente hacía cuando la increpaba, se acercó más a mi mesa. Noté que se me tensaban los tendones del cuello y me agarré al escritorio.

—Andrew —susurró—. Dígame lo que está tratando de lograr. Quizá pueda ayudarlo.

Tuve que reprimirme para no poner los ojos en blanco. Sofia no iba a poder ayudarme a comprar una empresa.

Comprar *Verity* era la única opción. Gabriel y Beck, e incluso Tristan, me habían hecho ver la realidad: no había forma de convencer a nadie para que invirtiera en una revista que quería destruir y volver a construir. Comprar empresas no era mi *modus operandi* habitual, y no quería cagarla. Pero si Goode se negaba a atender mis llamadas, ¿qué podía hacer?

A pesar de que era una especie de Afrodita, estaba segurísimo de que Sofia no tenía la respuesta en lo que respectaba a Bob.

—Quiero reunirme con Goode.

—Ya, eso lo he descubierto por mí misma. Pero ¿por qué? ¿Es un amigo? ¿Un contacto? ¿Un inversor potencial? ¿Y por qué se niega a reunirse con usted? No tengo problemas para conseguir hueco en las agendas del resto de la gente, sin importar quién sea ni lo importante que parezca. Le juro que podría conseguir una reunión con la reina si quisiera.

—No quiero una reunión con Su Majestad. Solo con Bob Goode.

—Entonces, ¿cuál es el problema? ¿Se ha acostado con su mujer o algo así?

¿Por qué pensaba que el sexo era la fuente del problema? ¿Había tenido tantas fantasías conmigo desnudo como yo con ella?

—Es idiota. Cree que no necesita mis consejos —dije.

—Por supuesto. —Se burló de mi sorpresa y de mi horror, y tuve que admitir que me hacía un poco de gracia.

—¿Puede creerlo?

Sonrió, cálida como un fuego crepitante en invierno e igual de acogedora.

Negué con la cabeza.

—De todos modos, no quiero darle consejos. Puedo admitir la derrota en ese frente. Quiero comprar una de sus revistas.

—Vaya —comentó Sofia—. ¡Qué emocionante! Así que no se limitaría a reconstruirla y devolverla. ¿La quiere para siempre?

—Más o menos. —No sabía por qué estaba hablando de eso con ella. No podía ayudarme. Hablar con ella era una pérdida de tiempo porque debía pensar en formas creativas de conseguir que Goode se reuniera conmigo.

—¿Y si la adquiere a través de una empresa en el extranjero para que no sepa que es usted? —dijo.

Levanté la vista, y ella me sostuvo la mirada con un interés receloso. En teoría, era una buena idea, pero en la práctica estaba intentando convencerlo para que me dejara comprar uno de sus activos que no estaba en venta. Engañarlo podía levantar sus sospechas y hacerme retroceder en lugar de mejorar las cosas.

—No funcionaría —expliqué—. Necesito que lo haga de buena gana. Por estúpido que parezca, la gente no hace negocios con gente que no le gusta. Y si le tiendo una emboscada, se acabó el juego.

—Ya. Bueno, déjeme pensarlo. Estoy segura de que se nos ocurrirá un plan.

Sofia no tenía que planear nada. Yo sí.

—No se preocupe. Debería irse. —Con suerte, iba a marcharse directamente a su casa y no a detenerse en el pub. No estaba seguro de poder contenerme cuando saliera del despacho. Aunque sabía que era malo para mí y para ella, no podía garantizar que dejara pasar la oportunidad de ser el tipo que se sentara junto a ella esa noche, el que disfrutara de sus palabras inteligentes, de sus mejillas sonrosadas y de las curvas de su trasero.

Se detuvo, y cambió el peso de un pie a otro. Yo era su jefe. ¿Cuánto tiempo iba a seguir desafiándome? ¿Cuánto podía durar mi autocontrol? Finalmente, suspiró y cerró la puerta al salir.

14

SOFIA

Inmersa en la investigación de una empresa sobre la que Andrew me había pedido información, me sobresalté al oír el suave toque en la puerta de la oficina. Antes de que pudiera responder, la puerta se abrió con un chirrido y una mujer de pelo plateado asomó la cabeza.

—¿Sofia? —Me sonrió.

Me puse de pie y abrí la puerta de par en par.

—Sí, ¿en qué puedo ayudarla?

—Soy Joanna.

Nos dimos la mano y ella miró por encima del hombro.

—Espera un momento. —Se encogió de hombros como si estuviéramos en medio de una gran conspiración, sin que su brillante sonrisa se apagara.

Se alejó a toda prisa y regresó con una pequeña tarta, glaseada en blanco con un «Feliz Cumpleaños» en color púrpura.

—La dejé en la nevera mientras me ponía al día con Douglas. ¿Cómo está? —preguntó, señalando la puerta de Andrew.

¿Era la madre de Andrew?

Miré el reloj fijado en la pared del fondo y sonreí.

—Está bien. ¿Quiere…?

Antes de que tuviera la oportunidad de terminar la frase, Andrew abrió la puerta de su despacho, pero me ignoró por completo y casi sonrió cuando vio quién lo estaba esperando.

—Joanna… —Su tono totalmente neutro sonó lo más parecido a «cálido» que se podía escuchar en el trabajo. Pero, al menos, sabía que Joanna no era su madre.

—¡Andrew! —Ella sonrió—. ¡Feliz cumpleaños!

¿Era su cumpleaños?

Él señaló el despacho con la mano, invitando a Joanna a entrar. ¿Quién era esa mujer que podía llegar sin avisar y tener semejante bienvenida? Habría esperado que cualquier invitado no anunciado fuera despedido con un *bazooka* o, como mínimo, con un bate de *cricket*.

—¿Quién le digo que…?

Cerró la puerta antes de que pudiera terminar la frase.

Dios, qué idiota era.

Mi curiosidad estaba en pleno apogeo, pero no podía distinguir más que un murmullo de voces detrás de la puerta cerrada por más que intentara aguzar el oído. ¿Quién era esa mujer? ¿Una amiga de la familia? Pero él no mantenía relaciones personales en la oficina. ¿Quién se atrevía a llevarle una tarta de cumpleaños?

Me acerqué un poco más. Seguía sin poder entender lo que decían. Miré por encima del hombro, solo para asegurarme de que la puerta de mi despacho estaba cerrada, y apreté el oído contra la madera. Lo único que había conseguido distinguir era la risa de Joanna cuando un fuerte golpe en la puerta exterior me hizo pegar un brinco de tres metros en el aire.

—Douglas —dije, tirándome de una manga para cubrirme la mano y frotar una marca inexistente en la jamba de la puerta del despacho de Andrew—. Perfecto. —Como si quitar una

marca fuera todo lo que había estado haciendo y no quisiera escuchar a escondidas.

—¿Puedes darle esto a Andrew cuando Joanna se vaya, por favor? —Puso un dosier en mi escritorio y me senté de nuevo.

—Claro. ¿Sabes si estará mucho tiempo ahí dentro?

Douglas se encogió de hombros y se fue.

Las voces murmuradas se aproximaron y la puerta se abrió un poco.

—Has sido muy amable al acordarte —decía Andrew—. Y si cambias de opinión, solo tienes que decirlo.

—Me alegro de verte —repuso Joanna. Salió del despacho de Andrew y cerró la puerta a su espalda. Ni siquiera diez minutos con Andrew habían logrado atenuar su sonrisa. Era un ángel enviado por el mismísimo Dios.

Ese era un buen momento para entregarle a Andrew el archivo que Douglas había dejado encima de mi mesa, pero no pensaba dejar pasar la oportunidad de tener más datos sobre quién demonios era Andrew Blake.

—¿Le ha gustado la tarta? —le pregunté a Joanna.

Se rio.

—No lo creo. ¿Cómo te va? Andrew me ha dicho que eres nueva.

¿Estaba hablando de mí?

—El trabajo tiene sus altibajos.

—¿En serio? Estuve en este puesto durante casi siete años antes de jubilarme.

Me levanté de la silla.

—¿Hacía mi trabajo?

—Por supuesto. Y disfruté de cada momento. Es un hombre maravilloso.

Todo lo relacionado con Andrew Blake era confuso. Sus estados de ánimo. Su medio de transporte. Su masturbación tántrica de seis a doce cada día. Y allí estaba Joanna, mi predecesora, diciéndome lo maravilloso que era.

—Es un enigma, a veces —dije—. Pero me gustan los retos.

—Espero que estés usando el paquete de información que hice sobre él. Lo llamé «Manual de Andrew». Lo hice cuando me fui de vacaciones la primera vez después de empezar a trabajar con él. —Se rio—. Estoy casi segura de que mi sustituta pensó que estaba de broma cuando se lo entregué.

—¿«Manual de Andrew»? Ojalá existiera tal cosa.

Por primera vez, la sonrisa de Joanna desapareció.

—¿No lo tienes? —Miró los estantes de la librería—. Mmm. Déjame ver…

Miró detrás del mueble, y entonces aquella pequeña mujer lo apartó de la pared.

—Puedo ayudarla a…

—¡Aquí está! —dijo, sosteniendo un archivo cubierto de polvo—. Oh, pobre chica, ¿no has tenido esto para trabajar? Debes de pensar que estás tratando con una especie de monstruo excéntrico. —Se rio—. Le gusta hacer las cosas de una manera determinada. Hojéalo; creo que cubrí la mayoría de los temas. —Dejó el dosier sobre mi escritorio y consultó el reloj—. He quedado con mi marido, así que tengo que irme, pero, si necesitas algo, llámame. —Abrió la carpeta, cogió un bolígrafo del bote que había sobre la mesa y escribió cuidadosamente su número de teléfono en la esquina superior derecha de la primera página—. Ha sido un placer conocerte. Lamento que no podamos charlar más.

—Gracias. Yo también estoy encantada de conocerla —repuse mientras cerraba la puerta.

¿Un manual para entender a mi enigmático jefe? Tenía que valer la pena leerlo. Me pregunté si

mencionaba cuántas de sus asistentes le parecían muy atractivas.

15

SOFIA

Me habría mentido a mí misma si me hubiera dicho que no estaba sentada en la barra del Noble Rot, esperando a que Andrew —o, mejor dicho, James— entrara por esa puerta, se sentara a mi lado y me dijera de nuevo lo atractiva que le parecía.

¿Cuán atractiva exactamente? *Mucho*. Nunca antes cinco letras me habían hecho sentir tantos cosquilleos en la columna vertebral.

Leer el *Manual de Andrew* por la tarde me había resultado esclarecedor e intrigante. Confirmaba que no le gustaba que lo molestaran antes del mediodía, pero no decía por qué. Señalaba que no cogía el coche en Londres, sino que prefería caminar o ir en el transporte público. Detallaba muchas cosas que yo ya sabía y muchas otras que no, como qué aerolíneas prefería o cuándo le gustaba recibir envíos en papel y cuándo por correo electrónico. Habría sido una revelación cuando había empezado, y todavía iba a serme útil. Pero no me decía nada de lo que de verdad quería saber. No me informaba de por qué el camarero lo llamaba James. No explicaba por qué había parecido tan perdido cuando había recibido un correo personal en la oficina. No revelaba por qué el hombre del bar parecía tan diferente al de la oficina.

No iba a volver a ir allí. La noche anterior, después de haberme hecho el mejor cumplido de mi vida, se había largado corriendo como si hubiera cometido un gran error. Por supuesto, algunos hombres me habían dicho cosas más efusivas a lo largo de mi vida; algunos, incluso, me habían dicho que me amaban. Pero había algo en Andrew cuando me decía que era «*Muy* atractiva». Como él me había recordado, no decía nada que no quisiera decir ni desperdiciaba palabras en cosas innecesarias. La noche anterior había sentido que tenía que decirme lo que pensaba. Y eso significaba que me encontraba muy atractiva.

Sin embargo, no podía sentirme demasiado satisfecha por el cumplido de James. En la oficina se había comportado como si nunca lo hubiera dicho. Como si James y Andrew fueran de verdad dos personas diferentes y yo estuviera viviendo en esa comedia romántica de Reese Witherspoon que no se había rodado, pero que, definitivamente, debería haberse hecho.

—Una copa de Barolo —le dije a Tony mientras me acomodaba en mi ya habitual taburete.

—Enseguida —dijo.

Mientras deslizaba la copa por la barra sonó la campanilla de la puerta. No tuve que mirar para comprobar que estaba ahí. Simplemente lo supe.

Andrew.

James.

El hombre que me hacía temblar y sonrojarme al mismo tiempo. El hombre que podía licuarme las rodillas con una mirada de medio segundo de duración. El hombre al que había estado esperando.

Ocupó el taburete junto al mío sin decir una palabra. No iba a entablar una conversación. Si hubiera querido evitarme, no habría aparecido allí. Debía saber que existía la posibilidad de que yo estuviera. Si fuera solo una coincidencia, podía haber tomado asiento en una mesa, o haber dejado un taburete vacío entre nosotros.

Quería verme.

Y si quería hablar conmigo, iba a tener que ser el primero en decir algo.

Sin preguntar, Tony apareció con la bebida de Andrew. Sin hielo. Sin mezclar, solo con lo que fuera. Como él. Andrew no estaba aguado ni alterado de ninguna manera. Lucía sus ideas como si le importara un carajo que la mayoría de la gente lo prefiriera un poco más débil o más fácil de digerir.

—¿Cómo te ha ido el día, Sofia? —preguntó, sin siquiera girar la cabeza para buscar mi mirada.

Me tomé un tiempo, dejando que mi ritmo cardíaco se calmara antes de responder.

—Bien. —Era cierto. Para variar. Haber oído a Andrew explicar parte de su filosofía la otra noche me había facilitado mucho el día. Siempre había sabido que no me trataba así por un tema personal, pero me sentía mejor después de escuchar de sus labios por qué carecía de… las sutilezas habituales de las relaciones laborales. Y después, cuando me había dirigido a él por la tarde y lo había instado a que compartiera lo que estaba tratando de encontrar con Goode, me había dicho lo que quería. No iba a afirmar que Andrew valoraba mi opinión, pero me respetaba lo suficiente como para no descartarme sin más. Eso era todo un progreso.

¿Era porque mi conversación con James había cambiado su perspectiva sobre mí de la misma manera que había cambiado la mía sobre él?

—«Bien» parece una mejora —dijo. Tomé un sorbo de vino para ocultar mi sonrisa.

—Sí —respondí—. ¿Y a ti? ¿Cómo te ha ido el día?

Andrew suspiró.

—No demasiado bien. Estar aquí es lo mejor de hoy.

Intenté ignorar el remolino de calor que sentí en el estómago. Tal vez se refería a que podía ponerse como una cuba, pero iba a tomar su declaración como un cumplido. Como que su día era mejor porque estaba conmigo. Aunque, técnicamente, habíamos estado sentados a unos seis metros el uno del otro durante muchas horas, eso no era lo importante. En la oficina, él era Andrew. El hombre que tenía a mi lado era James. Estaba claro que no quería ser Andrew en este momento. Tal vez era porque quería escapar de las presiones y del estrés de la oficina. O tal vez no quería ligar con alguien a quien pagaba el sueldo, pero aun así quería coquetear conmigo.

—Me alegro de oírlo —dije.

Fuera cual fuera la razón por la que Andrew se había convertido en James, yo estaba feliz de participar en su juego. No tenía que odiar al hombre que tenía al lado por lo mal que había hecho sentir a mi amiga y por lo borde que era en el trabajo. Como era James y no mi jefe, podía disfrutar de sus cumplidos y de la imagen de su culo duro como una roca.

—El whisky y la compañía de una mujer hermosa garantizan que incluso un buen día pueda ser mejor.

Andrew apenas se fijaba en mí en la oficina. James, en cambio, me envolvía en cumplidos. James parecía más relajado, más despreocupado. Parecía cargar con menos responsabilidades que su «homólogo».

—Es bueno desahogarse al final de un día duro en la oficina —dije—. Es saludable encogerse de hombros y quitarse el uniforme.

—¿El uniforme?

¿Esa expresión era un americanismo?

—Ya sabes, la protección que todos llevamos en el trabajo. La gente que somos en la oficina comparada con la gente que somos… —Miré a mi alrededor— al anochecer.

Guardó silencio, y me pregunté si habría metido la pata. No quería que le llamaran la atención. Quería continuar nuestro juego, sin hacer preguntas. Y yo no había querido presionarlo; solo ansiaba que supiera que entendía por qué había esa diferencia entre Andrew y James. Al menos, creía que lo

entendía.

Me moví para mirarlo. Mi corazón latía un poco más rápido y mis mejillas se calentaron como las de una virgen en un vestuario de la liga de béisbol.

—Y, para que conste, creo que eres muy atractivo.

Nuestros ojos se encontraron.

—¿Es un reto o algo?

No pude evitar responder a su lenta sonrisa.

—Da igual…, en caso de que lo sea, debía decirlo.

Su mirada se clavó en mi bebida, y luego en mi blusa, y abajo, más abajo. Y luego se humedeció los labios antes de volverse hacia la barra y dar otro sorbo a su bebida.

—Soy católica —dije—. Una mala católica, pero, aun así, supongo que necesitaba confesarme.

—¿Tienes algo más que confesar?

La lujuria irradió desde la base de mi columna vertebral. ¿Qué me estaba pidiendo en realidad?

—Esperaba que vinieras aquí esta noche —dije.

No respondió. Había llegado demasiado lejos. Había dicho demasiado. El silencio se alargó entre nosotros. Me puse de espaldas a la barra y tomé un trago de vino. Tal vez a Andrew le gustaran sus aristas, pero a las mías les iba bien un poco de suavidad.

Inspiré hondo, y, al soltar el aire, Andrew se acercó a mí.

—Quiero llevarte a casa y hacer que te corras —me dijo al oído.

El pulso me latía en los oídos y el corazón se me aceleraba en el pecho. Si hubiera estado de pie, me habría caído, ya que había perdido toda la sensibilidad en las piernas.

El imbécil de mi jefe quería desnudarme. Y el sentimiento era mutuo.

Me bajé del taburete y me puse el abrigo.

—¿Te vas? —preguntó.

—Sí —respondí—. Y tú, James, me vas a llevar a mi casa para hacerme hasta la última guarrada que pase por tu imaginación.

16

ANDREW

Era inevitable que acabara allí. No estaba seguro de qué paralizaba mi autocontrol y me hacía cruzar todas las líneas rojas que había dibujado en la arena, si su cuerpo y su sonrisa o su actitud y su cerebro. Tal vez fuera todo. Todo el paquete. Estaba allí en contra de mi propio juicio, pero estaba allí de todos modos. Y si iba a arrepentirme, iba a tener que asegurarme de que esa noche valiera la pena. La decisión estaba tomada. No había vuelta atrás.

Había invitado a James esa noche. Y, por una vez, tal vez podía ser James con ella, no Andrew. No su jefe. Iba a poner en pausa la realidad solo esa vez. Aunque me condujera al desastre.

Me desabroché el botón superior de la camisa y seguí a Sofia hasta su dormitorio. Se detuvo y se giró hacia mí cuando llegó a los pies de la cama. ¿Estaba dudando de sí misma? Desde luego, no parecía insegura en el bar. Ni mucho menos.

—¿Tienes agua? —pregunté.

Se acercó a la mesilla de noche, sacó dos botellas de agua y me dio una. Dejé la cartera en la mesilla y me quité la chaqueta.

—Asegúrate de estar hidratada.

Transfirió el peso de un pie al otro y asintió. Su ansiedad era evidente en ese momento, y nunca la había visto inquieta en la oficina. Después de que bebiera un par de sorbos, inspiré hondo y encerré su cara entre mis manos para contemplar sus enormes ojos color ámbar mientras buscaban los míos. Le acaricié los pómulos con los pulgares, me agaché hasta su boca y saboreé sus labios antes de retirarme.

Por fin, me miró a los ojos. Deslicé las manos desde su cara hasta el cuello de la blusa, y luego abrí los primeros botones, uno tras otro, para dejar a la vista un sujetador de encaje blanco. El contraste con su piel bronceada hacía que la vista fuera aún más apetecible que antes. Deslicé la blusa por sus hombros, sin dejar de mirar sus pechos, que pugnaban contra el encaje como si lucharan por liberarse.

A continuación, le quité la falda, lo que reveló unas piernas largas y delgadas. Di un paso atrás para ver la imagen completa. Con la ropa puesta era un bombón: sexy, con curvas en todos los lugares adecuados. Pero desnuda se convertía en una maldita diosa. Mi polla creció contra la braguetas e inspiré de nuevo para tranquilizarme. Eso era una maratón, no un *sprint*.

—¿Me estás estudiando? —preguntó.

—Por supuesto. Eres preciosa.

—Y estoy casi desnuda. Mientras que tú sigues vestido.

Así era como me gustaba.

Me moví para sentarme en el borde de la cama.

—Ven aquí.

Después de apenas un momento de vacilación, dio un paso hacia mí.

—¿Dónde me deseas?

Gruñí en respuesta.

—En todas partes —dije a continuación—, peros por ahora, date la vuelta para mostrarme la espalda.

Hizo una pausa y entrecerró un poco los ojos. Sofia tenía carácter, eso estaba claro. Nunca había tenido una asistente que se mostrara tan visiblemente irritada conmigo. Era franca y obstinada, y, desde luego, no se dejaba intimidar. Todo ello formaba parte de su atractivo. En la oficina parecía no entender que tenía que seguir mis reglas, y en ese momento quería que cumpliera mis instrucciones. Lo supiera o no, iba a ser en su propio interés.

Se encogió de hombros antes de darse la vuelta. Luego le rodeé la cintura con el brazo y la llevé hacia mí para que se sentara en mi regazo.

Le aparté el pelo para dejar al descubierto su cuello y sus hombros, y apreté los labios contra su piel caliente y suave. Olía bien: a jazmín, a almizcle y a magnolia, mezclados con algo único. Pasé los brazos por debajo de los suyos, recorrí con las manos su tenso vientre y le acaricié el monte de Venus por encima de la ropa interior mientras le daba besos en la nuca. Una mujer tan sexy necesitaba ser explorada. Un cuerpo como el suyo lo exigía.

Movió un poco las caderas, lo que me hizo sonreír contra la piel de su cuello. El gesto me rozó la polla y me empujó la mano sobre su clítoris.

Empezaba a ser divertido.

Acaricié con los dedos la tela de la ropa interior, y ella dejó escapar un suspiro. Luego acerqué la mano libre a su pecho y busqué con el pulgar su pezón endurecido.

Empecé a trazar con los dedos círculos rítmicos, patrón que sus caderas imitaron con movimientos constreñidos y espasmódicos. Como si quisiera robar más de lo que yo le ofrecía.

Con intención de demostrarle quién mandaba, llevé las dos manos a sus tetas para acariciarlas y masajearlas. Dejó caer la cabeza sobre mi hombro, relajándose. Pero no solo Sofia estaba impaciente por obtener más. Desplacé las copas de encaje del sujetador y sus pechos cayeron en mis manos, pesados y suaves, y lo bastante maduros como para devorarlos.

Intentó girarse, pero pude mantenerla en su sitio. Cuando termináramos, iba a sentirse más que satisfecha.

Aunque iba a tardar un rato. Por encima de todo, creía que un trabajo bien hecho nunca era precipitado.

Gimió. Le froté los pezones duros y apretados entre el pulgar y el resto de los dedos, aumentando la presión cada segundo hasta que fue demasiado; de repente, la solté y le separé los muslos.

Necesitaba explorarla.

Arrastré los dedos por la unión de sus muslos, justo por el borde del elástico de la ropa interior, y luego deslicé un dedo dentro.

Las subidas y las bajadas de su pecho se hicieron más pronunciadas mientras trazaba las curvas y valles de sus pliegues, arriba y abajo, una y otra vez. Hundí los dedos entre ellos y su humedad me cubrió las yemas, que utilicé para dibujar mi camino. Evité su clítoris, me resistí a sumergirme en su interior y, en cambio, la acaricié de arriba abajo, de derecha a izquierda. Se arqueó contra mí, y llevó la mano a su espalda, buscando mi erección, dura y palpitante, lista para ella.

Pero eso no iba a pasar por el momento. Le agarré la muñeca y la aparté de mi pene.

—Si no te comportas, esto va a ser aún más frustrante para ti y más agradable para mí.

—¿Por qué? —suplicó ella.

—Porque yo lo digo —respondí—. Tómatelo con calma y disfruta. No tenemos prisa.

Cedió, y su cuerpo se relajó contra mí. Volví a explorarla. La humedad se había desbordado por los pliegues, cubriendo mis dedos e invitándome a más. Pasé el pulgar por su clítoris, con un movimiento rápido y ligero que la hizo gemir como si la hubiera penetrado sin piedad.

—¿Ves? —susurré—. Estás mojando la ropa interior, y eso sí que no. —Pasé los pulgares por el borde de las bragas y se las quité para dejarla desnuda—. Estás mojada para mí —comenté, deslizando la mano por su montículo—. Apuesto algo a que esta noche puedo hacer que te corras sin siquiera tocarte. —Empecé a retirar las manos.

—No —gimió. El timbre de su voz reverberó en mi miembro en tensión.

Deslicé los dedos más abajo, dentro de ella, apretando la palma de la mano contra su clítoris al tiempo que la sostenía con un brazo alrededor de su cintura. Así podía durar más tiempo, aunque iba a ser menos intenso y más frustrante para ella.

—¡Oh, Dios! —gritó, arqueando las caderas—. Creo que voy a…

Retiré las manos.

—No. No te vas a correr.

Se desplomó contra mí.

—¿No es ese el objetivo? Lo que me dijiste que querías. —Intentó girarse para mirarme, y yo volví a inmovilizarla en aquella posición, con la vista hacia delante.

—Vas a correrte. Pero todavía no —respondí. Ella continuó retorciéndose contra mí; la fricción contra mi polla empezó a desconcentrarme y a nublarme la visión. Joder. Necesitaba moverme o iba a derramarme sobre su espalda como un crío de trece años.

La cogí por debajo de los brazos y la coloqué de lado sobre la cama antes de ponerme de pie y quitarme la ropa. Se apoyó en los antebrazos para observarme como si estuviera viendo un espectáculo.

—Bonito cuerpo —dijo, mirándome de arriba abajo.

Me reí.

—Opino lo mismo de ti. —La agarré por el tobillo y acerqué su sexo al borde del colchón. De esa manera, podía disfrutar de ella sin que mi erección tomara el mando.

Se recostó y le separé las rodillas y la probé desde ese ángulo. Joder, estaba deliciosa, y aún no la había degustado a fondo. Era todo curvas y actitud, se mostraba receptiva y desesperada a la vez. No podía esperar ni un segundo más.

Presioné la lengua contra su clítoris y la hundí entre sus pliegues con firmeza, con control, lamiendo sus jugos y disfrutando de su calor. Había conseguido ignorar a esa mujer en el despacho, renunciar a ella dos veces en el pub, pero había algo en su actitud, en su cuerpo y en su mente que resultaba tan inexorable que no podía ignorarla más.

Y quería mi ración.

Era mía para consumirla desde ese momento hasta el amanecer.

Quería darme un festín con ella.

Sus caderas se movían de un lado a otro, intentando escapar del agarre de mis manos y del empuje de mi lengua, pero no podía ir a ninguna parte. Todavía no.

Mientras hundía los dedos en su interior y mi lengua buscaba su clítoris, ella se retorcía. ¿Qué estaba evitando? ¿El placer o mi control sobre ella? La coloqué de nuevo en la posición original y extendí la mano sobre su estómago, presionando el talón de mi mano para encontrar su punto G.

Por fin estaba a punto. Sus movimientos bruscos se habían sosegado, como si hubiera caído en la cuenta por fin de la enormidad de lo que estaba a punto de sucederle. Estaba a punto de tener el orgasmo de su vida. Y yo era el hombre que iba a dárselo.

Sus respiraciones eran cortas, y noté que su abdomen comenzaba a ondularse bajo mi mano. Le faltaban unos segundos.

Me recoloqué de nuevo sobre las rodillas. No. No estaba preparado. Quería sentir sus

contracciones alrededor de mi polla. No iba a desperdiciar ese momento. Cada gota de su deseo debía ser saboreada.

Cogí un condón de la mesilla de noche y, en menos de un segundo, me detuve en su entrada, tomando aire para no deshacerme en el momento en que sintiera su calor a mi alrededor.

—¿Estás preparada? —le pregunté. Estaba tendida en la cama como una gata torturada, con el largo y brillante pelo extendido sobre las sábanas, las piernas abiertas y los labios rojos por los gemidos y mis dientes.

Dios, podría follar con esta mujer durante toda la noche.

—¡Por favor!

Tomé aire, le sostuve la mirada y me hundí dentro de ella. El corazón me latía en el pecho como si quisiera liberarse, pero no cedí al instinto que me decía que me moviera más rápido y con más fuerza, que hiciera cualquier cosa para aliviar el dolor.

La expresión de sus ojos pasó de la desesperación al pánico cuando me deslicé dentro de ella.

Le pasé la palma de la mano por el estómago.

—Ya puedes correrte, Sofia.

El pánico dio paso al alivio cuando gritó en silencio, arqueando la espalda, y se puso rígida al llegar al punto álgido. Pero no iba a detenerme ahí. Esa hermosa, apasionada y exasperante mujer merecía más que eso.

La cubría por completo, y ella estaba caliente, resbaladiza y desmadejada debajo de mí. Empecé a empujar.

—¿Otra vez? —Me miró, con el miedo y la confusión mezclados en su mirada.

Deslicé la mano por debajo de su trasero y la subí hacia mí para poder llegar lo más profundamente que pudiera.

—Otra vez —dije—. Y otra. Y otra.

En ese momento no podía pensar en un minuto de mi futuro en el que no quisiera estar follando con Sofia. Quería quedarme en esa habitación durante días, semanas, años, haciendo eso y nada más. Era suave y perfecta, complaciente y con la cantidad justa de fervor.

—¡Oh, Dios!

—¿Sí, Sofia? —dije como respuesta, y me hundí dentro de ella una y otra vez—. Soy el único dios que te ayudará en este momento.

Se arqueó contra mí cuando el orgasmo se apoderó de ella. La sensación de sus estremecimientos contra mi cuerpo rompió mi último control, y me vacié en ella tan profundamente como pude.

Sin aliento y balanceándome como si hubiera bebido una botella de whisky con el estómago vacío, me desplomé junto a ella. Consulté el reloj. ¿Cuánto tiempo faltaba para que me tuviera que ir? No iba a ser suficiente. No podía quedarme allí tumbado y recuperarme. Había traspasado mil líneas rojas para estar con Sofia esa noche. Quería aprovecharla al máximo antes de tener que volver a la vida real.

17

SOFIA

Estaba aprendiendo que incluso los sonidos ambientales de los restaurantes caros eran diferentes de los lugares a los que solía ir. En primer lugar, estaban más silenciosos. Desde luego, no había ningún zumbido de comentarios deportivos procedentes de las pantallas colocadas sobre la barra. En su lugar, sonaba de fondo una ligera música de piano en el restaurante de Mayfair donde esperaba a mi padre. Los camareros se deslizaban por aquel espacio como si llevaran unos silenciosos patines eléctricos en los pies; y cuando los cubiertos chocaban accidentalmente con la vajilla, el inconfundible sonido parecía resonar en armonía con el sutil piano.

Suspiré, tratando de centrarme en el menú y de no pensar en Andrew o en James o en quienquiera que fuera el que me había hecho correrme una y otra vez la noche anterior y luego se había ido justo antes de la medianoche, como si estuviera en peligro de convertirse en una calabaza. Tampoco esperaba que nos abrazáramos después, pero no podía evitar preguntarme qué podía pasar. ¿Iba a ser así? Cuando volviera a verlo en la oficina ¿iba a fingir que no recordaba nada de nuestra inolvidable noche? ¿Podía seguir trabajando como de costumbre, pero James iba a deslizarse en el taburete junto al mío en el Noble Rot para continuar nuestro juego? Londres era un lugar mucho más confuso de lo que esperaba.

No tenía muchas ganas de volver a ver a mi padre. La comida en su casa había sido intimidante a pesar de que Evan y las niñas habían hecho todo lo posible por darme la bienvenida. Aun así, me había sentido más fuera de lugar que una monja en un puticlub. Sin embargo, cuando me fui sentía un genuino cariño hacia la otra familia de mi padre. Las cosas entre Des y yo habían estado tensas, como si estuviera buscando en un campo de minas lo que no podía ni debía decir. Esperaba que ese día fuera mejor.

Al menos en un restaurante nos encontrábamos en un territorio más neutral, aunque lugares como ese no eran un elemento básico en mi vida. Tal vez eso significaba que la brecha entre nosotros no se parecía tanto ese día al Cañón del Colorado. Además, necesitaba encontrar algún punto en común con él. No disponía de años para conseguir el dinero que mi madre necesitaba. El médico nos había dicho que, si no la operaban en los próximos meses, podía ser demasiado tarde para evitar que le quedara un daño permanente que una prótesis de rodilla no iba a poder arreglar.

—¡Sofia! —La voz de mi padre me llegó desde atrás.

Me giré y me saludó con un beso en ambas mejillas. Me parecía muy raro que un hombre que habría tenido que conocerme mejor que nadie me saludara como si me conociera de toda la vida cuando éramos prácticamente unos desconocidos.

Se sentó y pidió algo que no entendí a la camarera; luego se volvió hacia mí.

—Muchas gracias por venir. —Sonrió como si estuviera encantado de verme. No pude evitar preguntarme por qué, si tan feliz estaba de tenerme en su vida, nunca se había acercado a mí. Había dispuesto de casi treinta años para encontrarme.

—¿Cómo te ha ido la semana? —preguntó—. ¿Has podido ver algo de Londres?

Lo único que había visto, y mucho, era a mi jefe desnudo. Pero no iba a confesar tal cosa.

—No demasiado. Mi trabajo es un poco exigente. Mi jefe está muy ocupado. Así que solo dispongo de los fines de semana, y estoy agotada. De todas formas, mañana me voy a tomar un

descanso para ver algunos lugares de interés. —No estaba segura de que eso fuera cierto. La verdad era que quería pasarme el día en pijama, hablando con Natalie por teléfono para desglosar el último episodio de *Real Housewives of New Jersey*.

—¿Andrew Blake te trata bien?

—Sí. Llevo pocas semanas en él. Pero hasta ahora todo va bien. —Sí, Andrew era un capullo de marca mayor, pero también *tenía* una polla que dejaba marca. El sexo no compensaba cómo se comportaba en la oficina, pero todo ese asunto de James y la forma en que había estado en el pub, o cómo era cuando estábamos en la cama me tenía muy intrigada. No era solo gilipollas. Era un gilipollas convincente.

—Tiene fama de ser despiadado. ¿Te trata bien?

Las imágenes de Andrew desnudo, entre mis piernas, penetrándome, encima de mí, destellaron en mi cerebro.

—Sí —logré decir—. Bueno, a decir verdad, es borde y malhumorado, pero nada que no pueda manejar.

Una pequeña sonrisa le curvó la comisura de los labios.

—Me alegro de oírlo.

Me encogí de hombros.

—Creo que me aprecia. Solo que lo entierra en lo más profundo. Por suerte para mí, he heredado una ética de trabajo brutal de mi madre. Tenía tres trabajos cuando yo era pequeña. —Me callé cuando me di cuenta de lo que había dicho. Había olvidado con quién estaba hablando. Joder, necesitaba volver a tapar esa lata de gusanos de inmediato. Todo lo que había dicho era cierto, pero no se trataba de eso. Lo último que quería hacer era que Des se sintiera incómodo; así no iba a animarlo a sacar el talonario.

—Una buena ética de trabajo es importante —dijo—. Es algo que me preocupa con Bella y Bryony. Tienen tanto que necesitan algo más que la necesidad para impulsarse. Mi padre siempre me inculcó que nada era gratis. Todo había que trabajar para ganarlo.

¿Nada era gratis? Estaba bastante segura de que su enorme casa llena de estampados de flores y candelabros era heredada. Pero no dije nada. ¿Qué sentido tenía?

—Sí, definitivamente es más fácil verte motivado cuando necesitas poner comida en la mesa y pagar la factura de la luz.

Des asintió despacio y tomó un sorbo del vino que no había notado que nos habían puesto delante. Había estado demasiado ocupada preguntándome si mi padre entendía la definición de ironía.

—Siento muchos remordimientos. —Dejó el vaso y me miró a los ojos—. Algunos, por las decisiones que tomé; otros, por las que no tomé. —Inspiró profundamente como si tratara de aliviar el dolor. La mera idea me llenó de rabia. Él no era una víctima. Lo era yo. Y mi madre.

—¿Por ejemplo? —pregunté cuando la sangre italiana que llevaba en las venas tomó el mando.

—¿De qué me arrepiento? —quiso saber. Pero lo que escuché fue: *«¿En serio? ¿Quieres tomar ese camino?»*.

—Sí. Tal vez sería bueno saberlo.

Llegaron los aperitivos, y se quedaron sin tocar mientras mi padre y yo permanecíamos en silencio durante demasiado tiempo para que fuera cómodo.

—Me arrepiento de no haberme enfrentado a mi padre cuando le dije que tu madre estaba embarazada.

Eso sí lo sabía. Mi madre me había dicho que la familia de Des nunca quiso saber nada de ella, y

que él se había escabullido a Inglaterra por orden de su padre.

—¿Qué edad tenías? —pregunté. Intentaba parecer interesada, pero me conocía bien a mí misma. Incluso en el mejor de los casos, iba a parecer que estaba a la defensiva.

—Veinte años. Técnicamente era un adulto. Pero mi padre tenía mucha influencia sobre mí.

—¿Por su dinero?

—En parte. Y porque él era el centro de la familia y del negocio familiar. Siempre me habían preparado para ser su relevo y… —Se detuvo, cogió el cuchillo y el tenedor y tomó un bocado de cangrejo—. Cuando me fui a casa a contarle a mi padre lo del embarazo, fue muy claro. Me dijo que podía volver a Estados Unidos y ocuparme del embarazo y estar con tu madre. Pero dijo que hacerlo tendría consecuencias. Me privaría de dinero, así como de cualquier contacto con mis hermanas y mi madre. Por no hablar de mi futuro al frente del negocio familiar.

Su padre —mi abuelo— parecía un auténtico gilipollas. Pero Des era adulto. Era inteligente, tenía contactos y todo el futuro por delante. No necesitaba a su padre.

—Así que elegiste el dinero —respondí.

Des suspiró.

—Elegí lo que me era familiar. Elegí lo seguro.

—Para ti —apostillé.

—Sí —respondió—. Antepuse mis propias necesidades. Fui egoísta, y moralmente es injustificable, por eso quise olvidarlo. Fingir que no había sucedido. Me creí la opinión de que tu madre era una cazafortunas.

Se me erizaron los pelos de la nuca, en guardia y listos para el ataque.

—¿Una cazafortunas? —repetí con toda la calma que pude.

—Por supuesto que no lo era. —Deslizó la mano sobre la mía, pero se la aparté. Mi madre era una mujer hermosa a la que muchos hombres le habían prometido una vida cómoda a cambio de… Me encogí al pensarlo. Nunca se había vendido. Siempre me había puesto a mí en primer lugar, y vivía la vida bajo sus propias condiciones. Una cazafortunas era el último término con el que se la podría describir—. Nunca pensé eso de ella. Sin embargo, mi familia… Ella nunca supo lo ricos que eran, pero mi padre creía lo peor de la mayoría de la gente.

—Pero de Evan no —dije.

—Quiero a Evan, por supuesto que sí, pero además era aceptable para mi familia por su procedencia.

Hablaba como si viviéramos en la Edad Media.

—¿Así que vuestro matrimonio es de conveniencia?

—Más bien buscado, porque era adecuada.

Solté una media carcajada.

—Estoy segura de que una mujer italoamericana que se había criado en un edificio de apartamentos en el Bajo Manhattan no era adecuada.

Miró su regazo.

—No.

—Y supusieron que ella estaba detrás de su dinero. Bueno, pues no lo estaba. ¿Alguna vez te pidió algo?

—Nunca pensé que fuera por el dinero. Nosotros nos amábamos.

—¿Alguna vez te pidió algo? —repetí la pregunta. Necesitaba saber que él conocía a mi madre.

—Nunca. Incluso rechazó el dinero que le ofrecí por… —Se aclaró la garganta—. Estoy tratando de ser totalmente sincero contigo, Sofia.

Dios, me cabreaba que la gente esperara palmaditas por decir la verdad. Me concentré en mi plato de marisco, evitando su mirada.

—Tomé una decisión, pero quería hacer algo, arreglarlo de alguna manera. Tenía una pequeña cantidad de dinero propio en una cuenta americana que quise darle. Pensé que tal vez ella podría… podría…

—Abortar. —Terminé por él. Mi madre me había dicho que él le había ofrecido un poco de dinero la última vez que habían hablado, pero ella lo había rechazado. Mi madre era una mujer orgullosa, así que no me había sorprendido que no lo hubiera aceptado, pero también me había sentido resentida por ello. Tal vez la vida habría sido más fácil entonces si hubiéramos tenido un poco más. Pero, sabiendo eso, su negativa tenía más sentido. Era dinero para deshacerse de mí. Y no lo había tocado. Mi madre no solo era católica, sino que, además, siempre me había dicho que había sabido en qué momento exacto se había quedado embarazada y que me había amado desde ese segundo, incluso cuando yo solo era unas células. Esa certeza siempre me había hecho sentir segura, absolutamente segura de su amor incondicional por mí.

—Lo siento —dijo.

No lo culpaba por querer que ella abortara. Eran jóvenes y no habían planeado un embarazo. Lo que me molestaba era saber que, si ella decidía no abortar, se quedaba sin nada.

—Solo intentaba hacer algo, y tu madre…

Cerré los ojos, tratando de ignorar que hablaba de ella. No tenía derecho a hacerlo. Era mil veces mejor persona que él.

—Ella eligió quedarse con su hija.

—Sí. Y ha sido una madre fantástica. Ha hecho un trabajo increíble contigo.

Asentí.

—En efecto. Pero fue difícil. Y además… —Mi madre no querría que hablara con Des, y mucho menos que describiera cómo habíamos sufrido. Cómo había sacrificado su vida por mí. Rechazaba mis preguntas y me decía que no existía nada en la tierra mejor que criarme para que fuera una mujer fuerte e independiente. ¿Qué estaba haciendo allí? Habría preferido cortarse la pierna antes que aceptar dinero del hombre que estaba sentado delante de mí.

—Creo que debería irme —dije, aunque estaba enraizada en mi asiento; quería resolver esos sentimientos enmarañados y confusos. Mi misión era conocer a mi padre y llegar a un punto de nuestra relación en el que pudiera pedirle dinero, y debía tomármelo como un trabajo. Entrar, conseguir lo que quería, salir. Obviamente, había sido ingenua, pero tampoco había esperado verme inmersa en una vorágine emocional. Siempre me las había arreglado para mantener los pensamientos sobre mi padre ocultos en una caja que guardaba en un rincón abandonado de mi mente. No había necesidad de abrir esa caja, porque él no formaba parte de mi vida. Mi madre era también mi padre. Ella me quería. Y eso era lo único que importaba. Mi padre no había sido más que un donante de esperma. Pero estar allí, frente a él, cambiaba las cosas. En ese momento, quería entender cómo había podido alejarse de su hijo; de su hija. De mí. En cierto modo, entendía que a los veinte años no tuviera las cosas claras y no quisiera enfrentarse a su familia. Pero en algún momento se había convertido en un hombre.

—Me gustaría que te quedaras —dijo—. Sé que es mucho pedir. Pero me gustaría conocerte mejor.

Había tenido mucho tiempo para intentar conocerme.

—Dime una cosa —empecé—. Te fuiste de los Estados Unidos a los veinte años y volviste con tu familia. Lo entiendo. —Me encogí de hombros. Sentía simpatía por el chico que había dejado

embarazada a una chica y su familia lo presionaba para que cortara con ella. No excusaba su comportamiento, pero en cierto modo lo entendía—. Pero maduraste, te hiciste cargo del negocio, te casaste, tuviste hijos, tu padre murió. En algún momento tuviste control sobre tu vida. Y aun así no hiciste las cosas bien.

Los camareros vinieron a llevarse los platos y a rellenar las copas de vino y agua, y mientras lo hacían, noté que mi padre estaba dando vueltas a los pensamientos en su cabeza.

—Me odié por haber sido tan débil —dijo cuando volvimos a estar solos—. Todavía lo hago. —Hizo una pausa, pero aún no había terminado—. Había dejado a un lado lo que había hecho. Cuando perdimos el contacto, no me permití pensar en lo que había pasado.

No era agradable lo que decía, pero estaba siendo sincero. Podía leerlo en sus ojos.

—Solo me he permitido pensar en ti unas pocas veces. La primera vez, cuando cumplí veinticinco años. La segunda, antes de pedirle a Evan que se casara conmigo. Le había hablado de ti. Como puedes comprender, no sabía si eras un chico o una chica, pero sentía que había traicionado a una mujer; no quería que Evan fuera la segunda.

—A tres mujeres —dije, señalándome con un dedo.

Asintió.

—Y también cuando nació Bella pensé en ti, y en lo que estarías haciendo, y pensé que probablemente estabas mejor sin mí.

Tragué saliva. Quizá estuviéramos mejor sin él. Pero nos habría venido bien su dinero. Todavía nos venía bien.

—Cuando llamaste, me sentí como si tuviera una segunda oportunidad.

Si mi madre hubiera podido verme, me habría llamado «desleal». Me habría insultado en italiano y se habría ido a la cama. Y no solo porque estaba allí hablando con alguien que le había hecho la vida tan difícil, sino también porque podía sentir que el hielo que rodeaba mi corazón se debilitaba un poco. Parecía agradable. Evan era encantadora. Sus hijas eran adorables. Y lo que Des decía tenía sentido. Era cruel, pero realista y desgarrador.

No estaba allí para que mi padre me cayera bien ni para entenderlo, solo quería su dinero. Quería que pagara su deuda. Si resultaba ser un buen tipo que había cometido un gran error, no estaba segura de dónde me dejaba eso.

—Son demasiadas cosas para asimilar —dije; dejé la servilleta en la mesa y me puse de pie—. Necesito pensar. —El hombre que tenía delante era un ser débil, pero también era humano. No estaba preparada para eso. Me había convencido a mí misma de que era un monstruo. Alguien a quien iba a poder manipular y engatusar para conseguir lo que me merecía. Pero ya no estaba segura de lo que hacía sentada delante de él.

—Por supuesto —aceptó—. Entiendo que es mucho. Y no quiero agobiarte, pero quiero que sepas la verdad. Es lo mínimo que te mereces.

El único problema era que nunca había querido saber la verdad. Nunca había querido una conexión real con mi padre. Solo quería su dinero. De repente, se me ofrecía algo más, y no sabía qué hacer.

18

ANDREW

Moví los dedos rítmicamente contra el escritorio como si fuera una especie de villano de cómic. ¿Cuánto tiempo iba a durar aquello? Habían pasado veinticuatro horas desde que había presentado la oferta para comprar *Verity* a Goode Publishing. Si Bob tuviera algo de sentido común, me habría arrancado el dinero de las manos. No iba a conseguir más de lo que yo ofrecía. La revista era el único negocio de su grupo que no resultaba rentable. Las demás publicaciones que Goode tenía estaban subvencionando a *Verity*. Esa era una forma limpia para que Goode se deshiciera de un negocio que daba pérdidas y para que recaudara algo de dinero al mismo tiempo. No entendía por qué no había recibido una llamada a los diez minutos de tener la oferta en su mesa.

Me levanté y me metí las manos en los bolsillos. Tal vez Sofia estaba lejos de su mesa cuando se había producido la llamada. Atravesé el despacho y abrí la puerta de golpe, esperando ver una silla vacía.

—No ha habido ninguna llamada —respondió ella, sin siquiera volverse.

—Has ido a hacer café o al baño o…

—He abandonado mi mesa dos veces esta mañana para ir al cuarto de baño, pero he hecho esperar a Douglas junto al teléfono mientras estaba fuera. No me he perdido nada.

Cerré los puños y volví a mi despacho, cerré la puerta y me apoyé en ella. Me gustara o no, Sofia era una buena asistente. Y sabía lo condenadamente importante que era esa oferta para mí. Incluso había desviado las llamadas a su teléfono cuando se había ido la noche anterior, algo que no tenía sentido. Porque Bob no iba a responder al instante.

Iba a ponerme en contacto con su abogado si no tenía noticias al final de la jornada.

Me llegó el penetrante sonido del teléfono de Sofia desde el otro lado de la puerta. El corazón me retumbó en el pecho y corrí hacia mi escritorio para atender la llamada cuando ella me la pasara.

En efecto, justo cuando me senté, sonó el aparato de mi mesa.

Cogí.

—Son los abogados de Goode. ¿Se los paso?

—Sí —dije, echando los hombros hacia atrás. Ya estaba. El pez había picado.

—¿Andrew? Soy Charles Whithorn. —Me había cruzado con él un par de veces en mi carrera. Parecía un tipo bastante decente.

—¿En qué puedo ayudarte? —Como si no lo supiera. Había llamado para iniciar las negociaciones. No esperaba que Goode aceptara mis condiciones de inmediato. Pero si era así, sabía que podría cerrar el trato. Y allí estaba, comiendo en mi mano.

—Es sobre esta oferta de *Verity*. Bob me ha pedido que llame, pero, sinceramente, no sé por qué. También me ha pedido que te diga que *Verity* no está en venta.

Se me revolvió el estómago. Debía de haber escuchado mal.

—¿Cómo que no está en venta? Si no le gusta mi oferta, podemos hablar.

—Ya. Le sugerí que te hiciéramos algún tipo de contraoferta pidiéndote más dinero, pero no está interesado. Solo me ha dicho que no está en venta.

Debía de haber entendido mal. Era imposible que la revista no estuviera en venta. Era deficitaria y no había tomado una buena dirección. De hecho, era un desastre. Por supuesto que estaba a la

venta. Siendo realistas, tenían que estar encantados de regalármela. Había ofrecido el dinero en efectivo, así como el asumir el cincuenta por ciento de la deuda.

—¿Has visto los números, Charles? *Verity* pierde dinero, y he hecho una buena oferta.

—Lo sé —respondió—. No creo que la cifra sea importante. Simplemente, no quiere vender.

Busqué en mi cerebro alguna razón por la que no quisiera vender.

—¿Pretende vender la editorial Goode en su totalidad?

—No que yo sepa, y suelo ver la mayor parte de lo que pasa por su mesa, aunque no le interese.

—¿Tiene un plan, un nuevo inversor o algo así?

—En serio, no lo sé. En la última conversación que mantuve con él sobre el negocio, me habló de la importancia de los beneficios. No tengo ni idea de por qué no está interesado en tu oferta.

—¿No le has preguntado? —¿Qué clase de abogado era ese tipo si no asesoraba correctamente a su cliente?

—Por supuesto. Y no quiso decírmelo. Pero tú lo conoces, ¿no? ¿Por qué no le preguntas?

Suspiré.

—Gracias por llamar. —No tenía sentido malgastar el aliento en charlas. Necesitaba un nuevo plan. Ese era el final de la brillante sugerencia de Gabriel y Tristan. Me reprendí a mí mismo haber dado el paso. Sin embargo, no había necesidad de convertir a Charles en un enemigo. Podría ser útil —. Puede que lo haga. Gracias.

—Solo una sugerencia. Sabes que Bob es un hombre llano, de la vieja escuela. Le gusta hacer negocios con la gente que le cae bien. —No era idiota. La mayoría de la gente prefiere hacer negocios con quienes les inspiran confianza—. Bueno, no ha dicho nada, al menos recientemente, y menos en relación con esta oferta, pero no estoy seguro de que sea tu mayor fan.

Eso no era una novedad.

—El sentimiento es mutuo, Charles. Pero esto es un negocio.

—Se trate de negocios o no, nadie quiere sentirse tonto. Has sido muy claro al decirle que no te gusta cómo dirige *Verity*. Y ahora que le va tan mal, habrá sumado dos y dos, así que supongo que no quiere darte la razón.

Estuve a punto de lanzar el teléfono contra la pared, en parte por la conmoción que me producía la idea de que alguien, por puro orgullo y vanidad, rechazara una gran oferta por una empresa en decadencia, y en parte porque me daba cuenta de que *Verity* nunca iba a acabar en mis manos. Al menos si Goode tenía algo que decir al respecto

—¿Así que se va a tirar piedras contra su propio tejado?

—Yo solo estoy especulando.

—Bueno, si tus especulaciones son correctas, Bob es más idiota de lo que ya pensaba. —Me sentía frustrado, pero, al mismo tiempo, agradecido por la perspicacia de Charles—. Te agradezco que seas sincero conmigo.

—De nada. Sabes que así es como me gusta hacer negocios.

Le debía una a Charles. No tenía sentido perder tiempo y energía persiguiendo *Verity*. Era inútil. Me había ahorrado tiempo, aunque me había quedado un poco angustiado. Parecía que no iba a poder salvar el legado de mi abuela.

19

SOFIA

Que Andrew Blake no tuviera un gemelo no significaba que yo no pudiera fingir que lo tenía. Era la única forma de entender que fuera tan diferente dentro y fuera de la oficina. La última vez que me había sentado en ese taburete, me había susurrado al oído que quería hacer que me corriera. Y esa mañana me había ladrado porque no tenía las luces del despacho encendidas.

Había cumplido esa promesa durante la noche que pasamos juntos. Y más veces de las que podía recordar. Pero luego, al día siguiente, había actuado como si fuéramos dos personas diferentes y no hubiera pasado nada la noche anterior. Una parte de mí pensaba que así era más fácil. De esa forma, no nos iban a pillar haciéndolo en la fotocopiadora del trabajo. Pero también había una parte de mí que se preguntaba qué coño estaba pasando. La única manera de entenderlo era fingir que Andrew tenía un hermano gemelo llamado James.

Apenas iba por el segundo sorbo de mi Vivien Leigh cuando sonó la campanilla de la puerta del Noble Rot. Aunque supe que una presencia familiar estaba atravesando la puerta, resistí el impulso de mirarlo.

Algo cambió en el ambiente. Las cabezas se volvían a su paso cuando Andrew pasó entre las mesas de madera para llegar a la barra. No podía echárselo en cara. Su confianza en sí mismo parecía envolverlo en una burbuja casi visible. La enigmática sonrisa que lucía era tan convincente como la de la Mona Lisa, por lo que la atención de todos los presentes se centraba en el lugar al que iba o en lo que estaba haciendo.

Dado que yo misma no podía apartar los ojos de él, no podía juzgar a otra persona por sentir lo mismo.

Ocupó con elegancia el taburete contiguo al mío.

—Sofia —dijo; su voz era un gruñido bajo y profundo.

—James —respondí, tratando de ignorar el chisporroteo de excitación que me subía por la columna vertebral.

Apareció obedientemente una copa frente a él. Ese día no estaba Tony. Era un *barman* diferente que también conocía el procedimiento. No perdí el tiempo entablando conversación con el nuevo. Solo había un hombre con el que quería hablar esa noche.

—¿Qué tal la jornada? —le pregunté. Llevaba todo el día queriendo preguntarle cómo se sentía con la oferta y qué conclusiones había sacado de la llamada telefónica con el abogado que le había pasado justo antes de salir del trabajo. Pero sabía que no debía hacerlo. Andrew no conversaba. Al menos, no lo hacía en la oficina. Sin embargo, yo sabía que quería comprar *Verity*. De hecho, nunca lo había visto tan agitado en el trabajo como mientras esperaba esa llamada.

—No quiero hablar de ello —dijo. Suspiró y se pasó los dedos por el pelo como si estuviera sufriendo—. No debería estar aquí.

«Aquí» solo era un *pub*. Pero era el *pub* donde yo estaba. Y entonces caí en la cuenta: yo trabajaba para él. Tal vez encontrarme «muy atractiva» iba en contra de algún código moral, o algo así.

—No tenemos que hablar de eso —dije—. A veces, es bueno tener la consigna de no hablar de nada relacionado con el trabajo fuera de la oficina.

—Exactamente —convino, con un fervor que parecía un poco fuera de lugar.

No le gustaba la idea de que trabajara para él y me acostara con él al mismo tiempo. Esa debía de ser la razón por la que estaba manteniendo esa farsa.

—¿Te gusta mantener la vida personal y la laboral separadas?

—Sí —respondió.

Quizá le preocupaba abusar de su poder o de su posición. El movimiento #*MeToo* no solo se había producido en Estados Unidos, también había alcanzado a los británicos. Podía asegurarle que no tenía nada de qué preocuparse en ese sentido; Tampoco era un trabajo a largo plazo para mí. El año próximo por esas fechas, no iba a estar trabajando en Blake Enterprises. Pensé con cuidado en cómo formular la siguiente frase sin saltarme nuestro juego.

—Supongo que, cuando despegue mi verdadera carrera, pensaré lo mismo.

Curvó los labios, divertido.

—¿Tu verdadera carrera?

—Sí. No quiero ser la asistente de un pez gordo durante el resto de mi vida. Tengo un máster en Administración de Empresas y soy ambiciosa. Quiero ser el pez gordo. El trabajo que tengo ahora es un medio para alcanzar un fin. Tengo que resolver algunas cosas en Londres. Ser asistente no es *mi* trabajo, ya me entiendes.

—¿Estás buscando un ascenso o…?

—Solo necesito un sueldo hasta que termine lo que tengo que hacer. Luego emprenderé mi carrera.

Los hombros bajaron de golpe y su ceño desapareció.

—¿Podemos salir de aquí e ir a tu casa?

—Podemos —dije—. Cuando termine el cóctel. —No estaba a sus órdenes. No iba a preguntar a qué altura cuando me decía que saltara.

—Te haré un cóctel cuando lleguemos a tu casa.

Negué con la cabeza.

—A, no lo harás. Y B, me gusta este.

Giró el taburete hacia la barra con un sonido que era casi un gruñido, pero no discutió, lo cual agradecí. Había algo muy sexy en que ese macho alfa supiera cuándo no debía imponer su dominio. Aun así, me encontré bebiendo mi cóctel un poco más rápido de lo acostumbrado.

Cuando salimos a la calle, pidió un taxi.

—Apuesto a que no sueles pisar los barrios bajos como Kilburn. ¿Dónde vives? —pregunté mientras el taxi se detenía.

—En Old Gloucester Street. —Lo dijo como si yo debiera saber lo que significaba—. Está a la vuelta de la esquina.

Andrew siempre tenía la capacidad de sorprenderme.

—¿Vives por aquí? Creía que todos los edificios se habían convertido en oficinas.

—No todos: algunos siguen siendo residenciales.

—Esperaba que vivieras en algún apartamento elegante de Mayfair, con vistas a Hyde Park, o algo así. No es que no sea elegante esta zona. Solo que… es más discreta.

Se rio.

—Sí, no me van las fantasías. Eso es cosa de mi amigo Joshua. Al menos, lo eran antes de tener novia.

—¿Tienes amigos? —pregunté—. Considera que el cóctel me ha emborrachado.

Esbozó una sonrisa de medio lado.

—Tengo un grupo muy pequeño de amigos cercanos, no una lista interminable de personas

conocidas. Bueno, también tengo eso, pero no considero a esa gente mis amigos.

Por un segundo me imaginé a Andrew con sus amigos. ¿Era tan serio con ellos como en el trabajo? ¿Intercambiaba bromas y hablaba de fútbol? ¿Del tiempo?

—Está bien tener un pequeño grupo de amigos. Natalie y mi madre son mis dos mejores amigas. Y luego hay un par de chicas que conocí en la universidad a las que veo con regularidad. Pero… —¿Qué quería confesar? ¿Que el abandono de mi padre me había hecho ser desconfiada? Eso era demasiado profundo. Demasiado… Y dado que estaba entablando una relación con mi padre, no estaba segura de cuáles eran los cimientos de mi vida.

—Natalie… —dijo, casi para sí mismo. Nunca había mencionado a Natalie. Le había dicho que éramos compañeras de piso y nunca había vuelto a nombrarla. Decir su nombre era lo más cerca que habíamos estado de que admitiera que era Andrew y no James.

—Es una amiga increíble. Leal, divertida y superinteligente.

Andrew permaneció en silencio mientras continuábamos el trayecto.

No negaba conocerla, pero tampoco lo admitía. Había líneas que no estaba dispuesto a cruzar, y yo había hecho las paces con esa idea al sentir el segundo orgasmo la primera vez que habíamos estado juntos.

Era en parte emocionante y en parte muy raro.

—Solo he tomado una copa esta noche —dije, para mí misma, con los nervios atenazándome el estómago. No estaba segura de si lo que me ponía nerviosa era la idea de volver a estar con él o nuestra farsa.

El taxi se detuvo en la acera frente a mi apartamento, y Andrew pagó al conductor.

—Bien.

—¿Por qué? —pregunté; saqué las llaves del bolso y las metí en la cerradura.

—El alcohol adormece los sentidos.

Jesús, María y José, si eso era cierto, ¿qué podía esperar de esa noche? La primera noche juntos había supuesto una sobrecarga sensorial. Había sentido como si le hubiera cedido el control total de mi cuerpo. No era posible sentir más cuando me tocaba.

Me siguió por las escaleras y colgó el abrigo de cachemira en el perchero, junto a mi viejo polar de North Face que había comprado muy rebajado en TJ Maxs mientras cursaba segundo.

Fuimos a la cocina. En un intercambio silencioso, señalé el armario donde guardaba el agua y él sacó dos botellas.

—Eres preciosa —dijo, dándome una. Le dediqué una sonrisa ladeada, preguntándome si se trataba de una frase para echar un polvo (alerta de *spoiler:* no necesitaba la frase) o si lo pensaba de verdad. Andrew era muchas cosas, pero no parecía el tipo de hombre que decía algo solo porque sí. Si pensaba en serio que yo era hermosa, ¿lo creía también cuando estábamos en la oficina? ¿Tenía que contenerse para no tocarme? No lo parecía. De hecho, si no hubiera estado en el bar del Noble Rot aquella primera vez, creo que nunca lo habría visto desnudo. Se puso muy cerca de mí mientras tomaba un trago de agua, antes de quitarme la botella y ponerla sobre la barra. Me acarició la cara y me pasó el pulgar por la mejilla—. He estado esperando esto.

La lujuria hizo que el suelo se moviera. Me flaquearon las rodillas y me tambaleé un poco, lo justo para que nuestros cuerpos se apretaran.

—Yo también.

Sin apartar la mirada de la mía, se soltó la corbata y se desabrochó los dos primeros botones de la camisa antes de quitarse la chaqueta. El roce fortuito de mi cuerpo con su ropa, combinado con la intensidad de su mirada, fue como una advertencia: tenía que prepararme para lo que iba a suceder.

Comenzó a desvestirme, empezando por los botones de la blusa, puntuando mi desnudez gradual con barridos de sus dedos, miradas intensas o la presión de sus labios. Fue muy lento, pero yo sabía que no debía intentar acelerar las cosas. Andrew hacía lo que quería y cómo quería. No era que no le interesara mi placer, ni mucho menos. Solo pensaba que sabía cómo llegar a él mejor que yo. Y tal vez tuviera razón.

Una vez que se hubo deshecho de mi blusa, me pasó los nudillos por el cuello y más allá, entre los pechos, antes de llegar al encaje del sujetador. Mis pezones reclamaban su atención y mi respiración era rápida e intensa. Apartó la mirada de mi pecho y buscó mis ojos. Había vuelto esa maldita sonrisa, una señal, si había alguna, de que me tenía exactamente donde quería. Una parte de mí necesitó poner los ojos en blanco, darle su ropa y echarlo a patadas. Pero no me moví. Solo esperé. Porque quizá me tuviera exactamente donde quería, pero yo estaba también donde quería estar. Sabía lo que iba a venir después. Su lengua, sus dedos, el placer que me arrancaba como si fuera una especie de mago. Su polla, sus caderas, aquellas embestidas tan profundas que me hacían preguntarme si me iba a partir en dos.

Lo quería todo.

20

ANDREW

La piel olivácea de Sofia parecía brillar bajo la suave luz de la cocina, y el brillante cabello le caía sobre los hombros. No había duda de que tenía un cuerpo de infarto.

Mi erección vibró contra la cremallera solo con mirarla. Sabía que lo que esperaba cuando la tocara no iba a decepcionarme; Sofia era cálida, receptiva y apasionada. Cuando habíamos estado juntos por primera vez, había esperado que su temperamento se impusiera. Estaba convencido de que iba a impacientarse y a irritarse ante mis exigencias. Me había sorprendido en ese aspecto, algo que no mucha gente conseguía.

Estaba seguro de que nunca había sentido un orgasmo tan intenso.

—Date la vuelta y agárrate a la encimera —dije, colocando sus caderas para que quedara de espaldas a mí y se agarrara a la superficie de mármol de la cocina.

Ladeó la cabeza y trató de sosegar su respiración.

Ya estaba mojada y muy excitada.

Me puse detrás de ella y apoyé las manos al lado de las suyas antes de apretar la frente contra su espalda. Movió las caderas hacia atrás, contra mí.

Me reí.

—Tienes que seguir el ritmo… —le susurré al oído—. Va a pasar un rato antes de que tengas mi polla.

Gimió, y deslicé una mano por su estómago hacia su monte de Venus.

—Eres tan dulce… —Junté los dedos y comencé a trazar grandes círculos sobre su sexo. Se arqueó contra mí, tratando de hundir mis dedos entre sus pliegues. Me aparté, y ella giró la cabeza para mirarme.

—Estás muy nerviosa —dije—. Y acabamos de empezar.

Se giró.

—Quiero chupártela —explicó.

Asentí.

—Lo sé. Pero luego… Ahora tienes que darte la vuelta para que pueda hacer que te sientas bien.

—No creo que vaya a durar mucho. Es como si, cuanto menos me tocaras, más lo deseara.

Arqueé las cejas.

—Ese es el quid de la cuestión, Sofia.

Suspiró y se dio la vuelta. Reposicionó las manos despacio sobre la encimera. Sin embargo, permaneció erguida, y yo le rodeé la cintura con un brazo, manteniéndola en su sitio mientras volvía a deslizar la mano hacia abajo. Dejé que un dedo se deslizara entre sus pliegues para darle un poco más.

—El sexo es más que follar. —Si no hubiera sido por su calor, su humedad, sus respiraciones cortas y agudas en mi oído, habría podido contenerme. Pero anhelaba más de ella, así que introduje un segundo dedo entre sus pliegues y la acaricié, hacia adelante y hacia atrás—. El sexo es sensaciones, anticipación. Comprensión.

Gimió y cerró los puños sobre el mármol.

—Quiero llevarte al límite y hacerte retroceder. Una y otra vez. Entonces entenderé tu cuerpo.

Sabré exactamente cuánto puedo tocar, presionar y chupar antes de que te hundas. Sabré lo que te gusta y cómo responde tu cuerpo, y tú también lo sabrás. —Deslicé otro dedo dentro de ella y le rocé el clítoris con el pulgar.

Me agarró la muñeca.

—Estoy a punto.

La calmé y sonreí contra la piel de su cuello. Lo entendía. A pesar de sus protestas, quería que fuera tan bueno como ambos sabíamos que podía ser.

—No vayas rápido, Sofia. Estás ofuscada esta noche.

Suspiró, y dejó caer el cuerpo contra mí.

—Por tu culpa.

La sangre acudió a mi erección, ya dura como una piedra, y tragué saliva.

Joder, qué mujer…

Mis dedos volvieron a moverse, ejerciendo presión y trazando círculos, primero despacio y luego cada vez más rápido. Sofia se tensó y retiré las manos.

—Respira —le indiqué.

Inspiró profundamente dos veces, controlando el orgasmo y manteniéndolo alejado. Momentos como ese estaban destinados a que el placer fuera mayor.

—Estoy temblando —dijo, levantando la mano para mostrármela—. Me siento…

—Mareada —terminé la frase por ella—. Es la mezcla de la adrenalina con la anticipación. Toma un pequeño sorbo de agua.

Mientras ella cogía el vaso, me quité la camisa. Había llegado el momento de cambiar el ritmo. Si la tocaba de nuevo, aunque fuera con suavidad, iba a explotar. Y yo quería estar dentro de ella cuando eso sucediera. Me observó con lujuria mientras me desnudaba. Disfruté de la atención que me prestaba, de cómo mi erección se tensaba bajo su escrutinio.

—¿Puedo probarte ya? —Su expresión era suplicante, y no iba a rechazarla.

Cogí una silla de la mesa del comedor frente a la isla de la cocina y me senté.

Sofia no alejó los ojos de mi polla mientras me seguía y se arrodillaba a mis pies.

—No quiero que me hagas una paja —advertí—. Quiero sentir tu boca, tu lengua y la parte posterior de tu garganta, y eso es todo. ¿Me oyes? —Si ella quería chupármela, entonces, iba a dejar que me la chupara. Nunca me habían gustado las mamadas que fueran más de manos que de boca. No me gustaba la gente que no se comprometía con lo que estaba haciendo. Y no me gustaban las mujeres que fingían que les gustaban las felaciones cuando no era así. Mi regla en la vida era que, o hacías algo bien, o mejor no te molestabas.

Asintió mientras se aseguraba el pelo en la parte superior de la cabeza. Un bonito detalle. Me pasó las manos por los muslos antes de capturar mi glande entre los labios.

Solté el aire.

Apostaba algo a que Sofia hacía buenas mamadas.

Una punzada de celos me atravesó el pecho e interrumpió la sensación de la lengua de Sofia, aunque solo por un segundo. Fruncí el ceño. Era una sensación nueva para mí pensar en cualquier otra cosa cuando una mujer tenía mi polla en su boca, y más si ese pensamiento incluía a otros amantes con los que pudiera haber estado. ¿Celos? Eso era nuevo, sin duda. Algo primitivo e instintivo. Pero ¿por qué iba a sentir celos? No era un troglodita que solo se acostaba con vírgenes. Me gustaban las mujeres que disfrutaban de su sexualidad. Entonces, ¿qué coño me pasaba?

El roce de los dientes casi demasiado afilados de Sofia me devolvió al momento. Joder, sabía lo que hacía.

Me miró y, cuando sus ojos se encontraron con los míos, tuve el impulso de besarla.

—Sofia —dije, acariciándole la mejilla.

Se echó hacia atrás y me miró como una estudiante a punto de recibir una crítica de su trabajo por parte de su profesor favorito.

—Ven aquí.

La animé a ponerse en pie y la llevé hacia mí. Se sentó a horcajadas sobre mí, y su calor se frotó contra mi dura longitud. Le cogí la cabeza y la acerqué a mí; metí la lengua en su boca y la besé.

Eso.

Eso.

Eso era lo que quería.

La sensación de todo su cuerpo contra el mío, sus brazos alrededor de mi cuello, su aliento mezclado con el mío.

Me dejé llevar por ese beso, todo labios, lenguas y pasión. Me gustaba mucho. Como si hubiera encontrado la última pieza de un rompecabezas bajo una copa de vino. Encajábamos. Me sentía completamente satisfecho, y aún no estaba dentro de ella.

Siguiendo un instinto ancestral, nuestros cuerpos empezaron a moverse al unísono y yo cogí el condón que había sacado de la cartera cuando me había desnudado.

Sofia se desplazó sobre mi regazo para que pudiera ponérmelo. Nuestros ojos se encontraron antes de que se colocara a horcajadas sobre mí de nuevo mientras yo sostenía la erección por la base. Sin dejar de mirarnos, bajó sobre mí. Sujeté sus caderas y traté de no estallar ante la sensación de hundirme en su apretado coño.

Joder. Joder. Joder.

—¡Qué bien…! —dijo ella.

Asentí, sin poder añadir nada a lo que había dicho. Decir que era «bueno» era como decir que llovía en Inglaterra. Una obviedad. Y la verdad. Pero también era la mayor subestimación que había oído nunca. Eso no era *solo* bueno. Igual que ella no era *solo hermosa*.

La maldita Sofia se merecía un espectáculo de fuegos artificiales y una orquesta de sesenta músicos. Digna de poner un anuncio en el *Times* para decirle a la gente lo fantásticamente bien que me sentía cuando esa mujer estaba desnuda y encima de mi polla.

Disfrutaba del sexo. Lo saboreaba. Lo había convertido en una prioridad en mi vida. Pero ¿eso? ¿El sexo con Sofia? Podía pasarme la vida follando con ella. Sentirla me hacía querer dejar mi trabajo, llevarla a una isla desierta y tener sexo a todas horas, todos los días.

Empecé a moverle las caderas. Lentamente, hacia atrás y hacia delante, con pequeños e intensos movimientos para que durara. Esa mujer había soportado que la torturara hasta ese momento; me parecía egoísta llegar al orgasmo lo más rápido posible. Así que tenía que luchar contra todas las ganas de darle la vuelta sobre la mesa y hundirme en ella hasta encontrar el olvido.

—No sé cuánto tiempo voy a durar. Me siento llena de ti. Es como si fueras…

Empecé a moverla más rápido. Sabiendo que los dos estábamos cerca, no podía pensar en una razón para contenerme. Sus caderas se movían a un ritmo perfecto; mi polla entraba y salía; las yemas de mis dedos resbalaban por su carne.

Nos miramos a los ojos.

—Es como si estuvieras dentro de mi cabeza —dijo.

Le lamí el cuello y capturé su labio inferior con los míos. Nuestras lenguas se enredaron mientras ella alcanzaba el clímax. La rodeé con mis brazos y la acerqué más mientras entraba en erupción dentro de ella; las vibraciones de nuestros orgasmos se mezclaron y nos unieron más.

Cuando volvimos a flotar desde lo alto, la subida y bajada de nuestros pechos pegados se hizo más lenta. Nos quedamos allí sentados, con las mejillas juntas; me negaba a dejarla ir. Quería saborear al máximo ese momento.

—¿Qué ha sido eso? —susurró Sofia.

No lo sabía.

«Intenso» no era una descripción suficiente. Había sido como si las placas tectónicas que había bajo nuestros pies se hubieran desplazado y nos hubieran engullido. Movió la cabeza y me dio un beso en el hombro. Cerré los ojos y me sumergí en la perfección que suponía un gesto tan pequeño e íntimo. Era justo lo que necesitaba en ese momento.

Nos quedamos así, abrazados; meciéndonos solo al compás de nuestras respiraciones.

—Deberíamos movernos en algún momento —señaló Sofia por fin.

—Supongo que sí. —Le recorrí con los dedos la columna vertebral.

Me miró como si quisiera decir algo, pero se reprimió; luego se puso de pie y se fue al baño que recordaba al final del pasillo.

Me gustó que no intentara taparse. Solo recorrió desnuda la estancia.

Eché la cabeza hacia atrás y la realidad se filtró de nuevo en mis pensamientos. Volvía a estar en el punto de partida en lo que respecta a *Verity*. Tal vez saliera a correr al día siguiente por la mañana para tratar de encontrar nuevas ideas.

—¿En qué estás pensando? —preguntó Sofia al reaparecer en la puerta.

—En ti. —Me puse de pie y me acerqué al fregadero a buscar agua—. Y en el trabajo.

—Bueno, ya, lo sé. Háblame del trabajo, James.

Sacó un vaso y dejó que el agua corriera antes de llenarlo.

—Quiero comprar una empresa y el dueño no quiere venderla. —Ese era el quid de la cuestión.

Tomó un buen sorbo de agua y me fijé en su cuello mientras tragaba. Joder, todo lo que hacía esa chica era sexy.

—¿No quiere venderla o no quiere vendértela a ti?

—No quiere vendérmela a mí.

Echó la cabeza hacia atrás.

—¿Y no puedes fingir ser otra persona?

—Es algo más complicado…

Rodeó la isla de la cocina para acercarse a mí.

—Entonces, simplifícalo —dijo; cogió un condón y lo colocó sobre la encimera, delante de nosotros. Me rodeó la cintura con las yemas de los dedos, me quitó el vaso de la mano y lo puso en el escurridor. Al parecer, estaba preparada para más.

—Aunque creara una empresa en las Islas Caimán o disimulara de algún modo la procedencia del dinero, es un propietario chapado a la antigua. Quiere saber con quién está haciendo negocios. Quiere hacer tratos cara a cara, no con una empresa sin rostro.

Me dio un beso en el pecho.

—Entonces, crea una compañía en las Islas Caimán y envía a alguien en tu nombre. Haz que se haga pasar por el comprador.

Mi miembro respondía a sus labios mientras mi cerebro empezaba a darle vueltas a la idea.

—No creo que funcione —musité—. Se sabe que un abogado es un abogado o un contable es un contable a un kilómetro de distancia. Y las demás personas que conozco capaces de llevar a cabo negociaciones contra un hombre como Goode están demasiado ocupadas con sus propios asuntos.

—¿En serio? —preguntó, apresándome la polla—. ¿No tienes en la oficina a alguien que no sea

abogado o contable y que lo veas capaz de negociar para comprar un negocio?

Cogió el preservativo, lo abrió y lo enrolló con maestría en mi dura erección.

¿Qué me estaba diciendo? Mi mente empezaba a nublarse por la lujuria, pero ¿estaba sugiriendo que la hiciera pasar por la compradora de *Verity*?

Se dio la vuelta y se echó sobre la encimera de mármol, y, de repente, solo pude concentrarme en su culo.

—¿Qué tienes que perder? —añadió.

Pasé los dedos entre sus piernas, buscando la prueba de su excitación. No me decepcionó. Estaba goteando por la anticipación y la necesidad. Busqué la entrada, mojando el glande con su humedad.

De forma lenta y constante, me impulsé dentro de ella, disfrutando de la presión, el deslizamiento, de la perfección. Vibró bajo mis manos mientras la penetraba más profundamente y le pasé el brazo por debajo, sosteniéndola justo cuando se le doblaron las rodillas.

—Respira… —le susurré al oído.

Me retiré con la misma lentitud y empujé con más fuerza, llegando tan profundamente y tan lejos como podía. La curva de su espalda era tan sexy que quise recorrerla con suaves lengüetazos. Su culo redondo y firme parecía hecho para mis manos.

—Sofia —susurré, llamando a la mujer que me envolvía—. Sofia…

—Es demasiado… —Sofia se estremeció, le temblaron las piernas y se desplomó hacia delante sobre la encimera mientras se contraía a mi alrededor—. Lo siento —dijo.

No tenía motivos para disculparse.

Me moví con suavidad y la giré para que estuviera de frente a mí.

—No te disculpes nunca por haberte corrido. No te disculpes con nadie. —Noté una punzada de celos en mis entrañas.

Los aparté de mi mente.

—Sé que te gusta torturarme un poco más… —Bajó la mirada como si estuviera avergonzada.

Le levanté la barbilla para que me mirara.

—Disfruto retrasando el clímax y haciéndote esperar, y disfruto también sintiendo que no puedes controlar el orgasmo incluso cuando solo he estado dentro de ti unos segundos. —Era seductor lo mucho que quería complacerme. Me parecía casi fuera de lugar. Como si se tratara de un lado oculto y privado de ella que no mostraba muy a menudo.

—Sí, haces un buen trabajo, Andr…

Antes de que pudiera terminar lo que estaba diciendo, le agarré una pierna, la coloqué sobre mi cadera y volví a penetrarla.

—La próxima vez lo veré en tu cara antes de que pierdas el control.

La clavé en mi polla en tensión, relajándome de alivio cuando ella, una vez más, me rodeó. Sentí que así era como tenía que ser. Encajábamos a la perfección. Sentí que eso era correcto.

Doblando las rodillas, la penetré una y otra vez, con un brazo detrás de ella y el otro sobre mi pecho. Me invadió la idea de que no quería que esa fuera la última vez que me acostaba con esa mujer. Pero, si no volvía a aparecer en el bar, ¿qué iba a hacer? ¿Verme forzado a una situación a la que no quería enfrentarme? Por el momento, me tambaleaba por mi rígida regla sobre la separación entre lo laboral y lo personal. Hasta ese momento, ser James significaba que seguía las reglas. Pero ¿de verdad importaba cómo me llamara? No me parecía que estuviera fingiendo.

Gimió y deslizó la mano hasta mi hombro, luego curvó los dedos alrededor de mi cuello mientras se arqueaba hacia atrás, ofreciendo sus pechos deliciosos a mi boca codiciosa. Me agaché y

rocé un pezón con los dientes, haciendo que ella me mirara, sorprendida.

—Los dos sabemos usar los dientes, Sofia. —Sonreí, y luego le capturé el pecho con la boca, chupando y acariciando un pezón, y luego el otro.

Mi clímax gruñó, acuciante, y me quedé quieto durante un instante. Estaba preparado para follar con ella tan fuerte y profundamente como siempre. Nos moví para que ella quedara sobre el mostrador y luego apoyé las manos a ambos lados de sus caderas.

—¿Estás preparada?

—Para lo que quieras.

Asentí y la penetré. Una y otra vez, tratando de ignorar el balanceo de sus pechos mientras nuestros cuerpos se encontraban sin piedad. Me aferré a sus caderas, asegurándome de llegar lo más profundamente posible, a esa parte de ella que mantenía oculta y que yo quería sacar a la luz. Una y otra vez, hasta que vi esa mirada de asombro en sus ojos, hasta que sentí esa quietud en mi cuerpo, hasta que pude dejarme llevar una última vez, vertiendo hasta la última gota de mí en ella.

21

ANDREW

Durante todo el fin de semana no había pensado en otra cosa que en el tacto del sexo de Sofia cuando se corría y en si podía o no llevar a cabo la adquisición de *Verity*.

¿Podía funcionar?

¿Podía confiar en ella o iba a dejarse engañar por Goode?

Las preguntas daban vueltas en mi cabeza como un carrusel, pero seguía sin tener la respuesta. Por un lado, me parecía absurdo enviar a Sofia, a la que conocía desde hacía apenas un mes, a negociar el acuerdo más importante de mi carrera… No, de mi vida. Por lo que había visto de ella, era capaz, inteligente y estaba segura de sí misma. Pero eso no significaba que pudiera negociar con Bob Goode.

Y, además, eso significaba que no debía acostarme con ella.

Durante años había sido muy exigente a la hora de separar mi vida laboral y personal. Por el momento, la relación con Sofia fuera del despacho existía en una extraña tierra de nadie entre la oficina y el hogar; por mucho que supiera que debía mantener las cosas en un plano profesional, había algo en ella que me hacía querer aparecer por el Noble Rot y ser James todo el tiempo que ella me aceptara.

Mi móvil vibró sobre la mesa, y miré la pantalla. Era un número desconocido. En otro momento, no lo habría cogido, pero necesitaba una distracción.

—Andrew Blake.

—Hola, Andrew. Me llamo Aryia Chowdhury y estoy escribiendo un libro. —Estaba a punto de cortarla cuando añadió—: Es sobre su abuela. Bueno, no es exactamente así… Estoy escribiendo un libro sobre las mujeres del siglo pasado que trataron de encauzar sus respectivas empresas, y tengo previsto incluir *Verity,* cómo la creó su abuela, y también cómo la dirigió su madre.

Agarré el teléfono con tanta fuerza que fue un milagro que la pantalla no se astillara.

—Esperaba poder concertar una reunión para hablar de ello con usted.

—¿Cómo ha dicho que se llama? —Quería disponer de un historial completo de quién estaba escribiendo sobre mi abuela.

Repitió su nombre y luego me ofreció más información.

—Soy una escritora *freelance*. He escrito artículos para la mayoría de los periódicos de gran tirada, pero suelo colaborar con *The Guardian*. *Verity* me fascina por la drástica transformación que ha sufrido desde su fundación.

Se me revolvió el estómago. No necesitaba escuchar eso de una perfecta desconocida. Y, desde luego, no quería que una extraña contara a otros miles de perfectos desconocidos que algo genial se había convertido en la cuestionable publicación que era *Verity* en la actualidad.

—¿Sigue la suerte que ha corrido *Verity* a manos de la editorial Goode? ¿Siente alguna conexión con la publicación? —preguntó.

—¿Esto es una entrevista? —protesté. No tenía ningún interés en que me interrogara sobre la marcha. Necesitaba más información sobre lo que hacía Aryia Chowdhury y lo que pretendía decir sobre mi familia.

—Lo siento, no, me he dejado llevar. ¿Podríamos acordar una cita para hablar? Tal vez podría

invitarlo a comer o ir a su oficina o…

—Tendrá que hablar con mi asistente. ¿Cómo ha conseguido este número? No importa. —No sabía por qué preguntaba. Todo estaba en venta—. Llame a mi despacho, y allí concertarán un encuentro.

—Estoy deseándolo —dijo, justo antes de colgar.

Solo me faltaba eso. Mi abuela no llevaba ni un año muerta, y, de repente, entraba en escena esa reportera, que andaba husmeando por ahí, dispuesta a contarle al mundo cómo se había mancillado su obra por culpa de la revista de chismes en la que se había convertido *Verity*. La situación era bastante mala sabiendo que el importante e innovador trabajo de mi abuela, de mi madre y de *Verity* había sido desplazado para dejar espacio a páginas y páginas de rumores sobre famosos. Pero, a partir de la publicación de ese libro, quien lo leyera iba a pensar que la vida de mi abuela se había echado a perder.

Suspiré y giré la silla para poder mirar por la ventana. La pasión de mi abuela había sido su trabajo en *Verity*. Le encantaba, y siempre parecía llena de vida cuando hablaba de ello. No quería que nadie que leyera sobre ella no lo supiera. Había sido una mujer apasionada y dedicada, una pionera. Pero las personas que venían detrás de ella se esforzaban por tapar el camino que ella había abierto.

Tenía que hablar con Aryia. Contarle cuál era la verdadera historia. Ella podía ser la persona que consiguiera transmitir que el legado de mi abuela estaba lleno de honor y honestidad. De descubrir la verdad y presionar para obtener respuestas. En resumen, su misión en la vida había sido exactamente lo contrario a todo lo que su revista había llegado a ser.

Mi corazón parecía un trozo de hormigón dentro de mi caja torácica.

Me puse de pie, crucé el despacho y abrí la puerta.

—Avise a Douglas. Los necesito a los dos aquí.

Sofia miró el reloj, probablemente preguntándose por qué había terminado mi «práctica de yoga» antes del mediodía. Al menos, tuvo el buen tino de no decir nada.

Menos de dos minutos después, el murmullo de voces precedió a la apertura de la puerta de mi despacho y a la aparición de Douglas y Sofia.

Tomaron asiento delante de mi escritorio.

—Douglas, tienes que encargarte de que los abogados comprueben esto, pero vamos a crear una empresa en el extranjero, propiedad de otras empresas de un país en el que no tengas que revelar los nombres de los propietarios ni de los directores. Vamos a fabricar capa tras capa tras capa de empresas y directores hasta que nadie pueda rastrear la empresa original para llegar a mí. Entonces, cuando la tengamos, la empresa original hará una oferta para comprar *Verity*. Cuando Goode solicite una reunión, como sabemos que hará, la señorita Rossi se hará pasar por la compradora.

Miré a Sofia, luego a Douglas y de nuevo a Sofia. Su rostro se mantenía inexpresivo.

—Será caro —dijo Douglas.

No respondí.

—Y complicado —añadió.

—Lo quiero listo esta semana.

—Entonces, será mejor que nos pongamos a trabajar —dijo Sofia—. Douglas, si usted se encarga de la parte estructural, yo me ocuparé de la carta de oferta para que tenga un aspecto muy diferente al de la última vez. También alquilaré una oficina, organizaré las líneas telefónicas y montaré lo que parezca una sede viable. Conseguiré tarjetas de visita, una dirección de Internet y actualizaré mi página de LinkedIn. Por suerte, no la actualicé cuando empecé a trabajar aquí, así que

no podrán rastrearme. Si le parece bien, señor Blake, usaré mi nombre real. Cuantas menos mentiras, mejor. ¿Verdad?

¿Fue cosa mía o ella enfatizó la palabra «real»?

—Parece que ha pensado en todo —dije—. Quiero presentar una oferta antes del fin de semana. —Douglas y Sofia se pusieron de pie y se dirigieron a la puerta—. Y si una periodista llamada Aryia Chowdhury se pone en contacto para una entrevista, acceded, pero retrasadla un par de semanas.

Si hubiera dependido de mí, habría firmado el contrato con Goode para comprar *Verity* antes de sentarme con Aryia para la entrevista.

22

SOFIA

Pensaba que había tenido todo en cuenta, pero en el momento en el que el móvil que había puesto a nombre de la empresa fantasma de Andrew empezó a sonar, me entró el pánico. No tenía ninguna recepcionista que contestara a la llamada en mi nombre.

«Respira».

Oí la voz de Andrew en mi cabeza. Cogí el teléfono. Era un número de móvil. Nadie esperaba que una asistente respondiera a un número de móvil.

—Sofia Rossi. —A diferencia de los modales telefónicos de Andrew, que rozaban la grosería, intenté sonar educada y segura de mí misma.

—Soy la asistente del señor Goode. —Eso ya lo sabía. Eran los únicos que tenían el número—. Llamo para concertar una reunión entre el señor Goode y usted.

—Perfecto. Voy a coger mi agenda. ¿Cuándo está libre el señor Goode?

—De momento, está en Estados Unidos por negocios y no lo esperamos hasta el día 22.

¿El 22? Faltaban tres semanas, y Andrew estaba impaciente por cerrar el trato. Había estado dando vueltas por la oficina como un león enjaulado desde el día anterior, en el que habíamos hecho la oferta. No iba a aguantar tres semanas. Incluso quería presentar la oferta el viernes, pero lo convencí de que debíamos esperar a que la oficina que habíamos alquilado estuviera amueblada, por si acaso Goode investigaba más a fondo.

Esperar tres semanas no era una opción.

—Este mes iré a Nueva York por negocios —dije—. Quizá podemos coordinar un encuentro mientras esté allí.

—Por favor, espere.

¿Qué iba a pensar Andrew de la idea de organizar una reunión a seis mil kilómetros de distancia? Sin duda, era lo correcto; había invertido mucho tiempo, dinero y esfuerzo para crear una empresa fantasma.

Esperé durante lo que me parecieron horas antes de que volviera a hablar la asistente del señor Goode.

—El señor Goode estará en Nueva York el viernes. ¿Podría quedar con él?

Alejé el teléfono para que no pudiera oír mi respiración llena de pánico ni el golpe de mis latidos, que me decían que era una idiota por organizar todo eso sin el permiso de Andrew.

—Estoy libre para almorzar, ¿le vendría bien?

—Estará disponible a las doce. Por favor, envíe los detalles del restaurante.

Joder.

Solo eran las diez y media, pero tenía que interrumpir la práctica de *ashtanga* de Andrew. Si estaba a punto de despedirme por aceptar una reunión en otro continente, prefería saberlo cuanto antes.

Llamé a la puerta y entré sin esperar respuesta. Eché un vistazo al despacho, esperando ver su culo apretado a cuatro patas, pero estaba tras el escritorio, como siempre.

—Acabo de recibir una llamada —dije.

Permaneció en completo silencio mientras le contaba que había conseguido una cita para almorzar el viernes. En Nueva York.

—Bien, entonces reserve billetes para los dos —respondió.

—¿Para los dos? —No había pensado más allá de rezar para que Andrew no me despidiera por haber aceptado reunirme con Goode en Estados Unidos. La logística no se me había pasado por la cabeza. ¿Íbamos a viajar juntos? ¿Iba a ignorarme todo el tiempo? ¿O iba a acompañarme James, el hombre en el que se convertía fuera de la oficina? Supuse que debía agradecer que no hubiera puesto el grito en el cielo por haber aceptado una reunión al otro lado del charco

—Por supuesto. Es mi trato. Mi dinero. De hecho, debería ser mi reunión. No voy a dejar que improvise. Tendremos que prepararnos. Informarnos y crear estrategias. Es un buen comienzo, Sofia. Pero solo se trata del primer paso.

Me agarré al respaldo de una de las sillas que había delante de su escritorio para no caerme.

Sofia.

Andrew nunca me había llamado por mi nombre.

James sí lo había hecho. Normalmente, cuando estaba desnudo y follando conmigo.

Oírlo de labios de Andrew hizo que el suelo temblara bajo mis pies, y casi me hizo perder el equilibrio.

Por lo general, podía separar a Andrew de James sin ningún problema. Andrew era malhumorado, monosilábico y francamente grosero casi todo el tiempo, aunque tuviera un buen culo y una sonrisa sexy. James era diferente. Era considerado y deliberado en todo lo que hacía. Sabía lo que quería y cómo me quería. Era sensual y seductor, y parecía haberme hechizado con el sexo.

James me veía. Me deseaba. Se preocupaba por mi placer.

Quería ir a Nueva York con James. Pero iba a reservar un billete de avión para Andrew.

23

SOFIA

Apenas me había dirigido la palabra en las nueve últimas horas.

Habíamos ido a Paddington en taxi para tomar el Heathrow Express al aeropuerto. Me había pedido los billetes en cuanto me había visto, y lo consideré como una buena señal. Todo iba a ir sobre ruedas entre nosotros, e íbamos a tener una relación laboral productiva.

Pero no. Se las había arreglado para permanecer en silencio casi todo el viaje, con la cabeza pendiente de su teléfono, o en *The Economist* o *The Financial Times*. Incluso me sorprendía que no tuviera fatiga visual.

Cuando llegamos a la recepción del hotel, me giré para pedirle el pasaporte, pero me encontré con que ya me lo estaba tendiendo, lo que me llevó a esbozar una sonrisa sarcástica.

—Gracias —dije, y me volví para registrarnos. Andrew no dejaba de dar toques, toques, y más toques en su móvil. Sin duda, ya había alcanzado el nivel trescientos en *Clash of Clans*. Era imposible que estuviera haciendo algo útil en ese teléfono.

Cuando la recepcionista vio el pasaporte de Andrew, cambió por completo de registro.

—Me alegro de tenerlo de nuevo con nosotros, señor Blake —comentó, poniéndose de puntillas para asegurarse de que él la oía.

Andrew se volvió y asintió en su dirección. En cuestión de segundos, un caballero mayor se había colocado al lado de Andrew.

—Señor Blake. Encantado de que se aloje con nosotros de nuevo. ¿Puedo acompañarlo a su habitación? —Me miró—. Sus habitaciones.

—Gracias, señor Parker —repuso Andrew, guardando el teléfono en el bolsillo.

Andrew no había perdido el uso de la palabra, entonces. Al parecer a la única persona a la que no le hablaba era a mí.

—Señorita Rossi… —El señor Parker se dirigió a mí mientras nos conducía a los ascensores—, ¿es su primera estancia con nosotros?

¿Mi primera estancia en el Mandarin Oriental de Nueva York? No, señor, me gustaba ir tan a menudo como me era posible, entregarles mi tarjeta American Express Platinum y relajarme.

—En efecto —respondí—. Vivía en Nueva York, así que no necesitaba un hotel.

—Una nativa —dijo, sonriendo—. Bueno, bienvenida. Esperamos que disfrute de su estancia con nosotros. Soy el gerente del hotel. Si necesita algo, pregunte por mí. —Me entregó su tarjeta de visita.

No me había alojado en hoteles muy a menudo, pero era lo bastante espabilada como para saber que los directores no acompañaban a todos los huéspedes a su habitación.

Natalie no podía saber lo del «Manual de Andrew»; me lo habría dicho. Menos mal que Andrew había cumplido años antes de viajar a Nueva York y que Joanna me había entregado aquella guía. Su contenido me había ayudado mucho a organizar el viaje. Me decía que Andrew solo volaba en la primera clase de British Airways y me indicaba sus hoteles favoritos. Así fue como acabé tomando una copa de champán y viendo *Resacón en Las Vegas* en mi asiento de lujo a treinta mil pies de altura. Y así fue como habíamos acabado allí. Me moría de ganas de contárselo a mi madre, pero no iba a poder verla hasta justo antes de volver, al día siguiente por la tarde. Era consciente de que tenía que

concentrarme en el objetivo hasta después de encontrarme con Bob Goode. Luego podía ponerme al día con ella durante un par de horas.

—Me he tomado la libertad de asignarle la habitual Suite Presidencial —comentó el señor Parker —. Y, señorita Rossi, esperamos que esté cómoda al lado, en la Suite Oriental.

Mierda. Andrew había cambiado sus preferencias desde que Joanna se había ido. El manual no decía nada sobre la Suite Presidencial. Debería haber preguntado antes de reservar.

Espera, ¿qué había dicho? ¿Yo estaba en la *suite* de al lado? ¿Junto a mi jefe?

—Oh, me conformo con la habitación original que reservé…

El señor Parker levantó la mano para detener mis objeciones.

—Insistimos. Siempre es un placer que el señor Blake se aloje con nosotros, y es agradable dar la bienvenida a una neoyorquina de pro.

Salimos del ascensor y solo encontramos dos puertas delante de nosotros. ¿Las dos *suites* ocupaban toda la planta? Era una locura. Ese hotel era enorme.

—Las maletas ya están en sus habitaciones. Señor Blake, le hemos dicho a George que deshaga su equipaje. Ya sabe que está a su disposición las veinticuatro horas del día. ¿Puedo hacer que le envíen algo de comida? George puede ocuparse de las bebidas.

¿Quién era George? Al parecer, una especie de superhéroe multitarea que conocía los gustos y fobias de Andrew mucho mejor que yo.

—Tan eficaz como siempre. Gracias, señor Parker. Usted y su equipo siempre me hacen sentir en casa, y se lo agradezco. —Estrechó la mano del gerente. El señor Parker abrió la puerta de la Suite Presidencial y Andrew desapareció tras ella.

El señor Parker se volvió hacia mí.

—Podemos organizar el servicio de mayordomo para usted también, si lo desea.

Intenté no reírme.

—Gracias, pero me gusta deshacer mis propias maletas.

—¿Puedo enseñarle su habitación?

—Sinceramente, solo quiero meterme en la ducha y poner algo de televisión americana. La he echado de menos.

El señor Parker sonrió e hizo una pequeña reverencia.

—Muy bien. Estoy a su disposición. Disfrute de su estancia, señorita Rossi.

Entré en mi *suite* y cerré la puerta. Tal vez estuviera en casa, pero ese no era el Nueva York que conocía, el que había amado durante casi treinta años.

Después de darme una ducha tan larga y tan caliente que me sorprendió no haberme convertido en una versión deshidratada de mí misma, llamé a mi madre. Me echó un breve sermón para decirme que tenía que haber cruzado la ciudad para verla esa misma tarde a pesar de las ocho horas de vuelo y de las obligaciones del trabajo, algo que me pagaban por cumplir. No estaba segura de si iba a tener tiempo suficiente después de la reunión para ir a verla, pero le prometí que iba a compensarla de alguna manera. Luego me sequé el pelo.

Debía estar agotada, pero lo que quería era escuchar algunas muestras de acento americano y beber un Manhattan en Manhattan.

Estaba en Nueva York. De regreso a casa. Eso me llenaba de energía, y no sabía qué hacer con ella.

Me maquillé un poco, me puse un vestido informal y fui al bar. Había estado en mil lugares en esa ciudad, pero nunca había ido al bar del hotel Mandarin Oriental.

Quería probarlo.

Y quería averiguar si James también estaba allí.

24

ANDREW

La vi nada más entrar en el MO Lounge. Estaba charlando con el camarero, lo que hizo que una punzada de celos, ya familiar, me retorciera las entrañas.

No quería conversación. Acababa de hablar por teléfono con Tristan, que también estaba en la ciudad. Habíamos quedado en vernos al día siguiente por la noche. Pero no quería ponerme a beber en Manhattan; me gustaba mucho la vista desde mi habitación.

Entonces, ¿por qué estaba allí?

Crucé el salón y me senté en el taburete, junto a Sofia.

Se volvió hacia mí, sin sorprenderse por mi llegada.

—Buenas noches —dijo ella—. Me llamo Bianca.

Era ridícula…

El camarero me puso delante una copa de mi Barolo favorito. Se lo agradecí con un movimiento de la cabeza.

—¿Cómo lo haces? —preguntó—. Es como si todo el mundo supiera quién eres y lo que quieres. ¿Son trucos mentales de maestro Jedi? ¿Es ese el secreto?

—Si lo fueran, estoy seguro de que mis asistentes seguirían mejor mis órdenes.

—Oh, sabes hablar…

Tomé un sorbo de vino mientras Sofia seguía quejándose y lamentándose por… No sabía por qué exactamente. Quizás estaba nerviosa por la reunión del día siguiente. Tal vez el hecho de estar de regreso en su ciudad natal la sacaba de quicio. Fuera lo que fuese, no me gustó su sarcasmo. Y no aprecié aquel ruido incesante. Todavía estaba en modo trabajo.

No lo soportaba.

—¿Puedes no hacer eso? —le pregunté. Quería relajarme. Quería tener la oportunidad de dormir esa noche. No quería que me regañara por mi falta de habilidades sociales. Odiaba viajar. Era demasiado fácil desperdiciar un día sin hacer nada cuando estabas en tránsito, así que, en cada momento que no estaba caminando de una zona designada a otra, me aseguraba de hacer algo productivo: responder correos electrónicos, revisar algunos informes, leer artículos. ¡Cualquier cosa que no fuera cháchara sin sentido y volver a ver *Mamma Mia!* Una vez había sido más que suficiente.

—¿Hacer qué?

No respondí y seguí deslizando los dedos por el tallo de mi copa. Sofia era inteligente. Podía saber lo que quería decir si se callaba lo suficiente para pensarlo. Poseía cierta combinación de intelecto cognitivo, social y emocional que no me encontraba a menudo. La mayoría de las personas verdaderamente inteligentes no lograban mantener una conversación en una fiesta. Los que podían leer a la gente a menudo no podían concentrarse en los detalles técnicos. Sofia tenía la rara habilidad de hacerlo todo. Solo tenía que perfeccionar esos talentos e iba a ser imparable. Sin embargo, lo más prioritario era, sin duda, que aprendiera a controlar esa boca.

Una imagen de ella de rodillas frente a mí, con mi erección entre sus labios, se coló en mi mente. La miré y ella me miró; fue como si supiera exactamente lo que estaba pensando.

—¿Podemos subir? —preguntó. Su tono había cambiado. Como si alguien hubiera reventado su mal humor como un globo—. Necesito desahogarme.

Siempre había sido muy bueno separando mi trabajo de mi vida personal. Había cometido un error garrafal muy pronto; había aprendido de él y estaba decidido a no repetirlo. Pero Sofia había puesto un obstáculo en mi camino. Probablemente habría debido irme cuando la había visto entrar en el Noble Rot aquella primera noche. Me había divertido que estuviera tan irritada conmigo. Era divertido saber qué era lo que mis asistentes odiaban tanto de trabajar para mí.

Debí haberla dejado sola, pero algo me había retenido allí hasta el último momento, cuando había tenido que salir a tomar una copa con Gabriel. Cuando había llegado el momento de pagar, no sabía qué había sido lo que había hecho que quisiera revelarme ante ella, y hacerle saber que había estado escuchando todo el tiempo. Era un hombre justo, y quería que supiera que no tenía de qué preocuparse. Tal vez yo no fuera razonable. Tal vez fuera un imbécil en el despacho. Tal vez solo estaba concentrado y esperaba lo mismo de todos los demás. Fuera lo que fuese, cuando me había vuelto hacia ella y había oído que el camarero me llamaba James, había sido como si no fuera la empleada que trabajaba para mí todos los días. En ese momento, había sido una hermosa mujer que había tenido un mal día. Una mujer que llevaba la pasión por bandera, y no había podido resistir la tentación de saber hasta dónde llegaba esa pasión. Al menos había tenido el sentido común de dejarla completamente vestida. Esa primera vez, al menos.

Y luego, cuando había estado allí la noche siguiente… Se había acabado el juego. No me había dejado otra opción. Tenía que ver sus ojos entornados mientras se acercaba al orgasmo. Quería sentir cómo se estremecía debajo de mí mientras follábamos. Quería pasar las manos por su piel suave y cálida y sentir sus dedos en mi pelo.

Habría tenido que resistirme.

Habría tenido que pasar por delante del bar en lugar de entrar para ver si ella había estado tan tentada como yo de ver cómo se desarrollaba la noche entre nosotros.

Demasiado tarde. Lo hecho hecho estaba. Y allí me encontraba, nos encontrábamos, a seis mil kilómetros de casa y de todas las reglas que mantenían el equilibrio en nuestra relación. Ella me deseaba de nuevo, al igual que yo la deseaba a ella. Seguíamos en un limbo entre mi vida personal y profesional, pero las puertas de ambos mundos estaban entreabiertas. Parecía que estaban a punto de salirse de sus goznes.

—No sé si esa es una buena idea. —Las palabras me secaron la boca mientras hablaba.

Sofia tomó un sorbo de su cóctel, mirándome de reojo.

—¿Porque eres mi jefe?

En mi cabeza podía oír los portazos y el chirrido de los neumáticos de los coches mientras James y Andrew se transformaban en una especie de Frankenstein tipo Terminator.

—Y te gusta mantener las cosas separadas. De ahí que te asustaras como un conejo en un corral de zorros cuando recibiste una invitación social en el trabajo.

—Los zorros no viven en corrales. El conejo estaría en…

—Ya entiendes lo que estoy tratando de decir. —Giró en el taburete para quedar frente a mí—. Los dos sabemos que tu nombre no es James. Y, técnicamente, eres mi jefe, pero…

No pude reprimir la risa.

—¿Técnicamente?

—Sí. Eres mi jefe de la misma forma que lo fue el señor Romano en Emilio's Cucina, el verano después de mi primer curso en la universidad. Él pensaba que estaba a cargo de mí, pero solo iba a trabajar allí en verano. ¿Qué autoridad tenía sobre mí en realidad?

—Esto no es una cuestión de autoridad. —No quería abusar de mi poder. No quería que Sofia pensara que tenía que acostarse conmigo porque yo era su jefe o porque pensara que podía

despedirla si decía que no o si las cosas iban mal—. No soy el señor Romano. Todo el mundo tiene líneas rojas.

—Las líneas pueden volver a trazarse cuando el límite que marcan es importante. Venecia no formó parte de Italia hasta 1866, y, antes de eso, a Italia la habían deshojado como a una margarita y estaba dividida entre Francia, España y Austria.

—Gracias por la lección de historia.

Se encogió de hombros.

—Solo quiero decir que los límites no son fijos. Si algo es importante, pueden cambiar. —Tomó otro sorbo de su bebida y luego me miró fijamente—. ¿Tú y yo? Parece importante.

El corazón me daba botes en el pecho. Para mí también era importante.

—Tal vez solo sea sexo del bueno —continuó—. Yo no lo creo. Parece algo más. No estoy diciendo que quiera que seas el padre de mis quince bebés italianos ni nada por el estilo. Es que… Creo que te entiendo. Y creo que tú también me entiendes. Como si fueras el *yang* de mi *yin,* si *yang* significa «malhumorado, poco comunicativo e irritante». —Me sonrió.

No estaba seguro de que alguien preocupado por su seguridad laboral llamara a su jefe malhumorado, poco comunicativo e irritante. Y no podía contradecir ninguno de sus argumentos.

—No quiero cerrar algo tan *interesante*. —Vocalizó la última palabra como si los hombres que solía conocer fueran aburridos. Podía imaginar a Sofia pasando de la mayoría de la gente—. Quiero ver a dónde nos lleva. —Su tono cambió y rozó repentinamente la timidez.

Nunca había roto mis reglas ni movido mis límites por nadie. Que siguiera volviendo al Noble Rot había significado algo. Había vuelto por ella. No había sido capaz de mantenerme alejado. Y ahora ella había diseccionado todas mis objeciones.

Saqué la cartera y dejé suficiente dinero para cubrir las bebidas y una generosa propina.

—Vámonos de aquí.

La cogí de la mano y entramos en el ascensor en silencio. Cuando llegamos a la *suite,* me deshice de la chaqueta.

—Quítate la ropa y ponte delante de la ventana.

Los dos necesitábamos desahogarnos. Independientemente de lo que hubiera entre nosotros, el sexo con Sofia era diferente a todo lo que había experimentado antes. Había pasado demasiado tiempo tratando de determinar por qué y no había encontrado una respuesta. Quizá esa vez iba a poder averiguarlo.

—¿Pueden vernos? —preguntó; se subió el vestido, se lo quitó y se quedó solo en ropa interior. Tan segura como siempre, se desabrochó el sujetador y se agachó para quitarse las bragas.

Completamente desnuda, se paseó por la sala hasta los ventanales que abarcaban toda la *suite*. Me desnudé mientras la observaba. Se quedó a un metro más o menos del cristal.

—Hay edificios justo enfrente —comentó—. ¿Pueden vernos? —Se giró cuando me dirigí hacia ella.

Dejé algunos preservativos sobre la consola en la que estaba apoyada y la conduje hasta la ventana, que daba a un rascacielos cubierto de cristales de espejo.

—Tal vez —respondí, poniendo las palmas de las manos en el cristal y moviéndome detrás de ella—. Tal vez puedan ver tu hermoso cuerpo. —Le cogí los pechos, uno en cada mano, y le apreté los pezones entre el pulgar y el índice—. Tal vez puedan verme haciéndote esto. Tocándote, llevando tus pezones al punto álgido, pellizcándotelos cada vez más fuerte hasta que tu respiración se vuelva un poco más intensa, un poco más desesperada. —La solté y ella gimió, tal vez de alivio o porque quería más.

Yo también quería más.

—¿Crees que te ven así de abierta? —Me agaché y le separé las piernas—. Estás mojada, aunque apenas te he tocado. ¿Podrán darse cuenta de lo preparada que estás? —Echó la cabeza hacia atrás y gimió mientras yo recorría sus piernas y su estómago con los dedos. Estaba expuesta y me anhelaba —. Esta noche tienes que correrte rápido. Necesitas descansar antes de mañana.

Rompí el envoltorio de un condón y lo deslicé por mi erección. La penetré de golpe, sin advertencias ni ceremonias.

—¡Jesús! —gritó. Cerró los puños contra el cristal, y observé el reflejo del balanceo de sus pechos, que sobresalían hacia nuestros reflejos cada vez que yo la empujaba—. Me encanta follar contigo.

No necesitaba decirme lo bueno que era para ella. La forma en que se ceñía a mi alrededor, exigiéndome que me apoyara en su hombro mientras me movía, me decía que aquello era tan fantástico para ella como para mí.

—¿Piensas que alguien estará detrás de esas ventanas, viendo cómo follamos? —Le gruñí al oído —. ¿Adivinarán lo mucho que te gusta mi polla?

—No podrían entenderlo —resopló desesperada—. Nunca había sido así.

Tenía razón. No había nada mejor que lo que compartíamos, y nunca lo habría. Ella lo sabía. Yo lo sabía. Era la pura y dura verdad.

—¿Te gusta que te miren, Sofia? ¿Te gusta mostrar tu hermoso cuerpo y que vean cómo reacciona cuando se le trata bien?

—Me gusta que me vean contigo. —Soltó el aire y extendió las manos sobre el cristal mientras afianzaba las rodillas para que la siguiente embestida fuera lo más profunda posible—. Creo que todas las mujeres que nos ven están celosas de mí. —Nuestros ojos se encontraron en el cristal, y luego abrió la boca, aquellos labios rojos, húmedos y tan atrayentes—. Creo que todos los hombres que miran quieren follar como tú.

Gemí mientras me movía dentro de ella. Por sus palabras, sí, pero, sobre todo, por la forma en que superaba cada reto que le proponía. Y por cómo subía la apuesta. Estaba acostumbrado a dominar a todas las mujeres que me llevaba a la cama. Pero Sofia respondía a mis requisitos controladores y exigentes de una forma que no era en realidad sumisa.

Y no había nada más sexy.

Sí, su cuerpo estaba dotado de curvas elegantes y carne suave. Sabía exactamente cuándo empujar, morder, apretar. Pero era su actitud la que hacía que me resultara irresistible.

Le di un beso entre los omóplatos y deslicé la mano hacia abajo, buscando su clítoris hinchado y necesitado con los dedos.

—Andrew, vas a hacer que me corra.

Los dos nos quedamos helados. Nunca había utilizado mi nombre cuando nos habíamos visto fuera de la oficina. Era la línea que separaba el día de la noche. El despacho del dormitorio. El jefe de la amante. Pero aquel castillo de naipes se había desintegrado. Pretender lo contrario habría sido engañarme a mí mismo. Y nunca lo hacía. El juego había terminado

Empecé a moverme de nuevo. Deliberadamente despacio.

—Dilo otra vez —susurré.

—Andrew… —susurró ella.

La necesidad de sentir cómo se corría era casi dolorosa.

—Otra vez —reclamé, empujando dentro de ella.

—Andrew… —Esta vez gritó, como si no pudiera contenerse—. ¡Andrew! ¡Andrew! ¡Andrew!

—canturreó mientras se agitaba y se retorcía por el orgasmo. Sus movimientos desenfrenados se duplicaron frente a mí, los veía en ella y en su reflejo, y me produjeron a una sobrecarga sensorial. Me corrí, me corrí y me corrí, un orgasmo que me dejó débil e incapaz de sentir las piernas. Caí hacia delante sobre su espalda, con las manos sobre las suyas en el cristal.

Después de tomar aliento unas cuantas veces para sosegarme, me incorporé y la cargué en brazos.

—Una vez más; luego, los dos necesitamos dormir.

25

SOFIA

La adrenalina era algo increíble.

A partir de las ocho, Andrew siguió amenazándome con mandarme a mi habitación a dormir. Por fin, me echó a medianoche. Habíamos acordado que no iba a volver a verlo hasta después de la reunión. No quería ninguna distracción.

Por suerte, dormí como un bebé —aunque solo fueran seis horas— y me desperté con un fuego en el vientre que me impulsaba a estar decidida a colgar el acuerdo con *Verity* en la pared como si fuera una medalla. Iba a tener a Goode comiendo de mi mano. Iba a asegurarme de ello.

Llegué al restaurante donde habíamos quedado —un elegante asador de carne en Tribeca— y consulté el teléfono.

Al despertarme había recibido un mensaje de Andrew.

Ya sabes lo que tienes que hacer.

Era todo lo que necesitaba.

Tal vez algunos empleados se habrían enfadado con su jefe si les hubiera soltado un mensaje así antes de la reunión más importante a la que habían asistido, pero yo no. Sabía que Andrew no desperdiciaba las palabras. Lo que decía iba en serio.

Y creía en mí.

Abrí la puerta y contemplé las paredes de color verde musgo, los mosaicos estampados en el suelo y las lámparas *art decó.* Era como una lujosa casa del Upper East Side. Cuando vivía en Nueva York, no habría podido permitirme quedar en un lugar como ese, y allí estaba, armada con una tarjeta de crédito de la compañía Blake Enterprises, dispuesta a pedir el mejor vino de la carta.

La *maître* me llevó a mi mesa, y tomé asiento de cara a la puerta. Sabía cómo era Bob, y quería tener unos segundos de ventaja mientras se acercaba.

Hojeé el menú y elegí. Cuando le confesé a Andrew que no tenía ni idea de qué vino pedir, bajamos la carta de vinos de la página *web* y fue él quien hizo un par de elecciones. Casi me morí de la risa al ver lo caros que eran, pero me aseguró que conseguir ese trato iba a requerir un noventa y cinco por ciento de confianza en mí misma, y que eso tenía que reflejarse en la selección de vinos.

Vi entrar a Bob y fingí que leía relajadamente el menú mientras se acercaba. Estaba casi segura de que todo el restaurante oía los latidos de mi corazón en el pecho.

Me quedé sentada, como Andrew había sugerido, y dejé el menú a un lado mientras mi invitado llegaba a la mesa.

—Señora Rossi. Encantado de conocerla. —Sus ojos brillaron, sonrientes, y luego tomó asiento —. ¿Ha estado aquí antes?

—No. Aunque he nacido en Nueva York, siempre hay más restaurantes que tiempo para visitarlos.

—Tiene razón. Ocurre lo mismo en Londres. Y usted tiene su sede allí, a pesar de ser de esta bella ciudad. ¿Verdad?

—Nueva York es mi hogar. Pero tengo familia en Londres, así que es mi ciudad de adopción. No me pida que elija. —Bob no necesitaba saber que apenas había visitado Londres más allá del tramo que había entre mi apartamento y Blake Enterprises.

La camarera llegó y tomó nota de los pedidos. Como Andrew había predicho, los dos pedimos carne.

—¿Un poco de vino? —sugerí—. El Redigaff merlot 2001 ha llamado mi atención.

La mirada de Bob buscó la mía y las comisuras de su boca se curvaron un poco.

—Excelente elección, señora Rossi. ¿Por qué no?

Pedí el vino y le devolvimos los menús a la camarera.

—Por favor, llámame Sofia. Si vamos a hacer negocios juntos, tengo que sentir que hay conexión entre nosotros, ¿sabes?

Goode asintió.

—Claro que sí, Sofia. Lo entiendo. Los negocios son un deporte de personas, como se suele decir. Pero me pareces demasiado joven para estar metida en la compra de empresas. Cuéntame tu historia.

Me encogí de hombros.

—No hay mucho que contar. Me gradué en Columbia. Soy ambiciosa y estoy motivada, y tengo la suerte de contar con el dinero de gente muy rica para hacer mis jugadas. Mis inversores creen en mí y yo creo en *Verity*.

Hice una pausa para darle tiempo a Bob para responder. Era más fácil si hablaba él, pero dejó pasar la oportunidad, así que continué.

—La verdad es que siempre me han gustado los cotilleos de los famosos. Todavía compro todos los tabloides, aunque en la mayoría de los lugares en el Reino Unido ni siquiera tienen *People*. —Me di un golpecito en la nariz—. Tengo mi lista secreta. Y, ahora que vivo en el Reino Unido, puedo conseguir *Hello* y, por supuesto, *Verity*.

—Así que tu plan es comprármela y dirigirla tú misma.

Era una buena pregunta y, sinceramente, una de las pocas que no había ensayado.

—Quiero empezar así. En última instancia, quiero poner al frente a un buen gestor que comparta mi visión del negocio, para poder salir y expandirme.

—¿Tu visión? —preguntó Bob.

—Cuéntame la tuya. Llevo mucho tiempo deseando conocerte, y, ahora que estoy aquí, soy yo quien habla. Me encantaría saber si entendemos que el futuro de *Verity* va en la misma dirección.

Era como si Bob hubiera estado esperando esa señal. Me contó historias sobre el éxito de la revista, a pesar de tener una circulación más pobre de las revistas del sector. Me explicó que quería mantener la presencia en papel, pero centrarse más en la plataforma *online* como medio para dar a conocer las historias. Nada de lo que decía era innovador, y sus estrategias no iban a sacar a la revista del enorme pozo en el que se encontraba. El mercado estaba dominado por las versiones *online* de *Page Six* y del *Daily Mail*. Impulsar una versión en papel de *Verity* era un ejercicio de vanidad. A Andrew podía no gustarle Bob, pero no era tonto. Se estaba conteniendo. No me lo estaba contando todo.

—¿Has pensado alguna vez en un modelo de suscripción? —pregunté.

Levantó un poco la barbilla, como si esa pregunta fuera un desafío.

—¿Qué estoy diciendo? Por supuesto que has pensado en ello. Eres uno de los hombres de más éxito en el sector. Bueno, me preguntaste sobre mi visión para *Verity,* y ahí es donde empieza. Quiero que los suscriptores puedan tener acceso a las noticias de última hora y a los artículos de encargo. Haremos el producto más exclusivo, nos diferenciaremos de nuestros competidores, y al mismo tiempo, mantendremos constante el flujo de caja.

Bob asintió, mirándome directamente a los ojos como si hubiera llegado la hora de la verdad y

tuviera que tomar una decisión sobre si podía confiar en mí o no.

—Me pregunto si deberíamos cambiar el merlot por champán —soltó finalmente—. Tengo la sensación de que vamos a hacer negocios.

Sentí una ola en el estómago, pero luego cayó en picado.

Durante el resto de la comida, Bob estuvo contándome historias de encuentros con famosos. En un momento dado, me preguntó por mis inversores y, lo más rápido posible, le dije que era dinero heredado. El hecho de que no indagara más me dijo que sabía exactamente quién era mi padre. Fue un alivio. Andrew y yo habíamos creado una tapadera más profunda, pero hablaba en serio cuando le había dicho a Andrew que lo mejor era basarse en el menor número de mentiras posible. El hecho era que mi padre tenía mucho dinero, aunque no era mi inversor. Bob había sumado dos y dos y le había dado cinco. Me valía el resultado.

—Sofia, ha sido un placer, pero debo ir a otra reunión. ¿Nos ponemos al día desayunando juntos el lunes?

Era viernes. Faltaban tres días para el lunes.

—Por lo que me dijo mi asistente, estarás en Manhattan un par de semanas.

—Por supuesto —repuse, dejando la servilleta en la mesa y poniéndome de pie para despedirme —. Con una condición. Que me digas si esa reciente boda en el Cuatro Estaciones entre mi actriz mexicana favorita y la estrella de *Los Vengadores* fue un encuentro amoroso o un numerito con vistas al Oscar.

Bob se rio.

—Trato hecho. —Me cogió la mano entre las suyas y la estrechó con fuerza—. Ha sido un placer. Eres un bombón. Me gusta tu oferta, Sofia. Tengo que pensarla un poco, pero me ha gustado.

Y con esa falta de compromiso, se fue.

Me dejé caer en la silla y tomé otro trago del champán añejo que había pedido.

¿Qué iba a decir Andrew a la idea de prolongar nuestra estancia? ¿Significaba eso que pasaría con Andrew un fin de semana en Nueva York?

La noche anterior, cuando sobrepasé sus límites, pensaba que había destruido lo que fuera que hubiéramos estado haciendo. Pero, en lugar de eso, parecía que había mejorado todo. No podía decir exactamente por qué era, pero Andrew parecía más… relajado. Incluso había dicho que, si no fuera por la reunión, habría pasado la noche en su cama, como si supiera que había algo entre nosotros que no era solo sexo del bueno, igual que yo.

Tenía razón. Había dormido mucho mejor sola, sin su cuerpo duro como una roca a mi lado. Habíamos tomado la decisión correcta, pero una parte de mí se preguntaba qué habría pasado si no hubiera tenido la reunión. Si me hubiera quedado, ¿entonces qué? Me sentía más cerca de él a cada momento que pasábamos juntos. Ya no estábamos jugando, pero no podía dejar de preguntarme dónde estaban nuestros límites.

Pagué la cuenta, tragándome el miedo a que la tarjeta de crédito que tenía en la mano fuera a funcionar mal y me viera obligada a pasar el resto de la década lavando platos para pagar el vino. Pero el datáfono aceptó la operación como si me hubiera gastado diez dólares en una frutería en lugar de casi mil dólares en dos filetes y una botella de champán.

Cuando salí a la calle, me cerré con fuerza el abrigo. La primavera neoyorquina podía ser muy fría.

—Hola, Rossi —me llamó una voz desde la calle. No sabía de dónde venía. Parecía Andrew, pero no podía ser, ¿verdad?

Un conductor salió de una limusina a mi izquierda y abrió la puerta del pasajero.

—Señora Rossi.

Me agaché para ver quién estaba dentro y encontré a Andrew sonriéndome.

—Entra. Hace mucho frío.

Me metí en el coche y el conductor cerró la puerta.

—¿Has venido a buscarme?

—¿Cómo ha ido todo? —Me apartó el pelo de los ojos como si quisiera vérmelos mejor y me mordí el labio inferior para contener la sonrisa ante el inesperado contacto.

—No tienes chófer en Londres.

Se aclaró la garganta como si me estuviera recordando que estábamos hablando de negocios.

—Eso es porque en Londres los taxis son más cómodos y pueden utilizar el carril bus, y el metro tiene mejor cobertura. ¿Tengo que preguntarte por segunda vez cómo ha ido la reunión?

—Eso parece —dije encogiéndome de hombros—. Hay buenas y malas noticias. Creo que le he gustado. Hubo química. Creo que le gustaron mis ideas para *Verity*.

—¿Tus ideas?

—Sí, pensé que podría preguntarme por mis planes, así que tenía elaborada una respuesta en torno a los modelos de suscripción. De todos modos, después de decírselo, pidió champán y me dijo que creía que podíamos hacer negocios juntos. Quiere pensárselo bien y tener otra reunión.

¡Oh, joder! Tenía que almorzar con Des el domingo. Si me quedaba en Nueva York, tendría que cancelar la cita. La única razón por la que estaba en Londres y tenía ese trabajo era para poder hacer cosas como comer con mi padre el fin de semana.

—¿Cuál es la mala noticia, Sofia?

Era solo un almuerzo. El trato con *Verity* tenía que cerrarse. Concertaría otra cita con Des y podría ir a ver a mi madre.

—Siempre hay una trampa. Quiere que nuestra próxima reunión sea un desayuno el lunes. Aquí mismo, en Manhattan. Pero puedo quedarme sola —me apresuré a añadir, para evitar cualquier objeción—. No es necesario que lo hagas tú también. Puedo tomar un vuelo de regreso a Londres y estar de vuelta tras mi escritorio el martes por la mañana.

—Esa no es una mala noticia.

—Pero no estaba planeado que me quedara en Nueva York el fin de semana.

—No es para tanto. Y no voy volver sin ti. Este trato es importante. Estaré a tu lado en todo momento. —Me miró y luego miró por la ventana, como si hubiera dicho demasiado. Sabía que *Verity* era importante, y que le interesaba que mis encuentros con Bob fueran bien, pero no podía evitar disfrutar de la sensación que su lealtad y apoyo me proporcionaban. El *yang* de mi *yin*.

26

SOFIA

Estar en Nueva York con dinero en el bolsillo era una sensación nueva, una sensación a la que podía acostumbrarme. Bajé de la limusina de Andrew vestida con un modelo de cóctel rojo casi demasiado ajustado y el abrigo de terciopelo negro que mi madre había guardado desde la universidad. Avancé hacia la entrada del restaurante donde había quedado con Natalie. Permanecer en Nueva York durante el fin de semana tenía sus ventajas: podía pasar esa noche con Natalie y la siguiente con mi madre, que me había dicho con toda claridad que el viernes era la noche de su club de lectura y que no iba a cancelarla si yo iba a estar allí todo el fin de semana.

—¿Sofia? —me llamó una voz familiar desde el final de la calle.

Me di la vuelta y me encontré a Natalie corriendo hacia mí. Miró el coche del que acababa de salir y luego se volvió hacia mí.

—¿Quién te ha traído?

—El servicio de coche de Andrew. Al parecer no le gustan los taxis de Nueva York.

—Qué esnob…

No estaba seguro de que «esnob» fuera la palabra correcta. Si Andrew hubiera sido un auténtico esnob, habría tenido un chófer en Londres. Además, tenía razón sobre los taxis americanos.

—Me sorprende que te deje usar su coche.

Me encogí de hombros y Natalie le dio nuestro nombre a la *maître*. Cuando nos sentamos, pedimos unos cócteles y cogí la mano de mi amiga por encima de la mesa.

—Me alegro mucho de verte. Te he echado de menos.

—Yo también. Cuéntame todo. ¿Por qué estás aquí?

¿Cómo iba a explicar que estaba fingiendo ser la compradora de una empresa que Andrew quería adquirir?

—Andrew tiene algunas reuniones. Yo solo estoy aquí, ya sabes, como su asistente.

—Vaya —comentó ella—. No sé si eso es una ventaja o no. No puedo imaginar lo horrible que debe de resultar viajar con él.

—Ya, no dijo mucho en el vuelo. —Me reí—. Solo algunos gruñidos aquí y allá cuando era absolutamente necesario.

La camarera llegó con los cócteles y pedimos la cena. Dos comidas fuera el mismo día, regadas con champán y cócteles. ¿De quién era esa vida?

—Ese tipo es el capullo más grosero que he conocido —aseguró Natalie. Esperaba que la llegada de nuestras bebidas le hubiera hecho abandonar el tema. No quería oír que Andrew era un gilipollas porque no era cierto. Era borde y seco en la oficina, pero yo conocía una faceta diferente de él.

—¿Algún otro trabajo en el horizonte?

La verdad era que no había estado buscando. El trabajo en Blake Enterprises me parecía un desafío, y había lidiado con cosas peores.

—Andrew no es tan malo. —Me lanzó una mirada llena de incredulidad—. Y, de todos modos, paga bien.

—¿No te importa que sea tan borde?

Me encogí de hombros.

—No es nada personal. No le gusta mantener conversaciones innecesarias, y a mí me ocurre lo contrario. Es una cuestión de personalidad.

—Ah, así que, como es un capullo con todo el mundo, ¿no pasa nada?

—Está concentrado en sus cosas y sabe lo que quiere.

Natalie puso los ojos en blanco y tomó un sorbo de su cóctel.

—¿Todavía sisea si lo molestas antes de comer?

La última vez no, cuando había recibido la llamada de los abogados de Goode.

—No lo molesto.

—¿Y qué hace allí solo? Estuve controlando su correo: no se pasa la mañana respondiendo mensajes. Quizá esté viendo porno.

Andrew no era de esa clase, aunque seguía sin saber exactamente qué hacía detrás de la puerta de su despacho todas las mañanas. Conociéndolo un poco mejor, había cosas que tenían más sentido, como la falta de comunicación: le gustaba ser eficiente, y no les veía sentido a las charlas innecesarias. Pero había algunas cosas que no lo tenían, como la forma en que se encerraba en su despacho cada mañana. Y todavía no sabía por qué el camarero pensaba que se llamaba James.

Natalie estaba exagerando.

—Haces que parezca un monstruo. No es tan malo. Me dio trabajo cuando no tenía por qué hacerlo.

—Te lo dio porque estaba desesperado. Pasa de los asistentes como de las tazas de café.

Me acomodé de nuevo en la silla.

—Vaya, gracias, Natalie.

Llegaron los aperitivos y se produjo un incómodo silencio mientras la camarera nos describía la comida.

—Mañana voy a ver a mi madre —comenté, cuando la camarera se fue, desesperada por aliviar la tensión.

—No quería decir eso —insistió Natalie cuando volvimos a estar solas—. Eres demasiado buena para él. Solo quería decir que… Lo siento, es que…

—No pasa nada. Quizá fue un atrevimiento por mi parte ir a por tu puesto, pero ha dado sus frutos. Estoy agradecida de que haya apostado por mí y me ha dado más responsabilidad. Incluso voy a ir a una reunión el lunes. Lo estoy disfrutando.

Durante mi infancia había sido la niña del lado equivocado de las vías, la que había tenido que esforzarse para conseguir lo mejor para sí misma. Estaba consiguiéndolo. No había muchas jóvenes de veintiocho años negociando grandes acuerdos en nombre de su jefe.

—Estoy encantada —convino Natalie, que claramente no quería agitar el avispero.

—Y Andrew me gusta —añadí, envalentonándome un poco—. Tiene buen corazón.

Natalie se tragó un bocado de ensalada Waldorf y me miró a los ojos.

—¿Te gusta? —Me miró con el escrutinio de un detective de la policía de Nueva York que evalúa a un posible sospechoso.

—Sí —dije—. Me gusta mucho.

Ella gimió como si le hubiera dicho que me iba a mudar a Ohio.

—¿Estás colada por él?

—Por supuesto que estoy colada por él. Es guapísimo. —No era una confesión. Todas las mujeres heterosexuales que conocían a Andrew estaban obligadas a fijarse en él, o, al menos, a apreciar su cuerpo.

—La personalidad importa —respondió.

—Como he dicho, creo que veo eso de manera diferente a ti. —Andrew era irritante en el trabajo. La forma en que me hablaba, o cómo callaba, resultaba molesta, pero había llegado a conocerlo fuera del trabajo, y en el trabajo era más manejable. Tampoco estábamos discutiendo el sentido de la vida cuando pasábamos las veladas juntos, pero me había mostrado un atisbo del hombre para el que trabajaba. No era un capullo sin más. Ni siquiera era un capullo con un culo de infarto. Era un hombre centrado, moderado y decidido a conseguir lo que quería. Además, era controlador y dominante, y follaba como un campeón olímpico.

—¿Diferente? Eso seguro. Mientras no te acuestes con él, supongo que no importa.

Me centré en la ensalada César, dispuesta a pasar a otro tema que no fuera lo mucho que mi mejor amiga odiaba al hombre con el que me acostaba. Cuando levanté la vista, Natalie me estaba mirando con intensidad.

—No lo estarás haciendo, ¿verdad?

—¿El qué?

—No te estarás acostando con el imbécil de Andrew Blake.

A pesar de mi convincente actuación frente a Goode en el almuerzo, estaba claro que no podía engañar a Natalie.

—¿Te estás acostando con él? —susurró—. Oh, Dios mío… —Hizo la señal de la cruz y juntó las manos en señal de oración—. ¿No me estás tomando el pelo? ¿Te ha obligado?

Dejé el tenedor. Había perdido el apetito.

—Por supuesto que no me ha obligado a nada.

—Mira, si necesitas dinero, todavía tengo ahorros. Puedo…

La sangre me hirvió en las venas.

—¿Crees que me acuesto con Andrew por dinero? ¿Que me da cincuenta libras por una mamada y setenta y cinco por un polvo? ¿Qué coño insinúas, Natalie? —Por Dios, había trabajado mucho para pagarme la universidad, pero nunca había hecho algo así. ¿Por qué la prostitución era lo primero que pasaba por su mente?

—No quería decir eso. Es que sé lo mucho que necesitas estar en Londres, y tal vez te has sentido obligada…

—Andrew y yo coincidimos en un *pub* de forma accidental. Nos pusimos a hablar. Fui yo la que le dio pie. —Eso no había sido exactamente así, pero probablemente lo habría hecho, si hubiera tenido suficiente tiempo y me hubiera tomado un Barolo. Por suerte para mí, cuando Andrew quería algo, o a alguien, dejaba muy claras sus intenciones—. Es absolutamente magnífico en la cama. Nuestra relación laboral no ha cambiado lo más mínimo. No he conseguido un aumento de sueldo. Sigue siendo tan maleducado como siempre en el despacho. Y no me arrepiento ni un segundo. Está dotado como un semental y conoce bien el cuerpo de una mujer, tan bien como si fuera su trabajo. —Me levanté y tiré la servilleta sobre la mesa. Había terminado la conversación. No quería oír hablar de lo inapropiado que era o de que Andrew iba a despedirme cuando se aburriera de mí. No quería sentarme frente a mi mejor amiga mientras juzgaba mis decisiones.

—Estoy cansada. Voy a volver al hotel.

—¡Sofia! —Natalie me llamó, pero no frené mis pasos hacia la salida. No quería escuchar ni un segundo más sus críticas.

Me alcanzó justo cuando pisé la calle.

—Vuelve —dijo—. Lo siento mucho. Te quiero, y solo estoy preocupada por ti.

Estaba segura de que así lo veía ella, pero, en ese momento, lo único en lo que podía

concentrarme era en que había asumido que tener sexo con Andrew era una especie de pago de gratitud. Y se trataba de cualquier cosa menos eso. Era un deporte, una forma de desahogarse. Era diversión. Y era más que todo eso. Era cómodo e intenso, y quería que no terminara nunca.

Mi enfado se disipó, se disolvió tan rápido como había aparecido.

—Tengo que irme. Ha sido un día muy largo. —Natalie y yo habíamos sido amigas durante mucho tiempo. Podíamos superar ese bache. Pero, en ese momento, necesitaba algo de espacio.

—¿En serio? No te veo desde hace más de un mes y…

—Estaré aquí hasta el lunes. Tal vez podamos ponernos al día para tomar una copa antes de que me vaya. —Levanté la vista y capté la limusina de Andrew en la acera. ¿Estaba allí? Una sonrisa asomó en las comisuras de mi boca. ¿Me estaba esperando?

—No me has contado cómo van las cosas con Des. —Pude leer en sus ojos que Natalie quería arreglar las cosas, pero el fuego de mis venas necesitaba tiempo para consumirse del todo antes de que pudiéramos tener una conversación normal.

—Tengo que irme —dije. Le di un beso en la mejilla. Cuando me acerqué al coche, el conductor salió y abrió la puerta del pasajero. Me agaché para ver un asiento trasero vacío. Maldición. Quería ver a Andrew justo en ese momento.

Cuando nos internamos en el familiar tráfico de Nueva York, me eché hacia delante.

—¿Sabe dónde está Andrew?

—He estado aparcado fuera del restaurante. Me pidió que la esperara.

El calor se arremolinó en mi vientre y saqué el móvil.

27

ANDREW

El bar donde había quedado con Tristan era oscuro y sombrío, casi como si alguien hubiera olvidado pagar la factura de la luz. La *maître* era demasiado delgada, iba vestida de negro y tenía los labios pintados de color rojo sangre, además de llevar el pelo recogido en un severo moño.

¿Tristan me había citado en un club para sadomasoquistas? No me habría sorprendido en absoluto.

La joven me mostró la mesa donde Tristan estaba encorvado sobre su portátil.

—¿Cuánto tiempo llevas aquí? —pregunté.

—Un par de horas. Estoy trabajando en algo. Quería verte, pero sabía que, si empezaba con esto en otro sitio, habría perdido la noción del tiempo.

Tenía sentido. Tristan era como yo en cuanto a la concentración una vez que se ponía a hacer algo. Se le daba bien fingir que era un poco despistado, pero nada más lejos de la realidad.

—¿Algo interesante? —pregunté, después de indicarle a la camarera lo que quería beber.

Tristan cerró el portátil y lo metió en la bolsa.

—En realidad, sí. Un par de cosas. —Normalmente, no decía nada. Tristan ganaba mucho dinero, lo cual era evidente en su aspecto y en el equipo que siempre llevaba encima. Aunque todos sabíamos que trabajaba en seguridad de sistemas, no estábamos al tanto de qué significaba exactamente eso o de quiénes eran sus clientes. Aun así, tenía ciertas sospechas.

—¿No te preocupa que alguien te robe el portátil cuando estás trabajando en un sitio público? —pregunté.

—No.

—¿Por qué?

—Mi trabajo es asegurarme de que nadie encuentre nada, aunque se lleven mi portátil.

—¿Y los *hackers*? —insistí.

Tristan me miró de reojo. Si con aquella mirada pretendía hacerme sentir estúpido, no lo consiguió, pero tampoco estaba muy seguro de en qué había metido la pata.

—No, Andrew, no me preocupan los *hackers*. Soy el mejor *hacker* del mundo. Lo que me convierte en la mejor persona del mundo para detener a los *hackers*.

Estaba acostumbrado a oír a Tristan hablar sobre lo genial que era. En el grupo de amigos, a menudo era el blanco de las bromas porque se mostraba muy egocéntrico, pero quizá no podía considerarse jactancia si era verdad.

—Pero seguro que pueden desatornillar el disco duro y extraer la información de alguna manera.

Tristan asintió como si yo fuera un idiota.

—¿No pueden?

—Dímelo tú. Parece que eres un experto.

—Eres un coñazo.

Tristan se encogió de hombros.

—Si alguien manipula este portátil, los datos almacenados en él se borran automáticamente. Si la cámara detecta delante a alguien que no soy yo, los datos se borran. Si el teclado cree que las pulsaciones no siguen mis patrones típicos, o las huellas dactilares no coinciden con las mías, o si

alguien pone una contraseña incorrecto…

—Los datos se borran. Vale, lo entiendo.

—No te explico los riesgos de tu negocio. No tienes que preocuparte por los del mío.

Sonreí a Tristan. Era el más joven de los seis, y a menudo lo tratábamos como a un hermano pequeño. Pero no tenía un pelo de tonto.

—Hablando de negocios, ¿cómo va lo de Goode? —preguntó.

—Me tiene inusualmente impaciente —dije—. Pero va bien.

—¿A quién has acabado enviando a la reunión para que se hiciera pasar por el comprador?

Mi móvil vibró en mi bolsillo. Un mensaje de Sofia apareció en la pantalla.

Hablando del rey de Roma.

—A mi asistente —respondí mientras miraba el mensaje.

La noche se había acabado pronto para ella e iba al hotel.

«Pásate por el Bram Bar de camino. Si quieres», empecé a teclear sin pensar.

—¿Te importa si se viene con nosotros? —Puse el teléfono sobre la mesa.

Tristan me miró con intensidad.

—¿Quieres que tu asistente venga de copas con nosotros?

—¿Supone un problema?

—No eres de los que mezclan negocios con cualquier otra cosa.

Me encogí de hombros y tomé un sorbo de la bebida.

—No es para tanto. Estamos de viaje por negocios. A veces las reglas cambian.

—En tu caso, las reglas no cambian nunca.

Volví a coger el teléfono.

—Si tienes pensado hacer algo, puedo decirle que he cambiado de opinión.

—Oh, no. Por favor, no lo hagas. Estoy deseando conocer a la mujer por la que estás cambiando las reglas.

Dejé el teléfono y miré a Tristan con intensidad para advertirle de que no siguiera por ahí.

Tristan se encogió de hombros.

—Háblame de ella.

Suspiré con exasperación, pero tal vez era bueno sacar ese tema. Hasta el viaje, me había resultado fácil mantener lo de Sofia a buen recaudo.

Ese viaje nos había hecho traspasar las líneas. En realidad, nos habíamos convertido en Italia antes de 1866.

—Es brillante, y está demasiado cualificada para el puesto que ocupa. Además, me acuesto con ella. Es… —Inspiré hondo, tratando de precisar lo que estaba tratando de decir—. Me gusta.

—Vaya… —respondió Tristan.

—Basta de sarcasmo. Te digo lo que sé. —Detuve a una camarera y pedí una copa de Barolo y un cóctel, para que Sofia pudiera elegir.

—No estaba siendo sarcástico. Si traduzco al cristiano lo que has dicho en tu idioma particular, parece que te gusta mucho esta mujer.

—Sí. Pero no sé lo que significa —confesé. Me gustaba Sofia. Mucho. Me gustaban su espíritu y su independencia. Me gustaba que supiera cuándo desafiarme y cuándo debía aceptar lo que yo decía. Me gustaba que dijera cosas inteligentes y cómo me ceñía su sexo; no solo me gustaba follar con ella.

—¿Tiene que significar algo?

—No creo que haya otra opción. —Sabía que no podía congelar el tiempo. La gente hablaba de

vivir el presente, pero eso era una tontería. El presente era pasado tan pronto como se hablaba de él. El presente no existía más que un segundo antes de desaparecer. Ese viaje, lo que habíamos compartido física y profesionalmente, había cambiado las cosas entre nosotros.

—¿No puede ser solo una aventura de oficina?

La camarera llegó con las bebidas para Sofia y, cuando las dejó en la mesa, las cambié de sitio para que estuvieran frente al asiento de al lado.

—Hay dos cosas que están mal en esa afirmación. La primera es que una aventura de oficina viene con condiciones si yo soy el jefe y ella es mi empleada. Es solo un hecho. —No era idiota. Había más de una razón por la que no mezclaba trabajo con placer. Lo complicaba todo mucho—. Y la segundo es que ella es genial.

En el trabajo, Sofia había empezado siendo una molestia menor, pero se había transformado en una asistente que parecía saber lo que hacía y obtenía puntos extra por no dejar que mi actitud y mis debilidades le afectaran. Como amante, había empezado siendo una mujer con la que quería follar, pero se había transformado en una mujer de la que no me cansaba. Por supuesto, además de ser genial, era un gran problema.

Antes de que pudiera decir nada más, nos interrumpió la *maître* y Sofia apareció en nuestra mesa. Se me cortó la respiración y me aclaré la garganta. Siempre estaba preciosa, pero esa noche me pareció impresionante, con un ajustado vestido rojo de manga larga y escote cerrado que le llegaba justo por debajo de la rodilla. Iba completamente tapada, pero nunca se había puesto algo tan sexy.

Le cogí la chaqueta que tenía doblada en el brazo y le hice un gesto a Tristan.

—Te presento a…

—Encantado de conocerte, Sofia —aseguró Tristan, poniéndose de pie mientras le tendía la mano—. Soy Tristan.

Sofia me miró para que le diera más explicaciones.

—Tristan es uno de mis amigos más antiguos. —La guie para que se sentara y luego me reprendí por haber elegido sentarme en una silla, porque así no podía estar más cerca de ella.

—Y yo que pensaba que debías de estar bromeando cuando comentaste que tenías amigos… —Su expresión era como si le hubiera dicho que tenía un hermano gemelo llamado James—. ¿Cómo es eso? ¿Los tienes contratados?

Tristan se rio desde el otro lado de la mesa.

—Me cae bien.

Se volvió hacia mí, sonriendo, y metí la mano por debajo de la mesa para deslizarla sobre su rodilla.

—He oído que estás ayudando a Andrew con el tema Goode —dijo Tristan—. Ese tipo solo tira piedras contra su propio tejado. Lo has hecho bien si lo has puesto de tu lado.

—Creo que es más sencillo. Con Goode lo que funciona es que se alabe su ego.

—¿Tú crees? —pregunté. Sofia no me había dicho eso nunca. Suponía que no habíamos hablado de las motivaciones de Goode; siempre nos habíamos limitado a los puros y duros hechos.

—Sí; no quiere vender a alguien que va a cargarse lo que ha hecho con *Verity,* aunque aprecio la ironía. No quiere quedar como un tonto, y pretende obtener beneficios. Lo que le he propuesto hoy es mantener sus estrategias, pero añadir un modelo de suscripción, una novedad para esa publicación, pero no en el mundo editorial. Es un enfoque diferente al de cargarse lo que ha hecho con *Verity,* como planean hacer algunos —dijo mientras me lanzaba una mirada acusadora.

Contemplé a Tristan, que me sostuvo la mirada. Me di cuenta de que estaba pensando exactamente lo mismo que yo.

Sí, Sofia era genial.

28

ANDREW

Ir de copas con Tristan había estado bien. Incluso había sido inolvidable. Sí, sabía que cuando volviera a Londres iba a enfrentarme a un sutil interrogatorio por parte del resto de los chicos, pero había disfrutado viendo cómo se defendía Sofia en una situación social. Se había mostrado relajada y encantadora, y tan sexy que estaba deseando llevarla de regreso al hotel.

Pero en algún momento, desde que habíamos dejado a Tristan hasta que habíamos llegado al hotel, había cambiado algo. Sofia se había quedado callada. Estaba irritada.

Y no sabía por qué.

Las puertas del ascensor se abrieron en la planta cincuenta y tres y salí tras ella.

—Ahora que estamos solos ¿me vas a decir qué te pasa? —le pregunté.

—¿Quién dice que me pasa algo?

Saqué la tarjeta de acceso de la cartera, ignorándola. No tenía que decirme qué le pasaba, pero no tenía sentido que fingiera que todo iba bien.

—¿Vas a entrar? —pregunté, manteniendo abierta la puerta de la *suite*.

—Depende —dijo mientras cruzaba los brazos, apoyándose en la puerta. ¿Qué coño se le había pasado por la cabeza desde que habíamos dejado a Tristan?

Ojalá me lo dijera.

Me encontré con su mirada y esperé.

Y esperé.

—Me hago preguntas —soltó finalmente—. Preguntas que debes responder tú. Cuestiones que no entiendo.

—De acuerdo —dije con precaución. De repente, me sentía como si estuviera rodeado de minas, y solo una inmovilidad completa pudiera evitar que volara en pedazos. No me gustaba notar esa frialdad en la voz de Sofia, y su mirada sugería que éramos extraños.

—¿Estás dispuesto a responderlas?

Me conocía lo suficiente como para pensar que podía comprometerme a responder a unas preguntas antes de conocer la naturaleza exacta de la información solicitada.

—¿Podemos seguir dentro? Quiero cambiarme y disfrutar de la vista en lugar de discutir por los pasillos del hotel.

—Con una condición. Nadie se va a desnudar hasta que hayas respondido a mis preguntas. Y tal vez ni siquiera entonces, porque podría elegir ir a ver una serie de Netflix en la cama, sola.

Suspiré. ¿Cuándo se había torcido la noche? ¿Qué había agriado su estado de ánimo?

—Vale.

—De acuerdo —dijo, y me acompañó al interior de la *suite*.

Me quité los zapatos, cogí un par de botellas de agua del bar y le entregué una antes de tomar asiento frente al *skyline* de Nueva York. Estaba preparado para sus preguntas.

Se sentó en una de las sillas frente a mí, como si se tratara de una entrevista, lo que me pareció ridículo.

—¿Qué es lo que haces encerrado en el despacho de seis a doce? —preguntó.

Vale, me había preparado para sufrir preguntas sobre Goode, sobre cuánto dinero ganaba, sobre

con cuántas mujeres me había acostado o me estaba acostando, pero lo de mi rutina matutina en el despacho no se me había ocurrido.

—Saludo al sol, según tú. ¿Qué crees que hago?

Negó con la cabeza y se puso de pie.

—Si no te vas a tomar esto en serio, me voy.

La cogí de la mano cuando pasó junto a mí y la hice sentarse en el sofá, a mi lado.

—¿Qué coño pasa, Sofia? ¿Estás recogiendo tus juguetes porque no te he dicho por qué no me gusta que me molesten hasta el mediodía? ¿Qué ha ocurrido?

Se encogió de hombros, pero al menos se quedó sentada.

—Natalie me acaba de señalar que…

—Ohhh, claro. Natalie. Creo que es la que más me odia de todas mis asistentes. Así que dime: ¿por qué exactamente Natalie cree que no quiero que me molesten antes de las doce?

—Yo he preguntado primero.

Me moví y le puse las manos sobre los hombros para que me mirara.

—Quiero concentrarme. Quiero pensar. Y quiero hacerlo sin interrupciones.

Sofia se burló.

—¿Durante seis horas todos los días? Oh, tiene mucho sentido.

La solté.

—Si piensas que soy un mentiroso, es tu problema, no el mío.

—¿Me estás diciendo en serio que estás ahí dentro meditando? Pues mis elucubraciones se acercaban más de lo que pensaba.

—En parte, aunque te aseguro que no hay nada tántrico en mi rutina matutina. Normalmente, la meditación solo me lleva veinte minutos al principio del día. Luego resuelvo mis prioridades, reevalúo los objetivos estratégicos y me pongo a trabajar. Por si no te has dado cuenta, en cuanto llega el mediodía tengo que asistir a reuniones, llamadas telefónicas e interrupciones. Si no trazara esa línea roja, no le sacaría partido a mi tiempo.

—¿Así que solo estás trabajando? —preguntó ella, con una expresión de franca incredulidad.

—Sí. ¿Qué otra cosa iba a hacer? ¿Qué sospecha Natalie? Olvídalo, no respondas a eso. Ni siquiera me importa.

—Pasas seis horas meditando y trabajando… —No era una pregunta, sino que más bien parecía que había encontrado la solución a un rompecabezas y lo estaba repitiendo en voz alta.

—Siguiente pregunta.

—¿Por qué te llaman James en el *pub*?

Me desplomé de nuevo en el sofá. Eso era un poco más complicado.

—Y me he dado cuenta de que siempre pagas en efectivo.

—Sí. Eso es deliberado. No quiero que sepan mi verdadero nombre.

—¿Por qué?

—Por muchas razones.

—Dime las cinco mejores.

Ella no iba a pasarlo por alto. Y si hubiera estado en su lugar, tenía que admitirlo, también me habría parecido un poco raro.

—Primero, por privacidad.

—Venga ya. Sí, has salido en las páginas financieras, pero no eres Harry Styles.

Me reí.

—Lo sé. No me refiero a ese tipo de privacidad. Me he encontrado en situaciones en las que el

personal ha leído mi nombre en la tarjeta y ha averiguado quién soy y… Me he creado muchos enemigos con lo que hago.

Ella levantó la mano para interrumpirme.

—¿En serio? ¿Estás diciendo que el personal de algún bar ha buscado tu nombre en Google porque lo ha leído en tu tarjeta? ¿Qué clase de…? —Se detuvo—. Oh, ya… Mujeres. Camareras.

Me quedé en silencio. Se había dado cuenta, como imaginaba.

—¿Y qué quieres decir con que has hecho enemigos? No eres un pederasta.

—No, pero he gestionado empresas y he tenido que tomar muchas decisiones muy difíciles.

—Para salvar los negocios.

—No todo el mundo lo ve como tú. Y no es sorprendente. He tenido que despedir a gente, dejar a personas sin trabajo, cerrar divisiones y líneas de productos. Es algo que afecta a hombres y mujeres reales. No es solo una partida en una hoja de cálculo. Despoja a la gente de la posibilidad de mantener a sus familias. No es algo popular, independientemente de las razones que haya detrás.

—Pero estás haciendo lo que es mejor para la mayoría.

—Solía pensar que saber que estaba haciendo lo mejor para evitar que se arruinara una empresa era suficiente. Pero no lo es. La gente va a seguir sintiéndose agraviada si la despiden. Los motivos no importan. Aprendí esa lección por las malas.

—¿Por las malas?

No me gustaba recordar aquella noche, ni siquiera después de tanto tiempo.

—Una noche me esperaron en el aparcamiento de la oficina. Tal vez pensaron que, si se deshacían de mí, podrían recuperar sus puestos de trabajo. O quizá solo querían descargar su ira y frustración contra la persona que consideraban que tomaba las decisiones que les provocaba tanto dolor. En cualquier caso, acabé en el hospital, maltrecho y con la mandíbula rota. Aquella noche aprendí la lección.

—Jesús, María y José, ¿encontraron a tus atacantes?

—Sabía quiénes eran. Pero lo último que necesitaban era acabar en la cárcel. Recibí mi castigo. No por despedirlos, sino por no escuchar a mi padre. Él siempre decía: *«La mayor victoria es la que no requiere batalla»*. Es un verdadero fanático de *El arte de la guerra;* no sé si lo conoces. Esos hombres no tenían la culpa. Yo había juzgado mal la situación. Ahora manejo las cosas de manera diferente.

—Así que vas por ahí fingiendo que eres otra persona. —Suspiró como si lo entendiera, pero no le gustara.

—No. *«La invencibilidad está en la defensa»*. No pretendo ser alguien que no soy. Así que uso dinero en efectivo y un nombre diferente cuando no importa, como cuando estoy tomando una copa en un *pub*. Sigo siendo yo mismo. Es mi forma de pasar desapercibido.

—Cuando no importa, ¿eh? Pensaba que pretendías ser un hombre diferente conmigo porque en algún lugar de esa cabeza tuya podías justificar el sentirte atraído por mí si no eras Andrew Blake, mi jefe. Pero si usas «James» cuando lo que está en juego es intrascendente…

—No. Tú nunca has sido… Es decir, lo que hay entre nosotros no es… —Hice una pausa para respirar hondo. No estaba acostumbrado a liarme en una conversación—. Me estoy expresando mal.

Ladeó la cabeza y me dedicó una sonrisa.

—Sí, lo haces.

—Esto puede sonar duro, pero nunca te he visto como nada más que mi asistente en el despacho. La verdad es que no. Tengo esa parte de mí completamente apagada, por respeto a los hombres y mujeres que trabajan para mí. Pero cuando te oí hablar de mí en el *pub*… —Hice una pausa, recordando aquella noche—. Algo cambió. Me sentí completamente atraído por ti. A partir de

ese momento, tienes razón: necesitaba no ser tu jefe para permitirme tenerte. —Mantuve la mirada clavada en el *skyline* a través de la ventana mientras hablaba, pero necesitaba que Sofia oyera lo que iba a decir a continuación, que lo escuchara y supiera que era cierto. Buscar sus ojos fue fácil, puesto que ya me estaba mirando—. No eres intrascendente para mí, Sofia. Me importas mucho.

Después de un rato de silencio, movió los hombros como si estuviera sufriendo un escalofrío.

—Dime por qué tienes unos límites tan rígidos. —Me miró con una suavidad que no había visto antes en ella.

—Es más fácil si mantengo el trabajo separado de mi vida privada.

—Pero todo el mundo pasa mucho tiempo en la oficina. ¿No es natural que se establezcan relaciones personales?

—Las pirañas son naturales. Y los volcanes. Los huracanes. Que algo sea natural no significa que sea salubre.

—¿Pirañas? ¿Hablamos de romances dentro de la oficina y tu mente se va a los peces carnívoros? ¿Y *«Salubre»*? Tienes un cerebro interesante, Andrew Blake.

—Solo digo que a veces hay que nadar a contracorriente.

—Es una postura inusual. O al menos es inusual ser tan riguroso en el cumplimiento de tal regla. —Puso un acento raro que supuse que era su imitación del británico, pero que, en realidad, sonaba como un americano que había tomado demasiados *limoncellos*.

—Al principio de mi carrera me despidieron cuando puse fin a una aventura con una socia del bufete en el que trabajaba. No le gustó mi decisión, y decidió que la venganza era la mejor manera de superar sus sentimientos. No quiero que eso ocurra nunca bajo mis órdenes. —Había sido hacía mucho tiempo y la pérdida de ese trabajo, al final, había llevado a algo bueno, pero la situación no había sido justa. Me había prometido entonces que, cuando fuera el jefe, las decisiones debían tomarse en función de la capacidad, no de las venganzas personales o, en realidad, de los sentimientos personales. La única manera de asegurar la integridad del ambiente de trabajo en Blake Enterprises era hacer que en la oficina todo versara sobre el trabajo y solo sobre el trabajo.

—¿Tu jefa te despidió porque ya no querías ser su novio?

—Fue un poco más complicado que eso, pero más o menos.

—Oh, bueno, ahora me siento como una imbécil.

—No lo hagas. Soy inusualmente estricto con ese límite en particular. —Suspiré—. En mi cabeza, si era James, podía ceder a mi deseo de llevarte a la cama.

Una pequeña sonrisa se dibujó en sus labios.

—¿Cuánto tiempo más durará este interrogatorio? —pregunté—. Me estoy planteando si necesito o no un whisky.

Colocó las piernas sobre las mías.

—He terminado —dijo—. Gracias por ser sincero conmigo.

Deslicé la mano por su pantorrilla.

—Gracias por hacerme preguntas y no asumir que la teoría de Natalie era correcta.

Habíamos tenido nuestra primera pelea y la habíamos superado más fuertes. Sentía que habíamos llegado a una encrucijada y que habíamos elegido juntos el camino. Pero no estaba seguro de a dónde nos iba a llevar ese giro. Lo que había entre nosotros era algo más que sexo, pero no estábamos saliendo, ¿verdad? Una parte de mí lo deseaba todo cuando se trataba de Sofia, pero no era una parte a la que estuviera acostumbrado a hacer caso.

—Mañana por la mañana te llevaré a dar una vuelta por mi ciudad —aseguró—. Te voy a enseñar todos los lugares que los turistas no llegan a ver nunca.

Me moví y me eché sobre ella en el sofá, donde la tumbé de espaldas y le subí el vestido por los muslos.

—Si tenemos tiempo. Planeo que estemos muy, muy ocupados.

29

SOFIA

Andrew miró los enormes cucuruchos de helado que se exhibían en el lateral del escaparate de Ferrara's.

—¿Es la primera parada del *tour* turístico?

—Vamos a tomar un *cannoli* antes de la gira. No se puede llegar a todos los lugares de interés sin el sustento adecuado.

—*¿Cannoli?* ¿Es pasta?

Negué con la cabeza y me reí.

—No, en absoluto. ¿Nunca has comido *cannoli*? —Lo cogí de la mano y tiré de él hacia la tienda.

La visión del familiar suelo de cuadros rojos y blancos me hizo sentir un escalofrío de consuelo cuando nos acercamos al mostrador.

—Vaya, esto es una panadería —comentó Andrew.

Era mucho más que eso.

Detrás de los expositores de cristal había filas y filas de los mejores pasteles y postres italianos que se podían comer fuera de Italia. Montones de diferentes formas y tamaños de crujientes *sfogliatella, cannoli* rellenos, *cassata, frittelle, amaretti* del tamaño de un bocado, *crostata* y el único *pasticciotto* que había encontrado en Nueva York.

—Este lugar es un trozo de paraíso —expliqué—. Pero si nunca has probado nada de esto, lo primero que debes tomar es *cannoli*.

Me acerqué al mostrador.

—*Due cannoli, per favore.*

—*La piccola* Sofia, ¡¿eres tú?! —gritó *mamma* Isabella desde las profundidades de la tienda. No la había visto cuando llegamos, y estaba tan acostumbrada a ver gente nueva detrás del mostrador que ni siquiera había mirado mucho. Pero su pelo rojo asomó por detrás del mostrador, y levantó las manos en el aire—. No sabía que ibas a venir. *Dove sei stato? —«¿Dónde has estado?»,* me decía.

—Me he trasladado a Londres, *mamma* Isabella. ¿No te lo dijo mi madre?

No respondió, pero se giró hacia el fondo.

—¡Lorenzo, ven aquí!

Puse los ojos en blanco. *Mamma* Isabella y mi madre habían intentado que Lorenzo y yo saliéramos juntos desde que nacimos. Lorenzo tenía novio desde que tenía unos catorce años. Sin embargo, eso no había detenido a Isabella.

—Isabella, este es mi amigo Andrew —dije, volviéndome hacia él.

Lo miró de arriba abajo y sonrió forzada, y luego se volvió hacia la cocina.

—Lorenzo, ¿me has oído? Sofia está aquí.

Sonreí cuando un hombre enorme con un uniforme de cocinero blanco apareció por detrás del mostrador.

—¡Sofia! —Me volví hacia Andrew y le sonreí mientras Lorenzo venía directo hacia mí.

Chillé cuando me levantó y me hizo girar en el aire.

—Ha pasado mucho tiempo —comentó, poniéndome de nuevo en el suelo—. He oído que estás en Londres.

—Sí, solo he vuelto por unos días. Este es mi amigo, Andrew.

No había esperado todo ese alboroto cuando entramos o no habría ido allí. Las últimas veces que había pasado por Ferrara's había un montón de extraños detrás del mostrador y había podido pasar desapercibida.

Lorenzo hizo un barrido de arriba abajo de Andrew, al igual que su madre, pero su mirada no era de desaprobación. Se volvió hacia mí con una sonrisa.

—Muy guapo —dijo, antes de acercarse a Andrew y estrecharle la mano—. A esta chica la conozco desde que llevaba pañales. Puedo contarte todos los trapos sucios que necesites.

Me reí.

—Tú también llevabas pañales. Como si tuvieras algo contra mí.

Después de ponernos al día, emprendimos camino con un montón de pasteles metidos en cajas y muchos besos de despedida.

—Lo siento —me disculpé mientras salíamos a la calle—. No esperaba que *mamma* Isabella estuviera en el local. Puede ser demasiado para un británico estirado.

Se rio.

—Nada que no pueda manejar. Pero tengo que advertirte de algo: creo que ella espera que su hijo gay se case contigo.

—Lo sé —repuse, sonriendo al tiempo que negaba con la cabeza—. El chico con el que sale Lorenzo desde hace cinco años pasa las vacaciones con ellos. Ahora está de viaje, pero siguen pensando que podría casarse con una buena chica italiana. He dejado de intentar convencerla de que no va a suceder nunca.

—¿Creciste por aquí? —preguntó.

—Más o menos. Mi abuela vivía a la vuelta de la esquina y mi madre era limpiadora en Ferrara's antes de ir a la escuela de belleza. Siempre iba con ella, incluso cuando era un bebé, así que los conozco a todos desde que nací.

Me agarró de la mano y anduvimos hacia el norte

—Es agradable verte en este ambiente. Eres diferente.

—¿Te refieres a que soy diferente de cuando no me estás reprobando algo o no estamos desnudos?

—Supongo. —Parecía un poco confuso, o al menos como si estuviera tratando de entender algo. Yo me sentía demasiado feliz para hacerme preguntas. Estaba de regreso en casa, entre mi gente, con un hombre que me gustaba más cada día que pasaba. Era muy diferente al monstruo que Natalie creía que era, y mucho mejor persona de lo que la mayoría de la gente pensaba. De hecho, era el hombre más abierto y sincero que había conocido en mi vida. Era leal y amable, y yo iba a aprovechar cada minuto que estuviera con él.

—¿Cómo es que tu madre te llevaba con ella cuando iba a trabajar? —preguntó.

Me encogí de hombros.

—Mi abuela era demasiado mayor y frágil para cuidarme, y mi madre no podía permitirse pagar una guardería.

—¿Y tu padre?

—No formaba parte de mi vida. Era británico, y la dejó cuando se enteró de que estaba embarazada.

Me apretó la mano.

—Lo siento. ¿No lo conoces?

—Lo he visto algunas veces desde que estoy en Londres —confesé—. Estoy acostumbrándome

a él.

—Vaya. Eso debe de ser…

—Me hace sentir muchas cosas distintas… Confusión, desafío; esto solo a veces. Estoy yendo paso a paso. Un café por aquí. Un almuerzo por allá. Tengo que controlar mi resentimiento, ¿sabes? Él siempre lo ha tenido todo, y nosotras nunca hemos tenido mucho de nada.

—¿No pagó tu manutención?

—No. —Recordé sus razonamientos—. Y lo entiendo. Pero eso no cambia que acompañaba a mi madre cuando iba a limpiar desde que tenía seis semanas para que ella pudiera poner comida en la mesa. Hablando de eso, tenemos que coger el metro. La siguiente parada es la Biblioteca Pública de Nueva York. Es gratuita, un lugar seguro que está lleno de libros: y lo consideraba el mejor lugar del mundo cuando era niña.

Nos detuvimos en medio de la calle mientras los extraños pasaban a nuestro lado. Me llevó hacia él y me dio un beso muy tierno en la frente.

—Me siento muy feliz de ir a hojear libros contigo, pero no puedo ir en metro. Usemos el coche. —Señaló con la cabeza una limusina en la calle.

—¿El coche nos ha estado siguiendo?

Se encogió de hombros, como si eso fuera algo totalmente normal.

—Podemos tomar *cannoli* de camino.

—Me engatusas con *cannoli*.

Inspiré hondo cuando la limusina se detuvo delante de la biblioteca. No había ningún lugar en esa ciudad al que considerara más mi hogar.

Dejamos los *cannoli* que quedaban en el coche —*mamma* Isabella no sabía lo que significaba «no» ni «demasiado»—, y subimos las escaleras de la mano.

—Hola, Paciencia —le dije al enorme león de piedra de la izquierda—. Hola, Fortaleza.

—¿Amigos tuyos? —preguntó Andrew.

—Amigos de la ciudad. Amigos de la biblioteca. Y, de todos modos, ¿a quién no le gusta un león de piedra? ¿Tenéis nombres para los leones de Trafalgar Square?

—No, que yo sepa. Pero los leones no son mi especialidad. Soy más bien un hombre de pingüinos.

Me eché a reír.

—¿De verdad? Habría imaginado que elegirías un guepardo, un águila o algo así. ¿Por qué pingüinos?

—Los malditos pingüinos pueden soportar temperaturas de menos de cincuenta grados centígrados. Sobreviven en los lugares más inhóspitos de la tierra. Nadan a más de treinta kilómetros por hora y son impermeables. ¿A que parecen indestructibles?

Le di un codazo. Ese lado juguetón de Andrew era completamente adorable.

Ojalá Natalie lo conociera mejor.

—Sé que se construyó a principios del siglo pasado, pero estar aquí siempre me hace sentir como si estuviera en la antigua Grecia o algo así. —Me quedé mirando las columnas de color crema que se alzaban hasta unos arcos que parecían llegar tan alto como para sostener el cielo—. Venga, vamos al departamento de Biología. —Le tiré de la mano.

—¿Crees que necesito una lección de anatomía?

—No, en absoluto. Pero quiero enseñarte algo divertido. —Subimos y bajamos escaleras, pasamos por puertas, atravesamos hileras de libros y, por fin, encontramos la parte que buscaba—. Quiero ver si todavía está aquí —susurré, a pesar de que no había un alma en las cercanías.

—¿Qué?

—Ahora lo verás. Tenga paciencia, señor Blake.

Miró por encima del hombro y luego me rodeó la cintura con los brazos, deteniéndome donde estábamos para besarme el cuello.

—Oye, estamos en un lugar público. —Cedió y me cogió de la mano mientras nos internábamos por medio de las estanterías.

—¿Puedo preguntarte cómo es que conoces tan bien el departamento de Biología? ¿Qué hiciste en la universidad?

—¿Quieres decir en qué me he especializado? En Economía. Y tengo otra especialización en Política. Nada que ver con la biología. —Ojeé las estanterías, buscando el tesoro escondido.

—Es la siguiente, creo. —Me giré a la derecha cuando se interrumpieron los estantes y vi la mesa donde había pasado tantas horas—. Ahí está. La sección de plantas.

—¿Por qué pasabas tanto tiempo aquí?

—Era la mejor niñera. —Pasé los dedos por debajo del escritorio, buscando la tachuela incrustada en la parte inferior de la mesa de madera. Todavía estaba allí, catorce años después. Miré a las estanterías y no pude evitar una sonrisa cuando encontré lo que buscaba.

Entre los libros sobre biología vegetal del Amazonas había un ejemplar de *Mecanismos de las enfermedades microbianas,* de Schaechter, deliberadamente extraviado. Lo saqué para revelar mi alijo oculto. No podía creer que no lo hubiera descubierto nadie: mis suministros de papel para emergencias.

—Escondí esto aquí por si alguna vez me olvidaba el material en casa. Mi madre me dejaba antes de empezar el turno en el salón de manicura a las once y, si me olvidaba algo, no podía ir a casa a buscar nada. Me quedaba atrapada durante horas sin poder escribir o…

Andrew apoyó la cabeza en mi hombro y me rodeó la cintura con las manos para mirarme mientras yo rebuscaba en la caja de lápices de colores. Incluso estaba el llavero de baloncesto que había guardado para mi primer apartamento.

—¿Qué edad tenías cuando venías aquí?

—La primera vez tenía unos diez años, creo. Y luego, a los catorce, mi madre me dejó quedarme sola en casa. —Saqué el llavero de la lata, me lo guardé en el bolsillo y cerré el estuche—. Creo que voy a dejarlo aquí.

—¿Por si acaso te quedas sin material? —Me llevó contra su cuerpo y me besó el cuello un par de veces.

—O por si le pasa a otro niño y lo encuentra. —Me gustaba la idea de que el secreto se mantuviera hasta que otro recogiera el testigo.

—Eres encantadora —dijo Andrew, besándome de nuevo.

Giró conmigo para que mi espalda quedara apoyada en una estantería, me besó, me abrió la boca y deslizó la lengua con fuerza en su interior. Sus labios eran suaves e insistentes, y despertaron mi lujuria, que estaba tomándose una corta siesta. Me acerqué a su cuello y me hundí en el beso cuando deslizó las manos por mi camisa.

Me hice a un lado.

—Andrew. ¿Qué estás haciendo?

Me silenció con otro beso, me deslizó de nuevo frente a él y coló los dedos dentro de mi sujetador.

—Te gusta hacerlo cuando crees que alguien puede descubrirte. —Me besó en el cuello y luego buscó de nuevo mi boca. Me pasó las manos por el culo, tiró de la falda y me la subió por las

piernas.

Me aparté.

—Andrew —susurré, y le di un corto beso en los labios—. No podemos besarnos en una biblioteca.

—Aquí no hay nadie —dijo, y sus dedos encontraron el camino por debajo del borde de mi falda hasta llegar a mis bragas.

Dejé caer la cabeza hacia atrás, contra los libros, y me moví de forma involuntaria para darle mejor acceso. Se aprovechó de ello y hundió dos dedos en mi interior.

Jadeé y caí hacia delante, con las manos apoyadas en sus hombros.

—¿Qué estás haciendo?

Sus dedos empezaron a girar y girar mientras me rozaba y apretaba el clítoris con el pulgar. ¿Habría sido obvio lo que estaba haciendo si alguien hubiera llegado a esa fila de libros? Hundí la cara en su cuello, preocupada por no poder controlar los sonidos que emitía si él seguía así. Y los dos sabíamos que no iba a parar hasta conseguir que me corriera. Era casi como si pensara que mi orgasmo le pertenecía. Que él lo controlaba. Que él decidía cuándo llegaba al clímax y con qué frecuencia. No podía hacer nada más que ceder y disfrutar.

El eco de voces no muy lejanas nos dejó congelados.

Mierda.

Si no nos habían oído ya, quizá estaban a punto de pillarnos. Sí, estábamos en una sección oscura de la biblioteca donde me había sentado durante horas y horas sin que me molestaran, pero había una primera vez para todo.

—Shhh… —susurró Andrew mientras ponía los dedos en marcha de nuevo, a pesar de la cercanía de las voces—. Quédate muy quieta. Muy tranquila.

Jesús. ¿Lo decía en serio? ¿Iba a intentar que me corriera con gente a un par de metros de distancia? ¿Qué iban a hacer si me veían así? Con la boca abierta, la respiración entrecortada, las piernas temblando por el contacto de Andrew, apenas capaz de mantenerme en pie.

Aumentó el ritmo, dando vueltas y empujando, frotando y presionando. No iba a poder aguantar mucho más.

—¿Quieres que pare? —susurró, con los labios tan cerca que me rozaron la oreja.

Las voces se habían desvanecido, pero no sabía si solo se habían ahogado por el golpeteo de mi corazón en el pecho y la sangre que palpitaba en mis oídos. Me agarré con más fuerza a sus hombros.

—No —dije entre jadeos cortos—. Haz que me corra.

Nos miramos fijamente mientras él llevaba los dedos más hacia arriba, hundiéndolos en lo más profundo hasta que me rozó los pliegues con los nudillos. Movió la mano de un lado a otro, arrancándome el clímax. Una mezcla de conmoción y placer me bajó por la espina dorsal, y la cara de Andrew mostró una sonrisa de orgullo mientras me sostenía durante el tiempo que duró el orgasmo que desgarró silenciosamente mi cuerpo.

Andrew me acomodó después en una de las viejas sillas familiares para que me recuperara.

—Deberías mirar el teléfono —dijo mientras examinaba las estanterías—. Has recibido una llamada cuando te corrías en mis dedos.

Le lancé una mirada de advertencia. Tenía que bajar la voz o nos iban a arrestar.

—¿Ha sonado mi móvil?

Negó con la cabeza.

—Solo ha vibrado.

Gracias a Dios, no había estado tan borracha de lujuria por Andrew como para no haber oído sonar mi teléfono en una biblioteca. Saqué el aparato, pero no había mensajes nuevos ni llamadas perdidas.

—Debe de haber sido tu teléfono.

—Al mío no ha llegado nada.

—Acabo de comprobar el mío…

—Joder, debe de ser Goode. —Solo él tenía ese número.

Rebusqué en el bolso y lo saqué. Allí estaba: una llamada perdida y un correo electrónico.

—¿Qué querrá? —pregunté mientras Andrew asomaba la cabeza por encima de mi hombro.

—Te sugiero que abras el correo.

Cogí aire y lo abrí, y luego lo leí tan rápido como pude.

—«Estoy encantado de haberte conocido, blabla, blabla…, un almuerzo estupendo…, blabla, blabla…, me han encantado tus ideas sobre *Verity*… ¿Podría poner otra oferta sobre la mesa? Quiero que vengas a trabajar para mí…». ¿Qué?

—Shhh… —dijo Andrew desde detrás—. Estamos en una biblioteca. —Se enderezó, y me giré para mirarlo. Se encogió de hombros—. Bueno, al menos le has caído bien. —Me quitó el teléfono de la mano y leyó el mensaje completo.

—Quiere discutir todas las opciones posibles contigo en el desayuno del lunes.

—Qué desastre… Tenía que gustarle lo suficiente como para venderme su empresa, no para darme trabajo. Voy a responder…

Apartó el teléfono antes de que pudiera cogerlo.

—No, no lo harás. Al menos, todavía no. Vamos a tomarnos un tiempo y a pensar bien el próximo movimiento. Nada de reacciones precipitadas. Esto es demasiado importante.

Tenía razón. Teníamos que mantener la cabeza fría, y yo todavía estaba tambaleándome por aquel orgasmo. Andrew compensaba mi lado impulsivo, pero, a pesar de lo que los demás pudieran pensar, él también tenía su propio lado salvaje. De hecho, yo no iba a volver a mirar la Biblioteca Pública de Nueva York de la misma manera.

30

SOFIA

Ni el mismísimo diablo era más aterrador que mi madre cuando pensaba que su hija le estaba faltando al respeto.

—Tenemos dos minutos para terminar —avisé, saltando de un pie a otro—. Mi madre nunca me perdonará si llego tarde. Me echará un sermón sobre cómo me ha educado, y luego empezará a preguntarme cuántas veces he ido a misa desde que estoy en Londres. El tema se convertirá en una bola de nieve sobre que podría haberme ahorrado el dinero del hotel si me hubiera quedado con ella y, antes de que te des cuenta, habrá pasado la noche entera.

—De acuerdo, ya hemos terminado —dijo Andrew—. ¿Quieres leerlo antes de que lo envíe? —Había redactado una respuesta a la oferta de trabajo de Goode.

—Tiene que parecer que lo he escrito yo —advertí—. O Goode no lo creerá.

Me sonrió.

—No haces más que decírmelo. Estás más involucrada en el trabajo de lo que esperaba.

—Eso es porque es importante para ti. —Le di un beso en los labios—. Y tú eres importante para mí. —Leí la respuesta al correo electrónico de Goode. Andrew era tan listo que lo que había escrito podía haber salido de mi cabeza; su perfección me ponía tan caliente que hice un cálculo mental para ver si teníamos tiempo para… No, en absoluto. Mi madre podía matarme.

Me cogió por las caderas y me subió a su regazo.

—Tú también eres importante para mí.

Envié el correo.

—¿Crees que lo aceptará?

—Eres clara y firme al negarte a aceptar cualquier tipo de trabajo con él. Educada, pero con buenas razones: quieres construir un negocio propio. No creo que intente convencerte de lo contrario. Lo único que queda por ver es si *Verity* está en venta. Vamos a ver si todavía quiere que os reunáis el lunes.

Me volví hacia él y le pasé el dedo a lo largo de la mandíbula.

—¿Cómo puedes estar tan tranquilo?

—¿Hay otra alternativa?

—¿Quieres venir a conocer a mi madre? —Las palabras salieron de mi boca antes de que tuviera la oportunidad de pensar en lo que estaba diciendo.

Andrew se encogió de hombros.

—Claro. ¿Habrá *cannoli* en el menú?

—Eres tonto, pero adorable.

—Podemos echar un polvo en el coche de camino.

Me aparté de su regazo y fui a coger el abrigo.

—Cancelo la invitación. No podemos ir juntos. —Incluso aunque Andrew pudiera mantener las manos alejadas de mí, y no había ninguna garantía de ello, estaba casi segura de que no yo no iba a poder hacer lo mismo.

—Lo siento; no se puede cancelar una invitación una vez que se ha hecho. Tu madre no lo aprobaría.

No se equivocaba.

—He quedado con Tristan para tomar algo en el bar del hotel a las nueve y media, así que siempre y cuando tu madre no se ofenda si me voy pronto, me encantaría ir a conocerla.

¿En qué estaba pensando?

Mientras el coche se alejaba del hotel rumbo a la calle ciento cuarenta y cinco, Andrew me cogió la mano y me la puso en su regazo, entrelazando los dedos con los míos. Avanzamos en un cómodo silencio.

—¿Sabe tu madre que te has puesto en contacto con tu padre? —preguntó de improviso.

Negué con la cabeza.

—Por favor, no se lo menciones. La destrozaría. No entendería lo que estoy tratando de hacer. Y si se enterara, todo se echaría a perder. —Mi madre no iba a aceptar dinero de Des. Y menos después de tantos años. Iba a tener que engañarla y decirle que había conseguido ahorrar cincuenta mil dólares mientras trabajaba en Londres. Si me aseguraba de que todas las facturas me llegaran directamente a mí, podía salirme con la mía.

—No comentaré nada.

—Ah, y para que conste, gano mucho dinero y tendré una bonificación estupenda a final de año si me quedo hasta diciembre.

—¿En serio? ¿De cuánto?

—No creo que lo pregunte. Si surge…, sígueme el juego. ¿Vale?

El silencio reinaba en el coche, pero no era tan cómodo como antes. Ahora estaba lleno de preguntas sin respuesta.

—¿No quieres contarme qué tramas? —preguntó.

—Estoy tratando de conseguir que mi padre me dé algo de dinero. Por eso fui a Londres. Para conocerlo, para convencerlo de que me dé lo que me «debe». Mi madre necesita una prótesis de rodilla, y el seguro no se la cubre. Y es por todos los años que él no pagó la manutención. Ha llegado el momento de que lo haga.

—De acuerdo —dijo Andrew en voz baja.

—Si lo que noto en tu voz es prejuicio, no quiero oírlo. Mi padre se fue antes de que yo naciera, y mi madre se vio obligada a tener tres trabajos para poder mantenerme. Me lo debe. Y no quiero el dinero para *cannoli*. Es para que mi madre pueda seguir trabajando para salir adelante.

—No te estoy juzgando —respondió.

—Vale —espeté, retirando la mano de la suya—. No me lo merezco.

—Parece que eres tú la que se juzga.

—Soy católica. Es nuestro sino. —Tal vez haberme confesado iba a ayudarme. No con el dinero, sino a soportar la culpa por tratar de establecer una relación con mi padre solo para que me diera lo que quería. Cuanto más lo conocía, más culpable me sentía—. Ojalá no tuviera que hacerlo. Desearía que lo pagara el seguro. Entonces, nunca lo habría conocido, ni a su mujer ni a su familia perfecta. No habría tenido que escuchar una explicación perfectamente razonable sobre su comportamiento.

—¿Hay una explicación perfectamente razonable para su comportamiento? Parece que su familia tenía dinero más que suficiente para ayudaros a tu madre y a ti.

—Era joven. Todo el mundo comete errores cuando es joven.

—Estoy de acuerdo. Pero en este momento debería hacer todo lo que esté en su mano para arreglar los suyos.

—Eso pienso yo. Por eso voy a pedirle dinero. No voy a robárselo. Solo voy a decir que me he

retrasado en los pagos del préstamo universitario. Aunque solo me lo preste y tenga que devolvérselo, será suficiente. Lo único que quiero es que mi madre se mueva sin dolor.

—Díselo. Dale la oportunidad de hacer lo correcto. Si dices que tiene una explicación totalmente razonable para hacer lo que hizo, querrá ayudarte.

Sabía que Andrew era astuto e inteligente, pero me parecía demasiado ingenuo en este caso.

—¿Y qué pasa si dice que no?

—Entonces lo pagaré yo —dijo, sin perder el ritmo.

No tuve la oportunidad de responder antes de que nos detuviéramos frente al edificio de mi madre.

Ella nos vio y se juntó con nosotros en la puerta, pasándose la mano por el moño como hacía siempre.

—Sofia, *stella mia*. —*«Mi estrella»,* como siempre me llamaba. Extendió las manos y me abrazó. Solo habían pasado unas semanas, pero me sentía como si hubiera estado años fuera.

—¿Qué tal la rodilla, mamá?

Me soltó del abrazo y me dio una palmadita en el brazo.

—Estoy bien. No te preocupes, por favor. Tú debes de ser Andrew. —Mi madre me hizo entrar en el apartamento mientras él le tendía la mano para estrechársela—. Me alegro de que hayas venido. Si hubiera tenido que devolverle a Isabella la llamada de hace un momento sin saber quién era ese hombre con el que andabas por la ciudad, habríamos tenido una conversación muy intensa sobre la familia, tesoro.

—Huele genial, mamá —dije, ignorándola, y le dediqué un pequeño agradecimiento a Dios por haberme visto inspirada por la sabiduría de invitar a Andrew esa noche.

—¿Así que trabajas con Sofia? —preguntó mi madre; cogió el abrigo de Andrew y lo colgó en el perchero. Sonó el timbre antes de que entráramos en la cocina.

—Una entrega para Andrew Blake —dijo una voz por el intercomunicador. Mi madre miró a Andrew.

—Lo siento —dijo Andrew, evitando deliberadamente mis ojos. ¿Qué estaba tramando? ¿Había hecho que le enviaran unos documentos por correo o algo así? No me había dicho nada sobre el trabajo durante el trayecto. Andrew abrió la puerta justo cuando llegó el repartidor.

—Siento que esto haya tenido que llegar directamente aquí —dijo Andrew, entregándole a mi madre un enorme ramo de lirios y rosas—. Y una selección de vino —dijo, levantando un poco la caja que llevaba en brazos—. Italiano, por supuesto.

Los ojos de mi madre brillaban cuando le respondió.

—Es muy generoso por tu parte, Andrew. Espero que te gusten las albóndigas.

—Mamá —dije, con la voz llena de sorpresa—, ¿me has hecho albóndigas un sábado?

Cogió las flores y pasó junto a mí en dirección a la cocina como si no me hubiera oído.

—¿Cuándo ha sido la última vez que has ido a misa?

—Te lo dije —vocalicé, volviéndome hacia él.

31

ANDREW

Tristan estaba encorvado sobre su portátil cuando entré en el bar del hotel.

—¿No te gustan las americanas? —pregunté mientras tomaba asiento. Una *maître* me siguió y me puso una copa de Barolo encima de la mesa. Había desarrollado cierto gusto por el vino tinto desde que estaba con Sofia. Suave, con cuerpo y delicioso, tomar un sorbo era casi tan bueno como besarla a ella.

Tristan cerró el portátil y levantó la vista.

—No tanto como a ti, al parecer. ¿Por qué lo preguntas?

—Cada vez que te veo en un bar o en un restaurante de Londres, estás charlando con una chica, dándole tu número, coqueteando.

Tristan se encogió de hombros.

—Estoy ocupado. Cuando estoy tan ocupado en Londres, no me ves.

No podía discutírselo.

—Coquetear es solo una forma de desahogarme. Una distracción. Eso es todo. Casi nunca llego más allá.

—Eso es porque no sabes ligar.

Tristan se rio.

—De acuerdo, superdotado. Lo que tú digas.

Una de las mejores cualidades de Tristan era que tenía la piel muy gruesa. Nada le afectaba, ni siquiera que sus amigos más cercanos se metieran con él con cierta regularidad. Tenía una confianza tan grande en sí mismo que le importaba una mierda lo que los demás pensaran de él.

—¿Alguna noticia sobre *Verity*? —preguntó.

Hice una mueca.

—La verdad es que no. Ha surgido un imprevisto en el plan, pero estoy seguro de que podemos superarlo. —El lunes por la tarde iba a saberlo—. Si Goode está dispuesto a vender, quiero ponerme a ello lo más rápido posible.

—¿Y luego qué? —preguntó Tristan, rápido como un rayo.

—Entonces seré el dueño de *Verity* y podré proteger el legado de mi abuela. —Debía de haber escuchado esas palabras mil veces. ¿Por qué me lo preguntaba?

—¿Cómo? Nunca has dirigido una empresa durante tanto tiempo, Andrew. Y cuando tomas el mando en una, no es para cambiar todo el modelo de negocio. Seguro que puedes añadir canales de venta y cerrar divisiones, cambiar la estrategia, pero hacer que *Verity* deje de ser un periodicucho de cotilleos para convertirse en una publicación venerada con cierta inclinación al periodismo de investigación será todo un reto. Incluso para ti.

Tristan no era estúpido, así que no entendía por qué me subestimaba.

—Soy bastante bueno en lo que hago. No te preocupes por mí.

Había surgido una pequeña duda en el fondo de mi mente sobre el giro que quería darle a *Verity,* pero no estaba dispuesto a admitirlo delante de Tristan. Y menos aún porque no me había permitido pensar demasiado en ello. Por lo general, mi objetivo era obtener rentabilidad sostenible a medio y largo plazo, no cambiar algo no rentable por algo todavía menos rentable.

—¿Has pensado si quieres dirigir un negocio a largo plazo?

¿Qué pretendía Tristan esa noche? ¿Por qué me lanzaba dardos y luego, cuando se me clavaban, me los retorcía para ver si podía pillar una arteria?

—No creo que lo haga. Tendré que contratar a un director ejecutivo. —Sabía que no podía dirigir *Verity;* no era mi especialidad. Para mí, tomar las riendas de un negocio en decadencia era como entrar en un zoológico cuando todos los cuidadores se habían ido a casa y habían dejado las jaulas abiertas. Me tocaba meter a los animales en sus hábitats y cerrar las puertas. Luego me dedicaba a limpiar el caos que habían dejado antes de que las puertas se abrieran de nuevo. Cuando llegaba el primer visitante, se acababa el juego para mí. No quería dedicarme al día a día de un zoo.

—Así que solo te encargarás a corto plazo… ¿Sabes cómo vas a pasar de A a B? ¿Cómo vas a pasar de los chismes a la política o lo que sea? ¿Vas a cerrar los contratos actuales, despedir a todo el mundo y empezar de cero? ¿O vas a convertir esos contratos en un negocio *online* bajo una marca diferente y luego reconstruir *Verity* lentamente? Es decir, ¿cuál es el plan?

Había pensado en las respuestas a las preguntas de Tristan, pero no me había centrado en ellas. Toda mi energía se había canalizado en conseguir que Goode aceptara la venta. Si no lo hacía, no tenía sentido haber esbozado un plan brillante que no pudiera poner en práctica.

—Estoy trabajando en ello.

—¿El problema es Sofia?

Fruncí el ceño y tomé un sorbo de mi vino para que no se me notara que tenía desencajada la mandíbula. Tristan era mi amigo; tenía que recordarme a mí mismo que no estaba intentando provocarme.

—Sofia no es un problema.

—Está claro que te gusta.

—¿Por qué crees que puede ser un problema?

—Mientras no te nuble el juicio, por nada.

Empezaba a cabrearme. Dejé mi vaso en la mesa.

—Las mujeres no me nublan el juicio.

Tristan asintió.

—Entonces, perfecto.

¿No iba a darme más detalles?

—¿Por qué piensas eso?

—Porque no es propio de ti intentar engañar a alguien para que haga negocios contigo.

—Pero es propio de mí hacer todo lo que pueda para conseguir lo que quiero.

—Nunca me has parecido un hombre que comprometa lo que es para conseguir lo que quiere. Así que algo ha cambiado.

—No ha cambiado nada. Lo que ocurre es que nada ha sido tan importante para mí como conseguir *Verity*.

—¿Lo importante es arrebatárselo a Goode o hacer que sea un éxito? No estoy tratando de ser un capullo, solo creo que no estás actuando como tú mismo. Sofia me parece genial, y quizás ella no sea el problema. Pero algo no me encaja.

Tristan era uno de mis mejores amigos. Su trabajo consistía en desafiarme y llevarme la contraria cuando creía que algo estaba mal. Debía escucharlo. Podía tener razón cuando decía que estaba tan concentrado en poner mis manos en *Verity* que no había elaborado con detalle lo que quería hacer con ella cuando la poseyera. Conocía el resultado final. Solo que no había una hoja de ruta para llegar a él. Debí haber dedicado más tiempo a la planificación, pero mi falta de preparación no tenía

nada que ver con Sofia. Si no hubiera sido por ella, no habría estado a un paso de hacerme con *Verity*.

—Vale —dije—. Soy consciente de lo que quieres decir, y lo pensaré.

—Brindo por eso. —Levantó su vaso, lleno de quién sabía qué. Era verde y tenía una sombrilla amarilla.

—¿Qué coño estás bebiendo?

—Siempre pruebo algo nuevo. No quiero convertirme en alguien como tú, un viejo rancio.

—Que te den.

Tristan sonrió como si acabara de decirle que lo quería.

32

SOFIA

Andrew había tenido un comportamiento casi encantador con mi madre, y más siendo como era. No había gruñido, había hablado más de lo que solía e incluso lo había sorprendido sonriendo un par de veces mientras mi madre me contaba lo que les había pasado a todos los italoamericanos de Manhattan desde que me había ido a Londres. Había ayudado a recoger los platos y se había ofrecido a lavarlos. Algo que nunca iba a ocurrir mientras el corazón de mi madre siguiera latiendo en su pecho, no porque Andrew fuera un hombre, sino porque era un invitado.

Después de que se fuera, mi madre se había quedado callada.

—¿Qué te pasa, mamá? —pregunté mientras guardaba el último plato limpio en el armario—. ¿Estás cansada? ¿Quieres que me vaya?

Me cogió la mano, sentada en la silla de la cocina que cojeaba, y tiró de mí para que me acomodara a su lado.

—¿Vas en serio con este hombre? Es mucho mayor.

Negué con la cabeza.

—Solo me lleva unos años. —Le di una palmadita en la rodilla y traté de alejar la mano, pero me tiró de ella hacia su regazo—. ¿Qué te pasa? ¿No te ha gustado?

—Si no es mayor, sin duda está más establecido. Tiene dinero, una empresa y… No quiero que se aproveche de ti.

—No se está aprovechando de mí —respondí. ¿Era eso lo que ella había notado en nuestra interacción esa noche? ¿Qué había dicho o hecho Andrew para que pensara eso?—. Es un buen tipo.

—*Bambina,* es rico, guapo y mayor. Conozco a esa clase de hombres. —Me miró fijamente a los ojos y las dos supimos que estaba hablando de mi padre—. Para ellos no eres nada. Te consideran su juguete. Jugará contigo, te hará bailar ¿y luego qué?

Cuando quise empezar a hablar, ella levantó la palma de la mano. No había terminado.

—Sé que me vas a decir que estoy equivocada, que Andrew es diferente y maravilloso, pero esos hombres están acostumbrados a conseguir lo que quieren. A cualquier precio. Ahora te quiere a ti. ¿Qué pasará cuando ya no te quiera?

Si hubiera hablado sobre uno de los novios de Natalie, habría asentido con vehemencia. Lo que decía mi madre solía tener mucho sentido. Era sabia y comprendía mejor algunos temas que nosotras no entendíamos. Pero estaba equivocada con Andrew, ¿verdad?

Se me revolvieron las entrañas. Quería a mi madre más que a nadie en el mundo. Confiaba en ella, y estaba completamente segura de que solo quería lo mejor para mí. Aunque Andrew podía ser hosco y borde a veces en la oficina, era un buen hombre. Nunca había hecho nada que me llevara a pensar lo contrario. Pero tampoco hacía tanto tiempo que lo conocía.

Mi madre me había advertido sobre los hombres como mi padre desde siempre. Me había enseñado la importancia de ser independiente y de ganar mi propio dinero, de vivir la vida en mis propios términos y de construir mi propio futuro. Lecciones muy importantes. Pero me las había enseñado porque mi padre le había mentido y había roto las promesas que le había hecho, y no quería que siguiera su camino con los hombres. Pero Andrew no era mi padre. Ni siquiera estaba segura de que Des fuera el monstruo que mi madre describía.

—¿Te has preguntado alguna vez qué fue de mi padre? —pregunté.

Mi madre dio una palmada y echó un vistazo al apartamento.

—No. Ya tengo suficientes preocupaciones en mi vida ahora mismo.

Tenía razón. Estaba segura de que el dolor de rodilla iba a ser insoportable después de que hubiera preparado la cena para los tres.

—¿Recuerdas que dijiste que te ofreció ese dinero cuando volvió a Inglaterra? —Actuó como si no me hubiera escuchado y se puso de pie—. ¿Alguna vez has pensado que deberías haberlo aceptado?

Resopló.

—Habría hecho que se sintiera menos culpable, eso es todo. ¿Por qué tantas preguntas? Tienes que pensar en tu futuro, no en tu pasado.

Me encogí de hombros.

—Has sido tú la que ha comparado a Andrew con él. —Yo siempre había sido muy inteligente con respecto a las relaciones con los hombres. Nunca daba más de lo que recibía, nunca renunciaba a mis planes ni a mis sueños. Pero con Andrew todo parecía un poco diferente. ¿Debía tener miedo de ese sentimiento?

—¿Por qué no te buscas un buen chico italiano? Alguien como Lorenzo…

—¿Quieres que salga con un gay?

—No he dicho *con* Lorenzo. He dicho con alguien como él. Alguien con un trabajo estable y una buena familia. Alguien… *buono come il pane*. —*«Más bueno que el pan»,* traduje mentalmente—. Alguien que cuide de ti.

—Puedo cuidar de mí misma. Tú me has enseñado a hacerlo. No dependo de Andrew. —Eso no era del todo cierto. Andrew era mi jefe por el momento. Y no estábamos comprometidos ni pensando en ello. Mis sentimientos por él habían llegado de forma inesperada, y eran más fuertes que los que había desarrollado por cualquier otra persona. Sin embargo, aún estábamos empezando lo que fuera que hubiese entre nosotros.

—Solo quiero que tengas cuidado. Aprende de mis errores. No te quemes.

Andrew podía ser rico, poderoso y muy atractivo. Pero no era mi padre. No éramos unos jovenzuelos. No me había hecho ninguna promesa que pudiera romper.

—No me voy a quemar.

Negó con la cabeza.

—Siempre estás segura de todo, tesoro. Conozco la mirada que veo en tus ojos. Yo también la tuve una vez.

Por mucho que hubiera querido, no podía ignorar lo que decía. Ella pensaba que yo estaba siguiendo su mismo destino, enamorándome de un inglés rico y guapo. No podía culparla. ¿Estaba siendo una ingenua al pensar que Andrew era diferente? ¿Especial? ¿Digno de mi confianza?

No quería creerlo, pero eso no significaba que no fuera cierto.

33

ANDREW

Maldito Tristan. Nadie salvo él me hacía dudar de mí mismo. Pero no podía dejar de pasearme por la Suite Presidencial mientras reproducía la conversación una y otra vez en mi cabeza.

No cabía duda de que habría preferido estar yo mismo sentado delante de Goode, extenderle un generoso cheque y mandarlo a la mierda cuando me cediera *Verity*.

No podía obligarlo a vender cara a cara, pero ¿de verdad quería «engañarlo», como lo había descrito Tristan?

Verity se había creado para descubrir las mentiras, la corrupción y la injusticia. ¿Qué habría pensado mi abuela si hubiera recuperado su empresa con un engaño?

Me desplomé de nuevo en el sofá. Sabía la respuesta: me habría dicho que no valía la pena. Si hubiera estado viva, me habría aconsejado que lo dejara y siguiera adelante, que su legado no estaba en la revista, sino en las personas cuyas vidas había tocado.

Lo mismo que había dicho cuando mi madre había acudido por primera vez a ella con la idea de venderla.

Era una decisión que habían tomado hacía años las mujeres de mi familia, quienes tenían una conexión más fuerte con *Verity* que la que había tenido yo. Para empezar, no debí haber ido a Nueva York. Había perdido de vista que el objetivo final era restaurar un legado.

El corazón se relajó en mi pecho, y la tensión de mi cuello y mis hombros desapareció. Era la decisión correcta; podía sentirlo en mi cuerpo y en mi corazón. Podía sentirlo en mi ADN, por el amor de Dios.

Sofia se iba a cabrear. Esperaba que lo entendiera cuando se lo explicara.

Entonces me llegó un mensaje de Sofia: una captura de pantalla de la respuesta de Goode, en la que aceptaba su rechazo a la oferta y seguía queriendo una reunión el lunes. Mierda. Habría sido más fácil si hubiera llamado para cancelar la operación.

Le escribí una respuesta, diciéndole que teníamos que hablar.

Cuando abrí la puerta de la *suite,* me di cuenta de que algo iba mal, porque no me miraba.

—¿Qué ha pasado? —pregunté.

Se encogió de hombros.

—¿De qué quieres hablar?

Su humor se había agriado como la leche después de un mes en la nevera. Habíamos pasado una velada encantadora en casa de su madre. La comida, el vino y la conversación habían sido estupendos. Pero algo había cambiado.

—¿Quieres un trago?

—No. Necesito tener la cabeza despejada para esto.

—¿Para qué? —dije; la tensión en mi cuello volvió como cuando una bandera se izaba en un mástil.

—Lo que sea que vayas a decir.

Solté el aire y tomé asiento en el sofá. En lugar de sentarse a mi lado, se acomodó en el taburete del piano de cola.

—Quiero cancelar la reunión del lunes.

Parpadeó un par de veces, como si estuviera procesando mis palabras.

—¿Así de fácil has cambiado de opinión?

—Hoy he tenido una charla con Tristan y… No me gusta lo que estoy haciendo. No quiero recuperar a *Verity* si para ello tengo que mentir y engañar.

Levantó la cabeza y se puso de pie.

—¿Tristan te ha hecho cambiar de opinión? ¿Qué ha pasado?

—Nos conocemos desde hace mucho tiempo. Nos dedicamos a mantenernos a raya el uno al otro, y confiamos en que el otro nos diga que nos hemos equivocado.

—¿Y Tristan cree que estás cometiendo un error?

Le di una palmadita al sofá de al lado, invitándola a sentarse.

—Señaló que era una hipocresía que intentara devolver a *Verity* su lugar como bastión de la verdad cuando tenía que mentir para poseerla.

—Entiendo… —dijo Sofia, sentándose en el sofá a mi lado.

—No estoy dispuesto a sacrificar mis principios solo porque Goode sea imbécil.

Una pequeña sonrisa le curvó los labios.

—Siempre sabes exactamente lo que hay que decir.

No estaba seguro de que eso fuera cierto, pero estaba muy contento de aceptar su cambio de humor.

—Solo estoy diciendo la verdad.

Asintió.

—Lo sé. Y te lo agradezco. —Deslizó los brazos alrededor de mi cintura. Levanté el brazo y ella se acurrucó contra mi costado—. Quiero que seas sincero conmigo. Siempre. Ya sabes…, mientras estemos…

—Lo prometo.

Nos quedamos sentados en silencio durante unos minutos, mirando hacia Central Park, abrazados.

—Quizá deberías ir tú al desayuno del lunes —comentó.

Sabía que lo de conseguir *Verity* ya no tenía remedio. No tenía sentido azuzar a un caballo muerto.

—No pasa nada. Tengo que seguir adelante y honrar el legado de mi abuela de una manera diferente.

—¿No vale la pena que aproveches la última oportunidad?

—Llevo años en esta especie de rueda de hámster con Goode. Necesito bajarme, sacudirme el polvo y salir de la jaula. Ya está. He hecho las paces conmigo mismo.

Sofia me clavó los dedos en el pecho.

—Solo tienes que ir al desayuno el lunes…

—En serio, no pasa nada. Lo he superado.

Se zafó de mis brazos y me miró con cara de incredulidad.

—Escúchame. ¿Recuerdas lo que te he dicho sobre su ego? Es una información que no tenías antes. Puedes hacer que funcione a tu favor. Ve a la reunión del lunes y confiesa. Dile que yo trabajo para ti, lo que habíamos planeado. Luego explícale lo mucho que significa para ti el legado de tu abuela.

—Ya lo sabe, Sofia. No le importa una mierda.

—No estoy tan segura. Como te he dicho, a ese hombre lo impulsa el ego. No quiere que acaben menospreciándolo. Si te acercas a él y le ofreces mantenerlo como socio…

—Pero si ya te lo he dicho… Me he ofrecido mil veces a entrar y gestionar el negocio por él para darle la vuelta.

—Maldita sea, Andrew, deja de interrumpirme. Te estoy diciendo que no te limites a gestionar el negocio. Ofrécete a asumir todo el riesgo comprando la mayoría de las acciones, pero manteniéndolo a él como accionista minoritario. Tú pones el dinero, haces el trabajo para dar la vuelta a la empresa, bajo su propiedad minoritaria, con cero riesgo para él. Si fracasa, el acuerdo establece que tienes que comprar su parte, así que de cara a la galería parece que has hundido tú el barco. Si tienes éxito, él puede participar públicamente en el éxito porque sigue siendo accionista.

Asimilé lo que decía. Su sugerencia ponía a Goode en una posición en la que no tenía nada que perder, pero también le ofrecía un asiento en primera fila para ver mi humillación si fallaba. Era difícil que lo dejara pasar.

—Puede que tengas algo de razón. Solo que no sé si será capaz de superar que lo he engañado enviándote a ti a batear por mí.

—Tal vez no, pero no tienes nada que perder si eres sincero. Y, de todas formas, estamos en Nueva York.

Tenía razón: si no lo intentaba, iba a preguntarme siempre si había dejado la última piedra sin remover.

—Lo intentaré, pero, ¿sabes?, Tristan me ha hecho enfrentarme a otra verdad casera esta noche y me ha dado que pensar. —Le expliqué que me había hecho ver que no estaba preparado si Goode aceptaba vender—. Me preguntaba si estarías interesada en organizar un plan de operaciones en el improbable caso de que Goode acepte el trato.

Con una gran sonrisa, negó con la cabeza de forma exagerada.

—¿Qué voy a hacer contigo? Has entrado en razón y te has dado cuenta de que no solo soy una asistente fantástica, sino que te estabas perdiendo el montón de habilidades que poseo.

La senté en mi regazo.

—Quiero experimentar todo tu conjunto de habilidades.

—No sé yo si estarás preparado… —respondió ella.

—Ponme a prueba.

34

ANDREW

A pesar de ser abril en Nueva York, el calor del sol se reflejaba en los edificios, y parecía agosto.

Sonó mi teléfono, y contesté.

—Andrew Blake.

—Andrew, si sabes que soy yo quien te llama, solo tienes que decirme «Hola, Sofia». Vamos al grano: ¿qué demonios ha pasado con Goode y por qué no me has llamado ya?

Me reí.

—Acabo de salir ahora mismo.

—Lo sé —dijo—, estoy viéndote.

Miré la limusina que me esperaba y entorné los ojos intentando atisbar el interior. Sofía bajó la ventanilla y asomó la cabeza.

—Entra —ordenó, sonriendo—. Quiero que me lo cuentes todo.

Había sido completamente sincero con Goode. Le había explicado todo, incluso que Sofia era mi asistente. Había permanecido en silencio mientras le echaba en cara lo que le había hecho a la revista y lo mal que me parecía que no quisiera vendérmela, aunque los dos supiéramos que no era rentable. Se había mostrado a la defensiva hasta que sugerí que fuéramos copropietarios.

—Está de acuerdo —le dije mientras nos incorporábamos al tráfico—. Será el propietario minoritario, pero, como somos una empresa privada, puede fingir ante quien quiera que sigue siendo el dueño. Si la cosa va bien, puede llevarse el mérito; si va mal, puede culparme a mí. Como tú sugeriste.

Sofia sonrió.

—Joder, ha funcionado.

—Al parecer, la sinceridad es la mejor política.

—Supongo que eso significa que estaré ocupada el lunes esbozando la planificación de las operaciones. Puede que tengas que buscar una nueva asistente.

Gemí cuando se me alojó en la garganta un incómodo nudo.

—De eso nada. No me gusta que venga gente nueva que se ofende porque no les hablo.

—Ya lo resolveremos —solventó—. Nueva York, te has portado bien conmigo, como siempre. —Se persignó y miró al techo de la limusina. Estaba seguro de que no iba a encontrar lo que buscaba allí arriba.

—¿Y ahora? —pregunté.

—Al JFK —repuso—. El equipaje está en el maletero.

—¿Llegaremos a Londres formando parte del club de la milla de altura? —Tosí, tratando de desalojar aquel nódulo de inquietud que no podía tragar.

No había duda de que los últimos días en Nueva York habían cambiado la relación entre Sofia y yo, y no estaba preparado para renunciar a ella. No estaba seguro de si alguna vez iba a estarlo. No podía deshacerme de los nubarrones que se acumulaban en mi cerebro. Ya había pasado antes por eso, ya me había acostado con alguien que trabajaba a pocos pasos. No había funcionado entonces, y no podía funcionar en ese momento. Einstein no se equivocaba cuando decía que la definición de locura era repetir la historia y esperar un resultado diferente, pero posiblemente ya había llegado

demasiado lejos para renunciar a Sofia.

35

SOFIA

Dos días después de regresar de Nueva York, volví a Blake Enterprises, donde no encontré cambio alguno, pero, de alguna manera, todo era diferente. Me mordí el labio; me quité el abrigo, lo colgué en el perchero y tomé asiento tras el escritorio.

Había sorprendido a Andrew mirándome un par de veces en el vuelo de regreso a Londres cuando pensaba que no lo veía.

Era como si no tuviera nada mejor que hacer, algo muy distinto a lo que había ocurrido en el trayecto a Nueva York, en el que apenas había reconocido mi existencia. Sin embargo, de camino a Londres me había cogido la mano en varios momentos del vuelo, y yo le había apartado el pelo de los ojos cuando se quedó dormido. Se había asegurado de que no pasara sed, y yo había compartido con él mi manta.

Habíamos estado menos de una semana en Nueva York, pero algo había cambiado entre nosotros. Él había bajado la guardia y yo lo había dejado entrar. Nos habíamos convertido en una pareja.

Desde el aeropuerto, habíamos ido directamente a mi casa a dormir. Más tarde, comimos y nos quedamos en la cama durante todo el martes. Sin embargo, esa mañana, cuando sonó el despertador, él ya se había ido. Intenté librarme de la opresión que sentía en el pecho. Aunque no esperaba que entráramos en la oficina cogidos de la mano, tampoco esperaba que hiciera el Houdini.

Entre nosotros quedaban muchas cosas pendientes de decir.

Me sumergí en el trabajo mientras la puerta del despacho de Andrew permanecía firmemente cerrada. Aunque sentí el impulso de asomar la cabeza por la puerta y ofrecerle un café, me resistí como una jabata. Era su tiempo de concentración, y tenía que respetarlo.

Justo a las doce, Douglas se plantó delante de mi mesa.

—Qué buena noticia lo de Goode —comentó—. Esto va a ser diferente para Andrew. Ya sabes, me refiero a dirigir una empresa a largo plazo.

Asentí.

—Muy diferente. Pero, bueno…

—Tenemos mucho trabajo que hacer. No podremos con todo. Así que, antes de nada, deberemos contratar a gente.

Douglas llamó a la puerta de Andrew antes de que pudiera preguntarle a qué se refería. Andrew iba a dirigir *Verity,* yo iba a ser su ayudante y Bob iba a ser el secretario financiero. El resto del personal de la oficina iba a hacer lo mismo que siempre. ¿A quién íbamos a contratar?

Douglas no estuvo mucho tiempo en el despacho de Andrew antes de salir haciendo malabares con una pila de papeles. Siempre entraba con aspecto sereno y salía como si hubiera luchado con un tigre.

—¡Sofia! —gritó Andrew a través de la puerta cerrada.

Instintivamente, me levanté de un salto, cogí un cuaderno y entré.

Andrew no levantó la vista cuando atravesé la puerta.

—Siéntate.

Me dieron ganas de decirle que, si quería hablarle así a alguien, que se fuera a buscar un perro,

pero en lugar de eso inspiré hondo y me recordé que ese tono no era nada nuevo. No podía esperar que se comportara como si hubiera sufrido un trasplante de personalidad solo porque fuéramos… Lo que fuésemos.

Incluso aunque hubiera tenido la oportunidad de cambiar el comportamiento de Andrew en el trabajo, no estaba segura de que quisiera hacerlo. Me había enamorado del hombre que era en su vida privada, pero también me atraía el que era en el trabajo. Su intensa concentración y su actitud seria me parecían muy sexis. No era cruel —no podía serlo—, y me prometí no empezar a tomarme esa actitud brusca como algo personal solo porque la situación hubiera cambiado entre nosotros fuera del despacho.

—Tengo una propuesta para ti —anunció.

Me sentí avergonzada por la parte de mi cerebro que gritaba: *«¡SÍ, ME CASARÉ CONTIGO!»,* así que moví la cabeza para bloquear ese pensamiento erróneo y di un portazo mental a todas las comedias románticas que Natalie y yo habíamos visto sentadas en el sofá.

—*Verity* —dijo sin más, levantando por fin la vista para buscar mi mirada.

—*¿Verity?* —repetí—. Estoy trabajando en el plan. La transición entre el punto en el que está ahora y la posición a la que queremos llevarla va a ser clave.

Andrew soltó un largo suspiro y asintió.

—Estoy de acuerdo. Y encontrar a la persona adecuada para guiar ese proceso es esencial. Tengo que contratar a un director general.

Así que a eso se refería Douglas.

—¿No quieres hacerlo tú mismo? —La razón por la que Andrew estaba tan apegado a ese negocio era la fuerte conexión personal que tenía con la fundadora. ¿No quería estar a cargo?

—No. Goode puso como condición que yo no debía dirigir el cambio. Y tiene sentido. Se trataría de algo demasiado personal para mí. Además, no estoy seguro de que me guste hacer ese trabajo.

—¿Debo ponerme en contacto con una empresa de cazatalentos?

—Depende —continuó—. Mi primera opción para el puesto eres tú.

Giré la cabeza hacia un lado, preguntándome si habría oído bien. ¿Qué acababa de decir?

—¿Yo?

—Sí. Eres brillante, conoces el negocio y Goode está de acuerdo. Los dos queremos que lo dirijas.

—¿Incluso después de saber que le mentí?

—Sí. Sabe que estás en mi nómina. También le conté que las ideas que le esbozaste no eran mías. Además, conoce tu currículum.

—Entonces, sabrá que no tengo ninguna experiencia previa dirigiendo un negocio. —No estaba tratando de convencerme de que no servía para el trabajo, pero no quería hundir el barco antes de que estuviera en el mar.

—Yo te guiaré. Has hecho un máster en Dirección de Empresas, así que al menos conoces la teoría, y todo el mundo tiene que dirigir un negocio por primera vez en algún momento.

—¿Crees que puedo hacerlo? —No era la pregunta que normalmente haría a alguien que me ofreciera un trabajo, pero me invadía una enorme oleada de dudas—. Solo soy tu asistente.

—Y los dos sabemos que estás demasiado cualificada para ello, y no te lo habría pedido si no te creyera capaz. A Goode le gusta que seas un poco buscavidas. Y yo reconozco el talento cuando lo veo. Recuerda que mi labor es estudiar las organizaciones, promover el talento y deshacerme de lo que impide que una empresa prospere. Sé de lo que eres capaz, y has nacido para ello. Te conozco.

—Me miró fijamente a los ojos—. Puedo confiar en ti.

Ese era el apoyo que había estado esperando. De hecho, era la oportunidad que pensaba que iba a estar esperando en cinco años; la oportunidad de mi vida. Cosas como esa no le ocurrían a la gente como yo. Sí, había logrado estudiar en una universidad decente y luego en Columbia, pero no había sido fácil. Había tenido que trabajar más, que ser mejor. Todo había supuesto un reto. No había dispuesto de oportunidades como esa. Podía ser el tipo de suerte que Bella y Bryony iban a tener cuando llegara su momento, pero no era lo que yo esperaba.

—Lo intentaré.

—Solo hay una cosa más —añadió.

Por supuesto, tenía que haber una trampa. Siempre había una trampa.

El corazón me retumbó en el pecho como si alguien estuviera golpeando con un bate de béisbol el tambor de una tetera. Me preparé para lo que venía a continuación.

—Tú y yo… —Andrew suspiró y asintió—. Tenemos una relación íntima.

Tragué saliva. La oleada de temor venía hacia mí como un ejército. Me sentí impotente ante lo que se avecinaba.

—Ya sabes lo que pienso de mezclar mi vida personal y la laboral.

El calor me subió desde el estómago e hizo que me ardiera el pecho. Asentí, impaciente por saber lo inevitable.

—Si eres la directora de *Verity,* es importante que mantengamos nuestra relación en un plano profesional. El éxito de la empresa es importante para mí, y voy a ser tu jefe a largo plazo. Hay mucho en juego. Tenemos que mantener ambas cosas separadas.

—Vale… —convine, sin saber muy bien a qué se refería. Normalmente, no necesitaba aclaraciones cuando mantenía una conversación con Andrew. ¿Qué estaba tratando de decir? ¿Que debía llamarlo James fuera de la oficina?—. ¿Qué quieres decir?

Vi que se le movía la nuez, y miró la puerta de su despacho como si estuviera deseando tener una interrupción.

—Que deberíamos mantener nuestra relación en un plano puramente profesional.

El calor de mi pecho se extendió a mis extremidades y un escalofrío me recorrió la columna de arriba abajo. No sabía si sentirme enfadada o triste.

—Si no quieres salir conmigo, no tienes que ofrecerme un trabajo que lo haga imposible. Puedes decirme que has cambiado de idea y punto. No sueles ser tan indirecto.

—Sofia… —soltó Andrew con ese gruñido enfadado que había llegado a conocer tan bien.

—Lo digo en serio. No seas cobarde.

—Te lo he dicho antes: no miento. Quiero que asumas este trabajo. Pero requiere un sacrificio. Trabajar juntos y estar juntos… —Negó con la cabeza con tanta seguridad que fue como si me clavara un cuchillo en la piel—. No es posible. Y ese puesto está hecho para ti. Eres un profundo pozo de creatividad, tienes ganas de trabajar duro y unas calificaciones impresionantes. Eres perfecta para el empleo. Y el sueldo te hará la vida mucho más fácil.

Si no me hubiera hecho ya una oferta que no podía rechazar, que me recordara que el trabajo iba acompañado de un incremento económico, habría sellado el trato.

No podía rechazarlo. Si no conseguía lo que necesitaba de mi padre, iba a tener que encontrar otra forma de pagar la operación de mi madre. Esa podía ser la manera. De todos modos, no quería estar con un hombre que quisiera más tener una directora general que pasar tiempo conmigo.

Quizá mi madre tenía razón: para Andrew había sido un juego todo el tiempo. Ya se había aburrido y no me quería. Al menos no estaba embarazada. Supuse que debía estar agradecida por

ello.

Las mujeres Rossi siempre sabían ver el lado bueno de las cosas.

—De acuerdo —dije—. ¿Cuándo empiezo?

Andrew bajó la mirada al escritorio y, si no lo hubiera conocido mejor, habría jurado que quería ocultar su decepción. No sabía cómo complacer a ese hombre. Quizá lo mejor era que terminara todo entre nosotros en ese momento, antes de que me sintiera demasiado colgada por él y me diera cuenta de que para Andrew nunca iba a ser suficiente.

Se aclaró la garganta.

—Ahora mismo. Ponte en contacto con Recursos Humanos. Ellos conocen los detalles del contrato. Quiero que me presentes un plan de transición a noventa días dentro de una semana.

Me puse de pie y me estiré la falda, vacilando. ¿Eso era todo? Había terminado conmigo y me despedía de su oficina, de su vida personal y de su cama.

36

SOFIA

Levanté la copa, imitando el gesto de mi padre. Estaba comiendo con él físicamente, pero mi mente estaba muy lejos de allí, llena de Andrew Blake. Intentaba distraerme y mantenerme ocupada, pero seguía reviviendo para mis adentros cada momento que habíamos pasado juntos.

—Enhorabuena por tu brillante ascenso —me dijo, sonriendo—. Hemos recibido muchas buenas noticias esta semana. ¿Te he dicho que han aceptado a Bella en el colegio al que Evan y yo queríamos que fuera?

—Oh, no, no lo sabía. —Necesitaba concentrarme en el momento o iba a estropear la relación con mi padre.

—Sí, ha sido todo un reto. Queremos darle el mejor comienzo en la vida, y eso empieza de joven, ¿sabes?

Mi madre también había querido darme el mejor comienzo en la vida. Por eso había trabajado tanto.

—La gente con la que va a la escuela ahora será con la que haga negocios en el futuro. Es una gran responsabilidad.

Permanecí en silencio. Si pronunciaba alguna palabra, temía que mi furia y mi frustración se desbordaran. ¿Cómo podía ser tan insensible, hablándome a mí de las responsabilidades de criar a un hijo? A mí, la hija que había abandonado y de la que nunca se había hecho responsable.

—Evan está encantada. Los dos lo estamos.

—¿A Bella le gusta ese colegio? —Quería llevar la conversación hacia un terreno más neutral. Bella era adorable, y no era responsable en absoluto de nada de lo que yo había carecido al crecer.

—Sí, pero solo porque dos de sus amigas van también. De todos modos, basta de hablar del colegio de Bella. A veces, me da la impresión de que es lo único de lo que hablo. Cuéntame cómo eras tú a su edad.

Me encogí de hombros.

—No tengo nada que decir, en realidad. La gente con la que fui al instituto hoy son traficantes de drogas y pandilleros. Pero mi madre fue muy estricta y yo trabajé duro, así que aquí estoy.

El silencio se interpuso entre nosotros.

—Lo has hecho increíblemente bien —dijo—. No tenías nada parecido a los recursos que mi… que Bella ha tenido.

—No —dije—. Tuve que pedir préstamos estudiantiles. —Y además tenía que pagarle la operación a mi madre, cuya rodilla necesitaba una prótesis por haber fregado tantos pisos.

Moví los pies encima de la alfombra del restaurante en el que estábamos. Quería irme. Largarme. Cada vez que estaba con ese hombre, lo único en lo que pensaba era en lo que me había faltado. Lo que nunca había tenido. Él no había asumido nunca su responsabilidad, ni siquiera cuando se había deshecho del control de su padre ni cuando se había casado. Había tenido muchas oportunidades de corregir su error, pero no había aprovechado ni una sola. Si no lo hubiera llamado, habría pasado el resto de su vida sin ver a su hija mayor.

—He oído que la universidad en Estados Unidos es muy cara —comentó.

Asentí.

—Así es. Voy a estar pagando el préstamo durante décadas. —Me gustó poder contarle, aunque fuera con una pincelada, el impacto que había tenido su falta de apoyo en mi vida, pero me habría llevado días explicárselo todo. Era demasiado pronto para pedirle que pagara mi deuda y que utilizara ese dinero para pagar la operación de mi madre, pero no lo suficiente como para que pensara en lo que me debía. Sí, iba a disfrutar de un aumento de sueldo, pero no iba a recibir ese dinero de la noche a la mañana como podía pasar con un cheque de Des. Y habría hecho cualquier cosa para aliviar el dolor de mi madre lo antes posible.

—Supongo que gracias a ello has recibido una buena educación —dijo. Al menos tuvo la decencia de sonar un poco incómodo. Evidentemente, en algún momento se había dado cuenta de que comentar que su hija había entrado en un lujoso colegio privado era insensible por su parte. Tenía que mantenerme alerta y recordar que necesitaba que el hombre que tenía delante me apreciara. Era preciso que le cayera bien.

—Por supuesto.

—No tengo ni idea de lo que te trajo a mi puerta, Sofia. No sé si fue la curiosidad o algo más. Pero me alegro de que estés aquí. Nunca quise perder toda conexión contigo.

No pude evitarlo: las cejas se me arquearon solas.

—¿De verdad?

—De verdad. Entiendo que tu madre cortara el contacto. Lo que necesitaba de mí era dinero, pero yo no podía dárselo.

¿Había oído bien? Rebobiné.

—¿Mi madre cortó el contacto contigo?

—Sí. Lo sabías, ¿verdad? Después de volver a Inglaterra, seguimos en comunicación, y un día intenté llamarla y el número no existía.

Se me secó la boca y me sudaron las palmas de las manos. Era como si estuviera masticando tiza. ¿Ella había dado de baja ese número?

No. Tenía que estar equivocado. Nos había abandonado él.

—Pensaba que lo sabías. No debería haberte dicho nada.

Levanté la vista hacia él.

—Quiero saber la verdad. Creo que me lo merezco.

—No puedo echarle la culpa a tu madre, y tú tampoco deberías hacerlo. Se estaba protegiendo. Le había hecho daño y ella solo intentaba no sufrir más. Lo comprendo. Lo entendí en su momento.

Eso tenía sentido, pero ¿por qué no me lo había dicho? No hablábamos de mi padre muy a menudo, pero era un detalle clave en la historia de cómo habíamos llegado a ser quienes éramos.

—Cuando por fin cumplí veinticinco años y tuve acceso a mi fondo fiduciario, intenté volver a contactar con ella —continuó—. Incluso fui a Nueva York, aunque no tenía ni idea de dónde buscarla. Era un estudiante cuando la vi por última vez. Me había hablado de su madre, pero yo nunca había estado en su casa. No sabía dónde vivía. Así que fui a esa panadería que a ella le encantaba, la que está en el centro y donde hacen esos *cannoli*.

La cabeza me daba vueltas. Quería detener el mundo y bajarme. Conocía la historia. Mi madre siempre había sido sincera conmigo. Le había dicho que estaba embarazada y él había huido de Nueva York para volver a Londres. Habían hablado un par de veces, en las que él había dejado claro que no quería saber nada de mí. Esa era la verdad.

—Estás diciendo que es culpa de mi madre que tú y yo no nos conozcamos y que… —¿Qué estaba diciendo?

—No, en absoluto. Hizo lo que consideró mejor. Desde su punto de vista, su novio la abandonó

en cuanto se quedó embarazada y luego no la ayudó. Nada de eso fue culpa de tu madre. La responsabilidad fue mía. Quiero que lo sepas.

Me invadió la tristeza. Un hondo pesar por mi madre; por los sentimientos de pánico y soledad que debió de haber experimentado al ver que alguien a quien amaba huía de ella. Lástima por mi padre, al comprender lo débil que había sido y no encontrar la fuerza para cambiar. Pena por mí y por la vida que habría podido tener si mis padres hubieran sido diferentes. Más viejos. Más sabios.

—No haberte conocido ha sido el gran pesar de mi vida —confesó, con la voz cargada de melancolía—. Y ahora has vuelto a ella, y quiero intentar arreglar las cosas. Debes saber que he modificado mi testamento para que refleje que tengo tres hijas.

Fue como si me hubiera metido la mano en la garganta y me hubiera sacado los pulmones. No tenía aire. No tenía palabras. No sabía qué responder.

—No busco reconocimiento ni agradecimiento. Nunca debió ser de otra manera. Espero que podamos seguir conociéndonos más, pero, aunque decidas que no quieres mantener una relación conmigo, no cambiaré el testamento.

«Tengo tres hijas».

Sus palabras resonaron en mis oídos. Había crecido sin padre. No era la única niña en la misma situación, pero mi padre no se había ido con otra mujer. No se había divorciado de mi madre, ni estaba en la cárcel, no le habían disparado y lo habían matado. Sin más, era como si no hubiera existido nunca.

—No esperaba algo así —solté por fin, y mi voz fue más tranquila.

—Nunca te he dado ninguna razón para esperar nada de mí. Espero que eso cambie. Que sepas que puedes acudir a mí. Para cualquier cosa. En cualquier momento.

Ese era el momento perfecto para contarle lo de la rodilla de mi madre, pero algo dentro de mí me lo impidió. Durante esos almuerzos y cafés, había tratado de estar en posición de poder preguntarle, y cuando había llegado la oportunidad, no me parecía correcto.

¿Iba a hacerlo alguna vez? Quizá cuando me hubiera asentado en el trabajo. O cuando tuviera la oportunidad de asimilar lo que había sucedido entre Andrew y yo. Quizá cuando mi atención no estuviera dividida entre el presente y cada momento que había pasado desnuda en los brazos de Andrew.

Tal vez, tal vez, tal vez…

37

SOFIA

Quedaban menos de siete minutos para que llegara Andrew. Siete minutos para presentarle las ideas que tenía para que *Verity* volviera a ser la publicación que había sido en sus mejores tiempos. Por si fuera poco, me veía obligada a hacerlo sin haber dormido desde que Andrew había puesto fin a lo que había entre nosotros. Me sentía casi mareada por una combinación de fatiga, adrenalina y frustración. Obsesionarme con Andrew y con cómo se las había arreglado para zanjar lo nuestro sin mirar atrás era otra de las razones por las que no había llegado a leer el contrato nuevo hasta ese momento. Se me había acabado el tiempo. Debía entregárselo a Douglas cuando llegara con Andrew. Volví a hojear los papeles. No podía estar bien. Marqué el número de la directora de Recursos Humanos.

—Hola, Wendy, soy Sofia. Tengo un par de preguntas sobre mi contrato. Sobre todo, en torno al salario y las bonificaciones.

—¿No es lo que esperabas?

Era mucho más de lo que esperaba. Gracias a ese sueldo no solo iba a poder ahorrar todos los meses —incluso a pesar del astronómico alquiler que pagaba y los pagos de los préstamos estudiantiles—, sino que también iba a conseguir los cincuenta mil dólares de la operación de mi madre. Si mi padre no contribuía, en un par de años podía pagar yo misma la intervención.

—Solo quería estar informada de cómo funciona. La bonificación se suma al sueldo anual, ¿no?

—Sí, tienes una bonificación anual y una prima por trienio trabajado.

—¿Dos bonificaciones? ¿Eso es normal?

—Sí. Es un plan de compensación típico para ejecutivos. Es el mismo que tienen todos los de tu nivel en Blake Enterprises. Obviamente, tienes que permanecer en la empresa tres años para que llegues a cobrar el trienio.

Si mi madre lograra aguantar hasta que yo recibiera la bonificación anual, sin duda iba a poder pagar la prótesis. Tal vez incluso iba a ser capaz de enviarle algo de dinero cada mes para que no tuviera que tener dos empleos.

Me parecía un sueño hecho realidad. Pero había tenido demasiados recientemente.

Primero, Andrew; luego la oferta de trabajo, y, por fin, la bonificación. Me decía a mí misma que tenía sentido que Andrew y yo no hubiéramos durado más. No podía esperar demasiado. Un trabajo y la posibilidad de ahorrar algo era lo que necesitaba cuando había llegado a Londres. Querer más era tentar al destino.

Mi asistente asomó la cabeza por la puerta y señaló con frenesí la sala de reuniones de *Verity*.

Al parecer, Andrew había llegado ya.

—Gracias, Wendy. Me tengo que ir.

Recogí los papeles y me apresuré a recorrer el pasillo.

Inspiré hondo y abrí la puerta de la sala de reuniones.

—Andrew, Douglas, ¿cómo estáis?

Hacía algo más de una semana que no veía ni sabía nada de Andrew. Había sido fiel a su palabra y no se había puesto en contacto conmigo desde que me había ofrecido el trabajo en *Verity*. Incluso me había pasado por el Noble Rot los tres primeros días después del ascenso para ver si James hacía

acto de presencia, pero no había aparecido por allí.

Estaba enfadada y agradecida a partes iguales con Andrew. Comprendía que acostarse con el jefe era un tópico y que él, más que la mayoría de la gente, tenía una razón para mantener los muros entre sus mundos. Pero ¿no valía la pena intentarlo? ¿No valía la pena?

Imaginaba que no.

Volver a verlo hizo que me se me revolviera el estómago como si estuviera en un bote de remos en medio del Atlántico. Habíamos compartido mucho en muy poco tiempo y, unos días después, estábamos sentados el uno frente al otro en una mesa de juntas que parecía más grande que el ancho mar; era como si nunca hubiéramos sido nada más que colegas de profesión.

Mi madre tenía razón cuando me decía que no existía almuerzo gratis. Ese era mi sacrificio: había renunciado a Andrew por ese trabajo. Un hombre por la salud de mi madre. ¿Qué otra opción me quedaba?

—¿Qué tienes para nosotros? —Fiel a su estilo, Andrew no quería perder el tiempo charlando. Y yo no iba a discutir.

—Mi plan es ir de cero a sesenta en dos coma cinco segundos. He pensado en un lanzamiento a lo grande. Los lectores, los anunciantes y el personal que necesita *Verity* en el futuro son diferentes a los que tenemos ahora, así que no tiene sentido un lanzamiento suave. Entraremos pisando con fuerza, a lo grande.

La expresión de Andrew era completamente neutra. Aunque debía decir que yo tampoco me había inmutado. Había ensayado la presentación cincuenta veces antes. Tenía confianza en mi propuesta y en mis decisiones, y esperaba que Andrew se entusiasmara con mis planes. Aunque no lo demostrara.

Les hablé de la investigación que había hecho, de algunos datos de mercado y estadísticas relevantes, y de algunas de las ideas de marca en las que había estado trabajando.

—¿Así que un equipo completamente nuevo? —preguntó Andrew.

—He encontrado a tres creativos que pueden ser clave para nuestros planes. Son entusiastas y tienen talento. Quiero conservarlos. Algunos de los administrativos también pueden quedarse si ya están a bordo, pero, a menos que la gente tenga las habilidades y la experiencia que necesitamos para el futuro, conservarlos en plantilla solo será alargar una agonía.

Todavía no hubo reacción.

—Siguiendo adelante, he apuntado en la agenda que el 1 de octubre sea el día de lanzamiento. La clave es conseguir publicidad gratuita en medios de comunicación. Queremos hablar de tu abuela y su legado. Tendremos que proporcionar ciertos datos medidos sobre por qué nuestros artículos pasarán de versar sobre chismes de celebridades a noticias reales. Así que de eso también vamos a hablar en el primer número: del auge de los cotilleos de famosos y su impacto en la política, el poder y los medios de comunicación reales. Esperemos que podamos hacer que la gente no se quede indiferente.

Andrew ni siquiera asintió durante mi presentación, que duró una hora. Douglas pasó la mayor parte de la reunión con la cabeza gacha, tomando notas.

¿De verdad había esperado algo más?

Cuando terminé la presentación, Andrew miró reloj. Hizo un par de preguntas sobre el modelo financiero y luego se puso de pie.

—Me gustaría que hubiera un análisis más detallado sobre los costes. Vas a tener que trabajar con Douglas.

Salió, y Douglas reunió sus papeles y corrió tras él. Antes de cerrar la puerta, se giró.

—Has hecho un gran trabajo.

Agradecía eso de parte de Douglas, sobre todo porque era más de lo que iba a obtener de Andrew. El veredicto de Andrew lo iba a conocer en función de si tenía o no trabajo la semana siguiente. Al menos, sabía cómo funcionaba. Aun así, no pude evitar concentrarme en la ráfaga de aire que desinfló mi corazón mientras miraba la puerta cerrada.

38

ANDREW

Mi nueva asistente, Trudy, llamó a la puerta del despacho a las diez y media. El día anterior me había preguntado tres veces si había anotado mal la hora de la reunión. Salvo eso, Trudy estaba haciendo un buen trabajo. Era casi tan irritable como yo, y me parecía evidente que no tenía ganas de hablar de otra cosa que no fuera el trabajo. Era eficiente y no parecía ofenderse por obtener respuestas monosilábicas a sus preguntas.

No era Sofia, pero servía para el puesto.

—Adelante —dije; me puse de pie y rodeé el escritorio.

—Aryia Chowdhury —anunció Trudy cuando la periodista la siguió al interior y apareció por detrás de ella, tendiéndome la mano.

Se la estreché, aunque tuve cuidado de no aplastarle los dedos.

—Aryia.

—Gracias por dedicarme tiempo. Por lo que he leído sobre usted, estoy segura de que está muy ocupado.

—Verity Blake era importante. —La guie a una de las sillas para invitados mientras yo ocupaba otra enfrente de ella.

—Bueno, ahora que ha invertido en *Verity,* la trama ha dado todo un giro. —Sacó la grabadora y un bloc de notas—. ¿Le importa? —preguntó, colocando el aparato en el escritorio entre nosotros.

Negué con la cabeza.

—Creo que es la primera entrevista que concede, ¿verdad?

Fingí no saber la respuesta, pero ella tenía razón.

—No soy una celebridad.

—Pero es muy famoso en su mundo.

Me obligué a esbozar una media sonrisa.

—Todos somos algo famosos en nuestros propios mundos.

—Tiene razón. ¿Su abuela era tan importante en su familia como en la industria editorial?

—Por supuesto —aseguré, y empecé a relajarme. Iba a poder explayarme en lo increíble que era mi abuela hasta que se cansara—. Fue la matriarca de la familia hasta su muerte.

—Y cuando era un niño ¿tenía la sensación de lo importante que había sido como periodista y como referencia para el género femenino?

Recordé a la mujer a la que había amado.

—Cuando era pequeño no. Solo la veía como una mujer cálida y divertida a la que adoraba. Cuando me hice mayor, me sentía atraído por ella porque era una de las pocas personas en mi vida que me hablaba de cosas complicadas y difíciles. A menudo discutíamos los artículos de *Verity* alrededor de la mesa familiar.

—¿Cuál fue su legado a las generaciones posteriores?

—Su pasión. Su ética de trabajo era increíble. Siguió siendo redactora y colaborando hasta que vendimos la revista, y su pasión por lo que hacía me mostró lo que debe ser el trabajo. Que tienes que trabajar no por dinero, estatus o poder, sino porque sientes que te impulsa una misión, un objetivo. Todos tenemos un propósito en la vida, pero muchos de nosotros nunca lo encontramos.

Mi abuela se aseguró de que supiera que, hiciera lo que hiciera, debía sentir pasión por ello. Debía sentir que era mi destino.

La periodista hizo una pausa y me miró.

—¿Y su propósito es ayudar a las empresas a ser más eficientes?

—Entre otras cosas. —No estaba allí para hablar de mí. Quería hablar de mi abuela—. El propósito de mi abuela era el periodismo. Encontrar verdades ocultas y sacarlas a la luz.

—Me gusta esa imagen —dijo—. Que la verdad salga a la luz.

—Pero también era una apasionada de su familia. Sí, había verdad y luz porque estaba en su naturaleza iluminar los espacios oscuros de la vida, pero también había calidez y felicidad, y risas. Todo era más brillante y emocionante cuando ella estaba cerca.

—Y su marido ¿se sintió eclipsado por ella?

Sonreí.

—No, en absoluto. También estaba iluminado por ella. Todos lo estábamos. —Lo pensé durante un minuto. La dirección de *Verity* pasó a mi madre cuando murió mi abuelo—. Él quería verla brillar.

—Increíble para un hombre de su generación, incluso… —Se interrumpió—. Incluso para un hombre de la nuestra, a veces es difícil estar cerca de mujeres poderosas.

—No puedo hablar por los hombres de ninguna generación —argüí—, pero el brillo de mi abuelo no se vio atenuado por la luz de mi abuela. Se *bañaba* en ella. Y mi padre alentó las ambiciones de mi madre como si fueran suyas. Yo estoy educado de la misma manera.

Era una de las razones por las que había tenido que terminar con Sofia. Ella debía saber que había conseguido el trabajo en *Verity* por su talento y capacidad, no porque follara con el jefe. Quería que fuera incandescente.

—¿Señor Blake?

—Perdone, ¿qué ha dicho? —Nunca me desconectaba en una reunión, pero la naturaleza personal de las preguntas de Aryia hacía que fuera demasiado fácil que Sofia irrumpiera en mis pensamientos. Me pregunté cómo podía ser la vida con ella. La impulsaba la misma pasión que a mi abuela. También la había visto en la madre de Sofia cuando la había conocido. Podía imaginarnos alrededor de una mesa de cocina debatiendo sobre los temas del día, enseñando a nuestros hijos lo que era importante. Viviendo. Amando. Disfrutando.

Había esperado que, al terminar con Sofia, iba a poder seguir adelante con un borrón y cuenta nueva, como había hecho con todas las mujeres con las que había estado involucrado. Pero, cuanto menos veía a Sofia, más pensaba en ella. ¿Había hecho una estupidez al ofrecerle el trabajo en *Verity*? Podría haberla despedido. Ella habría encontrado otra cosa. Y, entonces, ¿qué? ¿Habríamos estado juntos, pasando las noches alrededor de la mesa de la cocina, hablando de los temas de actualidad con grandes vasos de Barolo?

—¿Me disculpa un momento? —dije, sacando el teléfono del bolsillo.

Busqué el grupo de chat que tenía con mis amigos. *«Considerad esto como una batseñal»*, escribí.

«Nos vemos a las seis en el horrible pub que le gusta a Dexter», respondió Beck al instante.

Sonreí y me guardé el teléfono en el bolsillo.

—Mi abuela me enseñó la importancia de la familia. De la pasión. De la vida. Me enseñó a vivir con mayúsculas. —Solo que, si ella estuviera allí en ese momento, no creía que estuviera demasiado impresionada con la forma en que había aplicado sus lecciones. Al menos, en lo que respectaba a Sofia.

39

SOFIA

Sentía nostalgia por primera vez desde que Natalie había vuelto a Nueva Jersey. Me quité los zapatos y los lancé al aire, cerré la puerta principal con el trasero y entré en el dormitorio para cambiarme. Hasta el momento, Londres me había mantenido distraída. Primero había tenido que buscar un trabajo, luego aparecieron Andrew, James, Bob Goode y, por fin, *Verity*. No había tenido tiempo de darme cuenta de lo sola que me sentía.

Fue como si me hubiera oído a tres mil kilómetros de distancia, porque mi móvil empezó a parpadear desde donde había caído, encima de la cama. Una videoconferencia de Natalie.

—Te echo de menos —dijo antes de que pudiera pronunciar una palabra.

—Yo también te echo de menos.

No habíamos hablado desde que se había enterado de que me acostaba con Andrew. Habíamos intercambiado mensajes, por supuesto. Le había contado lo de mi nuevo trabajo, y ella me había felicitado. Cuando había mencionado que Andrew y yo ya no estábamos juntos, se había ofrecido a llamarme. Pero le había asegurado que estaba bien.

No era cierto.

—Siento haber sido tan despectiva con Andrew —alegó—. Es evidente que viste algo en él que yo no aprecié.

Incluso en ese momento sentía que había llegado a una parte de él que no compartía con la mayoría de la gente. Y por eso me resultaba tan difícil entender por qué había puesto fin a todo. Ni siquiera había sugerido que intentáramos probar cómo era tener una relación y trabajar juntos. Quizá me había equivocado al pensar que lo que había entre nosotros era especial, porque además había asumido que él sentía lo mismo. Sin embargo, si lo hubiera hecho, nunca habría sido capaz de alejarse con tanta facilidad. No había tenido con nadie lo que había tenido con Andrew. Había sido el primer hombre en el que había confiado plenamente, el primer hombre con el que había sido yo misma por completo.

—No te preocupes por eso. De todos modos, ya se ha acabado.

—¿Lo habéis dejado? ¿Quieres hablar de ello?

—No hay nada de qué hablar. No mezcla los negocios con nada. Así que aquí estamos. —Me puse mi camiseta favorita de los Yankees y me quité la falda.

—Pero te ascendió, así que eso es bueno.

—Sí. Y me encanta el trabajo. Es absorbente y estresante, pero aun así me encanta. —Con los pantalones de deporte puestos, bajé los cuatro escalones que llevaban a la cocina. Una vida sin dinero en Nueva York me tenía bien entrenada a vivir en ese diminuto apartamento.

—No pareces feliz —dijo.

—Estoy bien. —Tenía el trabajo de mis sueños. ¿Por qué no iba a sentirme feliz? Estaba ganando una buena cantidad de dinero, me llevaba bien con mi padre, e incluso tenía tiempo para visitar parte de Londres ahora que no estaba buscando trabajo ni acostándome con mi jefe. No podía quejarme de nada.

—¿Cómo van las cosas con Des?

—Bien. Es… Es un hombre agradable. No el monstruo que esperaba. —Si hubiera sido un

monstruo, habría sido mucho más fácil pedirle el dinero, tomarlo y ayudar a mi madre. Pero era un buen hombre que había cometido errores. Tal vez iba a encontrar el momento adecuado para pedírselo. Pero todavía no había surgido la ocasión.

—¿Te va a dar el dinero?

—Todavía no le he preguntado. —No mencioné lo del testamento—. Es más difícil de lo que crees pedirle a alguien cincuenta mil dólares. Incluso aunque consideres que te los debe.

—Ya me imagino. En especial, si quieres mantener una relación continua con esa parte de tu familia. —No lo hizo como pregunta, pero lo era, y yo no tenía la respuesta. Sabía que no estaba preparada para cerrarle la puerta a mi padre, tenía demasiadas preguntas. Había demasiadas cosas que quería saber. No sabía cuánto tiempo iba a llevarme encontrar las respuestas.

Me hundí con una copa de vino en el sofá que había sido mi cama durante mis primeras semanas en Londres y le conté a Natalie lo que mi padre me había explicado sobre sus padres, que mi madre había desconectado su teléfono y que él había intentado encontrarnos años después, cuando pudo acceder a su dinero.

—¿Lo crees?

—Sí. Defendió a mi madre. No la culpa. Se hace responsable él mismo y lo siente.

—¿Se lo has contado a tu madre?

Tenía que decirle que me había puesto en contacto con mi padre. E iba a hacerlo en algún momento. Solo que no sabía cuándo.

Ni cómo.

—Ella no necesita saberlo. Al menos, todavía no. Solo le haría daño, ¿y para qué? No necesito que se sienta culpable o se muestre arrepentida por haberlo esquivado. Hizo lo que tenía que hacer. —No culpaba a mi madre. Había descrito la situación y a mi padre con toda la sinceridad posible, pero siempre había más de una versión de la verdad. Mi madre tenía la suya, y mi padre, la de él.

—Bien. Entonces, ¿qué vas a hacer ahora?

Suspiré y dejé el vaso.

—No tengo ni idea. Supongo que seguiré quedando con mi padre y esperando el momento adecuado para preguntárselo. Solo espero… Espero que cuando surja la cuestión no se estropee lo que hemos construido. Vine a Londres para manipularlo con intención de que me diera dinero. No es algo muy agradable.

—Tenías tus razones. Y, como dijiste, te lo debe.

—Lo sé, pero ahora me parece… Me gustaría poder pagar la prótesis yo misma. Con el nuevo trabajo, si ahorro mucho, trabajo duro, cumplo mis objetivos y consigo la bonificación, creo que puedo conseguir el dinero en poco más de un año.

—Es increíble. —Natalie se mordió el labio inferior, un gesto nervioso del que no había podido deshacerse desde que éramos niñas—. Escucha, me he estado preguntando si debería decirte esto, pero… ¿recuerdas a Caterina Costa…?

—Me acuerdo. —¿Quién podía olvidar a Caterina Costa? Era una de esas chicas que conocían todos los italianos de Nueva York. Había ido a Harvard con una beca, y el resto de nosotras nunca llegaría a sus logros.

—Me encontré con ella ayer. Me dijo que su madre se encontró con *mamma* Isabella en la iglesia, y que *mamma* Isabella le dijo que había estado hablando con tu madre, y que tu madre había mencionado que tiene la rodilla tan mal que iba a tener que dejar su trabajo en Christina's porque…

—… tiene que coger el metro para ir a ese trabajo. —El corazón me dio un vuelco en el pecho. Las escaleras habían sido su mayor problema desde hacía un tiempo.

—Sí. Algo que ha supuesto un hándicap desde hace un par de años, pero al parecer ha empeorado en los últimos meses.

—¿Cuánto ha empeorado? —Me hervía la sangre. ¿Por qué no me lo había dicho mi madre? Con seguridad, porque había pensado que eso iba a hacer que me apresurara a volver a casa. Pensaba que había venido a Inglaterra a seguir mis sueños; no sabía que estaba aquí por ella.

—Al parecer, va a presentar la renuncia a final de mes.

Fue como si me hubiera caído un ladrillo en el estómago. Mi madre temía el momento en el que no estuviera lo suficientemente en forma para trabajar, pero no lo bastante enferma como para tener derecho a la cirugía según el seguro. Quise reservar el primer vuelo a casa y hacerle albóndigas, cuidar de ella, pero eso no iba a ayudarla a largo plazo. Iba a tener que aguantarme y pedírselo a Des. No había otra manera. Sí, seguramente podría complementar los ingresos de mi madre para cubrir el segundo trabajo, pero su rodilla estaba empeorando más rápido de lo que esperaba. ¿Y qué iba a pasar si la despedían?

—Ya me las apañaré. Eso es lo que hacen las chicas Rossi.

—¿No puedes preguntarle a Andrew? —preguntó ella.

Me reí.

—No. Es mi jefe, no mi amigo.

—He oído que tu madre lo conoció cuando viniste a Nueva York. ¿Le cayó bien?

—Tal vez. Ya sabes que se preocupa por mí.

—Solo quiere que tengas una vida mejor que la suya.

—No tengo diecinueve años. Y Andrew no… —No necesitaba defenderlo. No estábamos juntos. No iba a terminar embarazada y sin dinero.

—Pareces triste.

Suspiré.

—Sé que no quieres oír esto, pero lo echo de menos. Ojalá no necesitara tanto el trabajo. —Tampoco habría sido diferente si hubiera rechazado el trabajo. Que Andrew hubiera elegido darme el puesto de directora general en lugar de estar conmigo me decía todo lo que necesitaba saber. Claro que Goode también me quería como directora general, pero no lo había puesto como condición para la venta. Andrew podría haberse opuesto, pero no lo había hecho. No era el hombre adecuado para mí.

—Solo sé que vas a conocer a alguien.

No quería conocer a nadie. Quería que Andrew me deseara más de lo que quería ocupar una vacante. Quería que me deseara como yo lo deseaba a él.

Mi madre me había advertido sobre los hombres que parecían demasiado buenos para ser verdad. Los que te hacían sentir como una princesa. Decía que esos eran los que tenían el poder de romperte el corazón cuando se alejaban.

—Ven a visitarme —supliqué.

—Lo haré. Lo prometo. Dime que vas a volver para Acción de Gracias. —¿Cómo podía estar pensando en Acción de Gracias? Apenas estábamos en mayo.

Me reí.

—Sinceramente, todavía no he hecho planes. No puedo imaginarme no estar…

—Espera un segundo —me interrumpió Natalie.

—En serio, trataré de hacerlo. Solo que no he…

—No estoy hablando de Acción de Gracias. Estoy hablando de una idea. Quiero decir, puede ser una locura, pero podrías… Acabas de decir que lo que estás ganando ahora significa que, si

ahorras lo suficiente, podrías tener suficiente dinero para pagar la cirugía de tu madre en poco más de un año, ¿verdad?

—Claro —respondí.

—Y aún no le has pedido el dinero a tu padre porque no ha surgido el momento adecuado, o te sientes incómoda y porque… Bueno, en el mejor de los casos, no se te da bien pedir ayuda.

—No es como si le fuera a pedir que me indique una dirección o que me preste un paraguas. Quiero conseguir que suelte cincuenta mil dólares. No se trata de que no me guste pedir ayuda.

—Vale, pero…

—Y… —añadí, porque no había terminado de rebatir su análisis de mi personalidad— te pedí que me dejaras dormir en el sofá.

—Ya, tengo dos cosas que decir al respecto. Primera, yo no cuento porque soy tu mejor amiga. Segundo, te daría cincuenta mil dólares en un santiamén si pudiera. Pero tengo unos siete mil quinientos.

—No aceptaría tu dinero. —Era muy amable de su parte, pero, le gustara o no, con siete mil quinientos dólares no hacíamos nada—. Sin embargo, es encantador que me lo ofrezcas.

—No es suficiente, pero ¿qué pasa si pides un adelanto?

—¿A mi padre?

—No, tonta. A Andrew. Di que te comprometes a quedarte ahí el tiempo que sea si te da un adelanto que tendrías que devolver si te fueras.

—¿Un anticipo del sueldo? ¿Existe tal cosa?

—No lo sé, pero ¿qué daño hace preguntar? Dices que te quería como directora porque al otro tipo le gustabas. Así que usa tus influencias.

—¿Por cincuenta mil dólares? No aceptará.

—No necesitas cincuenta mil. Cuarenta y dos mil quinientos, algo más de treinta mil libras más o menos. Si te da menos de lo que pides, ofrécete a renunciar a las primas. Quizá puedas compensar la diferencia ahorrando un poco cada mes.

Mi cerebro luchaba por ponerse al día con lo que decía. Sin duda, era imposible. No había ninguna solución para que operaran a mi madre de inmediato sin que yo le pidiera el dinero a mi padre. ¿O la había?

—¿Crees que puedo pedirle la bonificación por adelantado? Se reirá en mi cara.

—O tal vez no. Te necesita. Incluso aunque se niegue, no habrás perdido nada.

—Solo mi orgullo.

Natalie se rio. El sonido me calentó por dentro, incluso con el Atlántico de por medio.

—Tal vez diga que no la primera vez. Pero quizá después de un mes o así, cuando ya hayas demostrado tu valor, puedas volver a pedírselo. La segunda vez estará más dispuesto. De esta manera no estarás pidiendo un favor. Estarás solicitando lo que te mereces.

—Estaría pidiendo lo que podría merecer dentro de un año.

—Solo son unos meses.

Quizá tuviera razón. Pedirle dinero a mi jefe por adelantado parecía más fácil que arriesgar una relación con mi padre. Y no iba a pedir nada que no fuera a ser mío de todos modos. Iba a comprometerme a vivir en Londres durante los dos años siguientes, pero eso iba a ocurrir de todos modos. Había pocas posibilidades de conseguir un trabajo en Estados Unidos ganando lo mismo que ganaba en ese momento, al menos hasta que pudiera tener un currículum consistente. Un par de años en *Verity* podían darme la experiencia que tanto necesitaba.

Intenté imaginar la cara de Andrew cuando se lo preguntara. Probablemente ni siquiera iba a

mirarme. Solo iba a obtener un escueto *«No»* y una indicación de que me fuera. Pero Natalie tenía razón: valía la pena intentarlo. Únicamente tenía que mostrarme tan decidida como aquella primera mañana oscura y fría en la puerta de su despacho. Entonces había cedido. Tal vez podía hacerlo de nuevo.

40

ANDREW

Fui el primero en llegar a la cita, algo que nunca había ocurrido.

Todavía faltaban cinco minutos para que nos juntáramos todos, pero no tenía sentido que me quedara en la oficina. No había sido capaz de concentrarme en nada desde la reunión con Sofia.

—Hola, amigo, ¿qué te pasa? —dijo Dexter, cuando se sentó en el reservado a mi lado.

—No te he visto entrar. ¿Quieres un trago?

Dexter me miró como si pensara que había perdido la cabeza.

—Ya he pedido. No eres el único que tienes al personal del bar bailando en la palma de su mano.

Asentí justo cuando un estruendo de sillas rozando el suelo de piedra llamó mi atención.

—Tristan —explicó Dexter, como si fuera necesaria una aclaración.

No se vino con nosotros de inmediato. En cambio, se puso a hablar con la camarera, que se había apresurado a ayudarlo con las sillas volcadas. Al cabo de un minuto, ella se reía y se revolvía el pelo como si tuviera catorce años y Tristan fuera Justin Bieber.

—¿Qué vamos a hacer con él? —pregunté, señalando a nuestro amigo.

—No es él quien me preocupa.

—Estoy bien —aseguré, agradeciendo para mis adentros que en ese momento entraran por la puerta Beck, Gabriel y Joshua. Gabriel se sentó a mi lado y me dio una palmada en la espalda. Los demás fueron llegando en fila, intercambiando abrazos, apretones de manos y choques de puños al tiempo que actualizaban las conversaciones que estaban manteniendo. No pude participar en nada. No tenía capacidad para pensar en nada ni en nadie más que en Sofia—. Te pido disculpas por él —dijo Joshua a la camarera mientras guiaba a Tristan a nuestra mesa.

—Has llegado pronto. —Beck nos miró a Dex y a mí—. ¿Estás bien?

—Sí —dije.

Todos cogieron sus bebidas y se acomodaron alrededor de la mesa antes de que se hiciera el silencio en el grupo.

—¿Y dónde está la encantadora Sofia? —preguntó Tristan.

Levanté la vista de la copa de Barolo, que no me atrevía a probar, y me encontré con cinco pares de ojos mirándome, pero parecía que todos sabían quién era Sofia.

—Eres un cotilla, Tristan.

—No —respondió él—, soy tu amigo. Y algo no va bien. Nunca sugieres que tomemos unas copas de improviso, y ahora que estamos aquí, estás aún más raro de lo normal.

—No soy raro. Soy eficiente. Tal vez deberías seguir mi ejemplo.

Beck me pasó el brazo por el hombro.

—Eres muy bueno para ir al meollo de la cuestión en asuntos ajenos. Siempre lo has hecho por nosotros cuando necesitábamos ver con claridad. Ahora te ofrecemos el mismo apoyo.

—No estoy seguro de que estuviera con Hartford si no fueras como eres —intervino Joshua—. Aunque me duele pensar que te llevas el mérito de mi vida amorosa.

—Lo único que le dije a Joshua es que nunca te había visto tan a gusto con una mujer —apostilló Tristan—. No estaba cotilleando. Me sentía emocionado por verte tan feliz.

Una fría decepción se deslizó por mi columna. Era fácil ser feliz con Sofia. Me parecía completa y descaradamente ella misma. Y eso era lo que más me gustaba de ella.

—También dijiste que era un bombón —añadió Joshua.

Tristan lo ignoró.

—Dinos qué ha pasado. Si he actuado mal, lo siento.

Negué con la cabeza.

—Lo siento, he exagerado un poco.

—Todo un cambio en ti —comentó Dex—. Eres el rey de la falta de reacción. Es bueno verte más animado.

Yo había convocado la reunión. Tenía que cumplir mi palabra y ser eficiente diciéndoles qué demonios me pasaba. Tomé aire.

—Sofia y yo hemos terminado. Pero estoy empezando a darme cuenta de que ella era, es, importante. Y me gustaría pasar tiempo con ella. —Ya estaba. Lo había dicho.

Levanté la vista y descubrí que Tristan tenía las cejas arqueadas. Una sonrisa amenazaba con curvar la comisura de sus labios.

Gabriel me dio un apretón tranquilizador en el hombro.

Al observar las caras que me rodeaban, estaba claro que querían que siguiera. Pero no estaba seguro de qué más podía decir.

—Nunca… Había pensado… —¿Qué me pasaba? No me salían las palabras. No sabía muy bien por qué estaba allí o qué quería que dijeran o hicieran. Pero sabía que no había otro lugar donde estar.

—Hemos pasado por eso —intervino Beck—. Es como si te atropellara un tren de mercancías, ¿verdad?

Eso era lo que sentía. Como si hubiera sufrido un accidente casi mortal. Debía de pasarme algo grave para que una mujer me hiciera sentir así.

—Apuesto a que no puedes concentrarte en nada —dijo Joshua.

Negué con la cabeza.

—En nada.

—Y no puedes encontrar las palabras para describir lo vacío que te sientes porque ella no está contigo —apostilló Gabriel.

Solté el aliviado. Me entendían.

—Estáis todos locos —dijo Tristan—. Pero Sofia está muy buena, así que lo entiendo. Más o menos. Entonces, ¿por qué habéis roto?

Les expliqué que le había ofrecido el trabajo, pero le había dicho que tendríamos que ser más profesionales si lo aceptaba.

—Es perfecta para el puesto, y duermo mucho mejor por la noche sabiendo que alguien con tanto talento, alguien en quien confío, está al mando. Sofia tiene el mismo fuego en las venas que tenía mi abuela. La revista necesita eso.

—Pero quizá tú también —soltó Gabriel.

Suspiré, incapaz de contradecirlo porque tenía razón. Cuando había aceptado la oferta, no había podido reprimir del todo la decepción. Ella había tomado una decisión, la decisión correcta, pero una parte de mí deseaba que hubiera dicho que no, o al menos que hubiera dudado cuando le puse aquella condición.

—Estoy perdido —dijo Tristan—. Te vi hace menos de una semana y estabas prácticamente radiante. Y para ser un hombre que apenas puede esbozar una sonrisa al día, era un cambio

agradable. Le ofreciste el trabajo. De acuerdo, te sigo, pero ¿por qué quisiste terminar la relación con ella?

—Es obvio: no podemos dormir juntos si ella es una parte tan integral de mi equipo. Acordamos mantener la profesionalidad.

—Estoy de acuerdo en que no puedes seguir acostándote con ella si eres su jefe —dijo Gabriel.

Asentí y bebí un sorbo de vino, tratando de mitigar el dolor que me subía por la garganta al oír sus palabras, pero eso solo empeoraba las cosas y me hacía echarla más de menos.

—Pero si lo que teníais era algo más que sexo, es más complicado —añadió.

—Completamente de acuerdo —dijo Beck—. Si solo es un rollo, es una idea terrible. Si estáis comprometidos el uno con el otro, no es para tanto.

—No es… —Me detuve porque mi voz parecía un gruñido. Beck no quería decir nada con eso, pero la idea de que lo que Sofia y yo teníamos era solo un rollo me revolvía el estómago y me hacía ver rojo—. ¿A qué te refieres con lo de estar comprometidos?

—Has tenido muchas novias a lo largo de los años —explicó Beck.

—¿Y me lo dices tú? —pregunté—. ¿En serio?

Levantó las manos en señal de rendición.

—Oye, no me juzgues. Digo que eres monógamo en serie. No hay nada malo en ello, pero si en dieciocho meses te vas a aburrir de ella, no querrás enfrentarte a una situación tensa en la oficina.

—No me voy a aburrir de ella. —Ni en dieciocho meses ni en dieciocho años—. La vida con Sofia nunca iba a ser aburrida.

Dexter sonrió como si supiera exactamente lo que quería decir.

—Tengo a una mujer así —confesó Joshua—. A veces me pregunto cómo pude soportar una existencia tan aburrida antes de estar con Hartford.

—Sí, ninguna de las mujeres con las que decidimos comprometernos es aburrida. Eso, seguro —convino Beck.

—Pues si lo que estás insinuando es que te has comprometido con esa mujer a largo plazo, puede que trabajar juntos facilite las cosas —continuó Beck—. Al menos la conoces y confías en ella.

Negué con la cabeza.

—No puedo estar con ella y ser su jefe. No es justo. Todos sabéis que he aprendido esa lección de la peor forma posible. —Había estado muy cerca de desmoronarme después de que me despidieran; sabía que no podía volver atrás y cometer el mismo error, y estaba seguro de que no podía infligir eso a otra persona.

El silencio cayó sobre la mesa. Todo el mundo sabía que mi regla de no salir con nadie del trabajo era dura pero eficaz.

Quizá una parte de mí esperaba que alguno de mis amigos tuviera una idea que a mí no se me hubiera ocurrido, pero cuando levanté la vista, solo vi preocupación. No tenían la solución.

—Estoy seguro de que has pensado en todo, amigo —dijo Dexter—. Solo sé que, si no hubiera roto las reglas por Hollie, mi vida sería… No puedo imaginarme sin ella.

Yo no era Dexter; no me saltaba las reglas. Durante unos días, Sofia me había convencido de que los límites podían redibujarse, pero la realidad era que los cimientos de mis reglas eran demasiado profundos para echarlos abajo. Sofia solo había sido una grieta temporal que debía reparar.

—Entiendo que no quieras repetir la historia. —Tristan tomó la palabra, y luego le dio un sorbo a su cerveza. Sí. Lo entendía. No iba a pasar por eso otra vez—. Pero, si no recuerdo mal, el

problema no fue que te tiraras a tu jefa. —No, no lo entendía en absoluto. Podía sentir que se me calentaba la sangre en las venas. Él había visto cómo había estado durante ese tiempo. ¿Cómo había podido olvidado?—. La cuestión era que la persona con la que te acostabas, añado que era una mujer que te importaba, te entregó, te sacrificó para salvar su propio pellejo. Te traicionó.

Inspiré, tratando de evitar que esos recuerdos volvieran a aparecer. El agua pasada no movía molinos. Así que prefería asegurarme de no volver a ese punto.

—No quiero hablar de ello.

—¿Sofia te haría eso alguna vez? —preguntó Tristan, que no parecía dispuesto a dejarme en paz —. ¿Te traicionaría de esa manera?

—Por supuesto que no —bufé—. Sofia no es parecida a… —No me atreví a pronunciar el nombre de la mujer que casi me había destruido—. Es leal y cariñosa, y la persona más sincera que… —Me detuve a mitad de la frase cuando empecé a procesar lo que Tristan estaba diciendo.

—Y tú tampoco te pareces en nada a esa otra mujer —continuó Tristan—. Eres leal y digno de confianza. A veces te muestras un poco irritable, pero eres una buena persona. Te sacrificarías antes de traicionar a alguien. No eres como ella, y Sofia tampoco. No vas a repetir la historia. Es imposible.

—Muy bien pensado, Tristan —lo felicitó Gabriel—. La cuestión no son las relaciones dentro del trabajo. Se trata de las personas que las tienen.

Si lo que decían Tristan y Gabriel era cierto, mis reglas y líneas en la arena habían estado mal trazadas. ¿De verdad había sido tan inflexible a la hora de evitar que se repitiera la historia en la que había estado luchando en el frente equivocado?

—Entonces, ¿hemos resuelto el problema? —pregunté—. Todavía sigue sin ser correcto salir con alguien que trabaja para ti.

—Nos estás diciendo que Sofia es la persona con la que quieres pasar el resto de tu vida —insistió Beck—. Si es tan especial, vale la pena encontrar el modo de estar con ella.

—Es la excepción —dijo Gabriel—. Y cuando te cases con ella, tu relación será siempre excepcional porque será tu mujer.

¿Iba a casarme con ella? Dejé que las palabras de Gabriel calaran, medio esperando que me parecieran ridículas e incómodas, pero fue todo lo contrario. Me resultaron correctas.

Por supuesto que no se iba a repetir la historia, porque era Sofia.

Por supuesto que me iba a casar con ella, porque era Sofia.

Por supuesto que era excepcional, porque era Sofia.

—¿Esto es lo que sentiste cuando conociste a…?

—¿Hollie? —preguntó Dexter—. Por supuesto. Lo supe desde el momento en que la vi.

—Pero no siempre es así —intervino Beck—. A veces hay que conocer primero el corazón de una mujer.

—En mi caso, me llevó más de una década —añadió Joshua—. Pero hubo un momento, o, mejor dicho, una serie de momentos, en que supe que no quería a nadie más que a ella. Nunca.

—Y que la vida sin ella sería impensable. —Gabriel asintió—. Completa y absolutamente impensable. Es decir, mis oídos lo agradecerían porque no tendría que soportar sus números musicales sin ton ni son todo el tiempo, pero renunciaría a oír por ella.

—Dios, es que no sabe cantar —dijo Dexter.

—Ni una nota —acepté.

—¿Sabéis qué? —dijo Tristan—. Sois todos unos inútiles. Mira, Andrew, si quieres a la chica, encuentra la manera de hacer que funcione. Lo has hecho toda tu vida. Has ganado millones de

libras dando la vuelta a negocios que todos los demás pensaban que estaban arruinados. Haces posible lo imposible para vivir. Aplícalo a tu vida amorosa.

Hice una mueca.

—Pero lo que hago para las empresas es ir, arreglarlas y luego seguir adelante. He sido un poco así con mis novias. Salimos y luego terminamos, sin mirar atrás.

—El pasado no determina el futuro —sentenció Tristan—. Lo has demostrado al comprar *Verity*. Te comprometiste con un negocio porque era importante para ti. Si Sofia es importante para ti, también harás que funcione.

Bueno, si lo ponía así…

—La vida está patas arriba si estoy tomando en consideración consejos sobre mujeres de Tristan —dije.

—Esto no es un consejo sobre mujeres —puntualizó Gabriel—. Esto es un consejo para la vida. No quieres que Sofia sea una chica más.

Asentí. Tenía razón. Sofia era mi futuro. Lo sabía desde antes de besarla. Antes de conocerla en el bar. No porque fuera la mujer más sexy y hermosa que había visto en carne y hueso, sino porque no me dejaba salirme con la mía sin hacerme saber que me salía con la mía porque ella quería.

—No quiero perderla.

—Despídela y que busque trabajo en otro sitio. Tienes mucho dinero, y puedes ofrecerte a cubrir sus gastos —apuntó Tristan.

Eso no iba a funcionar.

—Ella me cortaría las pelotas si le sugiriera eso.

—Dios, Tristan. Eres un troglodita —dijo Beck—. No me extraña que estés soltero.

—¿Qué? Le estoy sugiriendo que deje un trabajo, no que suba desnuda al Everest. —Tristan negó con la cabeza como si estuviera rodeado de idiotas.

—¿Por qué iba a dejar su trabajo por mí? —pregunté—. Está al principio de su carrera.

—Pues vende *Verity* —sugirió Tristan.

—De eso nada. He luchado mucho y durante demasiado tiempo para tener esa revista. No es un negocio más para mí. Todos lo sabéis.

—Quizá a Sofia se le ocurriera alguna idea si hablaras con ella —dijo Tristan.

Si hubiera sido así, ¿no la habría compartido ya conmigo?

—Tal vez ha pasado página. —Las palabras me supieron amargas—. Fui inflexible en cuanto a terminar la relación.

—No quiero hacerme el gracioso —volvió a la carga Tristan—. Pero he visto la forma en que te miraba, y no ha pasado tanto tiempo; nadie pasa página tan rápido.

—Gracias, amigo. Tal vez la solución sea que ella empiece a buscar otro empleo y que trabajemos juntos mientras tanto. Si es solo a corto plazo, puede que… —La idea de ser su jefe me resultaba incómoda, pero todo era posible si iba a ser solo durante unos meses, ¿no?—. Tal vez sea la mejor opción.

—Habla con ella —insistió Gabriel—. Dile que no puedes vivir sin ella.

—Qué dramático eres —contribuyó Tristan con un suspiro.

—Prepárate, Tristan —se burló Joshua, dándole una palmadita en el hombro—. Acabarás cayendo también.

Tristan se rio.

—De eso nada. No voy a conectar como vosotros. No estoy sentado aquí esperando enamorarme.

Yo tampoco lo había estado, pero eso era lo que había pasado. Sofia había llegado a mi vida con las armas capaces de vencerme. Era lo último que esperaba. En ese momento tenía la certeza visceral de que estaba destinado a estar con ella. Como había señalado Tristan, solo tenía que averiguar cómo.

41

SOFIA

Me sentía entusiasmada y dispuesta a luchar contra un caimán, o, al menos, a pedirle a Andrew un adelanto de mi bonificación. No pensaba tratar de apelar a su lado más tierno; en los negocios no tenía ninguno. Me había preparado para una batalla en la sala de juntas.

Subí los escalones de las oficinas de Blake Enterprises con la misma decisión que aquel primer día. Como entonces, necesitaba algo de Andrew. Esperaba tener tanto éxito como aquella fría mañana de marzo, desde la que parecían haber pasado mil años.

Fui al despacho contiguo al suyo donde todo había comenzado, pero me detuve en seco. Mi antiguo escritorio estaba ocupado.

—Hola, soy Trudy —dijo la asistente de Andrew—. ¿En qué puedo ayudarla?

Miré el reloj. Eran las doce menos diez. Llegaba pronto. Pero no pensaba quedarme de brazos cruzados hablando de cosas sin importancia. No era eso lo que habría hecho Andrew.

—Tengo que ver a Andrew. —Pasé por delante de su escritorio.

—Perdone, no tiene ninguna cita…

La ignoré mientras se levantaba de su silla e iba hacia mí, abrí la puerta de Andrew y la cerré en cuanto entré.

Andrew pegó un brinco en su asiento como si le hubiera dado una descarga eléctrica.

¡Joder! ¿Por qué tenía que tener esos ojos grandes y conmovedores y ese pelo tan acariciable? Parecía cansado. Quise preguntarle qué le había pasado y qué podía hacer para ayudarlo, pero en ese momento Trudy atravesó la puerta y me devolvió a la realidad.

—Me he colado —dije—. No ha sido culpa de Trudy.

—Lo sé —repuso, sin quitarme los ojos de encima.

—Lo siento, señor Blake, no he podido…

—Déjanos a solas. —Andrew se metió las manos en los bolsillos mientras los dos esperábamos a que Trudy se retirara.

—Deberías ser más amable con tus asistentes —comenté.

—Gracias por haber venido.

¿Qué me estaba agradeciendo?

—Si todavía no sabes por qué estoy aquí.

Se encogió de hombros.

—Adelante.

Allí pasaba algo. En condiciones normales, Andrew se habría puesto a gritarme por irrumpir allí antes de las doce, o, al menos, me habría ignorado como si fuera uno de esos cuadros abstractos que colgaban en la pared. Tal vez las ojeras que lucía se debían a algo más que al cansancio. Di un paso hacia él; por instinto quería tranquilizarlo y buscar su consuelo, pero recordé bruscamente lo que éramos el uno para el otro en ese momento. Andrew era mi jefe; el responsable de tomar decisiones sobre mi bonificación. No iba a echar a perder la oportunidad. Tenía que mantener la concentración.

—Soy muy buena en mi trabajo —aseguré.

Andrew asintió.

—El plan operativo que he elaborado es excelente. Sé que te gustó. Y a Goode le encantó. Por

eso he conseguido este trabajo.

Andrew frunció el ceño.

—Sí, es una de las razones, pero continúa…

—Lo que *Verity* necesita ahora es estabilidad. Compromiso. Una ruta a largo plazo.

Hice una pausa, pero Andrew permaneció en silencio.

—Quiero que me des por adelantado una parte de mi salario y la bonificación al completo. En concreto, quiero cuarenta y tres mil dólares o su equivalente en libras. Redactaremos un contrato que cubra todos los detalles: para empezar, habrá una penalización para que lo devuelva si me voy antes de que pasen tres años, y cualquier otra garantía que necesites.

Todavía no hubo ninguna reacción por parte de Andrew.

Me desplomé en uno de los sillones para visitas como si toda la energía que me impulsaba hubiera abandonado mi cuerpo y me hubiera dejado con las extremidades demasiado débiles para mantenerme erguida. Lo había dicho. Se lo había pedido. Aunque me había costado más de lo que esperaba.

—¿Para la operación de tu madre? —preguntó.

—No importa para qué sea. Es una propuesta de negocios, nada personal. —Sabía que no le gustaba mezclar lo personal con lo profesional. No iba a cometer el error de intentar apelar a su lado más humano. Eso no funcionaba con Andrew.

—De acuerdo —repuso—. Puedes disponer de la mitad de todo.

Levanté la vista hacia él.

—¿De la mitad? —Con la mitad podría arreglármelas. Si ahorraba mi sueldo y me mudaba a un apartamento más pequeño, podía conseguir el resto de otra manera—. ¿Y treinta mil dólares? ¿Puedes adelantarme treinta mil?

—Puedes disponer de la mitad de todo lo que tengo.

Se acercó para sentarse en otro sillón para las visitas, a mi lado, se echó hacia delante y buscó mi mirada.

—No quiero decirlo así. Suena demasiado quirúrgico. Lo que he querido decir es que… quiero que lo compartas todo conmigo.

Aquello no tenía ningún sentido. Su voz tenía un tono que me resultaba demasiado suave para ser suyo.

—¿Quieres que comparta contigo mi bonificación?

—No… —Se recostó en la silla y se pasó las manos por el pelo—. Esto se me da condenadamente mal. No esperaba verte hoy. Estos días he tratado de encontrar una manera de… de decirte que quiero…

—¿La mitad de mi bonificación? ¿La empresa va mal?

Se echó a reír.

—Esto es ridículo. Deja la bonificación a un lado.

—¡No! —protesté, poniéndome de pie—. Por eso estoy aquí. Quiero la bonificación ya.

—Puedes disponer de ella, Sofia.

Ahora me sentía totalmente confundida.

—¿Puedo? ¿Me darás los cuarenta y tres mil?

—Mejor que sean cincuenta mil. Así, sea quien sea el que te vaya a dejar los siete mil, no tendrás que aceptarlos.

Tuve que volver a sentarme porque me quedé sin energía en las piernas. Era como si hubiera estado empujando una puerta cerrada con todas mis fuerzas y, de repente, Andrew la hubiera abierto

y me hubiera dejado entrar.

—Vale —repuse mientras levantaba las manos en el aire. Había renunciado a tratar de entender lo que estaba pasando.

—Pero lo digo en serio, Sofia. Quiero compartirlo todo contigo.

No sé si fue porque me miraba como si yo fuera todo su mundo, o porque me sonrojé de pies a cabeza al darme cuenta de que estábamos tan cerca, pero de repente supe que ya no estábamos hablando de negocios.

—¿Compartirlo todo?

Asintió.

—Todo. Mi vida. Mis días. Mi cama.

Me estremecí ante sus palabras. ¿Qué había cambiado?

—Pero decías que había que mantener separados los negocios y la…

—Todo.

Frustrada por su inquietante calma, sentí que un chisporroteo de irritación me recorría las venas.

—Voy a necesitar algo más que respuestas monosilábicas, Andrew. Cuéntame qué pasa.

—No te esperaba hoy. Así que no sé exactamente lo que tengo que decir. Lo que sí sé es que no me gusta estar sin ti. No puedo hacerlo. No estoy dispuesto.

Suspiré.

—Bueno, ya somos dos.

—Pero es más que eso. Desde que empezaste a trabajar con *Verity,* me he dado cuenta de que… Dios, me estoy esforzando mucho para que no parezca que estoy negociando un acuerdo, pero no se me dan bien estas cosas. —Dio un puñetazo al escritorio.

Le cubrí el puño con la mano.

—Soy yo, Andrew. Di lo que sientes. Lo resolveremos juntos.

Me miró y me pasó los dedos por el pómulo.

—Estoy enamorado de ti.

El corazón amenazó con salirse de mi pecho.

—¿Estás enamorado de mí?

Se rio.

—Sí. No quiero estar sin ti. Quiero despertarme a tu lado durante el resto de mi vida.

—¿Y lo que me dijiste con mantener separadas la vida laboral y…?

—Sinceramente, no estoy seguro de haber encontrado todavía una solución para eso. Sigo pensando que ser tu jefe no es una buena idea. Incluso cuando estemos casados.

Me levanté como si alguien me hubiera metido una picana en el trasero.

—¿Casados? —Me había presentado allí para reclamar una bonificación, no un marido.

Él también se levantó y clavó esos ojos conmovedores en los míos.

—Quiero decir «si». Si…, es decir…, incluso aunque nos…, a menos que… —Se interrumpió —. Lo estoy jodiendo todo. Odio que me hayas pillado sin estar preparado. —Rodeó el escritorio y se sentó en el sillón habitual.

Mi mente iba a toda velocidad, tratando de entender qué demonios estaba pasando.

—Estos son los hechos —anunció poniéndose en pie de nuevo—. Estoy enamorado de ti. No puedo dejar de pensar en ti. Quiero estar contigo. Nunca he sentido… No, eso suena muy trillado. —Se aclaró la garganta y apoyó los dedos en el escritorio—. Cuando no estás conmigo, siento que me falta una parte de mí. Como si debiera estar viviendo una vida en otra parte y estuviera en el lugar equivocado. Siempre he estado muy seguro de todo, pero ahora… Contigo todo es nuevo y

aterrador, pero muy reconfortante. La vida contigo es como encontrar finalmente el lugar en el que debo estar todo el tiempo. —Tomó aire, preparándose para continuar. No estaba acostumbrada a que salieran tantas palabras de la boca de Andrew de una sola vez—. Me entiendes y parece que te gusto como soy. Tener una relación y trabajar juntos será un reto, pero, si tú también quieres, haremos que funcione. Si prefieres conseguir otro trabajo, uno en el que yo no sea tu jefe, también me vale. Quiero hacer lo que sea necesario para estar contigo.

Terminó y se metió las manos en los bolsillos.

Una calidez familiar me envolvió como una manta, y una certeza inundó mi alma en ese momento y me dijo que, a partir de entonces, Andrew y yo íbamos a estar unidos para siempre.

Sabía que esa era la parte en la que debía hablar. Solo que no sabía qué decir.

—Lo entiendo. —Me obligué a hablar, pero sentía la garganta tan seca que era como si acabara de atravesar el Sahara—. Lo mismo.

Se echó a reír.

—Eso es inusualmente conciso para ti.

—Dame un momento. —Puse los ojos en blanco—. Tú llevas días pensando en ello.

Rodeó el escritorio y se agachó hacia mí, nuestras piernas apenas se tocaban.

—¿Y tú no?

—Me he centrado en las cosas que puedo controlar y he intentado alejar todos los sentimientos que tengo por ti. Fuiste muy insistente en que habíamos terminado, ¿sabes?

Se frotó la cara con las manos y luego negó con la cabeza.

—Lo sé. Lo siento.

—Esto es demasiado y me ha cogido por sorpresa. No digo que sea nada malo —añadí con rapidez, al ver que su expresión empezaba a cambiar—, pero estoy un poco asustada. La última vez me pareció que te alejabas con suma facilidad.

—No fue fácil decirte que habíamos terminado, y fue aún más complicado mantenerme alejado. —Me acarició la cara con las manos—. Lo siento. Sé que debió de ser muy complicado para ti por lo que pasó entre tus padres, pero te prometo que no volveré a dejarte. Podemos ir a Las Vegas ahora mismo y casarnos si eso te ayuda a entenderlo. No voy a dejarte sola nunca más.

—Mi madre me mataría. Querrá que nos casemos en una iglesia.

—¿Eso es un sí? ¿Te casarás conmigo?

¿Acababa de aceptar una propuesta de matrimonio?

—Es un no a Las Vegas. No me has preguntado nada y, hasta que no lo hagas, no voy a decir nada más. Por cierto, ¿eres católico? —No podía creer que estuviéramos hablando con tanta naturalidad de casarnos, pero me parecía totalmente apropiado.

—Seré todo lo que quieras que sea. —Me rodeó la cintura con los brazos y apoyó la frente en la mía.

—Solo quiero que seas tú. Tú, el hombre del que estoy enamorada. El padre de nuestros futuros doce *bambinos* italianos.

Apretó los labios de la forma en que lo hacía cuando intentaba no sonreír.

Le pasé los brazos por el cuello y me dio un beso en la boca.

—Te he echado de menos —confesó—. Muchísimo. Y ahora estoy impaciente por seguir adelante. ¿A qué hora terminas de trabajar esta tarde? ¿Voy contigo y te ayudo a hacer la maleta? Tengo que llamar a Dexter. Apuesto algo a que ya tiene una selección de anillos reservada.

Ese hombre había metido la sexta sideral.

Le moví la barbilla para que me mirara.

—Andrew, normalmente eres muy paciente con todo. Esta vez, tal vez tengas que ser un poco paciente conmigo. Hace tiempo que estamos solas mi madre y yo. He aprendido a no confiar en nadie más que en ella y en mí. Todavía estoy en modo entrenamiento, y me estás inscribiendo en las pruebas olímpicas.

—Lo siento. Lo cierto es que yo también estoy en modo entrenamiento. Nunca he vivido con una mujer. No sé cómo comprometerme. Soy brusco, hosco y estoy acostumbrado a conseguir lo que quiero, cuando y exactamente como lo quiero.

—¿En serio? —Fingí cara de sorpresa.

Sonrió.

—Pero me quieres de todas formas.

—En efecto.

—Entonces, lo resolveremos.

—Estoy segura de ello.

Andrew me besó otra vez, y ninguno de los dos dijo nada durante mucho tiempo.

42

ANDREW

Miré hacia la ventana del dormitorio del apartamento de Sofia antes de pulsar el timbre. Quería saltarme esa parte y que nos casáramos sin más. Hacía solo unas horas que éramos pareja oficialmente, pero me sentía el hombre más afortunado del mundo y no quería perder el tiempo. Tampoco quería tomarme las cosas con calma porque sí. Incluso había intentado convencer a Sofia de que no fuera a trabajar ese día, pero se había negado. ¿Por qué tenía que ser tan profesional?

Asomó la cabeza por la puerta cuando llegué a lo alto de la escalera.

—Llegas temprano —constató.

—¿Dónde quieres vivir? —pregunté, siguiéndola a la sala.

Estaba jugando con un sobre.

—Sí, he estado pensando en eso. Mi madre está… La echo de menos.

Ya había pensado en lo que concernía a la madre de Sofia durante la tarde.

—Creo que tenemos varias opciones. Puede venir a vivir aquí a tiempo completo o parcial. Incluso puede tener su propia casa, para que pueda ir y venir a su antojo.

—Espera…

—No tenemos que decidir nada de inmediato. —Debía ser más paciente o se iba a cabrear de verdad.

—¿Qué es esto? —preguntó, escudriñando el trozo de papel que acababa de sacar del sobre con el que había estado jugando—. ¿Lo has hecho tú?

Me moví para mirar por encima de su hombro.

—¿Es un préstamo para estudiantes? ¿Qué pasa?

—Lo han liquidado. Han pagado todas las cuotas. —Se volvió y me miró.

—No tengo nada que ver —dije—. Ni siquiera sabía que tenías un préstamo de estudios.

Me entregó la carta.

—Tal vez me equivoqué. ¿Puedes leerla? Dime que no me estoy volviendo loca.

Le quité el papel y la leí.

—Dice que el saldo fue liquidado hace diez días.

—¿Hace diez días? ¿Cómo? Si eran más de cien mil dólares. Oh, Dios, ¿crees que ha sido…? No, no puede ser.

—¿Tu padre?

—¿Quién más? Pero no me ha dicho nada.

—No lo necesita. Era su deber pagar ese dinero. Es un hombre rico.

—Qué ironía, iba a fingir que necesitaba ayuda para pagar ese préstamo para conseguir el dinero para la operación de mi madre, pero él ha pagado mucho más de lo que necesitaba, y nunca le he pedido un céntimo. Ahora podré conseguir un préstamo personal para la operación. No creo que necesite siquiera el anticipo de la bonificación o, desde luego, no todo. —Se volvió hacia mí—. ¿Te lo puedes creer? Mi madre va a poder operarse y no he tenido que pedirle a mi padre que lo pague.

—No vas a pedir un préstamo personal. Tenemos dinero de sobra para cubrir la operación. Ni siquiera lo pienses. Lo que tengo es nuestro. Lo que necesites te lo puedo proporcionar. —Sofia provocaba en mí una especie de necesidad primaria que me impulsaba a cuidarla. A proveerla de lo

que necesitara. De hacer que el mundo fuera un lugar mejor para ella. Había crecido entre mujeres poderosas, pero el poder de Sofia sobre mí era de una escala diferente. Iba a hacer lo que fuera necesario para que fuera feliz—. Nunca más te faltará nada mientras yo esté vivo.

Me pasó la palma de la mano por la mandíbula y se puso de puntillas para darme un beso en la mejilla.

—Quiero ir a Nueva York a verla y contarle en persona lo nuestro y lo de mi padre. Y también lo de su operación.

—Entonces, eso es lo que haremos.

—¿Vas a venir conmigo?

—Por supuesto. Iremos este fin de semana. Nos tomaremos el viernes libre y volveremos en el vuelo nocturno del domingo.

—Vaya, qué rápido va todo. Debería llamar a mi padre, ¿no crees?

—Debes hacer lo que consideres correcto.

—Quiero llamarlo. Tengo muchas esperanzas puestas en nuestra relación. No porque haya pagado el préstamo, aunque sea muy generoso por su parte, sino más bien por lo que eso representa. Es como si quisiera hacer las paces. Y, sinceramente, me gusta como persona y estoy deseando conocerlo más. Creo que no te lo he dicho, pero tuve la oportunidad de pedirle el dinero, y algo me detuvo. Tal vez quería que me lo ofreciera de buena gana. Y lo ha hecho.

—Así que ahora puedes conocerlo porque quieres. No porque lo necesites.

—Me siento agotada —confesó—. Ha sido un día muy intenso.

—Deberíamos casarnos en Italia —propuse, tratando de resolver lo que teníamos que hacer antes de nada para empezar una vida juntos. Necesitábamos una lista—. Creo que será mejor que contratemos a una empresa que organice bodas. A la mejor.

—Todavía no me lo has preguntado. Y yo no te he respondido. No pongas el carro antes que los bueyes.

—¿Lo ves? —Me volví hacia ella—. Por eso te quiero. Me desafías, me haces ver el mundo de una manera diferente. No dejes de hacerlo nunca.

—Puedes contar con ello.

43

SOFIA

Soplaba una brisa cálida y reconfortante mientras contemplábamos el *skyline* de Nueva York, con el Chrysler, el Met Life y el Empire State.

—Así que esta es la razón por la que estamos en un hotel diferente y no el habitual Mandarin Oriental —dije—. La vista. Puedes ver todo Manhattan desde aquí arriba.

—Esta terraza es el lugar perfecto…

Me volví hacia él cuando no terminó la frase.

—¿El lugar perfecto para qué?

Encerró mi cara entre sus manos, y me pasó el pulgar por la mejilla.

—Te quiero.

—Yo también te quiero —le contesté. Aunque nos lo decíamos sin cesar, como si tuviéramos que recuperar el tiempo perdido, un escalofrío me recorría la columna vertebral cada vez que lo escuchaba de sus labios. Había ido a Londres en busca de cincuenta mil dólares y había terminado obteniendo una vida diferente y más de lo que podía desear.

—Hace unos meses, cuando me abordaste en medio de la calle y te ofreciste a ser mi asistente, no sabía que por fin había encontrado a mi pareja en todo el sentido de la palabra. Quiero pasar el resto de mi vida contigo. —Dejó caer las manos de mi cara y dio un paso atrás. Luego se arrodilló y sacó una cajita de joyería—. ¿Quieres casarte conmigo?

Esa propuesta tenía demasiadas palabras para provenir de él. No pude ver nada más que esa mirada en sus ojos que me decía que yo era su reina. Ignoré el anillo, di un paso adelante y me senté sobre su rodilla, rodeándolo con los brazos.

—En el momento en que te seguí por las escaleras aquella primera mañana, con tu apretado trasero justo delante de mí, supe que sacudirías mi mundo de una forma u otra. Y lo has hecho. De la mejor manera. Aunque es tu corazón el que debe llevarse la mayor parte del crédito. Eres un hombre bueno, tierno y sensible. Tengo la suerte de ver ese lado tuyo. Tu confianza en mí me ha dado todo lo que siempre he querido y quiero pasar el resto de mi vida intentando hacer que te sientas tan especial como tú me haces sentir a mí. ¿Quieres casarte conmigo?

—Cada día durante el resto de mi vida. —Se puso de pie, llevándome con él, y le rodeé la cintura con las piernas mientras nos besábamos. Había elegido el fondo perfecto: la tierra de mis raíces y el lugar que había dado alas a nuestra relación.

Mientras Andrew me ponía de nuevo los pies en el suelo, vi el *jacuzzi*.

—He traído el bikini. ¿Lo celebramos?

—No necesitarás nada. Solo esto.

Cogió la caja de los anillos del lugar del suelo donde había caído.

—Oh, Dios, ni siquiera lo he mirado.

Andrew sonrió como si no le hubiera molestado en absoluto.

Cuando abrió la caja, me quedé boquiabierta. Era la sortija más bonita que había visto nunca. Con un enorme diamante rectangular que me recordaba al mismísimo Nueva York: lleno de ángulos y muy ostentoso.

—Dexter me dio varias a elegir. Me decanté por esta, pero podemos cambiarla.

—¿Me tomas el pelo? Es preciosa.

—Dexter tiene un talento innato para saber lo que le gustará a la gente. —Lo sacó de la caja y me lo puso en el dedo. Se ajustaba como si lo hubiera llevado toda la vida.

—Si a alguien no le gusta, es que es idiota.

Andrew se rio.

—Entonces, ¿estás preparada para decirle a tu madre que te vas a casar?

—Estoy lista para contárselo a todo el mundo. Todos van a oír lo feliz que me haces y lo feliz que quiero hacerte.

—Como si no lo hicieras ya… —dijo.

—¿Un *jacuzzi* caliente? —sugerí.

—¿Desnudos? —preguntó.

—Por supuesto.

44

ANDREW

—El anillo era bonito en la caja, pero en ti es otra cosa —dije mientras Sofia se quitaba la ropa interior. Se quedó desnuda a la luz de la luna de Nueva York . Nunca había visto algo tan espectacular.

—No creo que estés mirando el anillo. —Se rio mientras subía el primer escalón del *jacuzzi*.

La cogí de la mano y tiré de ella hacia mí.

—Nunca miro a nada más que a ti si estás en la habitación.

—Me pasa lo mismo —respondió ella. Recorrí con sus brazos con los dedos. Quería tumbarla sobre el *jacuzzi* y hundirme en ella con tanta intensidad que toda la ciudad pudiera oírme, pero sabía que iba a arrepentirme. Esa noche iba a tomarme mi tiempo. No para torturarla, sino para recordarle que teníamos toda la vida para estar juntos. Iba a adorarla mientras mi corazón latiera dentro de mi cuerpo.

—Eres preciosa —susurré—, prometida.

Se estremeció. Me agaché y le di un beso en el hombro.

Le cogí la cara y la besé en los labios. Ella hundió los dedos en mi pelo e hizo más profundo el beso; nuestras lenguas se enroscaron, urgentes y decididas. Sofia era suave, cálida y perfecta, y el roce ocasional de su anillo contra mi cuero cabelludo me hacía sentir un rayo de deseo que iba directo a mi erección. Iba a ser mi esposa. Y esa certeza era el mejor afrodisíaco que había experimentado nunca.

Se alejó.

—Creo que no vamos a llegar al *jacuzzi* —dijo, con los ojos clavados en mi erección, que se erguía entre nosotros.

—¿Crees que voy a dejar pasar la oportunidad de ponerte aún más caliente y mojada?

Me agaché y la cogí en brazos, luego la metí en el agua burbujeante antes de deslizarme a su lado. La puse a horcajadas sobre mí, cara a cara.

—Eres perfecta.

Negó con la cabeza.

—No lo soy.

—Eres perfecta para mí. Y te quiero.

Miré a mi alrededor, buscando un condón.

—No lo cojas —dijo, y la mirada de satisfacción y confianza que brilló en sus ojos fue mejor que cualquier premio o palmadita en la espalda que hubiera recibido.

—¿Quieres quedarte embarazada? —pregunté.

—Tal vez —confesó ella—. Quizá deberíamos haber hablado de esto antes de comprometernos.

—No es necesario. Yo soy feliz si tú eres feliz. Creo recordar que comentaste que querías tener quince hijos o algo así. Pero si decides que no quieres ninguno, por mi parte también está bien. —Nunca había imaginado que me oiría decir que quería tener hijos, pero la idea de una familia con Sofia me parecía estupenda. Como escrita en el destino.

—No quiero tener quince, pero me gustaría ser madre. Y que no sea hijo único, por favor. Todos los que conozco vienen de una familia numerosa y quiero eso para mis hijos. Para mí.

Iba a ser una madre fantástica. Su pasión y sinceridad, combinadas con su ética de trabajo y con su determinación podían hacer que nuestros hijos gobernaran el mundo.

—Vayamos uno a uno. —La besé en la clavícula y se retorció en mi regazo, impaciente, como siempre.

Sonreí contra su piel antes de acercarla a mi polla. Echó la cabeza hacia atrás, dejando al descubierto su largo cuello. Sus pechos se irguieron frente a mí, reclamando mi atención. Así que no la hice esperar más.

El calor del agua, las luces de la noche neoyorquina y la certeza de que la mujer que tenía entre mis brazos era la mujer con la que iba a hacer el amor durante el resto de mi vida convertían aquella experiencia en algo casi abrumador.

Sofia se movió para echarse hacia atrás. El cambio de ángulo, la presión sobre mi erección, el balanceo de sus pechos, la breve e intensa sacudida de mis pelotas provocaron que surgiera un gruñido desde lo más profundo de mi garganta. Esa mujer era perversa. Sabía exactamente lo que podía provocarme, en el cuerpo y en el alma. Nunca me había sentido tan vulnerable con nadie, pero, además, me sentía apreciado. Sofía sabía que tenía mi corazón en sus manos, y yo era consciente de que iba a hacer cualquier cosa para mantenerlo a salvo.

El sentimiento era totalmente mutuo. Iba a hacer todo lo posible para que se sintiera segura y querida. Y sabía que, hiciera lo que hiciera, siempre me iba a empujarme a ser mejor.

—Eres muy sexy —aseguré.

Llevó una mano temblorosa a mi cuello mientras subía y bajaba por mi polla. Estaba a punto, sus movimientos eran menos controlados, su respiración sonaba superficial y desesperada. La sujeté por las caderas y tomé el control. Por mucho que necesitara derramarme dentro de ella, no se lo iba a poner tan fácil.

Le apreté el culo y luego me moví para que los dos estuviéramos de pie.

—Échate hacia delante y disfruta de la vista —dije, poniéndome de tal manera que ella podía disfrutar de la vista ininterrumpida del Empire State. Volví a penetrarla, esta vez desde atrás. Al tener los cuerpos fuera del agua, la fricción entre nosotros fue mayor y casi me descontrolé. Me quedé inmóvil en lo más profundo de su cuerpo, me sosegué y luego pasé la mano por debajo de ella en busca de su clítoris. Gritó cuando se lo toqué. Quizá fuera mi imaginación, pero me pareció que su grito resonaba entre todos los rascacielos que rodeaban el hotel.

Sí, pensé. *Puedo hacer que la mujer más sexy del mundo emita esos sonidos.*

Me hundí en ella una y otra vez, cada vez más profundamente.

—Andrew, Dios mío, es una pasada…

Joder.

¿Qué era eso de que quería que gritara mi nombre? Era como si estuviera dejando aflorar mis instintos más bajos y animales.

Aumenté mi ritmo implacable mientras ella volvía a gritar. Le temblaron las piernas y se agarró a los lados del *jacuzzi* mientras se corría de forma violenta delante de Nueva York.

Pero no me detuve.

Cogí aire y seguí tirando de ella para que se pusiera de pie, de espaldas a mí. La rodeé con un brazo para acariciar y amasar sus pechos con una mano mientras con la otra buscaba su clítoris. La quería por completo. Quería llenarme de ella, saciar mi deseo, saciar mi constante necesidad de ella. No iba a lograrlo jamás, pero me sentía impulsado a intentarlo.

—Andrew —farfulló, sin aliento—. Te quiero.

¡Joder! Fue como si hubiera echado gasolina a mi fuego interno y las llamas lamieran mi cuerpo,

envolviéndome en el deseo. Exploté en lo más profundo de su cuerpo mientras ella se derretía, desesperada, y se estremecía contra mí por segunda vez.

Mis piernas no podían sostenerme por más tiempo. Me derrumbé de nuevo en el *jacuzzi*, sujetando a Sofia firmemente contra mí.

Dejamos que las burbujas calmaran nuestros cuerpos doloridos y ahogaran el sonido de nuestras pesadas respiraciones.

—Bueno, si eso no me ha dejado embarazada, no sé qué lo hará. —Sofia se bajó de mi regazo y apoyó su cabeza en mi hombro.

—No podemos dejar nada al azar —dije—. Tendremos que repetirlo unas cuantas veces más para asegurarnos.

—¿Esta noche? —preguntó Sofia, enlazando sus dedos con los míos.

—Esta noche y todas las noches.

—No tendré energía para trabajar o cocinar o…

—¿Planificar la boda? —Me giré y le di un beso en la sien.

—Eso tampoco.

—Entonces, déjamelo a mí. No quiero esperar.

Se giró, sin dejar de apoyar la barbilla en mi hombro.

—Te veo muy impaciente, no es propio de ti. ¿A qué viene tanta prisa?

—Tengo ganas de ser ya tu marido.

Curvó las comisuras de la boca en una sonrisa.

—Eres tan mono…

—¿Mono? —pregunté.

—Y sexy —dijo ella.

—No pensabas eso cuando era tu jefe.

—Sigues siendo mi jefe y sí, lo hacía. Te lo he dicho ya, ese culo tuyo ha sido mi perdición.

Me reí. Si me iban a cosificar, nadie mejor para hacerlo que Sofia.

—Viniendo de la mujer que tiene un trasero que parece esculpido en el cielo, lo tomo como un cumplido. —La subí a mi regazo y la acerqué para darle un largo y prolongado beso.

—Sabes besar muy bien —dijo ella—. En especial, bajo la luz de la luna.

—Tú inspiras grandes besos.

—¿Puedo atribuirme también el mérito de tu increíble erección? —Metió la mano por debajo del agua y rodeó mi polla. Gemí y cerré mi puño alrededor del suyo.

—Puedes atribuirte el mérito de que esté casi permanentemente empalmado cuando estás cerca.

Se bajó de mi regazo y se arrodilló a mis pies en el agua.

—Quiero que te corras en mi boca, pero no quiero ahogarme. ¿Puedes sentarte en el borde?

Me levanté del agua y me acomodé en el lateral del *jacuzzi*, desde donde contemplé con asombro a Sofia mientras me tragaba entero. Deglutió cuando llegué al fondo de su garganta y no pude contener un agudo siseo. Joder, esperaba que no pensara jugar conmigo como yo jugaba con ella. Al instante, tuve ganas de correrme. No supe por si era por aquella idea de dejarla embarazada o solo por sentir su boca alrededor de mi polla. Me agarró los muslos mientras subía y bajaba por mi pene, rozándome con sus dientes afilados y su lengua firme e insistente.

Si no me hubiera declarado ya…

A pesar de sus protestas, era perfecta. Pero no quería correrme.

Me moví y ella me soltó mientras me miraba con una expresión de confusión.

—Quiero correrme dentro de ti. Voy a dejarte embarazada esta noche.

—Me encantaría, pero tal vez deberíamos casarnos primero. Después de todo, soy una italiana chapada a la antigua.

Sabía que era más que eso. Que su padre hubiera dejado a su madre era una cicatriz que iba a quedarle para siempre. Con suerte, después de una vida conmigo, podía desvanecerse.

—Entonces, vamos a coger algunos condones.

La guie fuera de la bañera y nos metimos en el interior, desnudos.

—Ahí están —dijo, señalando mi cartera en la mesa auxiliar.

Cogí la cartera y la llevé al dormitorio. Si quería que fuera a la antigua, pues iba a ser a la antigua. Tras secarnos el uno al otro, la subí a la cama y le separé las rodillas para colocarme entre ellas.

—Me gusta mirarte —le dije—. Me encanta notar hasta el más mínimo parpadeo que haces. —Deslicé el condón por mi polla—. Me fijo en cada vez que te muerdes el labio, en cada súplica desesperada que percibo tu expresión. —Volví a hundirme dentro de ella. Ahí estaba, la mirada que me decía que me amaba. Nunca iba a dar por sentada esa expresión, los sentimientos que tenía hacia mí. Iba a esforzarme más de lo que ella iba a llegar a saber para merecerlos.

—Te quiero —dije—. Para siempre.

EPÍLOGO

SOFIA

Estaba mucho más nerviosa en ese momento que cuando le había presentado a Andrew a mi madre la primera vez, o cuando le dijimos que estábamos comprometidos. Quizá porque habíamos dejado pasar mucho tiempo antes de verlos a todos juntos. Por supuesto, había conocido a Tristan y habíamos cenado con Beck y Stella, pero habíamos estado demasiado ocupados pensando en la boda y en dónde vivir. El tiempo había pasado volando desde que habíamos regresado de Nueva York.

—Van a adorarte —susurró Andrew cuando llegamos al último de los escalones de piedra.

—Te quieren a ti —le recordé—. A tus amigos no tengo por qué gustarles.

—Confía en mí —dijo, tocando el timbre.

Confiaba en él, así que inspiré hondo y esbocé una sonrisa.

Se abrió la gran puerta negra que parecía capaz de resistir las balas, y me sonrió una chica de pelo largo y oscuro.

—Solo americanas —dijo; tiró de mí hacia dentro y me abrazó—. Me siento muy contenta de que haya una más de las nuestras. Déjame ver cómo te queda el anillo en el dedo. —Se quedó boquiabierta al ver la piedra que llevaba en la mano izquierda cuando la levanté. No necesitaba que me lo pidieran dos veces—. Dexter dijo que era una maravilla y tenía razón.

Justo en ese momento, un hombre de pelo oscuro y rizado apareció por la esquina.

—Lo has hecho bien, cariño —dijo ella, tirando de él para darle un beso. Debían de ser Dexter y Hollie, los dueños de esa increíble casa.

—Oh, no me he presentado. Soy Hollie. —Me cogió de la mano y me llevó por el pasillo. Me volví para mirar a Andrew y se limitó a encogerse de hombros como si se sintiera totalmente impotente—. Dexter es mi futuro marido y… —Entramos en un enorme espacio en la parte trasera de la casa que ya estaba lleno de gente. Otra mujer me abrazó—. Esta es mi hermana, Autumn. Está comprometida con Gabriel —dijo cuando Autumn me soltó.

—Tres americanas —suspiró Autumn—. Gracias a Dios. Podemos hablar de Twinkies sin que nos miren mal.

—Confieso sinceramente que nunca había querido tomar un Twinkie antes de mudarme a Londres —respondí.

—Es así, ¿verdad? —convino Autumn—. Echo de menos muchas cosas de Oregón, aunque me encanta estar aquí.

Me alegraba saber que no me pasaba solo a mí.

—Sí, a veces echo de menos Nueva York. Y a mi madre.

—¡Podemos ir! —propuso Hollie—. No había estado en Nueva York antes de conocer a Dexter. Cuando tiene que ir por trabajo, yo lo acompaño siempre que puedo. Podríamos alquilar un avión la próxima vez y hacer un viaje de chicas.

—¿Alquilar un avión?

—Hay que acostumbrarse al dinero —dijo Autumn—. Pero lo harás. Hollie se amoldó enseguida.

Si era sincera, dudaba de que llegara a sentirme cómoda del todo con la riqueza de Andrew, pero era muy generoso y transparente con lo que tenía, lo que hacía que fuera un poco más fácil. Aceptar que pagara la factura de la operación de mi madre era una obviedad. Lo habíamos organizado para el

mes próximo. Mi madre iba a ir a Londres para someterse a la operación y a quedarse con nosotros mientras se recuperaba. Esperaba que se enamorara de la ciudad y poder convencerla de que no se fuera.

Hollie se rio.

—La vida es para disfrutarla, ¿no?

—Eso no se puede discutir. Bueno…, ¿quiénes son Joshua y Hartford?

Hollie y Autumn me los señalaron y enseguida me contaron cómo se habían conocido todos. Que Joshua y Hartford se hubieran criado juntos, pero acabaran de enamorarse era la mejor historia de todas.

—Tristan no ha llegado todavía —comentó Autumn—. Es el único soltero de su aquelarre particular.

—Me pregunto si podremos conseguir que se enamore de otra americana —conspiró Hollie.

—Está decidido a no enamorarse de nadie —se rio Autumn—. Pero ya veremos… ¿Tienes alguna amiga a la que le pueda gustar un británico escandalosamente ligón que…? ¿A qué se dedica, Hollie?

Se encogió de hombros.

—Nadie lo sabe exactamente. Siempre que le pregunto a Dexter, me dice que es algo relacionado con los ordenadores.

—Mi mejor amiga está soltera. Pero vive en Nueva Jersey.

—Tenemos que encontrar a alguien en Londres para él. Aunque Tristan es un poco un enigma. Cuando lo conoces por primera vez…

—Oh, ya lo he conocido. Estaba en Nueva York cuando Andrew y yo fuimos la primera vez. Llevaba un portátil a todas partes con él y no me pareció especialmente ligón. Fue muy agradable.

—Lo que pasa con Tristan es que tiene un montón de… —Hollie se volvió hacia su hermana—. ¿Cómo lo describirías?

—Tiene dos caras. Con una se ha convertido voluntariamente en el blanco de las bromas de todos sus amigos, y luego, posee un lado más profundo que mantiene oculto.

Gabriel se acercó y se presentó, luego me besó en ambas mejillas.

—¿De qué estáis hablando?

—De Tristan. Estamos tratando de encontrar una novia americana para él.

—Pues buena suerte —dijo Gabriel—, pero nunca ha mostrado interés por sentar la cabeza.

Autumn deslizó los brazos alrededor de la cintura de Gabriel.

—Todos jurasteis que no os casaríais, ¿recuerdas? Y habría sido capaz de apostar la granja a que Andrew se iba a quedar soltero hasta el fin de los tiempos.

—Tal vez —repuso él—. Pero tú eres excepcional. Y sin duda, también lo es Sofia.

—¿Eh?, futuro cuñado, ¿y qué pasa conmigo? —preguntó Hollie.

Gabriel se rio.

—No es necesario que te diga lo excepcional que eres.

Hollie se rio como si ella y Gabriel fueran ya parientes. Así era el ambiente esa noche: familia de la que se elige. Eran lazos con los que estaba familiarizada y a los que podía acoplarme. Como la familia Ferrara y los vecinos de mis abuelos, que nos trataban a mi madre y a mí como si fuéramos parientes de sangre. Se me disolvieron los nervios y me sentí llena de calidez al ser recibida con los brazos abiertos a este grupo que con tanto mimo habían construido unos chicos que se consideraban hermanos. Quizá iba a adaptarme más fácilmente de lo que esperaba.

Andrew se acercó por detrás de mí y me rodeó la cintura con un brazo para apoyar la palma de

la mano sobre mi estómago.

—¿Estás bien?

Me moví para mirarlo a los ojos.

—Sí. Y ella también.

—Espera, ¿qué? —chilló Hollie—. ¿Tenéis algo que decirnos?

Andrew gimió y yo no pude hacer otra cosa que reírme. Al parecer, habíamos sido demasiado obvios.

—Creo que es una niña —les confesé. Acababa de hacerme la ecografía de las seis semanas y, aunque era imposible que me dijeran nada sobre el sexo del bebé, lo supe en cuanto la vi.

Gabriel miró a Andrew como si fuera un orgulloso hermano mayor y se me llenaron los ojos de lágrimas. Andrew iba a ser el mejor padre del mundo.

—¡Vamos a ser tías! Stella, ven aquí —la llamó Autumn—. Hartford, ven a conocer a tu sobrina.

Me volví hacia Andrew.

—Para que conste, si no fuera italoamericana, esto sería abrumador.

Puso los ojos en blanco.

—Lo sé.

Se suponía que mi traslado a Londres iba a ser temporal, pero ya no podía imaginarme viviendo en otro lugar. Mi futuro estaba allí, con Andrew. Y muy pronto, nuestra hija iba a unirse a esa familia, y esperaba que mi madre también lo hiciera. Iba a echar de menos Nueva York, pero Londres me parecía cada vez más mi hogar.

ANDREW

Sofia no pasaba muy a menudo por las oficinas de Blake Enterprises, así que cuando la oí hablar con Trudy, me levanté y abrí la puerta.

—¿Qué estás haciendo aquí?

Negó con la cabeza.

—¡Menuda bienvenida! Son las once y cincuenta y cinco. Estoy esperando pacientemente a que el reloj dé las doce.

La metí en el despacho y cerré; luego, la empujé suavemente contra la puerta y la besé. Suspiró y su cuerpo se relajó contra el mío cuando nuestras lenguas se encontraron. Nos exploramos mutuamente como si hubieran pasado semanas, y no horas, desde la última vez que nos habíamos visto.

—Esta es una bienvenida mucho mejor —dijo Sofia mientras pasaba por debajo de mi brazo y se acercaba a mi escritorio—. Tienes que ver unos documentos.

—¿Documentos?

—Sí, hay que revisar algunas cosas antes de que llegue mañana mi madre. Primero, esta es mi renuncia. —Deslizó un sobre de color crema sobre el escritorio y se sentó en una de las sillas—. Me he decidido esta mañana después de pensar en las conversaciones que hemos mantenido. Así será todo más fácil. Por supuesto, me quedaré hasta que encontremos a otra persona. Me he ocupado del cambio de marca y del lanzamiento, y a partir de ahora la labor se centrará en ponerla en circulación. Es hora de seguir adelante.

Me senté frente a ella y cogí el sobre, que guardé en el cajón de arriba.

—Cuidado, señorita Rossi, está empezando a parecerse a mí. —Habíamos hablado mucho de las ventajas e inconvenientes de que Sofia siguiera al frente de *Verity*. Le había dicho que la decisión era suya y que yo iba a apoyar lo que ella prefiriera.

—¡Nunca! Pero me gusta la idea de trabajar para mí misma. Así no tendré que preocuparme de

que la gente piense que solo he conseguido el trabajo porque estoy casada con el jefe.

—Nadie que te conozca pensaría eso.

—Eres parcial. De todos modos, ya he tomado una decisión. Voy a dimitir. Aunque la fecha esté por decidir. Voy a hablar con Recursos Humanos para que empiecen a buscar a mi sustituto.

—De acuerdo —dije—. ¿Siguiente tema?

—Esta es la lista de lugares para bodas que me enviaste. He tachado los que no me gustan. —Me entregó una hoja de papel—. Pero, sinceramente, cuando esté aquí mi madre, deberíamos celebrar una boda íntima en el Registro Civil con algunos amigos y familiares.

Asentí, feliz de estar de acuerdo con lo que ella quería. Mientras se casara conmigo, no me importaba cómo lo hiciéramos.

—Luego, después de que nazca el bebé, podemos organizar una boda más fastuosa con una gran fiesta. A ser posible, en una iglesia. Lo que propongo es más fácil que una boda en toda regla, porque no eres católico. Será lo mejor para todos: tú dejarás de molestarme para que me case contigo, y mi madre se sentirá feliz de que nos casaremos antes de que nazca el bebé.

Sofia parecía haberse olvidado de la persona más importante de todas.

—¿A ti también te hará feliz?

Suspiró.

—La verdad, confieso que me gustaría casarme en Nueva York, pero tienes tantos amigos…

—Entonces será Nueva York. Mis amigos pueden ir allí.

Me brindó media sonrisa.

—Gracias. Londres está bien.

—No. En Nueva York. Podemos contratar el lugar que más te guste, ¿el Plaza? ¿El Ritz? —Leí en su expresión que ya tenía un lugar en mente.

—Bueno, si estás seguro… ¿Qué te parece la biblioteca? —preguntó—. Es muy bonita. Una vez me colé en una ceremonia cuando debería haber estado estudiando.

—Me parece bien.

—¿De verdad?

Negué con la cabeza.

—Nunca digo nada que no piense.

Sonrió y relajó los hombros como si le hubiera quitado parte de la carga. Era la mejor sensación del mundo.

—Pues listo —dije—. ¿Y qué más?

—Esto —dijo ella, entregándome un sobre—. Es de mi padre. Ha creado un fondo fiduciario para mí. Dice que cada una de sus hijas tiene uno.

Había visto al padre de Sofia un par de veces. A pesar de su riqueza, era un hombre humilde, muy consciente de sus errores con respecto a Sofia. Por lo que había podido ver, no hacía más que tratar de compensarlos. No solo con dinero, sino dedicándole tiempo y espacio en su vida.

—Qué bien —dije, cauteloso. Las emociones de Sofia con referencia a su padre eran siempre cambiantes. Mi trabajo consistía en apoyarla, se sintiera como se sintiera.

—Es un gesto bonito. Aunque también me resulta raro. No es que sea exactamente alguien que se crio en ese mundo de los fondos fiduciarios.

—Entiendo que es raro. Y no lo necesitamos. ¿Qué te parece si lo transfieres a nombre de nuestra hija?

Sofia se pasó la mano por la barriga, que se expandía gradualmente.

—Oh, ella también tiene uno. —Negó con la cabeza como si fuera la cosa más ridícula del

mundo—. Se lo he dicho a mi madre. —Hizo una mueca. Sofia le había confesado a su madre la razón por la que se había trasladado a Londres, así como que había conocido a su padre, a su mujer y sus dos hijas, cuando la visitamos para contarle nuestro compromiso. Hubo de todo: lágrimas y peleas, más lágrimas y abrazos y, al final, todo se calmó. La madre de Sofia lamentó haber apartado a Des de sus vidas. Sofia se disculpó por haberle mentido sobre el motivo por el que se había mudado a Inglaterra. Después de eso, madre e hija siguieron tan unidas como siempre—. Está bien. Creo que estaría menos bien si no te hubiera conocido. Supongo que porque tu dinero hace que no importe tanto.

—Eso tiene sentido. ¿Ha aceptado mudarse a Londres?

—No de forma permanente. Al menos por el momento. Pero sabe que dondequiera que nos mudemos, siempre habrá un lugar para ella. Hablando de eso, vamos a lo siguiente. —Sacó el teléfono y me enseñó la foto de una casa—. Está a treinta minutos del centro. Tiene jardín y piscina e incluso un pabellón anexo donde podría quedarse mi madre.

—De acuerdo. Me parece bien.

—Genial. —Se puso en pie de un salto—. Vamos a verlo. Podemos cronometrar el viaje. Está en Kenwood.

—¿Ahora? —pregunté.

—Sí, he despejado tu agenda y tenemos que estar allí dentro de cuarenta minutos.

Mi futura esposa siempre iba un paso por delante de mí. Esperaba que siguiera siendo así durante mucho tiempo.

AGRADECIMIENTOS

Gracias por leer *Mister Bloomsbury*.

Me encantaría saber qué te ha parecido. Si dispones de unos minutos para dejar una reseña, te quedaré muy agradecida. Envíame el enlace a louise@louisebay.com y te daré las gracias personalmente.

Si te suscribes a mi boletín de noticias en louisebay.com, recibirás las últimas noticias, actualizaciones de libros, sorteos y regalos.

Sígueme en redes sociales para recibir alertas de ventas y nuevos lanzamientos.

Stella y Beck - *Mister Mayfair*

Hollie y Dexter - *Mister Knightsbridge*

Autumn y Gabriel - *Mister Smithfield*

Hartford y Joshua – *Mister Park Lane*

Sinopsis de
Mister Bloomsbury



Andrew Blake es un hombre frío y seco en el trato, y, sin duda, lo más arrogante del mundo. Así, por lo menos, es como lo describen sus mejores amigos.

La mala suerte para mí es que soy su nueva asistente. Nada de lo que hago está bien para él. Cuanto más intento complacerlo, más me ignora. Así que empiezo a preguntarme si de verdad hay un corazón dentro de ese espléndido cuerpo alto, duro y bien definido.

Un día, después del trabajo, cuando estoy quejándome sobre él al camarero de un pub cercano a la oficina, ¿a que no adivinas quién está sentado detrás de mí y ha oído cada palabra, queja y murmullo?

Pero por la expresión de Andrew, no sé si me va a despedir… o a besar…

Biografía de la autora

Louise Bay adora la lluvia, Londres, los días en los que no tiene que maquillarse, disfrutar de tiempo a solas, estar con sus amigos, los elefantes y el champán. Todas sus novelas son auténticos *best sellers.*

Mister Bloomsbury es la última novela de la autora en Phoebe, después del éxito conseguido con *Una semana en Nueva York, El caballero implacable, Mister Mayfair, Mister Knightsbridge, Mister Smithfield* y *Mister Park Lane,* además de la serie *The Royals,* conformada por *El rey de Wall Street, El príncipe de Park Avenue, El duque de Manhattan, El caballero inglés* y *El aristócrata de Londres.*

louisebay.com
IG: louisesbay
TW: @louisesbay
FB: @authorlouisebay
GR: Louise Bay

LOUISE BAY

SEXY. SASSY. ROMANTIC FICTION